This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 820,503

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

60N

CONQUISTA ESPIRITUAL

60N

CONQUISTA ESPIRITUAL

HECHA POR LOS RELIGIOSOS

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

EN LAS PROVINCIAS

DEL PARAGUAY, PARANÁ, URUGUAY Y TAPE

ESCRITA POR EL

P. ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

DE LA MISMA COMPAÑÍA

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZON DE JESUS
Muelle de Marzana, núm. 7

1892

68777-127

PRÓLOGO DE LA NUEVA EDICION

OFRECEMOS á los lectores de *El Mensajero* un corto obsequio, que esperamos será recibido con agrado. Todos, quién más quién ménos, han oido hablar de las famosas misiones del Paraguay. Todos tienen alguna idea de la paciencia y caridad de los misioneros jesuitas, que lograron, á costa de trabajos indecibles, reducir á vida cristiana y social los indios salvajes, que andaban errantes por los bosques. Ha llegado á ser proverbial la paz y sencillez en que despues de reducidos se conservaban los neófitos. Pues bien, la obra que reproducimos es una de las fuentes más importantes para la historia de aquellas célebres misiones. Lo conocerán los lectores por los apuntes biográficos que les vamos á dar acerca del autor.

El P. Antonio Ruiz de Montoya nació en Lima hácia el año 1582. Su padre era sevillano y próximo pariente del conocido teólogo jesuita Diego Ruiz de Montoya. Habiendo fallecido la madre de nuestro Antonio dejándole muy niño, su padre determinó venirse con él á España. Llegados á Panamá, enfermó Antonio de la peste que entónces habia en aquel puerto, y habiendo recobrado la salud con gran trabajo, no quiso su padre exponerlo á largas navegaciones, y se volvió con él á Lima, donde procuró educarlo cristianamente. No logró ver cumplido su buen deseo, pues la muerte le sorprendió cuando el niño contaba nueve años.

Habia mandado en su testamento que su hijo estuviese en el seminario de San Martin, y que terminados sus estudios fuese traido á España; pero los testamentarios, más atentos á sus intereses particulares que al bien de su pupilo, apénas ejecutaron nada de lo dispuesto. Entró, sin embargo, á estudiar Antonio en el colegio de la Compañía en Lima, y con los buenos principios que habia recibido de su padre, se condujo algunos años con bastante regularidad. Pero hirviéndole en el corazon las pasioncs, no pudo sufrir tanta sujecion y á los diez y seis años salió del colegio, ciñóse espada, juntóse con malas compañías, dióse á juegos, rondas y entreteni-

mientos de mozos, y para ahogar el remordimiento de la conciencia que nunca le abandonaba, quiso hacerse soldado, y sentó plaza para la conquista de Chile. Disgustado empero, de las pocas esperanzas que le ofrecia aquella carrera, mudó de propósito y encaminóse hácia España.

Quiso Dios que en Panamá tropezase con un Padre de la Compañía, cuya conversacion le transformó por completo. Hizo con él confesion general, y por su consejo volvió á Lima para continuar sus interrumpidos estudios. Al mismo tiempo empezó á satisfacer con ásperas penitencias sus pasados extravíos.

Poco tiempo despues de emprender su nueva vida, sintió deseos de entrar en religion. Para resolver este punto, se retiró por consejo de su confesor á hacer los ejercicios de San Ignacio, y en ellos le dió á entender Dios que queria servirse de él en la Compañía de Jesus. No pudo ejecutar inmediatamente la inspiracion divina, pero la puso por obra año y medio despues, cuando hubo terminado con satisfaccion el estudio de las letras humanas. Fué su entrada en la Compañía el 21 de Noviembre de 1606.

A los siete meses de noviciado, fué escogido con algunos otros que el P. Diego de Torres llevó consigo del Perú para empezar la provincia del Paraguay. Llegado á Córdoba de Tucu-

man, terminó allí su noviciado, é hizo los votos del bienio en 1608. Siguióse á esto el estudio de la Filosofía y Teología, y aunque daba muestras de buen ingenio, y esperaban algunos tener en él un buen maestro de ciencias sagradas, sin embargo, el buen Hermano con el ánsia que tenia de los trabajos apostólicos, propuso á los Superiores que le abreviasen los estudios, y ordenándole de sacerdote, le lanzasen luego al campo de las misiones. Condescendieron con su buen deseo, y el nuevo apóstol, dicha su primera misa en la Asuncion, partió para las misiones de Guayra, que entónces empezaban. No podemos precisar el tiempo en que dió principio á sus trabajos apostólicos, pero creemos que debió ser en 1612, ó á más tardar el año siguiente.

En 1610 los PP. José Cataldino y Simon Masseta, italianos, habian empezado á poner en planta las famosas reducciones del Paraguay, ó sean pueblos de indios convertidos, sujetos al rey de España, pero no gobernados por españoles, sino por los mismos indios, bajo el consejo paternal de los misioneros. Ya tenian asentada la primera reduccion, que llamaron Loreto, y estaban tratando de fundar otras, cuando les llegó el refuerzo poderoso del Padre Montoya.

Al acercarse éste á la mision, «salió á recibirle el P. Cataldino, dice el P. Andrade (1) y se vieron y abrazaron con grande alegría y le llevó á su estancia con el mayor regalo que pudo, y fué tan corto, que no tuvieron que darle, sino unas patatas, algunos plátanos y raíces de mandioca, que era su ordinario sustento, sin haber gustado carne, vino, pan y sal en dos años, si no fué alguna rara vez un poco de caza que los indios les daban de limosna.»

Más de veinticinco años trabajó el P. Montoya en las misiones del Paraguay, y desde el año 1620 fué Superior general de todas aquellas célebres reducciones. ¿Qué hizo en este tiempo? El presente opúsculo satisfará, en parte al ménos, á esta pregunta.

En 1638 á consecuencia de las invasiones de los colonos portugueses de San Pablo de Piratininga, que saliendo á caza de indios esclavos, apresaron á los neófitos de varias reducciones, el P. Montoya vino á la corte de Madrid para pedir socorro contra aquel desórden, y licencia de armar á los indios con armas de fuego con el fin de evitar tan inicuos atropellos.

Mientras despachaba este negocio, publicó en Madrid en 1639 el libro que reproducimos.

(1) *Varones ilustres.*

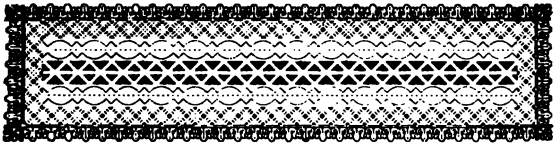
No es una historia completa ni mucho ménos de aquellas singulares misiones. Son apuntes breves, en los cuales se percibe ese interés vivo y original, que da á la narracion quien cuenta lo que ha visto. Ya han sido aprovechadas estas notas por Charlevoix en la historia que escribió de estas misiones, pero juzgamos que para lectores españoles ha de tener especial atractivo la relacion desaliñada sin duda, pero imparcial y verídica del más ilustre misionero del Paraguay.

Obtuvo el P. Montoya en Madrid todo lo que deseaba, aunque hubo de experimentar grandes dificultades, que le obligaron á prolongar algunos años su permanencia en España. Embarcóse, al fin, para el Perú, no sabemos en qué año, y cuando de allí se encaminaba á la mision, recibió órden de volverse luego á Lima. Era que D. Bernardino de Cárdenas habia levantado aquella célebre tormenta que agitó á los jesuitas del Paraguay durante unos veinte años, y juzgaron los Superiores que era necesaria en la capital del Perú la presencia del P. Montoya, para defender la causa de la Compañía ante los tribunales y el virey. Volvió, pues, el misionero á Lima, y allí residió hasta su santa muerte ocurrida el 11 de Abril de 1652.

Divulgada la noticia de su fallecimiento,

concurrió la ciudad á venerar su cuerpo como de santo, besándole los piés y las manos, tocándole sus rosarios y tomando lo que podian de sus reliquias. Hízosele un solemne entierro á que asistieron todas las autoridades eclesiásticas y seglares. Los individuos de la Audiencia llevaron el cadáver en hombros desde la capilla del colegio hasta la iglesia. La provincia del Paraguay quiso poseer los restos mortales de su más querido misionero, y accediendo en Lima á tan justas instancias, fué trasladado el difunto á la Asuncion, donde se le dió honorífica sepultura.

Mucho pudiéramos decir de sus heróicas virtudes, pero creemos que estarán de sobra otros testimonios para quien lea el siguiente opúsculo, en el que sin pensar nos da el P. Montoya la medida de su gran virtud y prodigioso celo. Esperamos que los lectores de *El Mensajero* sacarán notable edificacion de estas breves páginas.



CONQUISTA ESPIRITUAL

HECHA

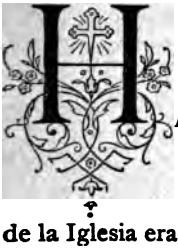
POR LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

EN LAS PROVINCIAS

DEL PARAGUAY, PARANÁ, URUGUAY Y TAPE

I

Introduccion.



HAME sucedido lo que á aquel gran Padre del yermo Afraates, que oyendo en su soledad y retiro el ruido de las ondas con que la nave de la Iglesia era agitada, y el fuego con que queria abrasarla aquel horrendo monstruo y apóstata Juliano, salió del yermo, dejó su soledad amada, privóse de aquellos vitales y celestes aires con que en el desierto la sementera espiritual se ondea, se vivifica y crece, y entrando por el bullicio, inquietud y tráfago de las ciudades sin recelar su tosco y rústico lenguaje, no dudó ingerirse entre los corteses y remirados puntos de los palacios reales, por

ver si podia amansar los vientos, sosegar las
y apagar el fuego con que aquel apóstata abr
la tierra. Tal fué mi venida á esta corte y
piés de Su Majestad Católica, cuyos aumento
firme el cielo con edad muy larga. Mi prete
es poner paz entre españoles é indios, cosa tá
fícil, que en más de cien años que se descubr
las Indias Occidentales hasta hoy no se ha p
alcanzar. Incítame á procurarla la caridad cris
el desamparo total de los indios, el ejemplo d
pasados que los conquistaron y dejaron eje
raros que imitar, el haber cerca de treinta
que sin divertirme á otro empleo, mi princip
sido su enseñanza y conversion á nuestra san
coronando mi deseo trabajos y los más ordi
peligros de muerte y de ser comido de bárl

Ofrecióme el modelo de mi litigio el sace
Onias, que acepté de grado por ser fundado e
recho de caridad, con que igualmente amo y
el bien eterno de ambas partes, y dice así: *Cu
micitiae in tantum procederent, ut etiam per qu
homicidia fierent, considerans Onias periculun
tentionis, ad regem se contulit, non ut civium a
tor, sed communem utilitatem, apud semetipsun
versae multitudinis considerans: videbat enim s
gali providentia impossibile esse pacem rebus da.*

He vivido todo el tiempo dicho en la prov
del Paraguay y como en el desierto, en busc
fieras, de indios bárbaros, atravesando cam
trasegando montes en busca suya, para agreg
al aprisco de la Iglesia santa y al servicio c

(1) 2 Mach. 4.

Majestad, de que con mis compañeros hice trece reducciones ó poblaciones, con el afan, hambre, desnudez y peligros frecuentes de la vida que la imaginacion no alcanza, en cuyo ejercicio me parecia estar en el desierto. Porque aunque aquellos indios que vivian á su usanza antigua en sierras, campos, montes, y en pueblos que cada uno montaba cinco ó seis casas, han sido reducidos ya por nuestra industria á poblaciones grandes, y de rústicos vueltos en políticos cristianos con la continua predicacion del Evangelio, con todo eso, el carecer tantos años del trato español y su lenguaje, obligado por fuerza á usar siempre del indio, viene á formar un hombre casi rústico y ajeno del cortés lenguaje, á que no poco ayudan los ordinarios manjares que los indios comunmente usan, y de fuerza nosotros, que son raíces, calabazas, yerbas, habas y otros de este género, hasta que la invasion hostil, quema de iglesias, heridas que dieron á los sacerdotes, malos tratamientos que les hicieron, sacrilegios que cometieron, presa que hicieron en ornamentos de iglesias y alhajas pobres de los Religiosos que en once poblaciones predicaban; y lo que más es, haber desterrado de cuatro iglesias el santísimo y venerabilísimo Sacramento del altar (1), los vecinos y moradores de las villas de San Pablo, Santos, San Vicente y otras que se han forjado de gente, cuyas acciones obligaron á huir de la luz de la justicia, me ha obligado á dejar aquel desierto y soledad y acudir á la real corte y piés de Su Ma-

(1) Consta de informaciones auténticas que se presentaron en el Real Consejo de Indias. (Nota del autor.)

jestad, caminando al pié de 2.000 leguas, con el peligro y riesgo del mar, rios y enemigos que es notorio, á pedir instantemente el remedio de tantos males que amenazan muy grandes estorbos de su real servicio, y dijera mejor, daños y peligros de perderse la mejor joya de su corona real.

II

Descríbese la provincia del Paraguay.

La provincia del Paraguay constaba de cuatro ciudades de españoles; las tres asolaron los de San Pablo; la cabeza donde reside el Obispo y gobernador es la ciudad de la Asuncion, situada á la orilla del rio llamado Paraguay, y quiere decir: «Rio Paragua, Corona de plumas;» y así en nuestro idioma dice: «Rio Coronado. Es rio caudaloso y ancho, por donde desde el puerto de Buenos-Aires, que dista de la Asuncion más de 200 leguas, suben y bajan barcas bien grandes al trajin de frutos de la tierra, que los más ordinarios son azúcar, miel, vino, cera, carretas, garabata, que es género de cáñamo, y la yerba que comunmente llaman del Paraguay. Tiene vecinos ménos de 400, y es comun voz que para un hombre hay diez mujeres; no tiene minas de plata ni oro, ni corre dinero alguno. El comprar y vender es por mutacion de cosas por otras. Con todo eso hay un género inventado de pesos huecos, que así llaman comunmente á los pesos que avalúan las cosas; y así por un patacon de ocho reales de plata, dan tres pesos huecos en fru-

tos de la tierra, la cual es muy fértil. Dióse siempre el trigo muy bien, pero sólo cogian el necesario para hostias ó algun regalo, teniendo por muy grande los moradores la harina que llaman de mandioca y unas tortas que de ella se hacen, y en Cartagena, Panamá y Quito llaman casabe. Cógese mucho maíz, de que tambien hacen unas tortas que frescas son comestibles, añejas parecen de cuero. Habas, que allá llaman frisoles hay muchas y de especies varias, muchas calabazas de varias especies, hay frutas particulares de la tierra y algunas son de estima, hácense varias conservas y en mucha cantidad, cógese mucho vino y muy bueno, y todo esto se saca de la ciudad, cuyo precio es ropa que llevan los mercantes. Cógese cera de nueve ó diez especies diversas, de abejas silvestres que nunca se han dejado domesticar y se crian muy bien por los montes. Cógese ya ahora mucho trigo, aunque el comun pan es la harina de mandioca. La principal moneda que como plata corre es la yerba de que despues diremos. Hay oficiales de todos los oficios mecánicos y los usan, pero ninguno se tiene por oficial, por haberlo aprendido cada uno para usarlo en su casa, y aunque el zapatero haga zapatos públicamente, no quiere que le tengan por zapatero, alegando que con su ingenio alcanzó aquel oficio, queriendo con esta metafísica ocurrir por una parte á su necesidad, y por otra conservar la nobleza que heredaron de sus antepasados, que toda fué gente noble.

III

De algunos animales.

Hay muchas especies de víboras y culebras por toda aquella tierra; las menores son de un palmo, de media vara otras, y van creciendo conforme á sus especies hasta seis varas. Desentrañando una víbora de media vara conté cincuenta viboreznos, ya animados todos. Dicen los naturales que concibe por la boca, y que para nacer despedazan los hijos á la madre y aun ellos entre sí se matan, y parece cierto; porque si todos viviesen no hubiera donde poner el pié sin pisar víboras. Otras ponen huevos, y los que he visto serán un tercio mayor que de palomas. Empóllanlos echándose sobre ellos, y así cobran vida. Hay unas que llaman de cascabel, el cual lo tienen en la cola al modo de una haba seca con su cáscara y granos dentro, y suena á aquel modo. Cada año echa un grano nuevo, oiráse á quince pasos, y cuando la fuerza de la ponzoña le molesta (al modo que una reuma da dolor de dientes) hace más ruido con sus cascabeles, hasta que mordiendo algo arroja aquel licor ponzoñoso que tiene en las encías, y llena dos dientes ó colmillejos al pié algo anchos, y rematan en una punta como de una fina aguja. Son todas estas víboras tan ponzoñosas, que picando en el pié, al punto hacen echar al que pican sangre por los ojos, narices, oidos, encías y por las uñas, y entre los dedos tanta sangre, que en un momento queda desfigurado. Usan de muchos remedios y yerbas que ha dado

allá la naturaleza. La piedra de San Pablo es muy probada, ajos majados bebidos, piedra bezar y yerbas; pero el más casero es el fuego, fogueando con un cuchillo ardiendo la parte lesa polvoreada con azufre. Este remedio es conocido, y acudiendo con tiempo no peligran. La cabeza de la misma víbora majada y puesta sobre la picadura, mitiga el dolor y chupa la ponzoña. Los hígados de la víbora comidos usan por remedio.

Hay unas culebras de cuatro y cinco varas que se sustentan de caza, súbense á los árboles por los caminos á esperar la caza, de donde con gran velocidad se arrojan, y con extraña lijereza la rodean y atan tan fuertemente, que en muy breve tiempo la matan y se la tragan, y suelen quedar estas culebras tan ocupadas, que en ninguna manera se pueden menear, y como el calor que tienen no es bastante á digerir un gran venado ó jabalí, vuélvense al sol, y así se le pudre (con la podrida carne de la caza); el vientre cria gusanos, á que acuden los pajarillos, que tienen pasto para muchos dias, y en pasando esta corrupcion vuelve á recobrar su cuero y á quedar sana como de antes. Ha sucedido tal vez á estas culebras cogerles este trabajo pegadas á un arbolillo, y al ir encorando, ir la misma carne incorporando el arbolillo, y cuando se vió sana se halló presa, sin poder desasirse, y allí la hallaron viva. Otras se sustentan de peces. Yo vi una que tenia cuatro varas de largo y la cabeza como de una ternera, estaba al pié de un árbol, y descolgando la cabeza al rio Paraná echaba espuma de la boca, y al punto acudian gran multitud de pececillos á comerla, y dejándolos ella asegurar, con ex-

traña lijereza abria la boca y hacia muy buena presa, y ésta tragada, volvia á echar la espuma y á porfía acudian los peces á comer de ella y la culebra á tragárselos.

Otras se sustentan de ratones, conejos y otras cosas de este género, y tienen tanta ponzoña, que si un género de anhélito que despiden llega á la caza, aunque vaya corriendo, la detiene, de manera que no sólo se le rinde, pero aun se alarga y dispone de manera que con facilidad la pueda tragar: vilo esto con grande admiracion mia, que siendo la caza de largo de un geme, se fué alargando y adelgazando un tercio, y así la tragó con mucha facilidad.

Hay otras culebras cuyo grandor es tal, que se tragan un hombre. Vimos tragar á un indio cuya estatura era de dos varas y muy membrudo. Andaba este hombre desnudo, pescando con el agua á la cintura, tragólo esta bestia, y al siguiente dia lo volvió á echar entero, pero tan quebrantados los huesos como si los hubieran molido. No salen del agua, y en los mayores remolinos que hace el Paraná las vi; tienen la cabeza disformemente grande, la figura de cabeza y cuerpo de culebra, la boca es disforme.

Hay otras culebras de tres y cuatro varas que habitan en malezas pantanosas, salen á la orilla á esperar la caza, y con extraña lijereza saltan y la atan, y con un hueso que tienen muy agudo en la cola procuran herir la vía posterior, con que la rinden y la llevan á su pantanosa habitacion, y si hallan resistencia vuelven á remojarse en el agua, porque la sequedad las debilita las fuerzas, y luego vuelven

á la pelea. Esto se vió en un indio al cual acometió una de estas culebras, y aunque le cogió los brazos resistió el indio por un rato. Vístose seca la culebra, dió un salto al agua, y con la misma presteza volvió á probar su ventura; pero el indio advertido levantó los brazos y así le ató solo el cuerpo. Llevaba el indio un cuchillo pendiente por las espaldas de una cuerda que llevaba al cuello, y con toda presteza tronchó la culebra y la mató, gozoso de llevar que comer aquel dia y otros, que todos estos animales son sustento de los indios.

Hay una gustosa justa entre unos pájaros que los naturales llaman macaguá y unas víboras pequeñas, de que son muy amigas estas aves; esta ave entremete el pico por las plumas de la ala, que le sirve como de rodela, y embistiendo con la víbora la da una fuerte picada, la víbora le da otra, y si se siente el pájaro herido arremete á unas matas de yerbas que tienen el mismo nombre del pájaro, y comiendo de aquellas ramitas vuelve á la justa, y cuantas veces se siente herido tantas vuelve á comer de aquella yerba, hasta que á picadas mata la víbora y se la come, acudiendo luego á su botica por la contrayerba, comiendo unos renuevos de aquellas matas, con que queda juntamente mantenido, curado y vencedor. De aquí tomaron los naturales el uso de esta yerba para todo género de ponzoña, y aun hemos visto otros efectos buenos contra el dolor de cabeza, calenturas, ocupacion de estómago y otras enfermedades.

Los tigres que se crian por aquellas tierras son innumerables, con la multitud de ganado vacuno silvestre que tienen á su querer. Tanto es, que por

lo que acá se compra una gallina, se compra allá una vaca, que solo el sebo pesa arroba y media y aun dos á veces. De la naturaleza de estos tigres se podia decir mucho: iban dos por una playa siguiendo el rastro de un puerco de agua, que están mucho tiempo en ella y es su refugio contra los cazadores. Vió el tigre por el rastro que se habia echado al agua, arrojóse á búscarlo y por curiosidad recé la oracion del Ave María, y á la sexta Ave María que dije, salió el tigre con su presa ya muerta, y entre los dos tuvieron bien que comer. Han conocido los naturales que huye este animal de la orina humana como de la muerte. Siguió un tigre á un indio por un monte, cerca de mi alojamiento, y aunque dió voces no le pudimos oir; subióse en un árbol y el tigre se echó al pié de él esperando á que bajase; arrojábale el indio ramones para espantarlo, pero no se meneaba; usó de este remedio tan fácil y al punto que el tigre lo olió se fué. Busca la peor carne, y si hay español y negro y indio, embiste con el negro, y si negros solos, con el más viejo ó de mal olor.

Hay unos animales que llaman anta. Son como borricos, las orejas muy pequeñas, tienen una trompa de un palmo que alargan y encogen que parece les sirven de tomar viento, tienen en cada pié y mano tres uñas. Del cuero hacen los soldados morriones que defienden de saetas y á veces de balazos. La carne es muy buena semejante á la de la vaca. De dia comen yerbas y de noche barro salobre, y hay en algunos parajes tanto rastro como en un corral muy grande de vacas. Los cazadores acuden de noche á estos barreros, y en sintiendo que

vienen cerca, sacan de repente un hachon encendido, con que deslumbrada da lugar á que la maten. Toda la noche se les va en este ejercicio, y á la mañana las buscan por el rastro y á pocos pasos las hallan muertas. Las uñas de este animal son contraveneno, principalmente la uña del brazo izquierdo, que corresponde al corazon, de que el mismo animal, enseñado de la naturaleza tiene conocimiento, y así, en sintiéndose con accidentes mortales se echa sobre el brazo izquierdo, aplicando aquella mano al corazon, y así se ha visto muchas veces por la experiencia: tienen en el buche piedras bezares que sirven contra la ponzoña.

IV

Cómo los de la Compañía entraron á la provincia del Paraguay.

Los Padres Provinciales del Perú enviaron algunos Padres (1) por via de mision á la ciudad de

(1) El principio de los trabajos apostólicos de la Compañía de Jesus en las regiones del Paraguay se puede fijar en el año 1586. Abrió á los jesuitas la puerta de aquellos países el celo de dos ilustres obispos de la Orden de Predicadores, Fr. Francisco de Victoria, elevado á la silla de Tucuman en 1578, y Fr. Alonso Guerra, que ceñia la mitra de la Asuncion y tenia á su cargo el país llamado propiamente Paraguay.

El primero de estos prelados viéndose falto de clero, escribió cartas muy fervorosas á los Padres Provinciales de la Compañía en el Perú y en el Brasil, pidiéndoles socorro de misioneros para el cultivo de su vastísima diócesis. Acudieron del Perú tres jesuitas en dicho año 1586 y poco despues desembarcaron en Buenos-Aires otros cinco, enviados por el venerable P. Anchieta, Provincial del Brasil. Hallábase en esta ciudad Fr. Alonso Guerra, que viendo llegar á los misioneros, los convidó con su diócesis de la Asuncion. Como aquellas regiones del

la Asuncion, que dista de la villa de Potosí, último término de la provincia del Perú, 500 leguas, en donde hicieron casa, predicaron y ejercitaron los ministerios de la Compañía por algunos años; pero como los Superiores no pudiesen visitar esta residencia por la longitud de tierra, la deshicieron, llamando á los Padres. Sólo uno, llamado el P. Tomás Filds, irlandés de nacion, hombre de muy madura edad y rara virtud, fué detenido allí con providencia del cielo para guarda de nuestra casa é iglesia, que aun con vivir el Padre en ella no faltaron Religiosos que deseasen ocuparla; pero el Padre con la esperanza que siempre tuvo de que habia de ser bien ocupada de nuestros Religiosos, que habian de acudir á la miés de indios gentiles que ya se iba sazonando, nos la conservó.

Por los años de 1603, el P. General Cláudio Aquaviva, inspirado del cielo (como muchas veces oimos al venerable P. Diego de Torres) puso todo su conato en volver á levantar la mision del Paraguay y hacerla viceprovincia, y así nombró al dicho P. Diego de Torres por Provincial, y juntamente le envió seis Padres, tres españoles y tres italianos,

Tucuman y Paraguay estaban colonizadas por españoles, pareció á los jesuitas que la nueva mision debia depender de la provincia española del Perú y no de la portuguesa del Brasil, y por eso habiéndose vuelto dos de los misioneros del Brasil, permanecieron los otros tres, unidos á los del Perú, á cuya provincia se agregaron.

Durante unos quince años trabajaron estos Padres y algunos más que les llegaron de refuerzo, primero con los españoles de las ciudades y despues con los indios de las selvas. Copioso fué el fruto que recogieron, pero de poca duracion, por el carácter nómada y pasajero que tenian aquellas misiones. A principios del siglo XVII se trató de dar consistencia y formalizar aquellos trabajos apostólicos, objeto que se logró con la fundacion de la provincia de Paraguay y Chile, de que habla luego el P. Montoya. (N. del E.)

que fueron los primeros que pasaron de Europa á aquella nueva provincia y socorro primero que Su Majestad nos dió.

En este mismo tiempo que el P. Cláudio Aquaviva en Roma fundaba la provincia del Paraguay, despertó nuestro Señor en las Indias los ánimos de algunos para la misma empresa y espiritual milicia, entre los cuales fué uno que, deseando hacer un largo viaje, con ánimo de las granjerías que mueven á los hombres á perder el miedo á los peligros, y como el de la mar es cierto, acogióse al reparo de una buena y general confesion para cualquier suceso, la cual hizo despues de un muy buen exámen con un Religioso de la Compañía, el cual le persuadió hiciese unos ejercicios de los que da esta sagrada Religion. Él, ignorante no sólo de los maravillosos efectos que suelen causar, pero aun del nombre, dejándose guiar de su espiritual Padre los aceptó. Tres dias estuvo en ellos como en galera; porque como las cosas pasadas de sus vanidades y locuras le robasen con arrebatada violencia el pensamiento, que en solo Dios, la muerte, eternidad de pena ó gloria deseaba fijar; érale tormento cruel verse sumergido en devaneos y locuras, amigos y pasatiempos, que juzga el mundo por dichosa vida, siendo á la verdad muerte desdichada.

Al cuarto dia, temeroso de ponerse á la oracion como si fuera á un remo, porque allí le apretaba el demonio fuertemente, excitándose á esperanza de algun espiritual sosiego, se sintió con deseos de orar, libre de pensamientos, el entendimiento claro y la voluntad muy bien afecta, y con asomos de espiritual consuelo, y bien de repente se halló como

en region extraña, y tan léjos y apartado de sí mismo, como si él no fuera. En este punto le mostraron un grandísimo campo de gentiles y algunos hombres que con armas en las manos corrian tras ellos, y dándoles alcance los aporreaban con palos, herian y maltrataban, y cogiendo y cautivando muchos, los ponian en muy grandes trabajos.

Vió juntamente unos varones más resplandecientes que el sol, adornados de unas vestiduras cándidas. Conoció ser de la Compañía de Jesus, no por el color, sino por cierta inteligencia que le ilustraba el entendimiento. El blanco (me dijo él mismo, como al más conjunto que en amistad tuvo siendo secular) que significaban cosas bien misteriosas, las cuales habré yo de dejar por no salir del hilo de mi narracion. Aquellos varones procuraban con todo conato arredrar á aquellos que parecian demonios, que todo hacia una representacion del juicio final, como comunmente lo pintan; á los ángeles defendiendo las ánimas, y á los demonios ofendiéndolas. Vió que hacian oficio de ángeles los de la Compañía, con cuya vista se encendió en un ardiente deseo de serles compañero en tan honroso empleo. Siguióse luego el ver y sentir experimentalmente que Cristo nuestro Señor bajaba de lo alto vestido de una ropa rozagante y celestial, á modo de manto, arrojado por debajo del brazo, y acercándose á él que estaba de rodillas, le echó el brazo sobre sus hombros, y llegándole el rostro á la llaga del costado le puso la boca sobre ella, donde por un buen rato bebió de un suavísimo vapor que por ella salia, deleitando el gusto y el olfato sobre todo lo imaginable.

Aquí entendió que Cristo Jesus, regalo de las almas que por medio de la gracia se unen con Él, le escogia para la provincia del Paraguay, en donde habia gran suma de gentiles que solo esperaban oir las dichosas nuevas de las bodas del Cordero, imprimiéndole en su alma un ardiente deseo de emplearse en su conversion. Afirmóme muchas veces que fué tanta la suavidad que en esto tuvo, que juzgó haber pasado todo en un punto; pero por la cuenta del reloj habia pasado de hora. Trocósele aquí el despego y desamor que tenia á la Compañía en un entrañable y tierno amor, cobrando singular estima de su instituto y ansias de pedir le recibiesen. Pero el levantado concepto que habia cobrado de su apostólico instituto, le acobardó por muchos dias á descubrir sus deseos, hasta que comunicándolo con un muy santo y docto varon, le alentó á que intentase á conseguir tan santos deseos, encargándole que á nadie diese parte de su vocacion y llamamiento al Paraguay, sino que lo dejase á sola la Providencia divina sin usar de diligencia humana, para que á solo Dios se atribuyese el fin de un tan dichoso princip

Guardó el consejo con un exacto rigo ı :pero gusta el Señor que sus mercedes se manifiesten, y cuando el que las padece dice: *Sacramentum Regis abscondere bonum est*, sabe el Señor manifestarlas él mismo para su gloria y provecho nuestro. Y así se lo reveló á una santa mujer de muy aprobado espíritu, la cual, estando comunicando sus cosas con su confesor en la iglesia, le dijo: «Ve, Padre, aquel Hermano que sale ahora á ayudar misa en el altar mayor? pues sepa que ha de ir á la provincia del

Paraguay que se trata de fundar ahora, y allá ha de padecer muchos trabajos; pero el Señor irá con él y será en su ayuda.» Preguntóle el confesor si le habia conocido antes. Respondió que ninguna otra fuera de aquella vez le habia visto, pero que el Señor se lo habia revelado. Vive hoy este Religioso en aquella provincia, donde trabaja con grande estima y aprecio de su apostólico empleo, y como amigo íntimo suyo me hizo relacion de esto. Y el haber revelado nuestro Señor su ida á la provincia de Paraguay, lo oí al mismo confesor de aquella santa mujer, y aun de boca de ella oí otras cosas que no pertenecen á mi narracion, aunque son del mismo sujeto.

V

Fúndase la provincia del Paraguay.

El apostólico varon P. Diego de Torres (cuya vida se espera presto impresa) primer Provincial de la provincia del Paraguay, viéndose con algunos sujetos, aunque pocos, para cosecha tan grande como ofrecia casi innumerable número de gentiles, y con seis obreros que de antemano el Padre General le envió, sin la solicitud de otro procurador que el de la inspiracion divina, con que le instaba el cielo á formar aquella provincia de cuyo tesoro de almas esperaba enriquecerse, dió feliz principio á su provincia. Dejando las fundaciones de colegios, aplauso con que los españoles los admitieron, frutos muy copiosos que se cogieron, de-

que se verá con el tiempo bien enriquecida una larga historia, sólo tocaré algunas cosas tocantes á los indios, que es solo mi intento, y en lo que el apostólico Provincial puso su principal cuidado, enviándoles apóstoles y ángeles de paz que les anunciasen la salud eterna.

La primera mision que emprendió fué hácia el Sur, á donde envió al venerable P. Marcial de Lorenzana, hombre noble en sangre, pero mucho más en santidad, cuya vida escribió despues de su muerte el P. Diego de Boroa, Provincial que hoy es de aquella provincia. Ofrecióse el P. Lorenzana muy de voluntad á la obediencia y á los sucesos varios que en empresas de infieles comunmente se esperan. Fundó la primera reduccion (1) que la Compañía hizo en aquella provincia (llamamos reducciones á los pueblos de indios, que viviendo á su antigua usanza en montes, sierras y valles, en escondidos arroyos, en tres, cuatro ó seis casas solas, separados á legua, dos, tres y más unos de otros, los redujo la diligencia de los Padres á poblaciones grandes y á vida política y humana, á beneficiar algodon con que se vistan; porque comunmente vivian en desnudez, aun sin cubrir lo que la naturaleza ocultó). Llámase esta reduccion San Ignacio, dista de la ciudad de la Asuncion 25 leguas, en que será fuerza nos quedemos por ahora hasta que subamos hácia el Oriente á la provincia de Guaira,

(1) Asentóse esta reduccion el año 1611, despues de un año de fatigas increibles. Por eso los dos Padres italianos, de quienes luego se habla, aunque quizá empezaron á trabajar más tarde que el P. Lorenzana, lograron antes su objeto reuniendo la reduccion de Loreto ya en el año 1610. (N. del E.)

de donde bajaremos, y quizá huyendo de los vecinos de San Pablo, á tratar de esta y de las demás reducciones del rio Parana.

VI

Entrada que hizo la Compañía de Jesus á la provincia de Guaira.

En este mismo tiempo envió el P. Diego de Torres á la ciudad de Guaira (constaba de solos treinta hombres) al P. José Cataldino y P. Simon Maceta, ambos italianos, valerosos misioneros y fieles hijos de la Compañía, apóstoles de aquella gentilidad. Distaba Guaira de la Asuncion 160 leguas caminando al Oriente. Más adelante, por el mismo rumbo, estaba la Villa-Rica, 60 leguas distante de Guaira. Tenia esta villa 100 hombres; esta tierra es toda montuosa y ágria, á cuya causa se iba de un lugar á otro por rios, que los hay muy grandes, y en estos parajes, el rio Parana, que es el que comunmente llaman de la Plata, tiene por algunas partes á dos leguas de ancho. En la ciudad de Guaira ejercitaron los Padres sus ministerios; pasaron á la Villa-Rica con harto trabajo, por haber en este tan prolijo viaje dos embarcaciones: la una desde la ciudad de la Asuncion al puerto de Maracayu, de treinta y cuarenta dias de despoblado, por un enfadoso rio y habiendo de llevar la comida necesaria para este tiempo. Desde Maracayu se va por tierra hasta el gran salto de Paraná, que es una de las maravillas que hay en el mundo, en que se gastan seis y ocho dias que se andan á pié por pantanos y ásperos ca-

minos y peligrosos rios, que llenos con las avenidas, dan paso á los caminantes las puntas de los árboles, atando de unas en otras algunos palos con unos juncos, que por su facilidad en quebrarse es cosa muy peligrosa.

Desde este salto se toma otra embarcacion, y caminando el rio arriba, á dos leguas estaba la ciudad de Guaira; y subiendo por otro rio llamado Huibay, en ocho dias se llegaba á la villa del Espíritu Santo, lo cual está ya todo asolado por los vecinos de San Pablo, como despues diremos. Estuvieron aquí los Padres muy enfermos, y la falta de médicos y medicinas les puso al último trance de la vida. Convalecidos ya, ejercitaron sus ministerios con muy gran fruto de las almas. Habia en esta villa un cura, que siendo Religioso profeso de cierta religion deseó mudar hábito, y fingiendo que le habian de noche hurtado los suyos, tomó los de San Pedro, con que vivió y murió como clérigo, bautizó muchos adultos sin otro catecismo que arrojarles el agua en la cabeza.

Habiendo cumplido los Padres con su mision entre españoles, pusieron la mira en la conversion de los indios á que habian sido enviados, y aunque por aquellas partes habia muchas provincias de gentiles al parecer dispuestas para el Evangelio, guiólos el cielo por un rio llamado Paranapane, que quiere decir rio desdichado y sin ventura. Desdicha fué para el demonio y dicha para el cielo, pues en aquella provincia se registró por el bautismo un gran tesoro de almas para el cielo. Acompañó en esta empresa á los Padres un vecino de Guaira, á título de lenguaraz, hombre que tuvo de-

seos de hacer bien. Navegaron por este rio arriba diez ú once dias, todo despoblado, y al cabo dieron en un pueblo que estaba á orilla del mismo rio y por un lado le ceñia un arroyon llamado Pirapó. Vivian en él como 200 indios que recibieron con mucho amor á los Padres. Allí levantaron el estandarte de la Cruz, hicieron una pequeña choza para iglesia que intitularon de Nuestra Señora de Loreto, donde hicieron alto por algunos dias. Tomada noticia de la gente que por aquellos rios habia, se partieron juntos los dos Padres con su compañero, para que la gente, que como atrás dijimos vivia desunida en lugarejos pequeños, se juntase en poblaciones grandes. Hallaron 25 aldehuelas y algunas poblaciones de razonable número. Daban los Padres á los gentiles razon de su venida en sus sermones, que era hacerlos hijos de Dios y librarlos de la esclavitud del demonio.

Por otra parte el español seglar hacia su negocio, y tal, que puso á pique de que el Evangelio y sus predicadores fuesen desterrados ó desestimados. Repararon los Padres que venia á casa una vez sin sombrero, otra sin capa, otra sin sayo ni jubon, y otra sin calzones, usando de solos pañetes blancos y un lenzuelo atado en la cabeza. Extrañada esta novedad le preguntaron los Padres la causa, y él les respondió estas palabras: «Vuestras Paternidades predican á su modo, yo al mio; fáltanme á mí palabras, y así predico con obras: he repartido todo lo que traia para ganar la voluntad de estos indios principales; porque estos ganados, los demás quedarán á mi voluntad.» ¿Quién no se edificara con tal accion y celo? Confundíanse los Pa-

dres de no tener que dar ¡tanta era su pobreza!

Habiendo hecho su negocio el español, pidió licencia para irse, y apénas habia partido, cuando descubrieron los indios la almoneda que aquel hombre habia hecho de su vestido, que con cada pieza de él habia comprado una india ó un muchacho, juzgando los indios que habia sido órden de los Padres, con que perdieron por entónces algo del crédito que de ellos tuvieron al principio, aunque bien satisfechos por los Padres, volvieron á recobrar su crédito. Peste es esta que sigue al Evangelio, que luego tras la libertad que alcanzan por el bautismo entra la servidumbre y cautiverio, invencion ya no diabólica, sino humana, para atajar el paso al Evangelio; porque con estas compras se hacen guerra unos á otros para venderse, roban, matan y aumentan el número de concubinas.

VII

Ida á aquella mision del P. Antonio Ruiz, y trata de la yerba que llaman del Paraguay.

Habia como seis meses que los Padres estaban en el Pirapo, y año y medio que habian salido de la Asuncion, cuando el P. Diego de Torres me envió á aquella provincia, si bien estuvo en balanza mi partida. Porque habiéndome llevado desde la ciudad de Córdoba á la de la Asuncion, que hay 200 leguas, y ya con el pié en el camino de mi mision, me dijo estas palabras: «Yo le habia traido para aquella mision apostólica de Guaira, pero la necesidad que de su persona tengo, me obliga á mudar

consejo y llevarle á Chile.» Helóme el corazon tan inopinada deliberacion, y sin responderle cosa me acogí al Santísimo Sacramento, y fué la resolucion que luego, mudando de parecer, me señaló para aquella provincia.

Partimos juntos el P. Antonio de Moranta y yo, y á la mitad del camino de cuarenta dias de despoblado, nos faltaron los tasajos y harina de palo, que era nuestra provision. Quedónos algun poco de maíz, del cual tomamos un puñado de él cada uno á mediodia, y otro tanto á la noche. Causó esta estrechura una muy penosa enfermedad al Padre, y como la fama nos avisaba de otras dificultades que nos esperaban adelante, le forzó la necesidad á que del puerto de Maracayu se volviese.

Recibiéronme los indios de este pueblo con mucho amor, conté la gente y hallé 170 familias, y como despues en mis peregrinaciones hice paso por allí algunas veces, en pocos años vine á contar no más de 50. De este comun desmedro de los indios sujetos ó encomendados á españoles, ya no se pregunta la causa por ser tan sabida, ni causa admiracion, ni aun se repara por ser comun. Quedéme en aquel pueblo algunos dias administrándoles los Sacramentos, y con el continuo curso de hablar y oir la lengua, vine á alcanzar facilidad en ella.

Está fundado este pueblo en un pequeño campo rodeado de casi inmensos montes de árboles silvestres, en que hay manchas de á dos y tres y más leguas de largo y ancho, de los árboles de que hacen la yerba que llaman del Parayuay. Son muy altos, hojosos y gruesos, la hoja es algo gruesa, la hechura de lengua. Derriban estos árboles, pero

brotando de su tronco muy gruesos renuevos, en tres años se ponen en la hermosura y grandor que tenian cuando los cortaron. Los gajos de estos árboles se ponen en unos zarzos, y á fuego manso los tuestan, y la hoja la muelen con no pequeño trabajo de los indios, que sin comer en todo el dia más que los hongos, frutas ó raíces silvestres, que su ventura les ofrece por los montes, están en continua accion y trabajo, teniendo sobre sí un cómitre, que apénas el pobre indio se sentó un poco á tomar resuello, cuando siente su ira envuelta en palabras, y á veces en muy gentiles palos. Tiene la labor de aquesta yerba consumidos muchos millares de indios; testigo soy de haber visto por aquellos montes osarios bien grandes de indios, que lastima la vista el verlos, y quiebra el corazon saber que los más murieron gentiles, descarriados por aquellos montes en busca de sabandijas, sapos y culebras, y como aun de esto no hallan, beben mucha de aquella yerba de que se hinchan los piés, piernas y vientre, mostrando el rostro solos los huesos, y la palidez la figura de la muerte.

Hechos ya en cada alojamiento, aduar de ellos, 100 y 200 quintales, con ocho ó nueve indios los acarrean, llevando acuestas cada uno cinco y seis arrobas 10, 15 y 20 y más leguas, pesando el indio mucho ménos que su carga (sin darle cosa alguna para su sustento), y no han faltado curiosos que hiciesen la experiencia, poniendo en una balanza al indio y su carga en la otra, sin que la del indio, con muchas libras puestas en su ayuda, pudiese vencer á la balanza de su pesada carga. ¡Cuántos se han quedado muertos recostados sobre sus cargas,

y sentir más el español no tener quien se la lleve, que la muerte del pobre indio! ¡Cuántos se despeñaron con el peso por horribles barrancas, y los hallamos en aquella profundidad echando la hiel por la boca! ¡Cuántos se comieron los tigres por aquellos montes! un sólo año pasaron de 60.

Clamaron estas cosas al cielo; envió Su Majestad Católica al remedio de estos males al Dr. D. Francisco de Alfaro, oidor que hoy es del Consejo de Hacienda, persona nacida para aquello, á quien la experiencia de vista de casi todo el Perú, en visitas que hizo de provincias y gobiernos, con órdenes muy justas que puso, le llevó á aquella provincia, donde ni antes ni despues hasta hoy, ha visto garnacha alguna, con que el Occidente le celebra, deseando verle en el Consejo de Indias, donde como allá con su presencia le puso tan cristianas órdenes, acá con sus recuerdos y acertados pareceres haga que se ejecuten. Prohibió con graves penas el forzar los indios al beneficio de la yerba, y á los mismos indios mandó que ni aun con su voluntad la hiciesen los cuatro meses del año, desde Diciembre hasta Marzo inclusive, por ser en toda aquella region tiempo enfermísimo.

Así lo mandó este rectísimo juez, mas no se cumple, habiendo Su Majestad confirmado todas sus ordenanzas á la letra sin mudar cosa, aunque ciertos procuradores, no de los indios, que no los tienen, sino de los españoles, acudieron á esta corte con relaciones, cuya falsedad no se entendió; alcanzaron del Consejo limitacion de algunas, mejor dijera ampliacion. Callarélas todas por no salir del carril de la brevedad que en esta narracion preten-

do, pero por una sola haré demostracion de las demás. El Dr. D. Francisco tasó los indios en cinco pesos huecos (de que ya dijimos) y aunque deseó desterrar del mundo el abominable servicio personal (que ya hoy Su Majestad, que Dios guarde, con apretadísimas órdenes ha mandado que se destierre de las Indias, si bien no falta quien le alce el destierro) no le fué posible entónces, y así ordenó que por los cinco pesos sirviese cada indio un mes.

Acudieron los procuradores dichos á esta corte, y sin que hubiese hombre que hablase por los desamparados indios (aunque lo que gastaron en la corte los procuradores fué sudor y sangre de indios) porque soy testigo que les quitaban los bueyes, los caballos y yeguas, y otras cosas de sus haciendas, diciéndoles que eran para aviar al procurador que venia á procurar el bien de la tierra, y comun (siendo su particular propio) lo que alcanzaron fué que en lugar de aliviar los indios, salieron condenados á que pagasen doblado tributo, que son 10 pesos pagados en dos meses de servidumbre personal, y ya tomáran los pobres que fuesen esos solos; pero es de notar que muchos acuden á esta mira ó servidumbre de 30, 40 y 50 leguas, y aún 160 que hay de Maracayu al Paraguay, á cuya causa es fuerza que despues de haber tardado en el camino ocho, quince y veinte dias en venir, y dos en pagar su tributo, les obligue el rigor y miedo de la compulsion á detenerse por lo ménos otro mes, y á veces dos y tres más.

Soy testigo que en la provincia de Guaira el más ajustado encomendero se servia los seis meses de cada año de todos los indios que tenia encomen-

dados, sin paga alguna, y los que no se ajustaban tanto los detenian diez y doce meses. Y si esto es así, como es verdad, ¿qué tiempo le queda á este desdichado para sustentar su mujer y criar sus hijos? que á veces suelen ser ajenos, engendrados en tan larga ausencia. Punto es este que pide más espacio del que llevo. Demás de este engaño de doblado tributo, queda otro en que paga el indio más tributo de los 10 pesos, siendo agraviado en el precio comun de un jornalero de aquella tierra. Por ordenanza está mandado que á un jornalero por cada dia se le dé real y medio, que en treinta dias son 45 reales, reteniendo en sí su libertad de alquilarse (que es otra circunstancia) y al pobre indio, forzándole á pagar con su persona, le fuerzan á que sirva por 40 reales cada mes; de suerte que paga 10 reales más sobre el doblado tributo que le han puesto, que todo monta 11 pesos y dos reales de tributo, que para tan pobre tierra es intolerable carga.

Divertídome he, y no sin causa, en tratar de agravios de indios, por ser mucha parte de ellos esta yerba, y volviendo á ella para decir lo que queda, digo, que con todo cuidado he buscado su orígen entre indios de ochenta y cien años, y he sacado por cosa averiguada, que en tiempo que estos viejos eran mozos no se bebia ni aun se conocia sino de un hechicero ó mago que tenia trato con el demonio, el cual se la mostró y dijo, que cuando quisiese consultarle, bebiese aquella yerba, y así lo hizo, y de su enseñanza otros que en nuestros dias hemos conocido, y comunmente los hechizos que hacen llevan de esta yerba. Dieron en usarla los

indios viejos, pero con moderacion; los frutos que comunmente refieren de esta yerba, son que les alienta al trabajo, que les sirve de sustento, y así lo vemos cada dia, que remará un indio todo un dia, sin otro sustento que beber de tres en tres horas la yerba, púrgales el estómago de flemas, y despierta los sentidos, ahuyenta el sueño al que desea velar sin embarazo de sueño, y en esto parece á algunos que se semeja, ó es la misma yerba de la China llamada *cha*, que quita el sueño y aun el nombre no desdice mucho, porque en la lengua de los naturales se llama caa.

Los naturales indios la toman con medida una vez al dia; los españoles han hallado remedio en ella contra todos los males, y dicen que es muy experimentado remedio contra mal de orina, á cuya causa la usan por aquellas partes sin órden ni medida. De la demasía en beberla he visto á algunos que por muchos dias perdieron el juicio, y harta falta de él es comun de tantos, que en sólos vómitos gastan cada año de 300 libras. Yo no dudo que tenga virtud (aunque nunca la he probado), pero el abuso en usarla es condenable, en su trabajoso beneficio, en la estimacion y aprecio, en los efectos de sustentar con aliento al que trabaja, en el subido precio en que se vende (porque en el Paraguay vale un quintal, que son 100 libras, 25 pesos huecos; en Santa Fe vale 16 y 20 en reales de plata, en el Tucuman 35 y 40 pesos, y á este paso va subiendo mientras más se va llegando á Potosí) y en el uso superticioso de hechicerías, y aún en el olor y sabor que es zumaque, es muy semejante á la yerba del Perú que llaman coca.

VIII

Efectos del descuido que se tiene en no tratar bien los indios.

No es mi intento referir los agravios que comunmente reciben los indios, porque seria recopilar muchos autores, y añadiendo lo que yo he visto, hacer muy gran volúmen. Los que me obligaron á venir á esta corte será fuerza referirlos en su lugar, los efectos de estos agravios referiré: El uno sea, no querer los gentiles recibir el Evangelio. El segundo, los ya cristianos detestarlo; porque si por el oido oyen la justificacion de la ley divina, por los ojos ven la contradiccion humana ejercitada en obras. En muchas provincias hemos oido á los gentiles este argumento, y visto retirarse de nuestra predicacion, infamada por malos cristianos; dos solas pruebas traeré de aquesto.

Tiene la ciudad de la Asuncion en frente de sí (el rio Paraguay en medio) dos naciones, Guaicurus se llama la una, y Guaicurut la otra, ambas harán número de 500 indios, y aun ménos; tienen por casas unos pellejos de vaca, y así son portátiles. Son agigantados, los varones andan desnudos, las mujeres no, antes son honestas en su vestir. Usan de lanza y garrote, que despiden con ligereza y acierto, usan de arco y flecha, no siembran, pero cogen de los sembrados de los españoles, hurtando lo que pueden, y muy de ordinario entran en las estancias de ganados, y matan lo que quieren, y llevan al dueño el sebo y la carne y se la venden. Pasean

la ciudad con toda seguridad, pero en sus tierras no la tienen los españoles que allá entran, porque con la facilidad que á una vaca degüellan á un español, y es tanta su fiereza, que no alcanza el poder de los españoles á corregirlos.

Trataron los gobernadores que los de la Compañía domesticasen por el Evangelio esta bárbara gente. Encargóse esta difícil empresa al P. Pedro Romero, varon verdaderamente apóstólico, cuyo trabajo que con ellos tuvo es digno de cumplida historia. Hizo con ellos las invenciones que su fervoroso deseo le pintaba, para arrancarlos de sus bestiales costumbres y plantarlos en el cristianismo, pero no pudo en muchos años, porque se burlaban de nuestra fe. Porque ¿qué importaba que este apostólico varon les predicase la hermosura de la castidad, si en la ciudad veian adorar á Venus?: Apoyaban con esto sus bestiales costumbres, con que tenazmente están resueltos de vivir hasta la muerte, y así aqueste apostólico varon hubo de dejar aquellas infructíferas plantas, si bien cogió algunas flores de infantes, que antes que las marchitase la muerte, recibieron el agua que da vida. Obligóle á dejarlos un señor Obispo, obligándose á poner un sacerdote, que compelido de estos bárbaros á dos dias le obligaron á no volver jamás á verlos. El gobernador y el pueblo instaron á que la Compañía se encargase de ellos, mirando al bien comun de su República; porque los hurtos de los caballos y otras cosas, hacia el Padre que los restituyesen.

Tenian tambien los españoles aviso de los designios de los indios, porque aun el dia de hoy no se tienen en la ciudad por seguros de las vidas, vi-

viendo con centinelas de dia y de noche, y un insufrible afan. No tuvo efecto su deseo, porque cuando la emulacion se enseñorea arrastra obligaciones, aunque sea á costa de pérdidas de almas.

Hay otra provincia que llaman Calchaqui, cristianos bautizados, en que Su Majestad tenia un pueblo suyo que le daba no pequeño tributo. Habia en las doctrinas clérigos y en la ciudad religiosos. Viéronse estos indios tan apurados del continuo trabajo del beneficio de algodon y tejumbre de lienzos, y sus mujeres tan afanadas con el perpetuo hilado y rigor con que se les pedia la tarea aun á la más ocupada en criar sus hijos, que les obligó la necesidad á buscar el desahogo. Alzáronse, mataron buen número de españoles, y fué fuerza á los vivos desamparar la ciudad y sus bienes, que no eran pocos, y guarecerse á la ciudad de las Corrientes; y aunque se ha hecho esfuerzo para volver á recuperar aquella tierra, no ha sido posible, aunque entró á ello un gran soldado y noble, el maestre de campo Manuel Cabral, que con su persona y bienes ha servido á Su Majestad muy fielmente; antes con 700 caballos que un cierto general les dejó por despojos en una retirada que hizo, y armas que han ganado, se han pertrechado y animado de manera que se desespera ya de su conquista. Esto pasó muy poco ha en las provincias del Paraguay y Buenos-Aires. Lo mismo y casi en el mismo tiempo ha sucedido en el gobierno del Tucuman con otra nacion del mismo nombre Calchaqui, conquistada por el Evangelio que predicaron los de la Compañía, donde tuvieron cinco poblaciones. Molestólas el infame servicio personal, y

á los predicadores del Evangelio de tal suerte, que les fué fuerza despedirse de los indios, que con harto sentimiento y dolor quedaron, no siendo menor el de los Padres que los dejaron.

Causó contento á los españoles esta salida, pero viéndose los naturales privados de tanto bien y cargados de trabajos, tomaron las armas, despidieron el yugo, corrieron la tierra y estancias de los españoles, mataron muchos y destruyeron sus haciendas, ganados y sementeras, despoblaron un pueblo de españoles, y llevaban ánimo de destruirlos todos, y fué necesario que la Real Audiencia de los Charcas á tan desesperado suceso enviase el fiscal de aquella Audiencia por general, que ni su autoridad ni fuerzas que llevaba, con muy gran gasto de la Real Hacienda, fué bastante á poner remedio, hasta que viéndose toda aquella provincia gastada de hombres y hacienda, tomó por último remedio el de la paz, dejando los indios en sus tierras de que hoy gozan, no sin deseo del Evangelio; porque todos piden sacerdotes, afirmando que no se rebelaron contra el Evangelio sino contra la tiranía y agravios. Y si en la provincia del Uruguay donde el Evangelio entró desnudo de armas, derramaron su sangre cinco sacerdotes de la Compañía con insignes martirios, no es flaqueza del Evangelio sino fortaleza suya y riesgo eficaz para su crecimiento, y no es deshonor de España sino honra suya y aumento de la real corona, pues tan dichoso riesgo ha producido el fruto copiosísimo de 25 poblaciones ó reducciones que la Compañía tiene hoy firmes en la fe y obediencia de Su Majestad, á quien como yo en su nombre he propuesto en mis

memoriales, ofrecen el tributo que su Majestad fuere servido de imponerles.

Digresion ha sido esta no poco necesaria para mi intento; ahora quiero proseguir el hilo de mi viaje.

IX

Llega el P. Antonio Ruiz de Montoya á la reduccion de Loreto, donde estaban el P. José Cataldino y P. Simon Masseta.

Llegué á la reduccion de Nuestra Señora de Loreto con deseo de ver aquellos dos insignes varones el P. José y P. Simon. Hallélos pobrísimos, pero ricos de contento. Los remiendos de sus vestidos no daban distincion á la materia principal. Tenian los zapatos que habian sacado del Paraguay remendados con pedazos de paño que cortaban de la orilla de sus sotanas. Túveme por dichoso de verme en su compañía. La choza, las alhajas y el sustento decian muy bien con los de los anacoretas; pan, vino y sal no se gustó por muchos años; carne alguna vez la veiamos de caza, que bien de tarde en tarde nos traian algun pedazuelo de limosna. El principal sustento eran patatas, plátanos, raíces de mandioca, de que hay dos especies, dulce una, que asada ó cocida se come y no hace daño; la otra es brava y amarga, y comida de esta manera mata, rallada y esprimida se come, y el zumo lo usan muchos para dar sabor á lo que con ella se cuece. Hay tradicion que Santo Tomé el Apóstol les dió esta comida, el cual tomando un palo le trozó y mandó que lo plantasen, y así lo hacen y

tan, y sin tener el trozo raíz alguna, las produ-
ıuy gruesas en ocho, diez y doce meses, y si la
:e la plantan con la amarga, pierde su dulzor y
ace amarga y ponzoñosa. Obligó la necesidad
mbrar por nuestras manos el trigo necesario
ı hostias. Durónos media arroba de vino casi
o años, tomando de él lo preciso solamente para
ɜagrar, y por no ser cargosos á los indios, tenía-
en nuestro huertecillo de las raíces comunes
gumbres con que sustentarnos.
ılimos el P. José y yo por aquellos rios á con-
.r á los indios á que se redujesen en poblacio-
grandes, en puestos que ya se les habian seña-
ı. Llegamos á un pueblo cuyo gobernador era
;ran cacique, gran mago y hechicero y familiar
go del demonio, llamado Taubici, que quiere
.r, diablos en hilera ó hilera de diablos. Era
' cruel y con cualquier achaque hacia matar in-
ı á su antojo, y así era respetado y servido al
ɜamiento. Muy poco antes de nuestra llegada
ia hecho matar á un indio, porque habiéndole
ıo ayo de un hijuelo suyo enfermo, se habia
:rto. Cuando este queria hablar al demonio,
ıdaba que todos saliesen de su casa, y que en
:hos pasos á la redonda no estuviesen. Queda-
en su compañía de sus mancebas cuatro de las
queridas. Mandaba descubrir algo del techo
:u casa, por donde habia de entrar el mal espí-
, tomábanle á este miserable unos desmayos,
dábanle las mujeres teniéndole por los brazos y
ɜza, haciendo él fieros visajes y meneos. Con
s acciones y embustes que hacia publicaba des-
s muchas mentiras de cosas futuras, de que á

veces se seguian efectos, sacándolos del demonio por sus conjeturas. Este nos recibió bien, y aunque malo, nos libró de la muerte; porque algunos indios nos quisieron matar aquella noche de nuestra llegada, y aunque estaban determinados de hacerlo, les pareció no hacerlo sin consulta suya, el cual les respondió. *Si vosotros quereis matar á los Padres, hacedlo vosotros; pero yo no me meteré en eso.*

Este desden solo fué bastante para que nos quitasen la vida; á la media noche trataban de esto, y á esta hora desperté sobresaltado con un sueño que tuve de que nos iban á matar, con que estuvimos lo restante de la noche preparándonos para la muerte.

Bajó este cacique á la reduccion que habiamos intitulado de San Ignacio, que estaba á cargo del P. Simon Masseta; empezó con sus malas mañas á entablarse con los indios, y aunque muchos no le daban crédito por verse prendados de la fe que el Padre les predicaba, con todo eso un caso que le sucedió le acreditó mucho. Tenia un indio dos matas de cañas dulces en su granja. Sus vecinos como cosa tan nueva le hurtaron algunas, cogió las que quedaban y llevólas a este Taubici, diciéndole que le traia aquel pequeño don, por haberle hurtado lo demás. Preguntóle por los malhechores. Díjole que no sabia quienes fuesen. No os dé cuidado (dice) que los ladrones lo pagarán y serán conocidos, porque yo haré que la enfermedad de cámaras castigue ese atrevimiento. Fué así, que poco despues se emprendió en aquel pueblo y en los demas esta enfermedad, de que murieron algunos. Con esto cobró fama de tal suerte, que llegándose el dia de

Corpus Christi, apercibió el P. Simon la gente para que nadie saliese del pueblo hasta pasada la fiesta. Este Taubici por el mismo caso le dió deseo de irse del pueblo hácia el suyo, y convocando gente que le acompañase determinó su ida. Avisóles el Padre á él y á los demás, y principalmente á los que ya eran cristianos, que viesen primero la procesion y Misa, y que despues se fuesen. No lo pudo acabar con ellos, y con espíritu celoso les dijo: *Pues no quereis honrar á nuestro Criador y Señor, y despreciais mis amonestaciones, tened por cierto que allá donde vais os castigará muy bien.*

Sucedió como lo dijo, porque yendo su viaje muy contentos, haciendo burla y chacota del Padre y de sus amonestaciones y amenazas, llegando ya á su pueblo, que distaba del de San Ignacio 20 leguas, reconocieron indios que estaban en sus canoas en el rio. Fuese Taubici á ellos, teniéndolos por amigos, ellos luego que le reconocieron le mataron en venganza de uno que él habia muerto. Sus compañeros dieron á huir en sus embarcaciones, y los contrarios á seguirlos. Hirieron muchos, parte saltaron en tierra para escapar la vida por la espesura de los montes, y parte apretando los remos salieron del peligro. Volvieron sin su caudillo, y bien enseñados con este castigo á no creer á los ministros del demonio y á creer á los de Dios, con que cobró el Evangelio mucho crédito.

Llegamos á otro pueblo que gobernaba un honrado cacique, deseoso de oir las cosas de su salvacion. Pretendió el demonio estorbarle sus deseos, y así incitó á un gran ministro suyo, gran predicador de mentiras, que andaba en mision de pueblo

en pueblo engañando aquella pobre gente, predicándose que el era Dios, Criador de cielo y tierra y hombres, que él daba las lluvias y las quitaba, hacia que los años fuesen fértiles, cuando (empero) no le enojaban: que si lo hacian, vedaba las aguas y volvia la tierra estéril, y otras boberías de este modo, con que atraia á si no pocos necios. Este fué á visitar aquel cacique llamado Maracanan, el cual previno tres deudos suyos, para que se le atasen. Saltó el mago de su embarcacion, y puesto en tierra empezó á predicar con grande arenga y en voz muy alta, usanza antigua de estas bestias. La materia fué la porfiada necedad con que se fingen dioses. Llegó á la casa del cacique, hizo sus acostumbrados comedimientos; preguntóle el cacique quién era y á qué venia. Yo, dice, soy el criador de las cosas, el que fertiliza los campos, y el que castiga á los que no creen con varias y molestas enfermedades. Hizo señas el cacique á los tres mozos, que le ataron aunque no con mucha brevedad; porque por muy buen rato se defendió, diciéndoles que con su saliva los habia de matar, y así les escupia en los rostros. El buen cacique le decia: «Yo quiero probar si es verdad lo que tu dices, que das vida á otros, y lo veré si tu escapas de la muerte que ahora te tengo de dar.» Hízolo llevar al rio, y puesto en el raudal de él, atada una gran piedra al cuello lo hizo arrojar, donde el desventurado acabó su infeliz vida.

X

Ritos de los indios guaranis.

Vivian y hoy viven los gentiles en poblaciones muy pequeñas (como se ha dicho), pero no sin gobierno. Tenian sus caciques, en quien todos reconocen nobleza, heredada de sus antepasados, fundada en que habian tenido vasallos y gobernado pueblo. Muchos se ennoblecen con la elocuencia en el hablar (tanto estiman su lengua, y con razon, porque es digna de alabanza y de celebrarse entre las de fama) con ella agregan gente y vasallos, con que quedan ennoblecidos ellos y sus descendientes. A estos sirven sus plebeyos de hacerles rozas, sembrar y coger las mieses, hacerles casas, y darles sus hijas cuando ellos las apetecen, en que tienen libertad gentílica. Conocimos algunos de estos que tenian á 15, 20 y 30 mujeres. Las del hermano muerto toma á veces el hermano vivo, y esto no muy comunmente; tuvieron muy gran respeto en esta parte á las madres y hermanas, que ni por pensamiento tratan de eso como cosa nefanda; y aun despues de cristianos, en siendo parienta en cualquier grado, aunque dispensable ó lícito, sin dispensacion no la admiten por mujer, diciendo que es su sangre.

Los caciques ya cristianos no se casan hoy con mujeres vulgares, sino con principales, y son en esto muy remirados, aunque las vulgares sean dotadas de naturaleza; mujer perpetua aseguran mu-

chos fundamentos que no la tuvieron, porque como gente que no tuvo contratos, pasóseles por alto este tan oneroso en perpetuidad de matrimonio; demás de que como gente amiga de libertad y desenfado, tuvo por caso de indecencia el ligarse el varon con vínculo que *ad libitum* no fuese soluble con una sola; otros hallan razones para la opinion contraria; mi intento no es decidir cuestiones.

Conocieron que habia Dios, y aun en cierto modo su unidad, y se colige del nombre que le dieron, que es *tupán*, la primera palabra tú, es admiracion; la segunda ¿pan? es interrogacion, y así corresponde al vocablo hebreo manhun, *quid est hoc*, en singular. Nunca tuvieron ídolos, aunque ya iba el demonio imponiéndoles en que venerasen los huesos de algunos indios, que viviendo fueron famosos magos, como adelante se verá.

Al verdadero Dios nunca hicieron sacrificio, ni tuvieron más que un simple conocimiento, y tengo para mí, que sólo esto les quedó de la predicacion del Apóstol Santo Tomás, que como veremos les anunció los misterios divinos.

Cuentan los años por los inviernos, que llaman roy. Su numerar no llega á más que cuatro, y de allí con alguna confusion hasta diez, y así les vamos enseñando nuestra cuenta, importante para las confesiones. Conocen el tiempo de las sementeras por el curso de las cabrillas. Tenian por muy cierta doctrina que en el cielo hay un tigre ó perro muy grande, el cual en ciertos acontecimientos de enojo se comia la luna y el sol, que son los que llamamos eclipses, y cuando sucedian, mostraban sentimiento y admiracion.

El varon, en pariendo cualquiera de sus mujeres, ayunaba con gran rigor por quince dias, sin comer carne, y aunque la caza se le ofreciese no la mataba; guardaba todo este tiempo muy gran recogimiento y clausura, porque de esto dependia la buena salud y crianza del infante. Usan un género de bautismo ó de ponerse nombre. El cautivo que cogen en guerra lo engordan, dándole libertad en comidas y mujeres que escoge á su gusto; ya gordo lo matan con mucha solemnidad, y tocando todos á este cuerpo muerto con la mano, ó dándole algun golpe con un palo, se pone cada cual su nombre; por la comarca reparten pedazos de este cuerpo, el cual pedazo cocido en mucha agua, hacen unas gachas, de que tomando un bocado toma cada cual su nombre, las mujeres dan á sus hijos de teta un poquito de esta mazamorra, y con eso les ponen el nombre; es fiesta muy célebre para ellos, que hacen con muchas ceremonias.

Reciben á los huéspedes ó á los que vuelven de viaje con un formado llanto de voces á esta forma. En entrando el huésped en la casa, se sienta, y junto á él el que le recibe. Salen luego las mujeres, y rodeando al huésped, sin haberse hablado palabra, levantan ellas un formado alarido, cuentan en este llanto los deudos del que viene, sus muertes, sus hazañas y hechos que viviendo hicieron, la fortuna buena ó mala que le corrió. Los varones cubren el rostro con la mano, mostrando tristeza y llorando juntamente; con palabras bajas van aplaudiendo á las endechas que las mujeres llorando dicen, y mientras más principal es la persona, mayor es el llanto y los alaridos que parece por toda la ve-

cindad que algun muy querido de aquella casa ha muerto. Enjúganse las lágrimas, cesan los gritos, y entónces se dan la bienvenida, y es desdichado el que así no es recibido.

A la muerte del marido las mujeres se arrojan de estado y medio de alto, dando gritos, y á veces suelen morir de aquestos golpes ó quedar lisiadas. Tiénelos el demonio engañados, persuadiéndoles que el morir no es cosa natural y comun á todos, sino que el que muere es acaso.

Juzgaban que al cuerpo ya muerto acompañaba el alma en su sepultura, aunque separada; y así muchos enterraban sus muertos en unas grandes tinajas, poniendo un plato en la boca, para que en aquella concavidad estuviese más acomodada el alma, aunque estas tinajas las enterraban hasta el cuello. Y cuando á los cristianos enterrábamos en la tierra, acudia al disimulo una vieja con un cedazo muy curioso y pequeño, y muy al disimulo traia el cedazo por la sepultura, como que sacaba algo, con que decian que en él sacaban el alma del difunto para que no padeciese enterrada con su cuerpo.

Tienen por cierta observancia de experiencia, que en entrando algun venado en el lugar y no matándolo, ha de morir alguno de aquel barrio por donde escapa, y el demonio ha concurrido á veces con estas supersticiones: como vimos que en una ciudad de españoles se casó uno, y estando el novio en la calle regocijando su casamiento con otros á caballo, pasó un venado que acosado en el campo pasó por aquella calle. Ayudó al regocijo el querer cogerle, pero escapóse, y con gran sentimiento dijo

un indio: ¿Quién es el que ha de morir de aquesta casa hoy? Sucedió que aquella misma noche adoleció el novio y no amaneció vivo. Lo mismo tienen de los sapos, que si entra en alguna embarcacion, alguno de ella ha de morir. Yendo yo en una embarcacion con más de 20 personas, oimos todos dos dias arreo ruido de estas sabandijas, yo ya avisado de esta supersticion, atendí con cuidado á las acciones de los indios, los cuales se turbaron, buscaron con cuidado estos animalejos, y no se pudieran encubrir si *de facto* los hubiera, pero fué invencion diabólica que por dos dias nos dió música de sapos, sin que en ninguna manera los hubiera. Congojáronse los indios, pero como ya recien cristianos, por mi respeto disimularon su pena. Dentro de muy pocos dias, en el mismo viaje y embarcacion adolecieron algunos de un pestilente tabardillo, y aunque les acudí con sangrías, murieron cuatro de ellos.

Tienen noticia por tradicion del general diluvio que llaman *iporun*, que quiere decir inundacion muy grande; y la misma tradicion tienen en el Perú, como escribe un autor de nuestros tiempos (1). Las supersticiones de los magos se fundan en adivinaciones por los cantos de las aves, de que han inventado muchas fábulas en curar y con embustes, chupando al enfermo las partes lesas, y sacando él de la boca cosas que lleva ocultas, mostrando que él con su virtud le ha sacado aquello que le causaba la dolencia, como una espina de pescado, un carbon ó cosa semejante. Los peores y más perni-

(1) Fray Alonso Ramos.

ciosos son los enterradores, cuyo oficio es matar, enterrando en la casa del que desea matar algunas sobras de su comida, cáscaras de fruta y pedazos de carbon, etc. A veces entierran sapos atravesados con alguna espina de pescado, con que se va enflaqueciendo el que desean matar, y sin otro accidente muere, de que hemos visto muchas veces efectos conocidos; averigüé de algunos que el demonio en figura de un negrillo se les aparecia con un cesto en la mano, incitándoles que fuesen á enterrar; y en una pieza donde nunca faltaba gente de dia ni de noche, hallamos más de 300 hoyos y sepulturas de cosas que el demonio les habia dado. Y deseando uno de estos matar con estas cosas á un Padre, le respondió el demonio, que no tenia él fuerzas contra aquellos religiosos.

XI

Modo que tuvimos para quitar estos abusos, y predicar la fe.

Llegónos á esta sazon un compañero, que fué el P. Martin Urtazun, natural de Pamplona, donde dejó 3.000 ducados de renta en mayorazgo, á la fama de los minerales ricos de almas de aquella pobre provincia. Dividímonos en dos pueblos, asistiendo dos de nosotros en cada uno, que fueron Loreto y San Ignacio; pusimos escuela de leer y escribir para la juventud; señalóse tiempo de una hora mañana y tarde para que acudiesen todos los

adultos á la doctrina, y aunque en ella y los sermones que haciamos todos los domingos tratábamos con toda claridad de los misterios de nuestra santa fe y de los preceptos divinos, en el sexto guardamos silencio en público, por no marchitar aquellas tiernas plantas, y poner odio al Evangelio, si bien á los peligrosos de la vida instruíamos con toda claridad. Duró este silencio dos años, y fué muy necesario, como comprobó el suceso, como veremos. Procuró el demonio tentar nuestra limpieza ofreciéndonos los caciques algunas de sus mujeres con achaque de que ellos tenian por cosa contra naturaleza que varones sirviesen en las acciones domésticas de guisar, barrer y otras de este modo.

Hízoseles muy buena relacion de la honestidad de los sacerdotes, y que por ese fin lo primero en que habiamos puesto el cuidado habia sido en cercar un breve sitio de palos para defender la entrada de mujeres en nuestra casa, accion que les admiró; pero, como bárbaros, no la tenian por honrosa; porque su autoridad y honra la tenian en tener muchas mujeres y criadas, falta muy comun entre gentiles. Tenian el P. José y P. Martin, demás del pueblo de San Ignacio, á su cargo otros dos como colonias, á que acudian cuando era necesario; en Loreto el P. Simon y yo teniamos una, tres cuartos léjos de Loreto, cuyo cacique era un valiente y respetado indio llamado Roque Maracaná, á quien toda la tierra veneraba; íbamos alternativamente todos los domingos á doctrinar este pueblo, que todo era de gente reducida de nuevo, que, por ser ya muy numeroso, nos daba buen trabajo, aunque

gustoso por la ganancia de muchos que se bautizaban, y adultos y enfermos á quienes era fuerza tratar del matrimonio y unidad de mujeres, en que se trabajó mucho. Nuestro ejercicio fué este: en amaneciendo visitábamos los enfermos, luego se decia la Misa y sermon despues del Evangelio, despedíamos luego los gentiles, accion que sentian mucho, por verse echados de la iglesia como perros, envidiando á los cristianos que se quedaban en ella, de donde salió la emulacion de saber con brevedad la doctrina para bautizarse, quitando todo impedimento; y tomando á mediodia tiempo para rezar las horas, volviamos á la iglesia (en ayunas por no ser molestos en pedir cosa á los indios) donde se hacia la doctrina, bautizando á 200, 300 y 400 cada dia. Llegada ya la noche nos volviamos á Loreto bien cansados y quebrada la cabeza, y ayunos y sin ganas de comer, de cuyo trabajo se nos murió luego el P. Martin Urtazun, como despues diré.

Tenian los Padres en San Ignacio un principal cacique que habia corrido varias fortunas en varias partes donde se bautizó y casó; y finalmente, por su elocuencia se habia hecho como señor de aquella gente. Este era ministro del demonio, el cual aficionado de una mujer, no por hermosura sino por ser noble, repudió la suya legítima, desterróla á una heredad, puso en su lugar á la manceba con título de mujer legítima, y con desvergonzada intrepidez decia que era su legítima mujer; servíase ella como señora de muchas criadas. Pasó este pobre adelante con sus embustes, y para acreditarse más con los suyos se fingió sacerdote;

vestíase en su retrete de una alba, y adornándose con una muceta de vistosas plumas y otros arreos, fingia decir Misa; ponia sobre una mesa unos manteles, y sobre ellos una torta de mandioca y un vaso muy pintado de vino de maíz, y hablando entre dientes hacia muchas ceremonias, mostraba la torta y el vino al modo que los sacerdotes, y al fin se lo comia y bebia todo, con que le veneraban sus vasallos como á sacerdote. Era sobremanera deshonesto, porque tenia gran número de concubinas, consintiéndolo todo y fomentándolo su fingida mujer. Bautizamos ocho infantes hijos suyos, esquilmo de aquel año, y todos bien dichosos porque murieron muy breve bautizados. Dábale en rostro nuestra honestidad y recato; no le daba gusto que á los enfermos y á los que deseando de veras lavarse por el bautismo obligábamos á dejar sus mujeres. Llegó á tanto su sentimiento, que empezó á turbar los ánimos de sus vasallos contra nosotros, y así en varias juntas les dijo: *Los demonios nos han traido á estos hombres, pues quieren con nuevas doctrinas sacarnos del antiguo y buen modo de vivir de nuestros pasados, los cuales tuvieron muchas mujeres, muchas criadas y libertad en escogerlas á su gusto, y ahora quieren que nos atemos á una mujer sola. No es razon que esto pase adelante, sino que los desterremos de nuestras tierras, ó les quitemos las vidas.*

Habia entre ellos muchos que nos tenian amor, y estimaban la virtud, y buen ejemplo y doctrina nuestra; estos le divertieron, avisándole que no parecia bien poner esto en ejecucion sin parecer y consulta de Roque Maracaná, y que, vinien-

do él en ello, se podria ejecutar. Fué luego este cacique Miguel Artiguaye á visitar á los Padres, y al parecer con buen semblante y rostro risueño, y á muy pocas razones de cumplimiento, mudándose en una fiera bestia, prorrumpió diciendo á voces: *Vosotros no sois sacerdotes enviados de Dios para nuestro remedio, sino demonios del infierno, enviados por su príncipe para nuestra perdicion. ¿Qué doctrina nos habeis traido? ¿Qué descanso y contento? Nuestros antepasados vivieron con libertad, teniendo á su favor las mujeres que querian, sin que nadie les fuese á la mano, con que vivieron y pasaron su vida con alegría, y vosotros quereis destruir las tradiciones suyas, y ponernos una tan pesada carga como atarnos con una mujer;* y saliéndose del aposento dijo: *No será así, que yo lo remediaré.* Los Padres, que como corderos habian estado oyendo los bramidos de este lobo, queriéndole detener para darle razon á sus sinrazones, no pudieron, antes arrebatado de un furor diabólico, salió diciendo á voces: *Ya no se puede sufrir la libertad de estos que en nuestras mismas tierras quieren reducirnos á vivir á su mal modo.*

XII

Salida que hace este cacique de su pueblo á consultar su mal intento con Roque Maracanã, y lo que le sucedió.

La noche siguiente consultó Miguel este negocio con los suyos (y los Padres con Dios) y la resolucion fué que, en amaneciendo, se oyó en todo el pueblo gran ruido y estruendo, apercibimiento de

guerra, atambores, flautas y otros instrumentos: juntáronse en la plaza del pueblo 300 soldados armados con rodelas, espadas, arcos y flechas muchas y muy vistosas por estar todas muy pintadas de colores y adornadas de varia plumería; llevaban en las cabezas muy vistosas coronas de plumas; pero entre todos se esmeró el cacique Miguel, el cual se puso un rico vestido todo hecho de plumas de varios colores, entretejidas con muy lindo artificio; llevaba en la cabeza una corona de plumas, armado con una espada y rodela: iban á sus dos lados dos mocetones con un arco y un gran manojo de flechas cada uno para el mismo cacique, el cual capitaneando toda esta gente se fué á embarcar; salieron del puerto con mucha gallardía, sonido de atambores y flautas.

Dejémoslos por ahora caminar el rio abajo, y volvamos á los PP. José y sus compañeros, los cuales, dudosos de este viaje, no pudieron hacer otro juicio sino que iban á consultar su muerte con Roque Maracaná, y con su parecer matar al P. Simon y á mí que estábamos en Loreto, y luego dar la vuelta á matarlos á ellos, lo cual confirmó el sentir de algunos de los que quedaban en el pueblo. Llegábase á esto el haber oido decir al cacique Miguel: *Alguna mañana amanecerán estos Padres sin cabezas.* Facilitaba el creer que el cacique Roque vendria en ello, el ser interesado en muchas mancebas que tenia, y ser mozo muy libre y arrojado.

Con estos discursos se recogieron á tener una espiritual conferencia de lo que debian hacer para prepararse á recibir la muerte; convinieron en hacer una confesion general de toda su vida (si bien

pocos meses despues, muriendo en mis manos el P. Martin en la confesion general que de toda su vida hizo, no hallé cosa grave ni de que yo pudiese dudar que lo fuese). Confesáronse para morir, poniéndose en las manos de Dios, en cuyo amparo solo estaba su defensa. Acudió nuestro Señor en este aprieto al socorro de sus siervos de esta manera.

Mas adelante de este pueblo de San Ignacio estaba otro bien grande, de gente que habiamos allí reducido; era cacique de él un muy buen indio llamado Araraá, el cual, luego que supo el desacato del cacique Miguel, envió á los Padres un recado con una buena embarcacion, en esta forma: *Sabido he la desvergüenza de ese cacique, y que trata de mataros; yo holgara mucho que quisiérades venir á este vuestro pueblo á guareceros de tal enemigo; no os faltará lo necesario, ni gente que os defienda, que vasallos tengo que lo sabrán hacer; y para que no haya dilacion en vuestra venida por falta de embarcacion, os envío esa, y quedo con deseo de veros ya en este vuestro pueblo.*

Los Padres por no mostrar cobardía, fiados en Dios, quisieron esperar el suceso, y así respondieron con agradecimiento á esta oferta, quedándose en oracion continua, la cual es más poderosa que las armas, cuyos efectos se vieron aquel mismo dia.

Estaba el cacique Roque bien descuidado, y el P. Simon y yo tambien, de aquestos alborotos, cuando oyó gran vocería y ruido de atambores. Preguntó á sus criados qué novedad era aquella, é informado de todo, pidió su espada y embrazó una rodela, mostrándose gallardo, que lo era, y muy

bien dispuesto. Saltó el cacique Miguel en tierra, pusiéronse sus soldados en dos hileras, llevándole en medio como capitan, embrazada su rodela y ceñida su espada, y á usanza de los nobles y antiguos empezó á caminar, hablando en altas voces diciendo: *Hermanos y hijos mios, ya no es tiempo de sufrir tantos males y calamidades como nos vienen por estos que llamamos Padres; enciérrannos en una casa (iglesia habia de decir) y allí nos dan voces y nos dicen al revés de lo que nuestros antepasados hicieron y nos enseñaron; ellos tuvieron muchas mujeres, y estos nos las quitan y quieren que nos contentemos con una; no nos está bien esto; busquemos el remedio de estos males.*

Salió el cacique Roque algunos pasos de su casa, acompañado de solos 12 ó 14 vasallos suyos, armados de flechería; hízole Miguel su comedimiento, y Roque, antes que pasase adelante, le preguntó: ¿Traeis cartas de los Padres de vuestro pueblo para estos Padres que están acá abajo? «No es tiempo de cartas (dijo Miguel) sino de que honremos el modo de vivir de nuestros pasados, y acabemos ya con estos Padres, y gocemos de nuestras mujeres y de nuestra libertad.» A este punto arremetió Roque á él, y agarrándole de la ropa que traia vestida por el pecho, y dándole dos fuertes remezones, dió con él en tierra. Rodaron por tres partes, él, su rodela y su espada, y volviéndose á los suyos, les dijo: «Ninguno tire flecha; empiecen ellos, que si empezaren, yo los acabaré; porque la desvergüenza de este, yo la castigaré.» El pobre de Miguel viendo tan mala acogida, dió voces á los suyos, diciendo: «Volvámonos, volvámonos,» y así lo hicieron todos; y él haciéndose llevar á la otra par-

te del rio (que es de ancho un tiro de mosquete) saltó en tierra, desnudóse de sus galas, de su corona y plumas, y vistiéndose una camiseta ó casaca que tomó á un indio, y dejando su espada y rodela con un báculo en la mano, á fuer de penitente, siguió el camino de su pueblo solo con un criado.

Estaban los Padres cuidadosos de saber si ya nos habian muerto, esperando ellos tambien su fin, cuando vieron á Miguel desconocido por el hábito. Éntrase por las puertas de los Padres, híncase de rodillas. y puestas las manos les dijo: *Por amor de Jesucristo y de San Ignacio os ruego que me perdoneis el desacato que como necio tuve contra vosotros; estaba yo loco y sin juicio; ya le tengo, porque Dios ha castigado mi soberbia, y así os pido que me perdoneis, y pues nos habeis predicado la facilidad con que Dios perdona á los que le ofenden, imitadle vosotros en perdonarme á mi, y pídoos juntamente que me ampareis y defendais, porque con razon temo que esta gente me mate; bien merezco la muerte por mis necedades; pero vosotros, como verdaderos Padres y siervos de Dios, me habeis de perdonar y amparar.* El P. José le echó los brazos, y, como Padre al fin, aunque de tan mal hijo y como verdadero y amoroso pastor, le levantó del suelo y le consoló, amonestándole que mirase por si en adelante, y que escogiese el verdadero camino, pues habia experimentado cuán mal le habian salido sus quimeras. Con esto se apaciguó esta tempestad, y Miguel fingió que echaba de si á su manceba, causa de estos alborotos, y trajo á su casa á su verdadera mujer, con que en lo exterior fingia vivir bien, pero vivió siempre mal, y así murió mal como diremos.

XIII

Envian los Padres al P. Antonio Ruiz á la ciudad de la Asuncion, y casos que le sucedieron.

Como por la larga distancia de camino que de estas reducciones habia á la ciudad de la Asuncion, no teniamos correspondencia con nuestros Superiores, y ellos por la misma razon estuviesen con cuidado, el cual se les acrecentaba cada dia con la relacion que unos españoles de la villa Rica les hicieron, de que estábamos ociosos y que no haciamos más que pasar tiempo, y que convenia sacarnos de allí (el fin que tuvieron no hay razon para excusarlo; porque desearon mucho que desamparásemos aquel rebaño, para entrar á la parte del esquilmo) con esta relacion estaban ya determinados nuestros Superiores de llamarnos, y así se resolvieron los Padres á enviarme.

Salí con harto dolor por dejar á mis compañeros y privarme de tan apostólico empleo; caminé hasta el salto del Paraná por el rio, y de allí por tierra 35 leguas: poco antes de llegar á Maracayu (de que ya he dicho) me acompañó un cruel aguacero casi todo el dia, caminando á pié y descalzo por un continuo arroyo que corria por el mismo camino del agua que llovia; alberguéme para pasar la noche debajo de un árbol con cinco indios que me acompañaban, porque el sexto se habia quedado una legua de allí con una frazada, y una hamaca y un poco de harina de palo, que era todo mi ajuar y matalotaje; sentéme arrimando la cabeza al árbol,

donde pasé la noche sin comer bocado, ni mis compañeros, porque no lo habia: el agua que corria por tierra me sirvió de cama, y la que caia del cielo de cobija; deseaba el dia por ser tan larga la noche.

Al reir del alba probé al levantarme, pero halléme tullido de una pierna yerta como un palo, y con agudos dolores; animéme á caminar arrimado á una cruz que llevaba en las manos: llevaba arrastrando la pierna por el mismo camino del agua que corria; para pasar cualquier palo que hay muchos atravesados por aquel camino, me sentaba sobre él, y con ambas manos pasaba la pierna por él con crueles dolores, y levantándome, proseguia mi camino (es el cielo testigo del insufrible trabajo que padecí).

Llegué al puerto de Maracayu, donde hallé un español honrado, tratante en yerba; dile cuenta de mi trabajo con esperanza de que me favoreceria con una embarcacion que allí tenia; negómela, permitiéndolo el Señor para premiar la obediencia. Determiné proseguir mi viaje por tierra, camino de 150 leguas, lleno de indios enemigos y de hechiceros, fiado en que mi viaje era por pura obediencia; caminé en todo aquel dia sola media legua, resistiendo á los indios que porfiaban en llevarme en hombros sobre una hamaca, lo cual no consentí.

Hicimos alto al poner del sol debajo de un árbol; tenia la rodilla hinchada, y los nervios como si fueran de hierro; á cualquier movimiento que hacia me metian lanzas, ni aun un paño tuve para abrigar la pierna; jugue por el mas eficaz remedio la oracion; encomendeme á mi glorioso Padre San Ignacio, pusele delante los bienes que ofrece en su

carta de la obediencia á los que á ciegas se dejan guiar de esta virtud, y las victorias que cantan los obedientes; gasté buen rato en esto, porque, aunque era ya bien entrada la noche, no me dejaban dormir los dolores; apénas con el cansancio quedé adormecido un poco, cuando sentí á mis piés á San Ignacio, el cual tocándome el pié me dijo: «Prosigue tu viaje, que ya estás sano.» Al punto desperté (y no sé si dormia), tenté la pierna, y halléla sana; dobléla, no sentí dolor, levantéme, paseéme, di patadas con el pié que habia estado tullido, y halléme totalmente bueno, y sano y alentado, sin cansancio alguno; hinquéme de rodillas á dar gracias á Dios que obra por sus santos tales maravillas.

A la mañana trataban mis compañeros de llevarme en hombros y aparejaban lo necesario; díjeles que apostásemos á caminar, y yo empecé la apuesta llevándoles muy buen trecho de ventaja, con espanto suyo que no sabian cuán buen médico me habia curado. Al siguiente dia encontré unos indios y me dieron aviso de una embarcacion que estaba en un arroyo, aconsejándome no caminase por tierra, porque sin duda me matarian los indios bárbaros que habitan por aquellos montes. y en esta embarcacion llegamos á la ciudad del Paraguay.

XIV

De mi llegada al Paraguay, y vuelta á las misiones, y muerte del P. Martin Urtazun.

Llegué á la ciudad de la Asuncion, di cuenta del glorioso empleo en que mis compañeros quedaban, pedí algunos; pero la penuria de ellos no dió

cumplimiento á mi deseo. Volví á desandar aquella tan larga tiramira hacia mis amadas reducciones. Llegué al puerto de Maracayu, donde volví á hallar aquel hombre que me negó la embarcacion muy quejoso de mí, calumniándome que habiéndome negado su embarcacion, yo me la habia llevado; mostréle en la que habia ido, que era la misma en que volvia; y fué el caso, que luego que el hombre me la negó, la sumergieron los demonios en el rio, llenándola de arena; fué el hombre á verla, y como no la halló juzgó que yo la habia llevado, y lleno de enojo me culpaba; pero nadando en aquel paraje unos indios, toparon con los piés en los bordes de la canoa, que era grandísima; avisaron al dueño, el cual concertando 20 indios con buena paga para que el dia siguiente la sacasen, teniendo algunos por casi imposible por su grandor y estar llena de arena, fueron el dia señalado, y la hallaron sobre el agua sin arena y bien limpia. Hay por aquellos montes muchos de estos malos espíritus.

Llegué á mis deseadas misiones con grandes deseos de ayudar á mis compañeros. Estuvimos seis meses trabajando al modo que queda dicho, con grandes conversiones, muchos bautismos y aumentos en la fe; cuando los Superiores llamaron al P. José á la Congregacion, con que quedamos tres compañeros, y á pocos dias solos dos; porque de puro trabajo se nos murió el P. Martin Urtazum, acelerándole la muerte no ya la falta de regalos, médicos y medicinas, que nada de esto teniamos, sino la falta del sustento de hombres racionales; su mayor regalo fué algun pajarillo que le traian ca-

zado por los montes, y una poca de harina de palo, que aún un sano ha menester buena gana para comerla; porque en más de ocho ó diez años no vimos pan de nuestros ojos.

Pedíame algunas veces un terron de azúcar para refrescar el ardor de la calentura, y respondiéndole yo que cómo me la pedia si sabia que no la habia, me respondió: «Bien sé que no hay, pídola para hacer cocos á la naturaleza que me la pide, y no la ha de comer.» De considerar es que un hombre noble, mayorazgo y criado en regalo, muera de hambre. Confesóse generalmente de toda su vida sin haber habido en ella cosa grave, como ya dije; dábale pena morir en cama, que era un colchoncillo y una frazada, que él juzgaba por mucho regalo, porque deseaba morir arrastrado y hecho pedazos por Jesucristo. «Gran flojedad es la mia (me decia muchas veces), pues como regalon muero en la cama:» hacia muy frecuentes y fervorosos actos de martirio. Halléle el dia que murió, al parecer triste; preguntéle la causa, y me respondió: «Ah Padre, ¡qué viaje es este, qué temeroso!, es menester probar á morir toda la vida para morir una vez bien. Ruégole que ya que mi alma se priva por muchos meses de los sufragios que por mí se han de hacer, por la longitud que hay de camino antes que á la provincia llegue aviso de mi muerte, que V. R. supla aquesta falta diciendo por mí 20 Misas, y la primera sea luego al punto que espirare;» ofrecíle 50. Pidió la Extremauncion, diciendo que se la diese luego, porque queria recibirla estando en su entero juicio, la cual recibió con mucha ternura y consuelo. Y estando este dichoso varon prometiéndo-

me de ayudarme en el cielo con sus ruegos, de repente se le quitó la habla, siendo la última esta. Luego preguntéle si era la Misa que me habia pedido luego que espirase; dijo con la cabeza que sí. A la media noche dió su alma al Señor, con tanta paz y sosiego como si durmiera un suave sueño, mostrando en la hermosura y serenidad de su rostro la hermosura de su dichosa alma.

De ahí á algunos meses, estando un grande amigo y devoto suyo, religioso, muy afligido y cargado de trabajos entre gentiles, le regaló una noche mostrándosele en una grande claridad, y le animó á la perseverancia y sufrimiento en los trabajos, diciéndole: «De esta gloria gozan los que trabajan por Dios.»

XV

Conversiones que se hicieron. Cuéntanse casos particulares.

Disminuyóse el número de los obreros, pero no el de la labor y trabajo. Algunos de los puestos en que se juntaban los indios eran muy enfermos, y cuando acudiamos á uno, se morian en el otro algunos sin confesion; llegóse á esto, que con el continuo trabajo me derribó una pesada enfermedad de fiebres, que por la posta me llevaban á la muerte; pasé mi trabajo sólo, porque me desampararon unos indios que tenia en mi compañía.

Una noche pensé ser ya la última, y así, tomando en las manos un pequeño crucifijo que tenia al cuello, poniéndome en sus manos, le entregaba el alma con harto consuelo y júbilo de alegría, por

verme morir en tan humano desamparo, que aun quien me encendiese una luz en una oscura choza no tenia; dábame gusto el verme amortajado, porque ni aun quitarme las vestiduras habia podido. Acudió el médico comun con su infinita misericordia, que nunca la niega á los que por su amor se arrojan á estos lances; acudió á este con prendas de que muy en breve cobraria salud, y así fué.

Tratamos mi compañero y yo de recoger toda aquella gente en dos puestos, que ya la experiencia nos aseguraba que eran sanos, para que recogidos así no corriesen riesgo de morir sin bautismo y confesion. Todos los caciques vinieron en esto, sólo Roque Maracaná (de quien he hecho mencion) desvergonzadamente dijo que no queria. Respondíle que él, aunque no quisiese haria lo que Dios gustase.

Era este pueblo el más necesitado de mudanza, por ser el más enfermo, y la mudanza á Loreto eran tres cuartos de legua, y aquel aun no fundado; porque no habian hecho más que hacinarse en él. Valímonos de la oracion, que la comun experiencia nos daba conocimiento de su valor y eficacia. A la nueva de mi enfermedad (de que ya yo estaba sano) bajó el P. Simon á verme la víspera de Pascua de Reyes, y habiendo aquel dia los dos encomendado á Dios este negocio, oimos á la media noche en la reduccion de Loreto, donde estábamos, un grande ruido en el pueblo; desperté á mi compañero, y dudando de la causa, nos pareció que quizá se armaba otro alboroto como el pasado para matarnos; pasamos lo restante de la noche en oracion.

Apénas hubo amanecido, cuando entra en nuestra casa el cacique Roque acompañado de algunos criados, y con su espada en la cinta; creció nuestra sospecha de que trataban de matarnos. Preguntéle la causa de su venida tan de mañana (ya dije que este tenia su pueblo tres cuartos de legua léjos de Loreto). «Has de saber (dijo) que aunque me pediste me mudase á este pueblo, no tuve voluntad de hacerlo, porque tenia por deshonor mio agregarme á otro pueblo, habiendo mis pasados y yo tenido el suyo aparte; pero esta noche, apénas cerré los ojos para dormir, cuando me despertó una voz que me dijo: Múdate, haz lo que te manda el Padre; desperté y no vi á nadie, porque tenia luz en mi aposento; segunda y tercera vez me sucedió lo mismo. Concebí temor de que si no lo hacia me privaria Dios de la vida. Y así luego al punto, que era ya la media noche, llamé á mi gente, y dándoles parte de lo que me habia sucedido, les mandé que luego al punto saliésemos con herramientas de hachas para rozar aquel puesto que me señalaste, y juntamente hice destechar parte de mi casa, y que por el rio trajesen la techumbre, para que aquí me hiciesen esta misma noche algun alojamiento ó tienda en que he podido reposar; mis vasallos han derribado esta noche un gran pedazo de monte para fabricar sus casas y la mia, con ánimo que tengo de no volver más al puesto que he dejado ni dejar este: véngote á avisar para que no estés con cuidado, y gustaré que vamos á ver lo que esta noche se ha trabajado.»

Esto dijo, dejándonos maravillados de la divina providencia que tan fácil le es con un asombro

mudar en cera un corazon empedernido. Fuimos al puesto, donde juzgamos por imposible de creer (si la vista no lo atestiguara que de noche se pudiera haber hecho tanta obra; cuya oscuridad vencieron muy grandes hogueras, á cuya luz se hizo toda aquella obra; propia fué de la divina diestra, á quien hicimos las debidas gracias).

Con estos sucesos iba obrando la divina palabra, y cobrando su Evangelio fuerzas, y así la poníamos ya en predicar contra la deshonestidad, restituyendo á priesa los caciques sus mancebas. Uno oyó un sermon, y herido de la divina palabra, apénas se habia bajado el predicador del púlpito cuando siguió al Padre, llevando consigo seis mancebas (siete habian de haber sido, para que los siete pecados saliesen de su casa); juntóse la gente á este espectáculo, por ser accion tan nueva entre aquellos bárbaros, que á todos causó novedad y espanto, y no poca edificacion, por ser hecha del mayor cacique que tenia el pueblo; el cual dijo: *Padre, yo soy cacique y gobernador de aqueste pueblo, y así, es bien que yo empiece á dar buen ejemplo, deshaciéndome de aquestos embarazos, aquí te traigo seis mujeres que han sido mis mancebas, cásalas tú, ó pónlas donde quisieres, que ya no han de poner jamás sus piés en mi casa.* Acto fué este parecido al de Ananías, que defraudó del precio que ofreció á los Apóstoles; porque este defraudó del número de sus mancebas, dejando bien ocultas 30, y parte de ellas que lo habian sido de un hermano suyo. Prendióle la justicia de Dios con una enfermedad muy grande, y vístose cogido con el hurto, compuso bien su alma, y aunque no de repente, murió en breve,

con harto dolor de sus desórdenes, dejándonos prendas de su salud eterna. De este tenor sucedieron algunos otros casos.

Estando un Padre en oracion despues de media noche, oyó que le decian en lengua castellana (no habiendo en el pueblo otro que la entendiese ni hablase sino él): Cásale; y á breves ratos oyó por tres veces la misma palabra. Cásale luego: juzgó ser engaño del demonio. Amaneció, y al punto llegó á él un cacique muy principal, y le dijo: «Padre, cásame.» Habia el Padre amonestado á este mucho tiempo que se casase, porque era ya cristiano, y tenia por manceba una muy hermosa india, y no trataba de casarse, defiriéndolo cada dia. Díjole el Padre, hijo, ¿qué novedad es esta? Cásame, respondió; instóle el Padre por la causa, por ver la intrepidez con que pedia cosa que con terquedad habia rehusado. «Cásame luego (dijo el indio) porque no quiero tener esta siguiente noche tan pesada y enfadosa como la pasada. Sabrás que anoche me acosté á dormir, y al primer sueño, hiriéndome el costado no sé quien, me dijo: Cásate; ¿por qué no haces lo que te manda el Padre? Desperté y no vi á nadie, y vi que toda mi gente dormia; volvime á acostar, y apénas cerré los ojos, cuando me sucedió lo mismo segunda y tercera vez, sin ver yo á nadie. Déjame ya, dije á voces, que yo prometo que en amaneciendo iré á pedir al Padre que me case; quedé tan temeroso, que no pude dormir, deseando el dia para venirte á pedir que me pongas en buen estado.» Viendo el Padre la conformidad de avisos, averiguando que no habia impedimento, los casó, y vivieron muy ajustada-

mente y murieron despues de algunos años con muchas prendas de su salvacion, dejando por herederos de sus virtudes tres hijos que hoy viven.

XVI

De un alboroto que un sacerdote clérigo causó en Loreto, y cómo procuró desterrar de allí á los Padres.

Envidioso el enemigo comun de verse despojar por dos pobres sacerdotes de la presa que con tanta seguridad habia poseido casi innumerables años, trató de hacernos guerra y barajar nuestros intentos. Tomó por instrumento á un sacerdote, el cual, juzgando que ya que á costa de nuestros trabajos estaba aquella gente pacífica, la podrian mejor que nosotros doctrinar clérigos, y así, trató con los indios que nos echasen de sus tierras, tomando por instrumento al cacique Roque, que en otra ocasion nos habia librado de la muerte. Este con otros dos caciques trataban con calor de desterrarnos; púsose la gente en bandos; la mayor parte era del nuestro. El P. Simon en un sermon que les hizo les dijo estas razones: *Hijos, no os den pena estos trabajos que nos amenazan, el autor de ellos es el demonio, que por medio de sus ministros quiere cortar el hilo que llevais de vuestra salvacion, presto pagarán con la muerte su atrevimiento, con que quedará todo en mucha paz.* Cumplió Dios la profecía de su siervo, porque Roque y los dos sus compañeros, en el mayor fervor de su pretension en desterrarnos, en su mayor sanidad y lozanía, que el de mayor edad tendria treinta y cinco años, adolecieron un lúnes,

y el viérnes estaban ya enterrados y con ellos estos alborotos. Y para que estuviese patente á los demás aqueste ejemplo, los enterró en medio de la iglesia, en tres distintos hoyos juntos, poniendo señal sobre sus sepulturas, con que los de la parcialidad de aquestos se reconciliaron con los Padres, y el clérigo, principal autor de todo esto, no se quedó sin castigo, porque murió poco despues emponzoñado de una víbora.

Volvió en esta sazon el P. José Cataldino, con que quedamos más victoriosos del afan pasado. Sucedió por este tiempo que adoleció un buen indio, que siempre fué tenido por cristiano, y como tal confesaba muy amenudo, y comulgaba una vez al año; fuíle á ver, confesóse sin materia grave, porque vivió muy ajustado; perseveró su enfermedad por más de dos meses, y él en llamarme cada dia, y como apénas daba materia, juzgué que callaba algun pecado, pero con riguroso exámen no pude sacarle cosa; dias hubo que me llamó tres veces, el dia que murió me llamó otras tres con gran priesa, una tras otra. Preguntéle si el demonio le engañaba haciéndole callar algun pecado; dijo que no. Salió en esto una mujer anciana, y dijo: «Padre, este no se acaba de morir, porque entiendo que no es cristiano» y averiguando su bautismo, confesó él mismo, que en un pueblo de españoles á donde él habia ido siendo mozo, le habia bautizado un sacerdote, echando agua bendita á todos los que estaban en la iglesia, y que á él le habian caido algunas gotas, y él mismo se habia puesto por nombre Juan. Este fué el asperjes que se hace en las iglesias los domingos. Aviséle que no era cristiano,

y pidiendo él con muchas veras el bautismo, se asentó en su cama para recibirle, y así como le eché el agua, se recostó, y juntamente despidió su alma en mi presencia.

XVII

Prosíguese la misma materia de casos particulares sucedidos en esta misma reduccion de Loreto.

Teníamos en esta reduccion un buen indio dotado de sinceridad y de buena alma; adoleció, y confesado murió, recibidos los demás Sacramentos, que ya dábamos el Viático (descuido de que pedirá Dios cuenta á muchos curas que por no trabajar en disponer á los indios para la comunion, los condenan de rudos é incapaces). Ordené el lugar de su sepultura, en la cual despues de algunas horas vi que un Padre estaba enterrando un difunto, y no dudé fuese este. Cerca de mediodia me llamaron de parte de este difunto, afirmando los mensajeros que habia resucitado, y que todo el pueblo acudia á verle; fuí y hallé que le habian desamortajado: tenia el rostro muy agradable y alegre, y el pueblo alrededor de él maravillado. Díjome que habia muerto, y que allí cerca de su cama, señalando él el mismo lugar, encontró su alma con un fiero demonio, el cual le dijo: «Tú eres mio. No soy, respondió, porque me confesé muy bien, y recibí los Sacramentos. No es así, dijo el demonio, que no te has confesado bien; porque años ha que te emborrachaste dos veces, y nunca te acusaste de esta culpa. Es verdad (dijo él) que no me confesé de

esos pecados, no por malicia, sino por olvido, y así Dios me los ha ya perdonado. No ha (dijo el demonio) y así, yo te he de llevar porque eres mio.» En esto se le apareció San Pedro Apóstol y dos ángeles, el uno conoció ser San Miguel, y el otro el de su Guarda, cuya presencia ahuyentó al demonio.

Nunca habia visto este buen indio imágen de San Pedro, pero pintómele de la misma manera que le pintan los pintores y los escritores lo describen, el cual cubriéndolo con su palio y en compañía de los dos ángeles se trasmontaron, y pasando unos amenísimos campos llegaron á vistas de una muy gran ciudad cercada, de la cual salia muy gran claridad y resplandor. Aquí hicieron alto, y San Pedro le dijo. Esta que ves es la ciudad de Dios, aquí estamos y vivimos con él; tú, conviene que vuelvas á tu cuerpo, y al tercero dia entrarás en la iglesia (era aquel dia viérnes) á este punto se halló en su cuerpo. Preguntéle qué entendia él por aquel haber de entrar al tercer dia en la iglesia (si bien yo juzgué en mí, que se habia de morir al tercer dia). Respondió él: «Porque el domingo me encerrarán, que yo no vengo á otra cosa más que á avisar á mis parientes, para que crean lo que vosotros les predicais y enseñais de la otra vida, y para que se sepan confesar.» Regaléle cuanto pude, para ver si pasaba del domingo con vida; comió el viérnes y el sábado muy bien; habló en estos dias á todo el pueblo, que á tropas acudian á verle y oirle, encargándoles viviesen bien, que se aprovechasen de la doctrina de los Padres. Mostró todo el tiempo que vivió grandes deseos de morir,

por volver á ver las maravillas que habia visto, para cuya explicacion decia que no tenia palabras.

El domingo, despues de haberse confesado de solas aquellas advertencias que le hizo el demonio, porque no tenia otra cosa que le diese pena y habiéndolas asimismo confesado en público á toda la gente, durmió en el Señor, y á la tarde le enterramos, con que se cumplió su profecía. Hizo muy gran fruto este caso en todos, y fué muy grande advertencia para prepararse con buen exámen para la confesion, y así, muchos hicieron confesiones generales.

Ya que el demonio no pudo prevalecer con este hombre muerto, quiso probar sus artes con los vivos, y viéndolos ya de infieles suyos, vueltos en devotos cristianos, asestó sus tiros á engañarlos con devociones aparentes. Apareciéronse cinco demonios en la reduccion de San Ignacio, vestidos los cuatro al modo nuestro, con sotanas negras, y por ornato unas listas como de oropel, los rostros muy hermosos; el quinto apareció en la forma que pintan á la Vírgen; pero como siempre miente aunque finja verdad, en la misma ficcion descubre el sello de su mentira. Traia dos niños en sus brazos; hiciéronse encontradizos con unos indios, los cuales al sonido suave con que iban cantando á dos coros, é imitando el tono de las letanías de nuestra Señora, como se cantan en aquellas iglesias en canto de órgano, se detuvieron, pero advirtieron que no decian nada de alabanzas ni cosa perceptible; concibieron que debia de ser cosa celestial, segun las voces, el adorno y hermosura de rostros indicaba, y con simplicidad les preguntaron quié-

nes eran: *Nosotros* (dijeron) *somos ángeles del cielo, y traemos aquí á la Madre de Dios, que quiere mucho á vuestros Padres. Pues si así es, dijeron los indios, vamos á casa de los Padres y á la iglesia.* Juzgando los simples que sin duda irian y nos llevarian ellos una cosa que nos diese mucho gusto. *No nos conviene* (dijeron los demonios) *ir á la casa de los Padres, por acá fuera andaremos ayudándolos, y os hablaremos despacio, y os enseñaremos lo que os conviene saber y los Padres no os lo dicen.* Con lo cual se desaparecieron.

Muchísimas veces se aparecieron en varias figuras, y estando á veces muchos juntos, unos los veian y oian, y otros no los oian. Fué un cacique principal y muy buen cristiano, y viéndolos y oyéndolos todos, él solo no los veia; aconsejóle otro que se metiese al monte y tomase una disciplina, y quizá con esta diligencia los veria: tomó el consejo, y luego vió y oyó al demonio en figura de un hombre alto y bien dispuesto, con una escopeta al hombro, al modo con que andan hoy los maloqueros que andan á debelar indios. De cuándo en cuándo hacia que disparaba, y veian salir fuego por el cañon sin ningun ruido (pronóstico fué aqueste de lo que años despues han hecho los vecinos de San Pablo). Acudieron los Padres con exorcismos á echar de allí aquella canalla, que por entónces no se aparecia; pero volvian despues. Alababan unas veces á los Padres, otras decian mal de ellos; unas veces decian que eran sus amigos, otras que no los podian ver, hasta que se desvergonzaron á decir que nos matasen, con que los indios se acabaron de confirmar en las pretensio-

nes del demonio; nuestros sermones eran enderezados á que se guardasen de oir ni ver á los demonios, si bien la curiosidad los incitaba á verlos. No salió el demonio en nada ganancioso, antes perdió mucho, porque los indios se afijaron más en la fe y amor de los Padres.

Estaba yo por este tiempo en Loreto cubriendo un campanario, en que tenia una muy buena campana que su majestad nos habia dado; turbóme un pensamiento de que un indio de los que trabajaban se habia de caer del campanario y morir sin confesion, ó que un rayo habia de caer sobre él ó la iglesia, y destruirlo y quebrar la campana; acogíme al Santísimo Sacramento (que ya lo habiamos colocado) y supliquéle que si algo de aquello habia de suceder se refundiese todo en la campana, porque sentiria mucho ver un indio muerto sin confesion: esto fué sábado en la tarde; tocóse varias veces la campana aquel dia, y á la noche al Ave María y despues á las ánimas; el dia siguiente al primer toque que se dió con ella la sentimos quebrada: consolóme mucho su pérdida (si bien era de mucha estima en aquellas partes) por la ganancia del indio. Apénas habian pasado tres horas cuando el P. José me escribió de San Ignacio (que estaba tres leguas de Loreto) preguntándome si era verdad que estaba quebrada la campana, porque en amaneciendo se habia aparecido el demonio á algunos indios, y les habia dicho: *Mirad mi poder, yo vengo ahora de quebrar la campana de Loreto.* Escribíle contándole mi cuento, y que decia verdad el padre de mentiras. Causónos no pequeña confusion y cuidado en este mismo tiempo un

ruido que desde que los domingos empezábamos el sermon hasta el fin, impedia la quietud y provecho de los oyentes, porque no percibian nada; atribuímoslo á los niños de pecho, ocurrióse al remedio, haciendo á las madres que saliesen fuera, y que se lograse el fruto del sermon; pero prosiguió el ruido de la misma manera; fué en tanto exceso un dia, que al medio de mi sermon por muy gran rato estuve atento á ver de dónde salia tan pernicioso ruido, vi toda la gente que pasarian de 2.000 personas con una quietud extraña, sin hablar ni menearse; pero noté que de entre ellos salia un susurro que causaba tan ruin efecto, hice juicio que sin duda era el demonio, y así les advertí á los oyentes de ello, y que rogásemos al Señor nos librase de aquel estorbo á su divina palabra; cesó entónces, y otro dia dijo el demonio que él se iba á la iglesia todos los domingos, y puesto en la primera trave de la iglesia, desde allí causaba aquel murmullo. Instamos al Señor nos lo quitase, y así lo hizo Su Majestad, porque en adelante con haber tanta gente en la iglesia, oian todos muy bien y con tanto silencio como si no hubiese allí persona alguna.

XVIII

De otras cosas que sucedieron.

Iba nuestro Señor con estas cosas visibles dando fuerza á nuestra predicacion y á aquella cristiandad nueva, para que creyesen las invisibles de la muerte, comun á todos (en que habian vivido engañados, que no era comun, sino acaso) de las al-

mas que quedaban en los sepulcros, error comun entre ellos de los demonios y sus astucias, con que engañaban á los Magos, que ellos habian tenido por dioses, de la pena que padecen las almas en el purgatorio en tiempo limitado, de la que eternamente padecen los condenados en el infierno, y de la gloria de que los justos gozan en el cielo. *Prophetiae fidelibus datae sunt, non infidelibus signa autem infidelibus, non fidelibus.* Doctrina es del Apóstol, y nosotros la vimos bien ejercitada, y en confirmacion suya referiré otros sucesos.

En Loreto dedicábamos un nuevo templo á la soberana Vírgen en dia de una de sus fiestas; la víspera en la noche á la claridad de la luna estaban más de 60 personas regocijando la fiesta, cuando vieron todos que de la iglesia vieja que estaba en frente de la nueva, salian tres figuras vestidas de un celeste ropaje blanco como nieve y reluciente como bruñida plata; los rostros parecian tres soles, con unas cabelleras como de hebras de oro, derribadas sobre los hombros. Estaba en medio de una y otra iglesia una hermosa cruz con tres escalones al pié, y subiéndolos con agradables pasos, se pusieron arrimadas á la cruz, mirando al altar de la nueva iglesia, que aún no tenia puertas; la gente estuvo absorta mirando y contemplando su hermosura y linda disposicion de cuerpos, los cuales no eran de una medida, en que todas tres se diferenciaban. Encendiéronse unos niños que allí estaban tanto en su amor, bien faltos de miedo y llenos de simplicidad, que con hermanable cariño se iban á ellas para hacerles compañía y gozar más de cerca de tan linda vista. Ellas retirándose muy poco á po-

co se volvieron á la iglesia de donde habian salido, quedando todos penados y culpando aquellos niños por verse privados por su causa de tan agradable vista. No es mi intento glosar aquestos actos, porque sólo es hacer una narracion simple. Sólo advierto que esta soberana Vírgen de Loreto se ha mostrado siempre muy grata á los pequeñuelos servicios que se le han hecho. Informacion diera de esto si me fuera lícito salir de mi intento, que es de sólo dar cuenta de los medios que Dios ha tomado para la conversion de los indios de aquella provincia, y sus aumentos en la fe católica.

El P. Juan Vaseo, flamenco de nacion, que trabajó apostólicamente en aquellas reducciones y puso la música en maravilloso punto entre los indios, y de quien dirá más larga historia, estando en Loreto muy enfermo, oyó que en la ventana de su aposento habia ruido por de fuera, y al fin tocaron á la ventana. Preguntó el Padre quién era. Respondió el que tocaba, y dijo: Ea, P. Juan, vámonos al cielo. Conocióle muy bien en la voz que era un cantor discípulo suyo; admiróse el Padre de oirle allí, sabiendo que estaba en su casa muy enfermo y sin poderse levantar; preguntónos por él y el estado de su enfermedad. Dijímosle que en aquel punto habia espirado. Entónces el buen Padre dijo: «Ya es llegada mi hora, porque ahora me llamó y convidó para que fuésemos al cielo; yo muero muy consolado de morir en tan dichosa demanda de la conversion de los indios.» Y así murió muy en breve.

En una peste de viruelas adoleció un mozo muy hábil y diestro en la música, cuya vida deseé que

el Señor la conservase. La víspera de su muerte le fuí á ver, y viéndole muy al cabo le dije que deseaba su salud, pero que nos conformásemos con la voluntad divina, el cual me dijo: *Padre, yo vengo ahora de visitar el Santísimo Sacramento, y nuestro Señor me ha significado que tengo de morir muy presto, y vengo muy consolado y deseoso que se cumpla su voluntad.* Repliquéle, ¿cómo has estado en la iglesia si no has ido allá ni puedes menearte? Respondióme: *Padre, yo he estado en la iglesia, porque el Angel de mi Guarda me llevó, por el deseo tan grande que yo tenia de visitar el Santísimo Sacramento, y si no me crees yo te daré señas; la primera es, que estaban enterrando á fulano, el cual yo no supe que era muerto hasta que le vi enterrar: enterróle tal Padre; la segunda, que tú estabas cerca de la sepultura, al lado del Evangelio de rodillas; la tercera, que con mucho fervor me estabas encomendando á Dios. Y todo esto yo no lo pudiera saber si mi Angel no me lo hubiera mostrado, y cuando te vi tan bien empleado en mi ayuda en la presencia de Dios, me holgué mucho y creció mi amor para contigo, y yo te lo pagaré en el cielo, adonde espero ir muy en breve.* Todas estas señales fueron ciertas, y fué muy gran verdad que con todo afecto y resignacion le estaba encomendando á Dios, pidiéndole que le concediese ó vida ó muerte, lo que mejor le estuviese á su alma. El mozo murió otro dia muy bien dispuesto y con muy ciertas prendas de su salvacion.

Varias cosas sucedieron de almas que padecian en el purgatorio, y se mostraban visiblemente, que nos daban materia de sermones; sólo un caso referiré. Estando durmiendo un Padre en Loreto, á me-

en que andaba y se venia para él, y al pasar por la vislumbre de la luz de una vela que salia á aquel tránsito, reparó que era transparente, y caminando el modo de nube (era de estatura humana, sin distincion de partes) se fué para el Padre, y le penetró, pasando por su cuerpo. Sintió un contacto al modo que un cristal sintiera penetrarse del sol, hízole dar un paso atrás, volvió á ver si la veia; pero no la vió ni el Padre que iba detrás, solo reparó en el movimiento que el delantero habia hecho. Dejóle esta penetracion muy consolado, y con unos asomos de la gloria. No dudó ser algun alma del purgatorio, pero no la conoció. A la media noche se le apareció en el aposento un hombre amigo suyo español, que habia muerto 60 leguas de allí, el semblante muy triste y amarillo, el rostro como un difunto, pidió socorro á su pena; pidió el Padre limosna de Misas á sus compañeros, y él le dijo algunas, con que entendió habia acabado su carceleria del purgatorio.

XIX

Refiérense casos que muestran la cuenta que el demonio tiene con nuestras acciones, por menudas que sean.

Pásansenos por alto en esta vida muchas cosas que el demonio guarda y escribe en su memoria; parécennos pequeñas, y en el último trance nos las pintará muy grandes y pesadas. A este propósito referiré dos cosas, que causaron muy buenos efectos en los indios. Entre las cosas de devocion que

fuimos entablando y hoy se ejercitan con mucho aprovechamiento de aquella nueva cristiandad, fué esta. Que en tocando al Ave María por la mañana se abriese nuestra portería, para que los varones que quisiesen, entrasen á visitar el Santísimo Sacramento, y se entretuviesen en oracion algunos ratos, y para que el ejemplo les hiciese el camino llano, asistia un Padre en la iglesia en el mismo ejercicio. Tomé yo á mi cargo el abrir la puerta en la reduccion de Nuestra Señora de Loreto (Señora que lo ha sido y Maestra de aquellas almas) abrí la puerta una mañana, y ya esperaba un mozo que la abriese para entrar. Apénas yo volví las espaldas para entrarme en la iglesia, cuando á la misma puerta oí tropel de gente, juzgué que era del pueblo que venia á su devocion, y eran tres demonios, en figura del P. Juan Vaseo (de cuya dichosa muerte queda dicho atrás, y ya se contaban cinco años de su fallecimiento) vestidos con sotanas negras, y el principal muy parecido al Padre en el rostro, este habló al mozo en esta forma: *Francisco* (así se llamaba el mozo) *¿conócesme? Sí conozco* (dijo el mozo) *¿Cómo están los Padres? Buenos están* (respondió él). *Yo vengo á veros y á consolarme con vuestra vista, y con vuestra buena vida y aprovechamiento. ¿Tú qué hiciste de aquellas cinco cuentas que sobraron cuando te di aquella sarta de ellas, para que comprases aquella cosa que te encargué? Dilas luego* (dijo el mozo) *porque tú me las diste para mí. Así debió de ser* (dijo el demonio) *que yo no me acuerdo si te las di, ó tú te quedaste con ellas sin mostrármelas, arrodíllate delante de mí y adórame.* El mozo simple y sin malicia alguna se arrodilló;

apénas se puso de rodillas cuando aquella canalla desapareció.

El mozo que hasta allí habia estado libre de temor, empezó á tenerle, y llorando entró en la iglesia llamándome á voces, arrepentido de haberse hincado de rodillas al demonio, aunque él no le tuvo por tal. Yo habia estado con impulsos de salir de la iglesia, molestado de oir tan larga plática á decirles que entrasen en la iglesia ó se fuesen, juzgando que eran indios. No pierde el demonio la cuenta de nuestras menudencias. Yo colegí de este caso, que el mozo no volvió las cinco cuentas al Padre, y así le pidió cuenta de ellas el demonio. Divulgóse este caso, y acudió mucha gente á confesarse de cosas tan leves como de haber tomado una calabaza, un pimiento y cosas semejantes, y dura hasta hoy aqueste escrúpulo, aunque sea de cosas tan menudas como esta, que realmente causa confusion.

Renovóse á muy poco aqueste caso con otro que sucedió muy semejante, de que aunque soy testigo callaré (por razones que tengo) ciertas circunstancias. Arrojé en mi celda una sartica de veinte menudicos abalorios, tomólos un mozo que nos servia en casa, este adoleció, y tanto, que entendí se me muriese. Estando en un aposento pegado al mio, que por estar en tanto peligro le tenia allí, y siendo ya cerca de las once de la noche, vió que por un ángulo ó rincon de la pared entraban cinco fierísimos demonios (tenia el mozo luz) la cabeza de uno era de puerco, otro de vaca, y á este tono los demás, los piés de vacas, cabras y pájaros muy grandes, y con cumplidas uñas, las piernas muy

delgadas, de los ojos despedian rayos como de fuego. No temió el mozo acordándose que yo estaba tan cerca; vió que rodeaban el aposento como que buscaban algo por el suelo y rincones. *¿Qué buscais?* (les dijo el mozo). *Andamos á buscar por aquí* (dijeron) *unas cuentas que el otro dia sacaste del aposento del Padre. Esas* (dijo el mozo) *yo las tengo al pecho en esta bolsa en que tengo un* Agnus. *Esas buscamos* (dijeron) *dánoslas para que las restituyamos al Padre.* Y viendo el mozo que iban acercando á él, invocando el nombre de Jesus se levantó, y entrando en mi celda me pidió confesion. Extrañé el caso, y más viéndole caer las lágrimas de los ojos, díjele, que se fuese á dormir, que era ya muy tarde, juzgando tenia algun impertinente escrúpulo; porque me constaba de su buena vida por las confesiones que sin faltar hacia cada ocho dias. Contóme entónces las monerías que con él habian hecho los demonios, y no hubo remedio de apartarse de mi hasta haberse confesado de esta niñería. El dia siguiente publicó el caso, y hizo harto fruto, que á ese fin las ordena Dios, y nosotros experimentamos el provecho que causan estas cosas en nuevos aumentos de virtudes y de devocion perseverante, arredrando de sí todo género de vicio. Tienen las cosas en público en sus casas, y no hay quien hurte cosa. Contaré en confirmacion de esto un gracioso cuento.

Estando yo á media noche en un rincon de la iglesia encomendándome á nuestro Señor, sentí por el patio pasos de persona, y como á tales horas extrañé el ruido, que con el silencio de la noche se sentia más, cuando vi entrar en la iglesia

por la puerta que sale á nuestra casa, un indio bien alto, y vi que llevaba en la mano una pequeña esportilla. Dudé si era demonio, dejéle ir entrando, y él enderezó sus pasos hácia el altar mayor, donde estaba el Santísimo Sacramento. Juzgué que iba á hacer algun desacato en el altar, levantéme y fuíme para él, preguntándole quién era. Así como me sintió, volvió corriendo hácia la puerta. Arrojéme tras él, pero con gran ligereza saltó el cerco de la casa; quedé con pena de que se me hubiese escapado, y envuelto en imaginaciones si era algun indio hechicero que queria hacer alguna irreverencia en la iglesia, pero asegurábame con que de aquesta gente ya no habia rastro, y con el deseo de saber quien fuese, tomé por medio tomar la medida de la huella, quizá por allí rastrearia algo. Tomé una vela, y halléla muy clara impresa en arena, medíla con un palo, ofrecióseme entre mis discursos que la figura que habia visto era semejante á la de un moceton conocido en el pueblo. Enviéle á llamar en amaneciendo, y midiéndole el pié vino justa la medida. *Vos sois* (le dije) *el que anoche entrastes en la iglesia, decidme, qué buscábades.*

Temblando y demudado confesó que él era, y que la causa de su entrada en la iglesia habia sido que él yendo por el monte habia hallado una cuña (son las hachas de hierro de que usan) y que habia buscado su dueño, y por no haberle hallado se habia servido de ella; pero que oyendo el cuidado que el demonio tenia con los que tenian cosas ajenas, la habia querido restituir, y ocupado de la vergüenza no se habia atrevido á llevármela, y así habia aguardado él el silencio de la noche para lle-

varla al Santísimo Sacramento y entregársela en su altar; dejóme bien edificado con esta accion, trajóme la cuña en su esportilla, y yo se la volví para que usase de ella mientras no sabia su dueño, porque la falta que tienen de herramientas es notable.

Y si la vida ajustada que comunmente tienen les es de emulacion para hacer ganancias en la virtud; la muerte de aquel cacique Miguel (de quien ya dije habia querido matar los Padres) les fué de áncora para la perseverancia. Tenia aquellos pueblos bien escandalizados, porque aunque los demás habian dado de mano al vicio, y abrazádose con la virtud, él solo perseveraba en su mal estado con su manceba antigua; y si bien la tenia bien oculta, nunca este vicio reprime su olor por más que haga, que no se dé á conocer y se difunda. Trataron de curar aquesta peste, quitáronle la manceba, y desterráronla á un pueblo de españoles para que la larga distancia le pusiese olvido. Hubiera sido milagro si tan envejecida culpa hubiera admitido dolor y enmienda, pero arrebatado de su torpe aficion no dudó posponer su honra, que siendo gobernador de un muy lucido pueblo que tenia, se despojó de sus bienes, olvidóse de sus amigos, y sin tener cuenta con su verdadera mujer que dejaba, se desterró él mismo, y solo se partió en busca de la que le causó aquestas pérdidas y últimamente la de su alma; halló su tesoro, y por no ponerlo otra vez en peligro de que se lo quitasen llevó su manceba y un hijuelo que de ella tenia á un apartado monte, donde él con sus manos trabajaba para sustentarse, cosa que jamás habia hecho; allí vivia, y aunque con mucho afan, el torpe amor

se lo aligeraba. Llegóse el plazo despues de tantas esperas que Dios le habia dado, adoleció este pobre con el trabajo y vejez, y á pocos lances en manos de su manceba despidió su infeliz alma. Ella fué cuerda, porque volvió á nuestras reducciones, donde bien arrepentida de su pasada vida, hizo penitencia, por medio de la cual alcanzó una feliz muerte.

XX

Entrada que hicieron los Padres á nueva provincia de gentiles, y martirio de un indio.

Con la magnífica liberalidad del rey nuestro señor, que el cielo aumente en reinos nuevos y en muy larga vida, creció el número de Padres y obreros de aquella viña, y así tratamos de ir ganando tierra y almas para el cielo; y dejando en estas dos reducciones cuatro fervorosos obreros, nos apercibimos tres para esta nueva y peligrosa entrada. Aconsejáronnos los indios que enviásemos delante exploradores de la tierra, para que ofreciéndose ocasion, diesen aviso de nuestros intentos á aquellos gentiles. Ofreciéronse dos de ser los precursores con ánimo de ser partícipes en nuestra empresa; el uno era de ya madura edad y advenedizo, el otro era mozo, criado en nuestra escuela, ambos casados.

Entraron por tierras de gentiles, dándoles avisos de nuestros deseos y determinacion de entrar á anunciarles el Evangelio; prendiéronlos luego con ánimo de matarlos, para hacer la célebre fiesta de su bautismo, de que ya queda dicho algo

atrás; ofreciéronles luego mujeres, desahogo y libertad de conciencia. El más anciano aceptó el partido, y se amancebó luego; el mozo, no olvidado de lo que en nuestra escuela habia aprendido (tanto importa aun entre los indios instruir bien la juventud) no admitió cosa de las que le ofrecian, y para moverle más le pusieron delante una muy escogida moza, que aficionada á la buena disposicion del mancebo, deseaba que la apeteciese. El casto mozo ni aun mirarla quiso. Instaron los gentiles á que la mirase, él les respondió que los Padres enseñaban el no mirar á mujeres, porque por los ojos entraba el pecado en el alma, y que la ley de Dios prohibia la deshonestidad y el adulterio, que él era casado al modo que Dios manda, y que no podia admitir otra mujer. Amenazáronle que si no tomaba aquella, le darian la muerte: *Matadme* (dijo) *que mi cuerpo solo matareis, y no mi alma porque es inmortal, y espero, que muriendo ya irá ella á gozar eternamente de Dios.* Vista esta fortaleza por los gentiles, trataron de matarlo, y el mismo padre de la moza, borracho de enojo de ver que despreciaba á su hija, arremetió á él, y con brutal furia le dió la muerte á puñaladas. Despedazaron su cuerpo y lo comieron. El compañero infeliz vivió algunos dias en compañía de la mujer que le habian dado, y al fin le mataron con mucha solemnidad, y se lo comieron.

La muerte dichosa de aqueste indio mártir apresuró nuestros pasos á la conversion de aquellas fieras, y á hacerles mudar tan brutal modo de vida, ú ofrecer la nuestra á su fiereza. Llegamos los tres, que eran el P. José Cataldino, y P. Diego de Sala-

zar y yo, á un pequeño pueblo, que nos recibió con muy buen agasajo. Apénas nos sintieron en sus tierras los que hicieron mártir aquel indio, cuando con hambre canina de comernos hicieron en breve una gran junta; desgalgaban como tigres rabiosos por aquellas sierras, las mujeres del pueblo donde estábamos empezaron á celebrar con llanto nuestras exequias; porque ya nos tenian amor, los varones confesaban su flaqueza, por ser pocos para resistir á tan gran junta. Crecia la turbacion en el pueblo, y acercábasenos un dichoso fin; lleguéme al P. José, y díjele aquellas palabras de San Ignacio mártir: *Christi frumentum sum, dentibus bestiarum molar, ut panis mundus inveniar.* Y añadí: *Padre mio, hoy me parece que será el último de nuestra peregrinacion.* Respondióme este insigne varon con todo sosiego y paz: *Cúmplase la voluntad de Dios.*

Y volviendo á unos indios que estaban haciendo una choza, para que nos sirviese de iglesia, les dió órden de lo que habian de hacer, asistiendo á la obra, sin moverse, acto por cierto de un varon Apostólico, que en todas las que hacia tenia la providencia de Dios presente, que aún los mismos gentiles que trabajaban lo notaron. Habia venido á vernos allí un principal cacique, sin duda traido de Dios para nuestra defensa, muy estimado por ser noble y elocuente, el cual viendo que estaban ya muy cerca, salió á ellos, y haciéndoles un muy elegante razonamiento, diciéndoles, que nuestra entrada en sus tierras no era á pelear, pues no llevábamos armas, ni menos á quitarles oro ó plata, que no la tenian, sino á solo hacerlos hijos de Dios y

enseñarles el buen modo de vivir; no se rindieron tan fácilmente á la razon, instando en su deseo de matarnos; pero al fin se rindieron á las persuasiones de aquel buen cacique. Volviéndose todos á sus tierras, dimos principio allí á una reduccion que intitulamos San Francisco Javier, que en pocos meses creció á 1.500 vecinos, á donde tambien se recogieron aquellas bestias fieras, y se domesticaron, volviendo en ovejas mansas, haciendo esta mudanza la divina palabra y el bautismo que todos recibieron, creciendo cada dia en la fe, en la virtud y en amor nuestro.

XXI

Entrada que hicimos por aquellas tierras, y rastros que hallamos del Apóstol Santo Tomé.

Como se iban aumentando los sujetos, íbamos haciendo nuevas entradas á gentiles, y ganando á la Iglesia nuevos hijos. Pasó á aquella provincia el V. P. Cristóbal de Mendoza á ayudarnos en aquella cosecha, de que se llevó el fruto y nos llevó la palma, ganando la del martirio, no en esta provincia y discurso que ahora llevo, sino en la del Tape, jurisdiccion de Buenos-Aires, de que adelante diré. Quedó en la reduccion de San Javier el P. Francisco Diaz, varon de muchas partes, misionero insigne, á quien convidó la cátedra con su asiento, por su buena doctrina; pero abajándose de ella, se hizo gran maestro de gentiles. Con tan buen cobro como en San Javier quedaba, salimos el P. Cristóbal de Mendoza y yo á la provincia de Tayati, tierra muy áspera y montuosa, habitada de

gentiles de la misma nacion y lengua que la pasada. Esta conquista que la Compañía hizo fué siempre á pié por más de diez y ocho años, por carecer toda aquella region de cabalgaduras; usamos siempre llevar en las manos unas cruces de dos varas de alto y de un dedo de grueso, para que por esta insignia se mostrase nuestra predicacion. Recibiónos esta gente con extraordinarias muestras de amor, danzas y regocijos, cosa que hasta allí no habiamos experimentado. Salian las mujeres á recibirnos, trayendo sus hijuelos en los brazos, señal muy cierta de paz y amor; regaláronnos con sus ordinarias comidas de raíces y frutos de la tierra. Extrañando nosotros tan extraño agasajo, nos dijeron que por tradicion muy antigua y recibida de sus antepasados tenian, que cuando Santo Tomé (á quien comunmente en la provincia del Paraguay llaman Pay Zumé, y en las del Perú Pay Tumé) pasó por aquellas partes, les dijo estas palabras: *Esta doctrina que yo ahora os predico, con el tiempo la perdereis; pero cuando despues de muchos tiempos vinieren unos sacerdotes sucesores mios, que trajeren cruces como yo traigo, oirán vuestros descendientes esta doctrina.* Esta tradicion les obligó á hacernos tan extraordinario agasajo. Hicimos allí una poblacion muy buena, que fué escala para otras que hicimos en aquella provincia.

Las razones que hay para entender que Santo Tomé ilustró el Occidente con su presencia y doctrina como hizo en el Oriente, son muchas, y empezando por el nombre que dan á los sacerdotes, da no poca luz á salir de duda. Llámanlos Abaré, que quiere dicir *Homo segregatus á venere.* Hombre

casto. Este nombre á ninguno de los indios convino desde sus progenitores hasta Santo Tomé, sino al mismo Santo, de quien comunmente dicen los indios que fué Pay Abaré, Padre sacerdote, y en propios términos Padre, hombre diferente de los demás hombres, en ser casto. Toda esta fuerza tiene esta breve palabra; ni despues de Santo Tomé convino á otros sino á los sacerdotes; y aunque el vocablo Pay, que quiere decir Padre, lo usurparon los viejos, los magos y hechiceros, honrándose con él, jamás el de Abaré lo han admitido, y la razon de esto á mi ver es clara. La virtud de la virginidad, castidad y celibato la ignoraron de manera, que antes lo tuvieron por infelicidad y por felicidad muy grande el abundar en mujeres y tener muchos hijos, muchas criadas y familia, y cualquier falta en esto lo imputaban á desdicha, y aun duró mucho tiempo este sentimiento entre los cristianos que bautizamos, como se verá por este ejemplo.

Enviudó un cacique ya cristiano, tratamos de casarle, y dando él el sí á una mujer, ella no quiso; publicóse el caso, y él afrentado y corrido dejó sus vasallos, sus casas y su tierra, y perpetuamente se desterró por no vivir con esta afrenta. Otro eunuco á natura reconocida su falta se andaba como venado ó fiera por los montes, huyendo de ser visto; y poniendo nosotros toda diligencia en traerlo al pueblo, no podiamos con él domesticarlo, ni con los muchachos que no lo ahuyentasen, hasta que venció nuestra porfía y deseo de bautizarlo. Tanto como esto están lejos de aplicarse el nombre de Abaré y de tener nombre de castos; y aun los magos y hechiceros que nos contradicen comun-

mente el Evangelio, por oprobio nos llaman Abaré, si bien los ya cristianos han conocido la alteza de la virtud de la castidad por la predicacion nuestra, de manera que los casados se acusan de haber llegado á sus mujeres uno ó dos dias antes de la comunion, y muchos solteros se pretenden dedicar al celibato; y hay quien haya pretendido castrarse, enamorado de esta virtud de la castidad.

XXII

De otros rastros que dejó Santo Tomé en las Indias Occidentales.

Fama constante es en todo el Brasil entre los moradores portugueses y entre los naturales que habitan toda la Tierra Firme, que el santo Apóstol empezó á caminar por tierra desde la isla de Santos, sita al Sur, en que hoy se ven rastros que manifiestan este principio de camino ó rastro, en las huellas que el santo Apóstol dejó impresas en una gran peña que está al fin de la playa, donde desembarcó en frente de la barra de San Vicente, que por testimonio público se ven el dia de hoy, ménos de un cuarto de legua del pueblo. Yo no las he visto; pero 200 leguas de esta costa la tierra adentro, vimos mis compañeros y yo un camino que tiene ocho palmos de ancho, y en este espacio nace una muy menuda yerba, y á los dos lados de este camino crece hasta casi media vara, y aunque agostada la paja se quemen aquellos campos, siempre nace la yerba á este modo. Corre este camino por toda aquella tierra, y me han certificado algunos portugueses, que corre muy seguido desde el Bra-

sil, y que comunmente le llaman el camino de Santo Tomé, y nosotros hemos tenido la misma relacion de los indios de nuestra espiritual conquista.

En la ciudad de la Asuncion del Paraguay está una peña pegada á la ciudad, en cuya planicie se ven hoy dos huellas humanas, á modo de sandalia, impresas en la misma peña. La huella del pié izquierdo antecede á la del derecho, como de persona que hacia fuerza ó hincapié, y hay tradicion entre los indios, que el santo Apóstol predicaba á los gentiles desde aquella peña, y que á oirle se llenaban aquellos campos. Y como ya dijimos, tienen por tradicion, que el santo Apóstol les dió la mandioca, y es el pan principal que los naturales tienen. Y certifica el doctor Lorenzo de Mendoza, Prelado de aquella diócesis, en un testimonio auténtico en que da testimonio de los vestigios dichos, y que supo de los naturales, que por el mal tratamiento que sus antepasados hicieron al Santo, les dijo que aquellas raíces de mandioca habian de sazonar en muy pocos meses; pero que en castigo la lograrian en un año, y así pasa el dia de hoy.

XXIII

De otros rastros que del Santo se hallan en el Perú.

En empeño me ha puesto mi deseo de seguir el rastro de este santo Apóstol, y así me obliga á salir de mi provincia á la del Perú, y creo que no salgo de mi intento, pues deseo rastrear que el santo estuvo en la provincia del Paraguay, y que la tradicion de los naturales es cierta, que traia una cruz por compañera de su peregrinacion.

Que haya pasado al Perú uno de los discípulos de Cristo nuestro Señor, la tradicion de toda aquella tierra lo testifica, y lo escribe el P. Fr. Alonso Ramos, de la sagrada Orden de San Agustin (1), el cual en el cap. VII, dice estas palabras: † Por casi inmemorial tradicion tienen los naturales del Perú, especialmente los serranos, que anduvo en él un hombre jamás visto otra vez, predicando al verdadero Dios. † Hasta aquí este autor. Y en el capítulo VIII, dice: † Le quisieron apedrear en el asiento de Cacha, cinco ó seis jornadas del Cuzco, camino del Collao, donde aún en este tiempo se ven ciertas peñas abrasadas, dicen que con fuego del cielo, que quiso vengar tan atrevida desvergüenza dejando al santo libre de aquellas sacrílegas manos. Pasó adelante el santo varon, y saliendo á tierra del Collao, deseó ver aquel famoso altar y adoratorio que los collas tenian en la isla Titicaca, y destruirle si pudiese. † Y más abajo dice este autor. † En este tiempo les predicó la creencia y culto divino á un solo Dios, y viendo el poco fruto que con esta verdad hacia, y la dura obstinacion en que se estaban, comenzó á reprenderlos ásperamente, de donde vinieron á cobrarle aborrecimiento grande. † Y más abajo. † Teníanle en gran veneracion, tanto, que le vinieron á llamar Taapac, que quiere decir, hijo del Criador; tentáronle con riquezas y con blanduras.

En el cap. IX trata este autor de una cruz que este santo discípulo levantó en el pueblo llamado

(1) *Historia de Nuestra Señora de Copacavana*, caps. VII, VIII, IX, X y XI.

Carabuco, y que á su vista enmudecieron los ídolos; y no dando respuesta, y sabida la causa por los gentiles quitaron la cruz y la intentaron quemar, y no pudiendo, la enterraron cerca de una laguna, donde con bañar aquel sitio ó sepultura el agua, al cabo de más de mil quinientos años la hallaron con la entereza que hoy se ve. Y prosiguiendo esta materia, dice así este autor: † Hízose averiguacion por los años de 1600 con un indio muy antiguo, que tendria ciento veinte años, llamado D. Fernando, el cual dijo que por tradicion tuvieron sus antepasados, que habian visto en sus tierras un hombre de grande estatura, vestido casi al modo y traje de ellos, blanco y zarzo, que predicaba dando voces que adorasen á un solo Dios, reprendiendo vicios, y que llevaba consigo una cruz y le acompañaban cinco ó seis indios, y que los demonios huian de ella, los cuales persuadieron muchas veces a los indios, que matasen aquel hombre; porque de no hacerlo se les seguiria mucho daño, y no responderian sus oráculos: los indios ataron al santo y le azotaron. Depuso más este testigo, que todas las veces que al santo le tenian en alguna afliccion bajaban unas muy vistosas aves á acompañarle, y que ahora que el era cristiano, juzgaba que serian Angeles. Y que oyó decir que despues que azotaron al santo, bajaron aquellas hermosísimas aves, y lo desataron; y que el santo tendiendo su manto sobre la laguna, navegó, y se fué por ella (tiene esta laguna 80 leguas de circuito) y que pasando por un juncal dejó hecha una senda, que hasta hoy dia dura, a manera de un callejon, y es venerada de todos, y que de estos juncos ó espa-

dañas comen los enfermos y sanan. Refirió tambien que por tradicion se sabia que el santo dejó una pequeñuela caja en un cerro.

Cuando el volcan de Arequipa reventó en un cerro que está cerca del mar, un hombre que por aquellos valles cuidaba de una hacienda, vió venir de lo alto de él tanta ceniza, que parecia un caudaloso rio; esperó á que sosegase esta avenida, y echando los ojos por aquellas partes halló cerca del mismo cerro una túnica, la cual no se pudo averiguar si era de lana ó de algodon, larga y al parecer inconsútil, tiraba á color de tornasol, y con ella dos zapatos como sandalias, de tres suelas, y en la suela por de dentro estampado el sudor del pié, y eran de hombre grande, que causó á todos admiracion. Las cuales reliquias se juzgó comunmente eran del santo discípulo del Señor. Una sandalia de estas tiene una señora principal en un cofre de plata, y hace muchos milagros.

El V. P. Diego Alvarez de Paz, de la Compañía de Jesus, que escribió aquellos maravillosos libros de *vita spirituali*, afirmó muchas veces haber visto esta sandalia, y decia ser tan levantado el olor y fragancia que de sí despedia, que dejaba atrás otro cualquier olor.

En la provincia de los chachapoyas, donde yo estuve, en un pueblo llamado San Antonio, dos leguas de este pueblo está una losa grande de más de un estado de alto y más de seis varas de ancho, en cuya planicie están estampados dos piés juntos de á 14 puntos cada uno; adelante de estas huellas están dos concavidades, y en cada una de ellas cabe una rodilla, que demuestran que allí se arro-

dillaba el santo, y así lo sienten todos. Al lado de estas señales está señalado un báculo en la misma peña, que tendrá dos varas de largo, con sus ñudos, denotando que fué caña ó palo con ñudos, y parece, segun se puede conjeturar, que el santo se desocupaba del báculo para poner las manos juntas para orar. Es público que el santo Arzobispo de los Reyes, D. Toribio Alonso Mogrobejo fué en persona á verlo, y de rodillas dió gracias á nuestro Señor por haber visto tales rastros del sagrado discípulo del Señor. Quiso mudar esta losa, pero fué imposible; porque ya ántes que los españoles conquistasen el Perú, Colla Tupa, gobernador de Guarcar Inga, que entró á conquistar aquella provincia, intentó llevarla á la suya, y no pudo; y así dejó mandado que todos los indios la adorasen. El dicho Arzobispo mandó hacer sobre la losa una capilla, para que aquella reliquia estuviese con decencia. Esto es muy corriente en el Perú; y toda esta historia la trae latamente el P. Alonso Ramos, y en un capítulo de ella dice así:

† Lo que á personas curiosas he oido platicar tocante á este glorioso santo, es haber venido á estas partes del Perú, por el Brasil, Paraguay y Tucuman; y el Rmo. Sr. D. Lorenzo de Grado, Obispo que fué del Paraguay, pasando el año de 1619 por el santuario de Copacabana, dijo que en todo aquel Obispado del Paraguay hay grandes barruntos de haber pasado por él uno de los discípulos del Redentor. De aquí se dice haber pasado á Chachapoyas, y de ahí á los valles de Trujillo, y despues á los de Cañete, y de esto hay grandes conjeturas; porque en Calango, doctrina de los Padres

Predicadores, se vé hoy dia una gran losa, y en ella impresos los piés de un hombre de grande estatura, y unos caracteres en lengua que debe de ser griega ó hebrea, porque no han acertado personas que los han visto con lo que quieren decir. Los indios viejos tratando de aquellos caracteres y de los piés estampados en la losa, dicen, que un hombre de grande estatura, blanco, zarco y de barba crecida, para darles á entender y comprobar que el Dios á quien él predicaba era poderoso, y su ley verdadera, con el dedo habia hecho en la peña aquellas señales. † Hasta aquí dice el autor.

Demás de lo dicho es voz constante de tradicion muy antigua, que el santo mandó á los indios del Perú que edificasen un templo al verdadero Dios que el predicaba. Hiciéronlo, y habiendo llevado mucha paja para cubrirlo, estando el santo durmiendo de noche sobre ella, se apareció el demonio fiero y espantable, y mandó á los indios que quemasen aquel hombre con aquella paja, reprendiéndolos de fáciles de creer á un hombre advenedizo y extranjero. Pusieron fuego á la paja, y ardiendo, salió el santo con toda paz y sosiego por medio de las llamas, dejando asombrados á los gentiles.

XXIV

Cómo este discípulo de Cristo nuestro Señor fue Santo Tomás, y las conjeturas que hay de esto.

Saliera del carril de la brevedad que deseo en esta narracion simple, si por menor me pusiera á probar que este discípulo del Señor fué Santo Tomás. Tocaré algunos fundamentos á que dará prin-

cipio el sagrado texto: *Euntes in mundum universum praedicate Evangelium omni creaturae.* Este cargo se dió á solos los Apóstoles, y así San Ambrosio sobre este lugar dice: *Agitavit Christus Apostolos suos, quos per diversa mundi direxit, ut toti orbi Evangelium praedicarent.* Los Apóstoles se encargaron de esta empresa, y á ellos se les cometió, y que diesen vuelta á todo el mundo universo con su predicacion. Y si esto es verdad, como lo es infalible, ¿cómo se puede pensar que dejaron á oscuras sin la luz del Evangelio toda la América, que segun cuenta matemática es casi la tercera parte del mundo? Que haya sido Santo Tomás el que ilustró los indios del Occidente con su predicacion, es muy gran conjetura el haberle escogido Cristo nuestro Señor por Apóstol de la gente más abatida del universo mundo, para negros y indios. Predicó á los bracmanes, como lo dice Orígenes, Eusebio y otros. Doctrinó los indios del Oriente. Los etiopes fueron lavados y blanqueados con la predicacion de este santo Apóstol, como dice San Juan Crisóstomo. Los abisinos que habitan la Etiopía, oyeron su voz, y hoy le veneran como á su primer Apóstol; y esta conjetura junta con las tradiciones que quedan referidas, hacen muy probable que Santo Tomé predicó en todo el Occidente, empezando del Brasil (pasando naturalmente en embarcaciones de los romanos, que por la costa de Africa (como dicen algunos) tenian comunicacion con la América, ó que Dios por milagro lo llevase, que se puede tener por más cierto). Pasó al Paraguay, y de allí á los peruanos; en el Paraguay le conocen hoy por el nombre, llamándole

Pay Zumé; y con el mismo le nombran en el Perú, llamándole Pay Tume, como consta de una relacion que tengo en mi poder del Dr. D. Francisco de Alfaro, Oidor que hoy es del Consejo de Hacienda, el más práctico que hoy se conoce de cosas de Indias, por haber andado las partes próximas y remotas de todo el Perú y Paraguay; el cual en su relacion dice así: *Cuando estuve visitando la Gobernacion de Santa Cruz de la Sierra, supe que habia en toda aquella tierra noticia de un santo que llamaban Pay Tume, el cual habia venido de hácia la parte del Paraguay, y que habia venido de muy léjos, de suerte que entendí como que habia venido del Brasil por el Paraguay á aquellas tierras de Santa Cruz.* Hasta aquí dice el Dr. D. Francisco.

De manera que ya queda conocido por Tomé en el Brasil, Paraguay y Perú. Que este sagrado Apóstol haya pasado por el Brasil al Paraguay y Perú, dícelo el P. Pedro de Ribadeneira, de nuestra Compañía, por estas palabras: *Y no solamente predicó el santo Apóstol á todas estas provincias y naciones, pero en el Brasil, escribe el P. Manuel Nobrega, Provincial de la Compañía de Jesus que fué en aquella provincia, que los naturales de ella tienen noticia de Santo Tomé y de haber pasado por aquella tierra, y que muestran algunos rastros y señales de ello, las cuales el mismo Padre habia visto por sus ojos.* Hasta aquí dice este autor: luego mucho se llega á certidumbre la tradicion que hay en el Paraguay de que por allí pasó el Santo, el cual así como en la India Oriental profetizó la renovacion de su predicacion evangélica, diciendo: *Cuando llegare el mar á esta piedra, por divina ordenacion vendrán hombres*

blancos de tierras muy remotas á predicar la doctrina que yo ahora os enseño, y á renovar la memoria de ella, de la misma manera profetizó el Santo la entrada de los de la Compañía en estas partes del Paraguay de que voy tratando, por casi las mismas palabras: *Esto que yo os predico se os ha de olvidar, pero cuando vengan unos sacerdotes sucesores míos, que traigan cruces como yo traigo, entónces volvereis á oir esta misma doctrina que yo os enseño.* De cuya enseñanza y doctrina les quedó hasta nuestros tiempos el conocimiento del abscondido Misterio de la santísima Trinidad, si bien ya olvidados celebraban supersticiosamente una célebre festividad de este misterio en el Perú. Halláronse tres estátuas del sol, que llamaban Apointi, Churinti, Intiqua ó Qui, que quiere decir el Padre y señor Sol, el hijo del Sol, el hermano del Sol. Y que el Santo les explicó la unidad de estas tres Personas divinas, da testimonio un ídolo que llamaron Tangatanga, en que adoraban á este uno en tres y en tres uno, lo cual tengo por muy probable que les quedó del Apóstol, y ellos lo aplican á sus ídolos. Y así entiendo, que el nombre que en el Paraguay dan á Dios, que es Tupá, y que corresponde á Manhú, lo inventaron los mismos indios, oyendo las maravillas que de Dios les anunciaba el Santo, y espantados dijeron: Tupá, quid est hoc, cosa grande.

XXV

es muy probable que el santo Apóstol se acompañó de la cruz en el Occidente.

o se puede dudar que el Apóstol Santo Tomé devotísimo de las llagas de su divino Maestro, el especial favor que el Señor le hizo, que con manos las palpase. Y aunque en su corazon las a impresas, como exteriormente no las podia ar para mostrarlas á los gentiles, aprovechóse duda del instrumento de la cruz, donde se ha- ı obrado, y así es muy digno de creer que el to la llevó consigo. La señal que dió en el Orien- e la predicacion futura, fué una cruz de piedra. láronle los gentiles del Oriente en una cueva nte de una cruz que tenia esculpida en una lra, delante de la cual hacia siempre oracion. Meliapur, en el lugar donde fué martirizado, se stra una cruz cortada en piedra con algunas ıchas de sangre, y en la misma piedra se ven s señales suyas, que aun en estas señales de lra no quiso fuese inferior el Occidente al Orien- como ya hemos visto en las señales que en pie- ı vemos hoy esculpidas. Halláronse en Oriente ıs incógnitas en piedra, en Occidente se ven tambien. Fué muerto por un bracmano sobre piedra. La cruz que este Santo llevó al Occi- te es de tanto peso que parece de piedra, así ıu peso como en su incorrupcion, porque como lijimos estuvo debajo de tierra, que bañaba el a más de mil y quinientos años, y se ve hoy tan

entera, sólida y maciza como lo pudiera estar una piedra, y lo más es con un olor particular, sin dar muestra que en algun tiempo se sujete á corrupcion.

Ahora nos queda de averiguar, si esta cruz la hizo el Santo en Carabuco, donde la colocó, ó en el Brasil ó Paraguay. La razon de dudar es, que era grande de altor, casi de dos varas y media, gruesa y por labrar, porque despues de labrada, ahora en nuestros tiempos quedó de un palmo de ancho en cuadro y tan pesada, que la mitad de ella, que se llevó á Chuquisaca, iban reventando con ella dos mulas que la llevaban en unas parigüelas, de que en esta corte hay abonados testigos que la vieron llevar, y yo he hecho varias veces prueba con muy pequeñas partículas de ella, que echadas en agua, se van luego al fondo, y así parece que el Santo no se habia de embarazar en tanta longitud de leguas con tan pesada carga.

Con todo eso parece casi cierto que el Santo la llevó de muy lejas partes. Que no la hizo en Carabuco es cierto, porque toda aquella comarca no sólo es falta de madera provechosa para alguna fábrica, pero aun de la leña comun que se aplica al fuego. Y así lo advierte el Dr. D. Francisco de Alfaro en su memorial, por estas palabras: *Advierto, que todas aquellas tierras alrededor de la laguna (que todas las he andado) son muy faltas de madera y aun de leña.* Hasta aquí dice, y advierte que sin duda aquella cruz vino de muy léjos, porque afirma no haber visto en todo el Perú madera semejante; y así consta que no se hizo allí, demás que madera incorruptible como ella es, y tan pesada y

osa, y de su calidad y color no se halla en todo
erú. Que no la hay en toda la provincia del Pa-
ıay es cosa cierta, porque en casi treinta años
ha que andamos por aquellos montes los de la
npañía en busca de indios gentiles, nunca habe-
visto tal especie de madera. Yo tengo en mi
er un pedazo de esta milagrosa cruz, con testi-
ıios ciertos, y haciendo cotejo con una precio-
specie de madera que hay en el Brasil, que los
ırales llamaron yacaranda, y los españoles palo
o, de que se hacen cosas muy curiosas por re-
.ar al ébano, hallo que es de la misma especie,
ſ lo afirman testigos prácticos de esta madera,
quien hice la experiencia en el color y olor, y
' particular en el peso, porque el palo-santo,
' pequeñitas partículas que se pongan en agua
an luego al fondo, y esto mismo hace aque-
anta reliquia; de donde se colige que el santo
stol fabricó esta venerable cruz en el Brasil, en
de empezó su predicacion, comunicando á toda
ıpecie de esta madera las virtudes que la expe-
cia nos enseña para la salud humana, porque
ida el agua en que se cuece, hace muy buenos
tos, y principalmente contra la disentería, á
ı causa la voz comun le ha puesto por nom-
el palo-santo. Hay desde donde el Santo llevó
cruz hasta Carabuco, que fué donde la enar-
ı, más de 1.200 leguas.
e manera que se saca de lo dicho por muy pro-
le la tradicion que en el Paraguay se tiene, de ha-
dicho el santo Apóstol, que cuando viniesen unos
:sores suyos que trajesen cruces como él traia,
'erian á oir la doctrina que él les enseñaba.

A la objecion se puede responder, que quien en el Oriente en la ciudad de Meliapur trajo un madero de inmensa grandeza que mucho número de hombres y elefantes no podian mover, para la fábrica de un templo material, bien podria traer este madero precioso para el edificio espiritual de su predicacion; y el que de una India á otra le pasó sin galeones, le aligeraria su cruz al peso de una paja.

XXVI

Cómo el santo Apóstol colocó esta sagrada cruz en Carabuco, su invencion y efectos que hizo contra los demonios.

El empeño en que me ha puesto, el tratar de la cruz de Santo Tomé, me obliga á decir de su colocacion por las manos del Santo, de su invencion en estos nuestros dias y efectos que hizo, y al presente hace. Y no juzgo haber salido de mi intento, porque trato de la conversion de gentiles y predicacion del Evangelio, que es imposible hacerse sin cruz, y aun á veces muy pesada, pero como es el yugo de Cristo él la aligera.

Consta por tradicion que el Santo colocó este divino estandarte en Carabuco, pueblo de gentiles de los más idólatras y supersticiosos que se conocieron en el Perú, á cuya vista enmudecieron los simulacros que hasta allí habian sido muy parleros, avisando á los indios que mientras no quitaban aquella cruz, ni habian de serles propicios ni darles respuesta. Y esta fué la causa porque los indios echaron aquella preciosa reliquia en la laguna,

pero yéndose la cruz por su peso al fondo en presencia de los gentiles, á la mañana amanecia sobre el agua, los cuales por quitar de una vez aqueste estorbo á sus ídolos, sacaron la cruz del agua, y encomendándosela al fuego, pretendieron volverla en ceniza, á que aplicaron todo su poder, sin que aquellas llamas hiciesen en ella más señal de la necesaria, para que ahora en nuestros tiempos se comprobase la tradicion comun de los indios á vista de nuestros ojos, y así por un lado tiene una breve señal de fuego.

Viendo los gentiles que los dos elementos de agua y fuego no podian contrastar aquel madero, trataron de encomendarlo á la tierra. Cavaron en ella tres estados, y tan junto al agua, que lo más del año cubria aquel lugar, y allí depositaron este tesoro, y para que estuviese más oculto dejaron hecho un albañal de inmundicias. Llegó el tiempo que el Señor tenia determinado sacar este testimonio de la verdad de su Evangelio, para que constase que por los sagrados Apóstoles se habia predicado en todo el universo, cuya invencion fué esta, sacada de la historia del P. Fr. Alonso Ramos, de la Orden de San Agustin.

Comian los indios de Carabuco todos juntos en la plaza el dia célebre del Corpus, uso comun por aquellas partes de celebrar las fiestas. Encendióse al calor del vino una pesada pendencia entre dos parcialidades que habitaban en aquel pueblo, y viniendo á las manos, prorrumpieron tambien en voces, diciéndose alternativamente palabras injuriosas. Los anansayas, que eran advenedizos, dijeron á los urinsayas, que eran naturales del pueblo: *Vos-*

otros sois mal inclinados y hechiceros, y vuestros antepasados apedrearon á un santo que les predicaba la fe y creencia de un solo Dios, y pretendieron quemarle una cruz que consigo traia, y esta la teneis escondida, y sabeis muy bien dónde está y no la quereis manifestar. Vino esto á noticia del cura llamado el P. Sarmiento, y muy siervo de Dios, el cual ya con halagos, ya con amenazas supo el lugar, de donde habiendo cavado tres estados la sacó.

Hace nuestro Señor por esta cruz muchos milagros, y principalmente contra los rayos y incendios. Muchos se cuentan y muchos escribe el P. Fr. Alonso Ramos, solo uno referiré. Tenia una india un pedacito de esta cruz al pecho, trató un deshonesto mozo de forzarla, avisóle ella de la reliquia que consigo traia para arredrarle de su intento, prosiguió en quererla hacer fuerza, y siendo claro el dia y muy sereno cayó un rayo y lo mató, dejando libre y sin lesion la india.

Con esto he concluido con la cruz, rastros y señales que hay en el Occidente del glorioso Apóstol; ahora volveré á mis reducciones, deseoso de que alguno tome este rasguño para tratar esta historia con fundamento.

XXVII

Demostraciones que hizo el demonio por un indio cristiano que dejaba de oir Misa las fiestas.

Ibánse adelantando mucho los nuevos cristianos con la continua predicacion del Evangelio, y entablándose muy buenas costumbres. Una, y muy

loable fué, que bien de mañana oyesen todos Misa, y luego acudiesen á sus labranzas, de cuyo santo ejercicio han experimentado aumento de bienes, no sólo espirituales sino tambien temporales, y los que no han seguido este ejercicio han experimentado pobreza y miseria, de que pudiera decir de muchos que oyendo cada dia Misa, con mediana labor abundaban en bienes, y de otros que dejándola de oir, y á veces alguna fiesta afanando y trabajando continuamente, apénas se podian sustentar.

Un indio de cierto pueblo, ni dias de trabajo ni de fiesta iba á Misa. Perseverando en esto un año entero. Y como ya hemos visto en este discurso, les ha el Señor enseñado con cosas exteriores y señales, moviéndolos con esto á creer las cosas invisibles y del alma; usó tambien de este modo para industriar á este indio, é incitarle á que acudiese al pueblo. Un domingo estando todos oyendo el sermon y Misa, solo este indio se quedó en su granja, en la cual empezaron los demonios á dar balidos como de vaca, bramar como toros, mugir como bueyes é imitar las cabras. Espantado el pobre indio se recogió á su choza sin atreverse á salir fuera molestado del miedo. Acudió la gente á la tarde, dióles parte el indio de su afliccion, y andando ellos por aquellos sembrados vieron varias huellas de animales, y un pié de persona tan pequeño como de un recien nacido infante, y lo peor fué que todo aquel sembrado lo dejó amarillo, y como si con fuego lo hubiesen chamuscado. El domingo siguiente sucedió lo mismo. Avisáronme de esto, pero no de la falta que el indio hacia en no oir Misa; aconsejéles que pusiesen cruces y asper-

jasen todo aquello con agua bendita. Hízose así, pero al otro domingo sucedió el mismo ruido del demonio. Avisáronme que no aprovechaban las cruces, ni el agua bendita, confesáronse todos los de aquel pago, dudando cada cual que por su causa les molestaban aquellos demonios. Solo aquel mal habituado indio no trató de confesarse, y para dar los demonios á entender que aquel indio era la causa, iban los demonios de muy buen trecho como corriendo (porque solo su ruido y voces se oian) hácia la choza de aquel indio, el cual con el nombre de Jesus se defendia. Pidiéronme remedio, y despues de la Misa me fuí á aquel puesto que habia del pueblo media legua á donde ya habia concurrido todo el pueblo á oir al demonio; llegué á un arroyon que se pasa en barcos, y vi que gran tropel de gente se arrojaba al agua atravesando con cuidado el rio, huyendo del demonio que embestia con fuerza contra aquella casa. Pasamos el rio, y habiendo visto las pisadas, y que de propósito con ellas habian tronchado y echado á perder todo lo sembrado, cuya amarillez daba grandes indicios de fuego, y el fruto que estaba en leche chamuscado y marchito, pregunté quién habitaba aquella choza, y entónces me refirieron su falta. Tomé sobrepelliz y agua bendita, y en nombre de Jesucristo, y por los méritos de su siervo Ignacio le mandé que se fuese de aquellas partes, y que en ningun pueblo hiciese daño. Puse en un vaso cerrado un pedazo de la sotana de San Ignacio, y nunca más volvió el demonio. Yo me llevé aquel indio al pueblo, hizo una buena confesion, y en adelante fué muy ejemplar cristiano.

XXVIII

De cuatro cuerpos muertos de indios que eran reverenciados en sus iglesias.

En todas partes procura el demonio remedar el culto divino con ficciones y embustes, y aunque la nacion guarani ha sido limpia de ídolos y adoraciones, merced del cielo que libres de mentiras están dispuestas para recibir la verdad como la larga experiencia nos lo ha enseñado, con todo esto halló el demonio embustes con qué entronizar á sus ministros, los magos y hechiceros para que sean peste y ruina de las almas. Padecíamos en una reduccion un gran trabajo, que estando toda la semana hirviendo el pueblo de gente, solos los domingos cuando á voz de muchas campanadas queriamos juntar el pueblo al sermon y Misa, desaparecian todos. Buscamos con cuidado la causa, para aplicarle el remedio, pero no fué posible descubrirla, hasta que un mozo descubrió á un Padre, debajo de gran secreto, cómo en tres cerros habia tres cuerpos de muertos, y que hablaban y habian avisado á los indios que no oyesen la predicacion de los Padres. Afirmó este mozo haberlos oido hablar, y de nosotros mal y de nuestra doctrina, acreditando mucho á sus ministros con todo descrédito nuestro. Habia voz comun que habian resucitado, y que vivian en carne al modo que vivian ántes que muriesen. Con estos enredos del demonio no acudian á oir sermon, ni doctrina. Juntámonos cinco sacerdotes á tratar del caso, resolvióse que

á la una de la noche saliésemos cuatro con todo silencio á buscar estos cuerpos, el P. Francisco Diaz, y el P. José Domenech fueron á un cerro que estaba pegado al pueblo donde estaba el uno y el santo mártir P. Cristóbal de Mendoza y yo, fuésemos en busca de los otros. Quedó en nuestra casa el P. José Cataldino para que entretuviese á los indios y los deslumbrase. Y aunque salimos despues de media noche por los trascorrales, y sin ruido, no pudo ser nuestra salida tan oculta que un portero indio que teníamos no nos sintiese, el cual al punto dió parte á los del pueblo, que de aburridos de ver que no acudian á la iglesia nos ausentábamos.

Acudió la gente en tropel á nuestra casa, preguntan al P. José por nosotros, sosególos el Padre. El P. Francisco Diaz y su compañero diéronse buena maña á caminar á oscuras por una muy agria sierra y casi sin camino, y subiendo con harto trabajo á la cumbre de aquel monte descubrieron un templo adonde eran honrados aquellos secos huesos. Vieron á la redonda muchas ermitas en que se albergaban los que iban á aquella romería, como en novenas, que todo lo quiere remedar el demonio. Hallaron aquello sólo sin guarda alguna, cosa que extrañó mucho la guía que los Padres llevaban, porque afirmaba que de dia ni de noche dejaba de haber allí continua gente. Era el templo bien capaz y bien aderezado, en él habia un atajadizo lóbrego con dos puertas, en que estaba el cuerpo colgado de dos palos en una red ó hamaca, las cuerdas de ella estaban muy bien guarnecidas de muy vistosa y variada plumería, cubrian la ha-

maca unos preciosos paños de pintadas plumas que su variedad se llevaba la vista. Habia algunos instrumentos con que perfumaban aquel lugar, en el cual nadie era osado á entrar sino el sacerdote, el cual en nombre del pueblo preguntaba las dudas á este oráculo. En lo anterior del templo habia muchos bancos donde se sentaba el pueblo, el cual oia las respuestas que el demonio daba. Habia por todo el templo muchas ofrendas de frutos de la tierra en curiosos cestos pendientes por las paredes y madera. De estas ofrendas comia el sacerdote, y lo que le sobraba repartia como cosa sagrada á los labradores, de que se prometia una gran bendicion en sus cosechas. Recogieron los Padres los huesos, sus plumas y arreos, y con todo silencio lo llevaron al pueblo, sin que persona alguna lo supiese.

Al P. Cristóbal de Mendoza y á mí se nos dilató algo más nuestra ventura. Caminamos aquella noche por sierras, valles y lagunas con toda la priesa que el deseo nos daba de hallar aquel demonio; serian las ocho del dia cuando la guía que llevábamos nos metió en el templo. Diónos su vista muy buen alegron, juzgando que ya no se nos podia escapar de nuestras manos, pero no hallamos más que colgajos de ofrendas en el templo. Aquí parecia dar fin nuestra esperanza, porque la guía sabia aquel lugar, pero no donde aquella misma noche habian trasportado el cuerpo, segun el rastro mostró. Y entre la perplejidad y deseo de hallar lo que buscábamos, determinamos de seguir entre muchos caminos que habia, el más trillado. Topamos por él á un muchacho gentil, que aunque entónces negó

constantemente, despues supimos que era el sacristan ó ayudante en aquel templo; atámosle, amenazándole ya, ya prometiéndole dones, para que nos guiase. Negó siempre, pero negando juntamente nos guió por unos peligrosos riscos, que hacian una profundidad muy grande, pasámoslos á gatas, agarrándonos de las peñas. Pasado este reventon topamos una tienda ó choza á medio hacer, cuya curiosidad y ser allí reciente nos dió á pensar que se empezaba á hacer para aquel cuerpo, y que por más seguridad lo habian pasado adelante. Quiso nuestra ventura que topásemos un indio que nos sacó de duda, el cual nos dió la relacion siguiente:

† A media noche (dijo) el cuerpo que en aquel templo que visteis era adorado, dió voces, pidiendo le favoreciesen y llevasen de allí; llevadme (decia) sacadme de aqueste lugar, porque en mi busca vienen aquellos malos hombres á cogerme, con ánimo de quemarme, sacadme apriesa; y yo si estos me maltratan haré que caiga fuego del cielo y los consuma, y que crezcan las aguas, é inunden la tierra, y convocaré á mis amigos los de San Pablo, para que venguen la injuria que me hicieren. Con este aviso los que le guardaban, no sólo cuidaron de librar á este, sino tambien á otro cuerpo que estaba bien distante de allí, con ánimo de que dos demonios se defendiesen mejor de dos sacerdotes (providencia del cielo para que los cogiésemos ambos) habian caminado hasta aquel puesto que vistes medio hecho, y no seguro allí, decia, llevadme presto de aquí, porque vienen ya muy cerca aquellos Padres. Sacáronlos luego, y de aquí

algo léjos de este paraje los dejé, que van huyendo †.

Hasta aquí refirió el indio; y segun despues supimos, este mismo indio iba acompañando aquellos cuerpos, pero viendo que el demonio nos tenia miedo y huia, juzgando por mucha su flaqueza, juzgó que mejor le estaria nuestra amistad que la de aquellos pusilánimes, y por no verlos en nuestras manos y que por lo menos habian de ser quemados, se despidió de ellos.

Eran ya las dos de la tarde sin haber descansado nosotros un punto, y animados con esta relacion engañando el deseo de coger la presa al terrible cansancio que llevábamos, quiso el Señor que á las cinco de la tarde diésemos con ellos, y fué que los que los llevaban con la huida tan apresurada y de tantas horas, rendidos al cansancio los acomodaron lo mejor que pudieron, pensando que nuestra diligencia no daria alcance á su apresurado curso. Cuando de repente dimos con ellos, huyeron todos, y una sacerdotisa, que compadecida del trabajo de aquellos cuerpos los habia seguido, con ánimo de regalarlos, y así tenia unos vasos grandes en que ponia brasas para mitigar la humedad y frio de aquel monte. Huyeron todos, solos dos tuvieron ánimo de esperarnos, y aun de matarnos, porque asestaron sus flechas á nosotros. Acobardólos Dios, y así pudimos cogerlos y atarlos. Dimos gracias á Dios por el suceso, abrimos las redes, descubrimos unos hediondos huesos que aunque adornados con vistosas plumas nunca perdieron su sucia fealdad. El un cuerpo habia sido de un grande mago y muy antiguo, y el otro lo al-

canzamos en nuestra primera entrada en aquella provincia vivo, y al aspecto le juzgamos por de ciento veinte años; habiámosle convidado con el bautismo muchas veces, pero nunca lo aceptó, hasta que ya al último trance de su vida con algunas muestras que dió le bautizó el P. Simon Maseta. Enterráronle en una iglesia pequeña que poco despues dejamos, y afirmaron muchos que desde la sepultura se oia dar voces, diciendo: *Sacadme de aquí que me ahogo, sacadme luego,* así lo hicieron, y lo pusieron en el templo, en donde hablaba por él el demonio como queda dicho.

XXIX

De lo que se hizo con estos huesos.

Convino mucho hacer alguna buena demostracion para confusion de los sacerdotes de estos ídolos y desengaño de los pueblos, que no sólo este, sino los demás estaban engañados. Lo primero vedamos á todos los cristianos que no comiesen de aquellas ofrendas, por haber sido hechas al demonio; llevamos los cuerpos al pueblo, y los moradores divididos en bandos, unos juzgaban nuestra accion por muy dañosa, porque en estos cuerpos y su culto tenian libradas buenas sementeras, fértiles años y próspera salud, teniendo por muy cierto, que aunque habian sido muertos, habian vuelto á ser ya vivos, recobrando su antigua carne, mejorada con juvenil lozanía. Confirmaban esto con decir que los habian visto menear en sus hamacas, y oídolos hablar en utilidad comun del pueblo. Otros

osos de que esto fuese así, deseaban ver por ojos este engaño; otros juzgaban, que pues hudo apriesa no se habian podido escapar de stras manos, y que como presos los habiamos do, no podia ser ménos, sino que su poder era y poco.

nta toda la gente en la iglesia, se les hizo un non, en que se trató del verdadero Dios, de la racion que se le debe de las criaturas, y enga- del demonio, cuán poco puede, de las menti- y enredos de los magos. Acabado el sermon, sa- n Padre con su sobrepelliz y estola, ministros agua bendita, y un grande libro bien encua- nado, en el cual leyó en latin algo de un capí-. Incitóles á hacer acto de contricion de haber do aquellas boberías; estaban todos puestos de llas, juntas las manos, puestos los ojos en el o. Hicieron su acto bien fervoroso de detesta- de toda creencia vana y idolatría, abrazando mente la verdadera doctrina que la Iglesia Ca- a Romana enseña, pidiendo á voces perdon á s, con tanta devocion y sentimiento, que inci- n nuestras lágrimas. Subióse (acabado este acto) Padre en un tabladillo que se habia hecho en la a, para que todos y las mujeres y niños pudie- ver el desengaño en los huesos frios, mostró- el Padre declarando los nombres de cuyos eran. extraño el regocijo popular por ver tan gran año de cuerpos, que todos confesaban que vi-, deshecho tan en público. A porfía traian leña quemarlos, y así se hizo en presencia mia que no llevasen algun hueso, y con él conti- sen su mentira.

Con este hecho se animaron á descubrirnos otro cuerpo que habia poco era muerto, y queriendo nosotros en su enfermedad bautizarlo, lo ocultaron los gentiles, con ánimo de fabricarle templo, el cual tambien pasó por la misma pena de fuego. Quitado este estorbo acudieron con continuacion la gente á la iglesia, y con fervor pedian los gentiles el bautismo, y los cristianos la confesion, con que se cogió en aquel pueblo mucho fruto, acusándose con mucho sentimiento de haber tenido por verdad aquellos embustes del comun enemigo.

XXX

Entrada que hicimos á la provincia de Tayaoba.

Habiendo ya undado cinco poblaciones, y quedando en ellas Padres que las cultivasen, pusimos la mira en pasar á la provincia de Tayaoba. Este nombre fué de un principal cacique gobernador de muchos pueblos, del cual tomó toda aquella provincia el nombre. Cúpome á mí el procurar abrir la puerta de esta bien cerrada provincia, para que el Evangelio entrase. Tenia esta provincia casi infinita gente, y con las costumbres gentiles muy en su observancia, muy guerrera, y en comer carne humana muy ejercitada. Hallábanse por aquellas sierras, valles y arroyos gran número de hechiceros, llenos de muy grandes errores y supersticiones, y que con pertinacia aborrecian otras doctrinas, predicando la suya por muy cierta. Muchos se fingian dioses (comun disparate de estos pobres) fraguando mil embustes de su divinidad, creida

neciamente de la plebe, porque como la elocuencia de estos es extraordinaria, la ordinaria gente los venera vencidos de sus compuestas y mal hiladas mentiras.

Siguiendo mi viaje, llegué á una aldea ó pueblo bien pequeño, que apénas tenia 60 vecinos que me recibieron con amor, que pagué con obras de predicacion del Evangelio, y se bautizaron todos. Detúveme en este pueblo dos meses, informándome de las costumbres de los de aquella provincia, y procurando desde allí darles cuenta de mi venida y intentos. La llave y atalaya de toda la provincia estaba en un pueblo distante una jornada de el en que yo me hallaba. Envié á sus moradores algunos donecillos de anzuelos, cuchillos, cuentas y otras cosillas que acá no tienen valor y son allá de estima. Con esto pude atraer algunas á que me viesen, y comunicando con ellos mis deseos, les dije como deseaba entrar en sus tierras á anunciarles la salud eterna; y fiado yo en el seguro que me dieron, me partí de allí á pocos dias por el rio en canoas, llegué á su pueblo con sol, habiendo caminado con toda prisa todo aquel dia. Dieron muestras de recibirme bien, pero fingidas, porque dando aviso de mi llegada, toda aquella noche fué desgalgando gente de aquellas sierras, con ánimo de comerme y á los que iban en mi compañía, que serian como 15 personas. Tenian deseo (como despues supe) de probar la carne de un sacerdote que juzgaban era diferente y más gustosa que las demás. Tuve á mala señal ruido tan disimulado, y así se me pasó la noche en prepararme para cualquier suceso.

Apénas rompió el dia cuando entró en r
za un grande hechicero preguntando por
viéndome de rodillas en oracion, con much
cio se sentó no léjos de mí. Yo proseguí po
buen rato pidiendo á Dios la luz que le fal
aquella ciega gente, para que desechando lo
res de la gentilidad, se convirtiesen á su div
Levantéme, y á él y á otros ocho caciques g
magos que se habian juntado, con amorosas
das palabras les dije, cómo el deseo de su bi
habia guiado á sus tierras, no en busca de
plata, que no tenian, sino de las almas, que a
negras con la gentilidad y pecados, les traia c
las emblanqueciesen, que era el agua del
mo, y en él la verdadera creencia de un Dio
dor universal, y prosiguiendo mi plática les
cié á Jesucristo Hijo de Dios, y llegándoles
tar de la pena eterna de los malos, me atajó
ellos, diciendo á voces, *este miente,* repitiend
chas veces, *miente, matémosle,* y respondien
otros lo mismo, salieron corriendo á busc
armas, que de propósito por no causar rece
habian dejado escondidas, y en guarda much
te que en un monte estaba en emboscada.

Quedé con la mano sabrosa (como dicen) p
ber dado aqueste pregon del Evangelio á aq
bárbaros, y sin menearme del puesto los estu
perando. Uno de los indios que me acompa
entró en mi choza, rogándome que me fuese,
segunda y tercera vez, diciéndome: Padre, por
de Dios, que nos vamos, que te han de hacer
zos, y echándome los brazos al cuello, con su
gos me movió á salir, pareciéndome ver en

ya indio, sino un Angel del cielo. Apénas salimos, cuando empezamos á sentir las flechas que nos venian tirando. Cayeron á mis lados siete indios de mis compañeros muertos á flechazos, que para mí fueron otras siete muertes, sin que mi dicha me enderezase alguna, para ser compañero en la muerte de los que me habian acompañado en vida, no sólo con el cuerpo, sino con el ánimo de ayudarme á la predicacion del Evangelio, con cuyo intento se habian preparado el dia ántes como para morir, con la confesion y comunion, diciéndome con un fervor cristiano: *Ea, Padre, vamos á predicar la fe á los gentiles, que nosotros en tu ayuda hemos de dar la vida por Jesucristo, y en defensa de la fe que predicas.*

Estaba junto á mí aquel buen indio que me sacó de la choza, y viéndome rodeado de tanta flechería y en tan conocido peligro, por sacarme á mí de las manos de la muerte, se expuso él con evidente peligro de perder la vida. Y sin hablarme palabra, me quitó por detrás mi sobrerropa con la presteza que trance tan peligroso pedia, y mi sombrero juntamente, y diciendo á otro indio *meted al Padre al monte*, él se puso mi sobrerropa y mi sombrero, y corriendo por un campo solo á vista de los enemigos, me dió tiempo y lugar para que yo me guareciese del bosque, que era muy espeso. Oí decir á los gentiles viendo á mi buen indio con mi sombrero y ropa, *allí va el sacerdote, tirarle, matémosle,* y fué maravilla que lloviendo sobre él gran golpe de flechas ninguna le tocó, siendo toda aquella gente muy certera en tirar saetas.

Yo me metí por el monte con tres indios, y por no dejar rastro nos dividimos por cuatro partes á vis-

ta unos de otros (ardid usado en semejantes aprietos) y así fuimos caminando por aquel espesísimo monte. Aquel fiel indio que por mí se expuso á recibir la muerte corrió muy grande trecho, y juzgando que yo estaria ya muy adelante por el monte adentro, él se recogió tambien á guarecerse, dejando burlados á los que le seguian. Alcanzóme, dióme mi ropa y el sombrero, y con intrépido ánimo juzgando que venia la gente en mi seguimiento volvió á ver si los encontraba, con ánimo de guarecer mi vida, á riesgo de la suya. Nosotros proseguimos nuestro rumbo, sin saber el que llevábamos, topamos por gran ventura un oculto camino, por donde disimular el rastro que dejábamos; este fué un acequion ó pasadizo y hozadero de jabalíes metido bien en la tierra, hecho un lodazal continuo, y tan cubierto y disimulado con unos espinosos juncos, que tuvimos á gran ventura dar con este escondrijo. Arrojámonos por él, cuya estrechura apénas daba lugar á que uno tras otro pasásemos; el altor era ménos, porque yendo á gatas metiendo las rodillas y brazos en el cieno hediondo, nos era fuerza llevar por él arrastrando el rostro, pena de que en levantando un poco la cabeza topaba luego con las agudas espinas de los juncos. Afliccion grande pasé en este estrecho, sucio y espinoso camino, de que salimos como suelen salir los jabalíes del cieno, y yo saqué la cabeza lastimada de los juncos corriendo la sangre por el rostro, que con lágrimas de sus ojos me limpió uno de mis compañeros. Dábanse priesa á que caminase, teniendo por sin duda que nos seguian los enemigos, pero iba yo tan cansado y atravesado el corazon

las siete muertes de mis compañeros, y insti-
.do del deseo de imitarlos, que rogué á los que
conmigo, que se fuesen y escapasen las vidas,
que sus hijos tuviesen padres, y sus mujeres
dos, y no quedasen con su muerte viudas y
fanos; y ellos con un varonil ánimo dijeron,
ni mujeres ni hijos estimaban, que más bien
staba morir á mi lado en tan honrosa empre-
ue vivir con infamia de haberme dejado entre
iles.

ı esto sin pensarnos vímonos sobre el rio por
le el dia ántes habiamos subido, oimos ruido
:mos, el cual juzgamos ser de los enemigos que
:l rio andaban á buscarnos. Con este recelo nos
mos al monte, pero pareciéndome que huíamos
aber de qué, rogué á mis compañeros que me
rasen allí, que queria reconocer quiénes eran,
e si fuesen enemigos se escapasen ellos. No vi-
ɔn en eso, y así nos volvimos al rio, descubri-
dos indios en una canoa y que eran amigos,
os caciques de aquel pueblo de donde habia-
salido el dia ántes. Preguntéles (bien maravi-
ɔ) la causa de su venida, respondieron que ha-
sabido el suceso, y que venian en mi busca.
dé atónito, vi una providencia divina bien pal-
e, porque el camino hasta allí era de ocho ho-
:on voga continua, y de mozos, que para una
arcacion son menester ocho ó diez, y estos dos
ɔs que cada uno tenia más de ochenta años, en
. y media habian hecho aquel largo camino.
ɔarcámonos y llegamos al pueblo donde se re-
ɔ mi pena, porque salieron todos niños y mu-
ı á recibirnos llorando á voces nuestros traba-

jos. Quedé sin ornamento, porque aquellos bárbaros me le quitaron, del cual hicieron presente á un gran mago que tenian, á quien todos reconocian vasallaje. Hicieron pedazos la patena para colgar los pedazos al cuello, quitáronme una hamaca y una frazada que era todo mi ajuar, quedando solamente con lo que tenia vestido, sirviéndome el fuego de frazada contra el frio, que era muy grande en las rigurosas noches del invierno.

XXXI

Entrada segunda que hice á esta provincia.

Pretendia con tan adverso suceso arredrarnos el demonio de tan importante empresa, pero la codicia de ganar tantas almas para el cielo hacia olvidar estos trabajos. Volvíme á preparar para hacer otro acometimiento á aquel alcázar tan pertrechado de ardides de demonios, y fortificado con tantos ministros suyos. No hallé desanimados á los indios, que aunque la muerte de aquellos siete hermanos suyos y compañeros mios podia acobardarlos; pero el haberlos dado á entender cuán gloriosa accion habia sido la suya y el premio que esperaba tenian ya en el cielo, por haber con su sangre firmado la fe que poco ha habian recibido, les cansó nuevo ánimo.

Sucedió por aquellos dias, que á las nueve de la noche en lo más oscuro de ella, oimos por una de muy altas quebradas de montes, entre cuyos senos corria un caudaloso y en partes arrebatado rio, un ¡ay! tan dolorido y tierno, tan penetrante y repetido

que nos causó á todos gran novedad, porque ni el ruido bien grande del rio ni la longitud bien grande de donde empezó este quejido disminuia un punto de aquella sonora y lastimera voz. El primer juicio que hice, fué que era alguna alma que en el purgatorio era atormentada fuertemente. Salí á la plazuela del pueblo, donde ya la aguardaban muchos, porque segun de la voz se colegia, por minutos se iba acercando al pueblo. Como un rayo pasó por medio de nosotros en forma visible de un bulto, á modo de nube blanca y de altor de un hombre, y entrando en la iglesia á pocos pasos de la entrada desapareció; díjele algunos responsos y el dia siguiente la Misa. Quedaron todos los indios espantados de haber visto tan claramente cosa de la otra vida, diciendo todos que seria el alma de alguno de mis compañeros.

Todo mi deseo era ver el gran cacique Tayaoba, porque juzgué que, aquel ganado, tendria á los demas de mi bando. Quiso el Señor que mi deseo se cumpliese. La curiosidad de verme trajo á aquel pueblo un gran cacique, llevando consigo su mujer y dos hijos suyos (señal cierta de amistad) nunca apartaba de mi sus ojos, lo cual extrañé mucho, pero sacóme presto de duda diciéndome: *Padre, no te espantes que con todo cuidado te mire, porque á eso me trae mi deseo, para ver por mis ojos si es verdad lo que los magos nos predican de vosotros, dicen que sois diversos de los hombres, que sois monstruos, y que teneis cuernos en la cabeza, y que es vuestra fiereza tanta, que vuestro comun sustento es carne humana, y que vuestro modo de proceder es intratable; este engaño me ha traido y este es el que ha retardado al Ta-*

yaoba venir á verte, pero yo iré en breve y te le traeré sin falta. Cumpliólo en breves dias, vino el buen viejo á verme con su mujer y cuatro hijos, dejando en sus tierras otros veinte; recibílos con mucha honra acariciando mucho á sus hijuelos, cosa que estima mucho aquella gente; díles de mi pobreza las niñerías que tuve, y á la demás gente que le acompañaba. Corrió la voz por todos nuestros pueblos de la venida del Tayaoba, y á porfía iban de 30 y 40 leguas á verlo, maravillándose de ver un hombre tan famoso. Traté luego de entrar á su tierra, cuya nueva le dió mucho contento; pareció nos dejar el viaje del rio y así salimos por tierra caminamos tres dias y dimos en un algo extendido campo, porque el camino todo hasta allí habia sido de monte y muy espeso. Parecióme y á los indios tambien, que era á propósito para fundar un buen pueblo; levantamos luego una hermosa cruz, que todos adoramos; mi casa fué la sombra de un árbol, y en él tenia una imágen de la Concepcion de la Vírgen, de media vara, mis armas una cruz que continuamente traia en las manos. Acudió mucha gente á verme, y de aquellos que atras dije que me habian querido matar acudieron muchos, y como vieron que no tenia defensa, porque sólos 30 indios me acompañaban, si bien el Tayaoba habia enviado á llamar su gente, previniéndose de lo que sucedió. Trataron los hechiceros de matarme, y con toda brevedad ántes que el Tayaoba juntase su gente acudió tanta de los enemigos á aquel campo toda aquella noche, que por mayor serian 3.000 indios. Tratamos nosotros de hacer un palenque para defendernos, pero ni la oscuridad

de la noche daba lugar, ni el número tan poco de gente podia hacer nada. Era ya pasada la media noche, y segun su costumbre, al romper del dia habian de acometernos. Aconsejáronme los indios que con la oscuridad de la noche saliese de aquel campo, y me guareciese por la espesura de aquellos bosques, que ellos se quedarian á probar la mano, y en la primera refriega se escaparian. El buen Tayaoba me dijo: Padre, al amanecer hemos de pelear y podrá ser que me maten, hazme hijo de Dios por el bautismo. Lo mismo dijeron los gentiles que allí habia, á los cuales habia ya dado noticia de estos divinos misterios, y eran catecúmenos; bauticélos, y el Tayaoba se llamó Nicolás.

Apénas hube salido del árbol, acompañado de tres indios y de un niño que me ayudaba á Misa, cuando con todo silencio acometió por un lado una tropa de gentiles á mi alojamiento. Sentimos el ruido, y aguijando el paso nos metimos en un bosque. Con la oscuridad de la noche y con la prisa que tuvimos en salir, se quedó la santa imágen. Acordóse mi sacristan de su olvido, y sin decirme cosa, vuelve al puesto á recobrar su imágen. Reconócenle los enemigos que ya habian despedazado la imágen. Atáronlo y lleváronlo á su pueblo. Al amanecer se trabó una breve pelea por ser los nuestros tan pocos, los cuales mataron algunos de los enemigos, que por ser muchos hacian presa las flechas, saliendo los nuestros sin lesion alguna.

Habia un cacique de los contrarios ofrecido á sus mancebas que por despojos de la guerra les llevaria muy buen pedazo de mi cuerpo para el convite de la victoria. Este tenia en su mismo pue-

blo un enemigo, y vino con él para en esta ocasion matarlo, y así lo hizo, porque poniéndose á su lado, al primer acometimiento á traicion le atravesó con una saeta.

Caminamos aquel dia mis compañeros y yo por la espesura de aquel cerrado bosque. Yo, no libre de cuidados, tormentos y penas de ver que así vencia Satanás, oponiéndose al Evangelio, iba revolviendo en mí muy varias cosas. La que más me atormentaba era que parece quedaba la puerta bien cerrada al santo Evangelio en toda aquella tan larga provincia. Llegamos bien cansados á las cuatro de la tarde á un arroyuelo donde hicimos alto á descansar aquella noche, no llevábamos cosa ninguna con que poder entretener la naturaleza, porque todos íbamos ayunos desde el antecedente dia. Tampoco habia con que sacar fuego. Sacólo la necesidad é industria, porque uno de mis compañeros con dos palillos sacó fuego; los otros se fueron por aquel monte, y al cabo de muy poco volvieron con la comida. Traian un buen envoltorio de hongos en unas grandes hojas, y juntamente traia unas raíces de árboles bien grandes, que parecian en el color y hechura á nabos, el otro trajo un grande manojo de ramones de árboles. Los hongos envueltos en hojas los metieron en el rescoldo, y allí se cocieron, las hojas de árboles las tostaron en su misma rama á la llama del fuego. Guisada ya la comida pusiéronme la mesa y fué de unas hojas que en Tierra Firme llaman bihao, y son muy grandes, allí pusieron las hojas y los hongos. Estuve un rato mirando mi comida, y enternecido en verla hasta que mis compañeros me rogaron que comie-

se. El que no ha gustado del manjar de trabajos por la conversion de gentiles, no puede percibir el gusto de estas yerbas. Probé los hongos, pero resistieron con su dureza, comí de las hojas cuyo sabor sin encarecimiento eran de sardinas saladas, trajéronme por postre aquellas raíces crudas cuyo sabor era como de raíz de palo, aunque era muy tierna. Faltaba para beber un vaso de que proveyó la industria. Tomó un indio una hoja de aquellas grandes, y haciendo una leartaz preso con una espina lo llenó de agua y me lo puso en las manos, acabé con hacer gracias al Señor tan suave comida, que realmente lo fué, y mucho para el alma; esta accion me fué de ensayo á perder el temor á la hambre y trabajos, sin que jamás en otras semejantes ocasiones me diesen cuidado alguno, sólo me le daba el procurar no disminuir la confianza que se debe tener en la omnipotencia divina.

XXXII

Entrada que hicieron unos españoles á un pueblo pequeño de infieles, y lo que les sucedió.

Súpose en un pueblo de españoles llamado Villa Rica, que dos veces me habian rechazado los indios de la provincia de Tayaoba, y juzgando por poderosas sus armas para vengar tal desacato, y de camino salir cargados de indias y de muchachos para su servicio, que es el comun interés de estas entradas, se apercibieron para la jornada. Bajé á esta villa compadecido de su poco poder, para que no intentasen. Propúseles la multitud que

habia de gente, el riesgo de muchos pasos peligrosos, y viendo que persistian en su intento, jurídicamente pedí á las justicias que no entrasen, porque tenia por cierto que ninguno saldria con vida. Subieron 70 españoles con 500 indios amigos, juzgué por necesario ir yo con ellos hasta cierto paraje para defender de sus manos una partida de gente que se me habia entregado, y por cuyo medio pensaba yo conquistar lo demás. Estaban ya de paz, y sin duda la darian á los españoles, y ellos los cautivarian y llevarian presos, y aun para justificar su negocio ahorcarian algunos. No salió vano mi discurso, como probó el suceso.

Fuimos á este viaje el P. Diego de Salazar y yo, llegaron los soldados á un pueblecillo de hasta ocho pequeñas casas de gentiles, donde habia muchos de los que me habian querido matar segunda vez, y me habian cautivado el niño que me ayudaba á Misa Luego que los enemigos nos sintieron, saliendo como leones derribaron con sus saetas cuatro indios amigos, y como sintieron escopetas se retiraron al bosque. Con los gritos que los heridos daban, flechería que los enemigos nos tiraban, crecia el temor de manera que algunos españoles pusieron en plática el volverse, consejo mal pensado, porque les saldrian los indios á los malos pasos, y allí con facilidad los consumirian. Mudaron de parecer, hicieron luego un palenque, no ya para vencer á los indios, sino para no ser vencidos de ellos. Nuestros indios amigos hallaron unas grandes ollas de carne cocida con maíz, de que me trajeron un plato, rogándome que comiese. Comí de ello juzgando ser aquella carne de caza, pero á poco

rato sacaron la cabeza, y los piés y manos cocidas de aquel niño que me cogieron. Averiguóse ser él con unos mozos que de los enemigos cogimos, los cuales dijeron, cómo el dia ántes lo habian muerto con la solemnidad acostumbrada, de que dije algo atrás.

Iban los enemigos avisándose y haciendo grandes juntas, acometian á nuestro palenque haciéndonos mucho daño con sus saetas, derribando indios y españoles, que aunque no de peligro quedaban impedidos para tomar armas. Murieron á escopetazos muchos bárbaros. Continúabase esta guerra, porque nuestros indios desde el fuerte les tiraban muchas saetas: nos volvian con mucho daño nuestro. Tratamos mi compañero y yo de poner fin á esta guerra ordenando á nuestros indios amigos que no despidiesen saetas, ántes recogiesen las del enemigo, el cual viéndose desarmado nos dejaria libre el paso para volvernos, que ya no pretendian los españoles otro despojo. Dímosles parte de nuestro intento, y mal considerados lo rechazaron, alegando que con las saetas que echábamos al enemigo, lo arredrábamos á que no se acercase al fuerte, razon sin fundamento, pues eso lo hacian ellos mejor con sus escopetas.

Al quinto dia de nuestra llegada se juntarian como 4.000 indios escogidos todos. Entraron los españoles en consejo, y viéndose ya en el último dia de su vida acordaron que en entrando el palenque el enemigo, se hiciesen ellos una muela, y que de este modo se defendiesen hasta que acabada la municion (que ya era muy poca) acudiesen á las espadas, que ya si aquí llegaran, fuera el último remate

de sus vidas. Los indios amigos viendo en tan arriscado punto este negocio, me dijeron: *Razon será, que pues avisaste á aquestos hombres de todo este peligro, y por su gusto han querido empeñarse en él, que nosotros cuidemos de nuestras vidas y de secreto nos vamos y escapemos por estos bosques, quédense ellos, pues instaron tanto en venir á su perdicion.* Respondíles que no seria accion honrosa dejar los españoles en tan manifiesto peligro, que peleásemos y cuando ya llegásemos al último trance, la misma ocasion nos daria algun remedio, pues estábamos ya hechos á escapar por los montes, y que esperaba en Dios habíamos todos de quedar con vida. Ordenéles que no tirasen flecha al enemigo, que aunque no asentian á este parecer los españoles, lo juzgamos nosotros por único remedio y fin de aquella guerra.

Trabóse luego una reñida batalla; los españoles peleaban ya por la vida puestos en sus troneras, nosotros retiramos los indios á la plaza de armas, los enemigos la cubrieron en un instante de flechas clavadas en el suelo, las cuales fueron los nuestros recogiendo. Segunda y tercera vez hicieron lo mismo, sin que los nuestros despidiesen saeta, cesaron las flautas y atambores y gritería del enemigo, confuso de verse desarmado. Los españoles confusos de esta novedad ignoraban la causa, hasta que sabida y viendo que los enemigos á tropas se despedian para volverse á sus tierras, dimos las gracias al autor de todo.

Los españoles cantando ventura y no victoria trataron luego de volverse á sus casas. Habian acudido á nosotros gran parte de los indios, por cuya

sa habiamos seguido aquel viaje para librarlos sus manos. Estos indios no quisieron volver á tierras, recelosos de que los indios enemigos los tasen. Salimos todos huyendo del peligro. Los añoles juzgando por caso de deshonra volver á casas cargados de heridas y huyendo y sin ninna presa, pusieron la mira en hacerla en aquellas ejuelas, que fiadas de nosotros nos seguian. Tra- de hacer proceso cómo aquellos indios me han querido matar dos voces, y convenia proder á castigo, hízose así, y dan sentencia que s de ellos que eran los caciques sean ahorcados. ve aviso de esto, avisé de esta determinacion á caciques, dándoles por consejo que se trasmonen por aquellas sierras con toda su gente, y que ahí á ocho dias volviesen á aquel puesto donme hallarian y trataríamos del buen asiento de casas.

A media noche con todo silencio salió aquella bre gente, huyendo de la justicia que debia amarla y favorecerla. Amaneció, y el capitan espal envió sus alguaciles á efectuar la prision de la aquella gente. Halláronse burlados, hicieron ndes diligencias para saber quién ó cómo los bia sacado. Nada se supo, hasta que el mismo caan acudió á mí y me preguntó si los habia visto. jele que sí, y que la noche ántes les habia aconado se fuesen por los bosques á buscar sitios ra sus rozas y sementeras. Confuso el hombre bien triste respondió. *A buen santo se han encondado.* Partiéronse de allí los españoles por no rse muy seguros de los enemigos. Mi compañey yo nos quedamos, acudieron los ahuyentados

indios, y señalándoles sitios hicieron sus casas y rozas, bautizáronse todos y viven hoy algunos de ellos como muy buenos cristianos.

XXXIII

Procura la Compañía volver tercera vez á aquella conquista.

Sin duda quedaron ufanos los demonios en aquel alcázar señores absolutos de inmensidad de almas, victoriosos con haber desterrado dos veces el sacro Evangelio. No desesperé yo de la victoria. Los consejos que me daban que desistiese de aquella empresa absolutamente imposible me encendian á mayor ánimo á su conquista. Las cartas que amigos me escribian, que dejados aquellos tan repetidos peligros, me retirase al descanso y conservacion de mi vida, me impelian á arriscarla. Invoqué el auxilio de los siete Arcángeles, príncipes de la milicia celeste, á cuyo valor dediqué la primera poblacion que hiciese. Tenia yo una imágen de pincel de vara y media de alto de aquestos príncipes, púsela en su marco y llevándola en procesion aquellos tres dias que dije habia andado hasta aquel campo de donde me echaron y cautivaron el niño, acompañado de sólos 30 indios, para que la victoria de tan infernales bestias se atribuyese solamente á Dios, llegamos con esta procesion á vista de aquel campo.

No divisé mi cruz que habia levantado, cuya altura hermoseaba aquellos campos, halléla vuelta en ceniza por aquellos bárbaros; en su lugar

y allí con toda brevedad hicimos una
ıda y una iglesia pequeña en que cada
isa, allí nos metimos á esperar la fu-
llos tigres. Juzgaron todos por la ex-
encia que tenia yo mucha gente en
, acudieron á ver mis pertrechos, pero
a gente en la puerta del fuerte no con-
ntrasen dentro. Faltónos la comida y
nté por muchos dias con tallos de ar-
stres, hojas de árboles tostadas, raíces
lvestres. Cada dia tenia nuevas de jun-
:ra mí se hacian. El que más ardia en
:o de comerme era un mago llamado
:l cual se hizo llamar Dios, y con sus
habia apoderado de aquella gente. Su
ıario era carne humana, y cuando fa-
ına casa ó hacia alguna obra, para re-
)breros hacia traer el más gord) indio
iccion y de aqueste pobre hacian su con-
ue me venian á ver, despues de dádo-
lel fin de mi venida, les daba algunos
agujas y alfileres, que aunque por acá
. estima, allá lo son de muy grande; fue-
lo amor á mis palabras, ayudábanme
ıeros con las suyas hablando bien á los
cuales informados bien de mis inten-
á tropas cada dia, llevando sus muje-
s, sus enfermos, sus bienes y hacendue-
sus estancias, sus chacaras y sus tier-
ıabian nacido, para poblar aquel pues-
:l la divina palabra. Allí se redujeron
los que la primera vez me quisieron
taron los siete indios, que ya dije, aquel

sitio poblaron los que la segunda vez me desterraron y me mataron el niño que me ayudaba á Misa, allí mostraron su sentimiento de los agravios que me habian hecho, allí confesaban su culpa lavándola con el Sacramento del Bautismo que les di. Juntáronse en aquel campo al pié de 1.500 familias, el número de infantes que se bautizaron fué muy grande, llevándose el cielo las primicias de muchos que recien lavados volaron al cielo.

XXXIV

Cómo fueron desamparando á aquel gran mago llamado Guirabera, y él se rindió tambien á la verdad.

Viendo aquel gran mago llamado Guirabera que no eran bastantes sus mentiras y fabulosos sucesos que para conciliar su crédito contaba, para detener la gente que á porfía no acudiese á oir la divina palabra, se determinó de visitarnos. Señalámosle un pueblo nuestro donde nos juntamos tres sacerdotes, avisámosle que allí con toda seguridad podia vernos. Vino acompañado de 300 indios armados de arcos y saetas, delante de él iba un cacique muy principal que llevaba una espada desnuda y levantada en la mano, tras él una tropa de mancebas suyas muy bien aderezadas llevaban en sus manos algunos instrumentos de vasos y otras cosas de su uso, iba él en medio de todo este acompañamiento muy bien vestido. Continuamente iba echando bendiciones al modo obispal, que aun esto le industrió el demonio, iba su gente arrojando por tierra muchos paños para que no tocasen

s piés al suelo, y muchos se quitaban las vestidu-
s que traian vestidas, y se las ponian á los piés
›n pertinaz cuidado y diligencia. No quiso entrar
ı nuestra casa, y segun se juzgó fué del recelo que
nia de nosotros no le matásemos para comerlo.
ılimos á la puerta, y allí le pusieron un banco muy
lornado de ropas varias y á los piés lo mismo, y
›sotros sentados en tres sillas oimos su arenga
›mo de hombre que por la elocuencia se habia
ıtronizado tanto. Díjonos el agrado que habia te-
do en vernos, porque deseaba le tuviésemos por
nigo y otras cosas muy bien dichas. Respondímos-
brevemente y que despacio le hablaríamos.
Regalámosle lo que nuestra pobreza sufria. El dia
guiente más asegurado nos fué á ver, y entró en
ıestra casa donde delante de muchos de los su-
›s le di á entender que habia un sólo Criador, y
ıe todos éramos hechura suya y él daba los tiem-
›s como le placia, criaba hombres de nuevo y
ıusaba la muerte á otros, sin que á la muerte fue-
n de reparo nuestras diligencias. Díjele cuán
›bo era él, pues siendo indio como los demás y
ıe bebia y comia y tenia las necesidades de las
estias, de comer, dormir y otras tan comunes, ol-
dándose de sí mismo y de su Criador se intitula-
ı Dios, que se reconociese por hombre, y aun me-
›s, pues tenia ménos juicio que todos en fingir ta-
s locuras. Mostró oirme bien, y negando todo lo
ıe de él la fama habia predicado, convidónos á
ıe fuésemos á su pueblo, donde deseaba rega-
rnos.
De ahí á algunos dias el P. Simon Maseta y yo
›s pusimos en camino. Recibiónos el indio con

buen semblante, enarbolamos luego el estandart de la cruz en medio de aquella leonera, porque tu das aquellas sierras y quebradas eran habitada por magos y hechiceros. Fundamos allí una pobl cion de 2.000 vecinos y de leoneras de fieras, do de nunca se habia visto sino borracheras, desh nestidades, enemistades, muertes, comerse unos otros, como acaudillados del demonio, de cuya e señanza procedian tales efectos, viviendo en ur inquietud continua, ya hecha aquella tierra un P raíso, se oia la divina palabra en la iglesia, en s casas ántes de dormir rezaban las oraciones v en cuello, y lo mismo hacian en despertando. E lugar de aguzar huesos humanos para sus saeta ya labraban cruces para traer al cuello, y co porfía acudian á saber lo necesario para su ba tismo.

Llegaron todas las poblaciones que en aquell provincias hicimos á 13, en que todos los domi gos se predicaba, y todos los dias del año se haci la doctrina; las confesiones eran muy frecuente colocamos en algunas de las primeras el venerab lísimo Sacramento del Altar. En estos pueblos do de asistia este Señor no se sufrian amancebamie tos ni otros vicios, comulgaba la gente de est pueblos cuatro veces al año con muy buena disp sicion de confesion sacramental, disciplina q ocho dias ántes hacian, creciendo cada dia en aprovechamiento de sus almas, y echando grand raíces en la fe, con que florecia toda aquella c tiandad. Celebrábase todos los domingos las Mi en canto de órgano, con muy buenos instrum tos; con que grandes provincias de gentiles que

mos en fronteras nos deseaban para que entrásemos en sus tierras á enseñar á sus hijos.

Llegó el juicio final de aquellas reducciones y de las esperanzas que habia de hacer otras, por medio de los vecinos de San Pablo.

XXXV

De la invasion hostil que los vecinos de la villa de San Pablo hicieron á estas reducciones.

La villa de San Pablo está fundada al Sur (1) lugar el más metido la tierra adentro de toda aquella costa; dista del mar 16 leguas, está fortificada con una altísima sierra que llaman Panamá Piacaba, que quiere decir lugar de donde se ve el mar; es tan empinada aquella sierra, que cuatro hombres impedirian el paso á grandes ejércitos. Otro camino puede haber muy fácil para esta villa por camino llano desde el rio Ginero (2) abriendo un pedazo de monte, que repugnan mucho los de San Pablo; es tierra muy fértil, dase trigo, maíz y vino, carnes de vaca y puerco, y esto se beneficia, y lleva á vender por la costa acuestas de indios y de indias, que como mulas los cargan, aunque tengan hijos que criar. Los moradores de aquella villa son castellanos, portugueses y italianos y de otras naciones, que el deseo de vivir con libertad y desahogo,

(1) Sin duda quiere decir el P. Montoya, que está fundada en la parte meridional del Brasil, al Sur de las principales poblaciones de aquel país, pues en efecto esta ciudad, que hoy es capital de la provincia de su nombre está situada hácia los 23 grados de latitud austral. (N. del E.)

(2) Rio Janeiro.

y sin apremio de justicia los ha allí agregado. Su instituto es destruir el género humano, matando hombres, si por huir la miserable esclavitud en que los ponen, se les huyen.

Dos y tres años están en esta caza de hombres, como si fueran bestias, y tal vez han estado diez y doce años, y volviendo á sus casas hallaron hijos nuevos, de los que teniéndolos ya á ellos por muertos, se habian casado con sus mujeres, llevando tambien ellos los hijos que habian engendrado en los montes. Y porque de este punto habré de decir en otra parte, basta dar esta nueva noticia. Entró esta gente peores que alarbes (1) por nuestras reducciones, cautivando, matando y despojando altares. Acudimos tres Padres á sus aduares y alojamientos donde tenian ya cautiva mucha gente, pedímosles nos diesen los que nos habian cautivado, y tenian muchos en cadenas. Al punto como locos frenéticos dieron voces diciendo, préndanlos, préndanlos, que son traidores estos, y juntamente dispararon algunos arcabuzazos, con que hirieron ocho ó nueve indios que nos acompañaban. Uno quedó luego allí muerto de un balazo que le dieron en un muslo; el P. Cristóbal de Mendoza salió herido de un flechazo. Tuvieron al P. José Domenech preso, diciéndonos palabras como al fin salidas de sus sacrílegas bocas, que no éramos sacerdotes, sino demonios, herejes, enemigos de Dios, y que predicá-

(1) No sabemos que nadie haya dado este nombre de *alarbes* á los habitantes de San Pablo. Es muy comun en otras historias llamarlos *mamelucos*, apodo que los postugueses pusieron á los mestizos del Brasil Esta primera invasion de que habla aqui el P. Montoya, se verificó el año 1628. (N. del E.)

bamos mentiras á los indios. Apuntóme uno de ellos con su escopeta al pecho, abrí la ropa para que sin ninguna resistencia entrase la pelota.

Poco despues entraron á son de caja y órden de milicia en las dos reducciones de San Antonio y San Miguel destrozando indios á machetazos. Acudieron los pobres indios á guarecerse en la iglesia, en donde (como en el matadero vacas) los mataban, hicieron despojo de las pobres alhajas de la iglesia, derramando los oleos por los suelos (1). Y si como los Padres desearon salir con el Santísimo Sacramento en las manos, para que con su presencia reprimiese aquellas fieras bestias, no tomaran por más advertido consejo no hacerlo, hubiéramos visto un escandalosísimo acto de aquellos perdidos hombres. Y no sólo en esta, pero en otras reducciones me pidieron los Padres, que sacásemos este Señor con toda reverencia, y lo tuviésemos á la entrada de la iglesia para impedirles el paso. *¿Quieren por ventura* (dije) *que estos herejes cojan el Santísimo Sacramento y en nuestros ojos lo arrojen en el suelo, y lo pisen y quemen?* y así fué necesario consumirlo y desterrarlo del altar donde era venerado de gente que ayer era pagana y infiel. Entráronse en un aposento de un Padre, prometiéndose un gran tesoro, hallaron dos camillas hechas pedazos y una sotana de algodon muy vieja, y en lugar de edificarse de la pobreza de aquellos apostólicos varones, haciendo banderas de ellas las mostraron á los indios, diciéndoles: «Mirad los pobretones que

(1) Consta y mucho más de informaciones auténticas que se han presentado. *Nota marginal del P. Montoya.*

teneis en vuestras tierras, que por no tener que comer en sus tierras, vienen com embustes á las vuestras á engañaros; mirad qué camisas tienen, nosotros sí andamos bien vestidos y tenemos muchas cosas que daros. No os conviene tener en vuestras tierras á estos pobretones, y así venimos á echarlos de toda esta region, porque esta tierra es nuestra y no del rey de España.» Mientras este predicaba andaban los otros matando.

Favorecióse un indio del P. Simon, huyendo de la muerte que uno de estos ladrones le queria dar, y estando abrazado del Padre, lo mató con un balazo sin confesion, y con no poco peligro de matar al Padre, y sin respeto de sus venerables canas, el cual le reprendió, prometiéndole la paga en el infierno. «Yo (respondió el malhechor) me he de salvar á pesar de Dios, porque para salvarse el hombre no ha menester más que creer.» Este sabe ya por experiencia la falsedad de su doctrina, porque le mataron de tres balazos sin confesion, y tras el alma desapareció el cuerpo, que no se halló en la sepultura, donde con duda si la merecia, fué enterrado.

No quiero olvidar un gracioso modo que tienen de gobierno en estos hostiles actos y invasiones; llevando consigo unos lobos vestidos de pieles de ovejas, unos hipocritones, los cuales tienen por oficio mientras los demás andan robando y despojando las iglesias, y atando indios, matando y despedazando niños, ellos mostrando largos rosarios que traen al cuello, lléganse á los Padres, pídenles confesion y tratan de la oracion y recogimiento, y si en aquellas parroquias se administran

los Sacramentos, tratan del bien grande que hay en servir á Dios, y mientras están hablando de estas cosas, van pasando las cuentas del Rosario muy aprisa.

Juntaron estos hombres infinita gente de nuestras aldeas y de otras partes de gentiles que teníamos apalabrados para reducir; dióles peste, de que murieron muchos sin bautismo y los cristianos sin confesion, tratamos de ir á bautizarlos y confesarlos, y yo me ofrecí á ello, pero no quisieron consentirlo. Supimos que se iban ya, y que querian quemar los enfermos é impedidos, envié al P. Cristóbal de Mendoza á que les rogase nos los dejasen bautizar ántes ó los dejasen vivos. Respondieron con acostumbradas astucias diciendo que nos avisarian, pero saliendo de aquel puesto, que es como un corralazo mayor que esta plaza de Madrid, pegaron fuego á las chozas, que todas son pajizas, donde quemaron con inhumanidad de bestias muchísima gente.

Fueron tras estos alarbes el P. Simon Maseta y P. Justo Mansilla, acompañando á sus feligreses que sin dejar uno se los llevaron todos. Llevaban los Padres cinco indios que les llevaban dos hamacas en que dormian, y con su inhumanidad acostumbrada se los quitaron, obligando á los Padres á que las llevasen acuestas. Hicieron en el camino obras de mucha caridad, porque quedándose atrás, en las dormidas y alojamientos hallaban enfermos que bautizar, que confesar, en que hicieron obras de apostólicos varones. Los muertos que quedaban por los caminos no era posible enterrar. Habiendo caminado casi 300 leguas á pié llegaron á la villa

de San Pablo, pidieron su justicia en varias partes, pero es cosa de cuento tratar del nombre de justicia. Trampeáronlo todo las justicias, y ya desesperados del remedio se volvieron los Padres por el mismo camino, silbándoles y burlándose de ellos, y la misma justicia de San Pablo, salió á ellos y sus moradores llamándoles perros, herejes, infames, atrevidos en volver á su tierra, y porque no se fuese todo en palabras, pusieron manos violentas en el P. Simon Maseta sin respeto de su edad y venerables canas. Clamaba el pueblo diciendo, prendan á estos perros. Y yendo los dichos dos religiosos á acojerse al colegio que allí hay de la Compañía, anticipándose algunos seculares, les cerraron las puertas con ruido y vocería extraña, lleváronlos presos con órden de los jueces, que allá llaman cámara, á una casa de un seglar donde estuvieron presos con guardas con notable desacato de la dignidad sacerdotal, esperando los Padres otras mayores afrentas por Dios y por sus ovejas. Algunos Padres de aquella costa del Brasil que fueron presos de holandeses, espantados de estas demasías de los de San Pablo, confiesan que desacato ninguno usaron con ellos sino mucha cortesía y humanidad los holandeses, y tal vez de regalo, con ser herejes y tan enemigos de la Compañía.

XXXVI

Prosigue la misma invasion por los de San Pablo.

Fué creciendo la libertad de aquestos de San Pablo por la falta que hubo de castigo, que desde el año de 1628 hasta estos tiempos no han cesado

de debelar cristianos, cautivarlos y venderlos. Entraron con mano hostil en la reduccion de San Francisco Javier, pueblo de mucha vecindad, donde habia mucho tiempo que estaba colocado el Santísimo Sacramento. Los vecinos bien informados de las crueldades de estos alarbes muchos se metieron por los bosques con sus mujeres é hijos de donde salian á sus mismos sembrados á buscar su comida, pero allí topaban con sus enemigos que los prendian, y atormentaban para que declarasen á dónde habian dejado su chusma, en busca de la cual iban y la llevaban á su palenque. Y en estas ocasiones no hay que hacerles resistencia, porque con un alfange les derriban la cabeza ó los abren por medio, con que amedrentan á los demás. Dudamos si saldriamos con el Santísimo en las manos á atajar á estos enemigos del género humano, pero tuvimos por más acertado consejo consumirlo.

Con la poca gente con que nos hallábamos hicimos una palizada pequeña, porque no nos cogiesen descuidados. A la una del dia con bárbaro estrépito por un montecillo se metieron en nuestro patio, salimos al ruido, amparamos la gente en unos aposentos, y mientras los demás arrebataban lo que veian, un beaton de aquellos que atrás dije se puso muy despacio á tratar con un Padre de cosas muy espirituales, de la confesion y de las diferencias y grados que hay en oracion. Tenia su escupil (arma muy usada por aquellas tierras, que es al modo de dalmática hasta los piés, de lienzo de algodon colchado, y es fuerte) tenia su escopeta al hombro y su espada ceñida, y el rosario muy largo

en las manos, y fingiendo que rezaba, iba pasando cuentas á gran priesa, y reparamos despues que sin duda contaba los cautivos que llevaban por ajustar su parte, sobre que suele haber entre ellos pesadas pesadumbres. Muy poca presa hicieron en esta ocasion por la buena diligencia de los Padres. Asió uno de aquestos á una mujer por los cabellos, ella se defendia varonilmente, si bien estaba embarazada con un hijo suyo de seis meses, no pudiendo el traidor rendirla, arrebatóle el niño de los pechos y llevóselo. Aun no comia el niño; fué un Padre á pedírselo para que no se muriese de hambre. El que lo tenia no queria darlo, pidiendo á la madre por cautiva, la cual lamentaba el trabajo de su hijuelo. Hasta bien tarde estuvo el Padre procurando ablandar aquel corazon bestial de aquel tigre.

Iba saliendo de la palizada uno de aquestos, y púsose despacio á pegar fuego á una casa pajiza que estaba pegada á la iglesia. Así como empezó á arder, empezó á dar voces, séanme testigos que los Padres son incendiarios. Acudimos luego á apagar el fuego por escapar la iglesia.

Toda la gente que de aquí escapamos la enviamos á Loreto y San Ignacio, pueblos que sólos de trece habian quedado.

XXXVII

Cómo los de San Pablo destruyeron una poblacion de españoles y muchos pueblos de indios que les servian.

Cebados aquestos lobos en los indios, trataron de destruir los españoles. Tenia la Villa Rica 130 hombres, tenia en su jurisdiccion nueve pueblos de in-

dios de que se servian. Los de San Pablo fueron asolando los pueblos de indios, de los cuales muchos se recogieron á la villa, á la cual tambien pusieron cerco. Los españoles se acogieron á un corral bien capaz cercado de tapias, en donde se defendian, pero perecian de hambre, porque como señores del campo los de San Pablo defendian las comidas. Muchos de los indios que estaban en el fuerte se iban de secreto al enemigo sólo por comer y aplaudir al que vence. Iba ya el negocio tan delgado, que aun los mismos españoles trataban de entregarse al enemigo. Su dicha fué que el Obispo descuidado de que sus ovejas se viesen en tal aprieto iba á visitarlos, reconoció el daño que aquellos lobos causaban, armóse de sus vestiduras pontificales, vistiéronse asimismo los clérigos que le acompañaban de las sacerdotales vestiduras, y con este género de armas se fueron hácia aquellos hombres. Reconocido por ellos el Obispo, sin aguardar á hablarle se alejaron un poco, con que tuvo lugar aquel pueblo acorralado á respirar un poco y á tratar de ponerse en cobro. Aderezaron sus embarcaciones y se desterraron más de 70 leguas de allí, bajándose al pueblo de Maracayu, que como ya se dijo es el seminario de la yerba, quedando aquellos enemigos de Dios señores de la tierra. Un vecino de esta villa habiendo concertado con el enemigo de irse á San Pablo con su mujer y casa, lo puso en ejecucion, y subiendo por el Paraná arriba y yendo ya al fin de su jornada, dió en una emboscada de indios de los de San Pablo los cuales habituados á fiereza, á saetazos lo mataron y le quitaron la mujer y lo que llevaba.

XXXVIII

Salida que hicieron los indios de Loreto y San Ignacio de sus tierras huyendo del enemigo.

Habia el P. Francisco Vazquez Trujillo, Provincial que entónces era, visitado por aquestos dias toda aquella tierra. Hallóse en la destruccion de San Javier, y con la noticia clara que tenia, nos ordenó que muy de secreto dispusiésemos las cosas de manera, que cuando fuese necesario hacer mudanza por causa del comun enemigo, se hiciese con seguridad y desahogo, encargándose de alcanzar de la real Audiencia de Chuquisaca licencia para ella.

La centinela que comunmente teníamos, nos dió aviso de la venida del enemigo, con que los indios trataron de mudar y dejar sus tierras por escapar las vidas y libertad. Ayudó mucho á esta mudanza un requerimiento que la justicia de la ciudad de Guaira nos habia hecho, pidiéndonos mudásemos aquella gente, porque ellos por sus pocas fuerzas no nos podian ayudar contra enemigo tan pujante. Este requerimiento fué lleno de dolo y engaño, porque pretendieron los españoles salirnos al camino, y á fuer de los de San Pablo quitarnos las ovejas y repartirlas entre sí. Así lo probó el suceso, aunque no consiguieron su intento, y como ya los indios se habian prevenido de cosas por haber de ser la salida por el Paraná abajo, facilitóse mucho la mudanza.

Ponia espanto ver por toda aquella playa ocu-

pados indios en hacer balsas, que son juntas dos canoas ó dos maderos grandes, cavados á modo de barco, y sobre ellos forman una casa bien cubierta que resiste el agua y sol; andaba la gente toda ocupada en bajar á la playa sus alhajas, su matalotaje, sus avecillas y crianza. El ruido de las herramientas, la priesa y confusion daban demostraciones de acercarse ya el juicio. ¿Y quien lo dudara, viendo seis ó siete sacerdotes que allí nos hallamos consumir el Santísimo Sacramento, descolgar imágenes, consumir los oleos, recoger los ornamentos, desenterrar tres cuerpos de misioneros insignes que allí sepultados descansaban, para que los que en vida en nuestros trabajos nos fueron compañeros, este último nos acompañaran tambien, y no quedaran en aquellos desiertos, desamparar tan lindas y suntuosas iglesias que dejamos bien cerradas, porque no se volviesen en escondrijo de bestias? Fué tan horrendo y calamitoso este espectáculo, que no con cometas dió el cielo muestras de sentimiento, sino en el suelo, por medio de una imágen de pincel de dos varas de alto que estaba en una reduccion del Paraná, que estaba de estas que despoblamos más de cien leguas, y adonde llevábamos puesta la mira del fin de nuestro viaje, la cual imágen en el mismo tiempo que desamparábamos los templos sudó gotas tan grandes y en tanta abundancia, que dos Padres no se daban mano á recoger el sudor en algodones, maravillados de tan espantoso suceso, temiendo algun grave trabajo y ignorantes del nuestro. Cogiónos la nueva de este suceso en el mayor aprieto de esta transmigracion, y confieso que me fué de grande

consuelo y alegría, viendo tan á los ojos que mostraba la Vírgen sernos compañera en nuestros trabajos y agonías. Fueron tales (de mí solo digo, que las de mis compañeros fueron gravísimas) que sin encarecimiento pensé tres veces que de dolor y angustia me desamparaba el alma pero acogiéndome al refugio de la oracion me sentia seguro de la muerte (1).

Dos ángeles hicieron igual sentimiento, porque por sus ojos se vieron correr lágrimas como gruesas perlas, mostrando el sentimiento que el cielo y los siete príncipes de los ángeles á quien atrás dije habia dedicado la famosa reduccion de Tayaoba, hicieron viendo su reduccion ya despoblada de que se tomó informacion jurídica por el Obispo del Paraguay. Fabricáronse en muy breve tiempo 700 valsas sin muchas canoas sueltas, en que se embarcaron más de 12.000 almas, que solas escaparon en este diluvio tan tempestuoso. Dos dias sólos habiamos caminado rio abajo, cuando nos alcanzaron unos indios que se habian dilatado en su despacho, de los cuales supimos como aquel tan pernicioso enemigo quedaba furioso viéndose burlado, que á haberse dado un poco más de priesa nos hubiera cogido sin duda y llevádose tan buena presa. Llegaron al despoblado pueblo, embisten con las puertas de los templos, y como hallaron resistencia en abrirlas por estar bien atrancadas, hicieron pedazos las puertas, que su labor y hermosura pudiera recelar su atrevida mano, ya

(1) Esta célebre transmigracion que empieza á referir el P. Montoya se verificó el año 1631.

que no les moviera el saber que eran templos donde Dios habia sido tantos años reverenciado; entraron en aquellos templos con tropel y algazara, embisten con los retablos, derriban sus columnas, dan con ellas en tierra, y á pedazos las llevaron para guisar sus comidas, accion que ellos mismos confesaron á algunos religiosos, que despues de haber hecho esta bárbara accion les temblaban las carnes de su atrevimiento. Alojáronse en las iglesias y en nuestras celdas, llenándolas de indias, lugar que nunca jamás habian visto mujeres.

No quiero callar un riguroso exámen que ellos mismos han confesado hicieron de nuestras vidas, y para cohechar testigos, se amancebaron con las indias que de nuestras reducciones habian hurtado, dándoles regalos y dádivas para que les descubriesen nuestra vida y costumbres, deseosos de rastrear algo. Muchas diligencias hicieron tambien con los varones y con los indios que más de cerca nos asistian, haciendo de nuestras vidas un muy riguroso exámen con porfiadas preguntas. Pero ¿qué hallaron? Con confusion y vergüenza han confesado este atrevimiento y pudieran con edificacion aprovecharse de la declaracion de los testigos.

Mas ¿qué pudieron decir? La libertad (dijeron) con que reprendimos siempre todo vicio, y principalmente el de la deshonestidad. ¿Qué habian de decir? Que jamás ni de dia ni de noche entró mujer en nuestra celda, y dos que con lascivo intento las entraron á media noche, con ánimo de provocar á mal á un Padre, que sólo en una reduccion estaba durmiendo, á quien su Angel de Guarda avisó en sueños del veneno mortífero que la deshonestidad le

preparaba, y levantándose bien despavorido, dió voces llamando á unos indios que en otro aposento dormian, y riñéndoles por descuidados, sin ver quién por el cerco entraba. Buscad (les dijo) que dos han entrado, hallaron dos mujeres que al ruido se habian escondido en el rincon de un aposento; las cuales despedidas, con harta compuncion se confesaron el siguiente dia. ¿Qué habian de decir? Que siendo solicitados de mujeres aun en parte sacra, las dejaron bien arrepentidas, bien confesadas y con propósito de vivir bien, como lo hicieron. Dirian que (como dijimos) les habian ofrecido mujeres para su servicio de las cosas caseras, y dada á entender á los gentiles la honestidad y recato sacerdotal, las desecharon. El haberse sustentado tantos años, sin haber visto pan, vino, sal y carne raras veces, gastar muy largas horas de la noche en oracion (de cuyos efectos es bien calle la pluma, y de otras cosas que á los religiosos apostólicos de aquella provincia pertenecen; porque mi intento se endereza sólo á contar las de los indios) efectos de tal predicacion y de tal vida fueron la multitud de mancebas que se quitaron, tanta multitud de gentiles que dejando su gentilismo se agregó al aprisco de la Iglesia, de que por los libros solos que escapamos (que otros quemó aquel tirano) se hallan hoy escritos 22.000 y más almas. Esto fué lo que aquellos bien cohechados testigos declararon.

Volvamos ahora á nuestra flota de balsas, que iba caminando, al parecer segura de enemigos que por detrás dejaba, cuando tuvimos aviso que los españoles, vecinos de Guaira, nos aguardaban en un

estrecho y peligroso paso que hace el famoso salto del Paraná, en cuya ribera habian fabricado una fortaleza de palos para impedirnos el paso y cautivar la gente. La traza era que desde este fuerte, al pasar las embarcaciones fuesen derribando los remeros y gente que podia defenderse, y debilitando con esto aquella tropa, saliesen ellos á la presa. Supe el caso, y dudoso que fuese así, dejando la gente, me adelanté en una embarcacion ligera. Hallé ser verdad, entré en aquel palenque, seguro de traicion, quejéme dando mis razones, á que cerrando los oidos sacaron sus espadas, y poniéndome cinco á los pechos me quisieron tener por prisionero. Salí por medio de ellas ayudado de una sobrerropa que llevaba.

Volví á mis compañeros á consultar el caso, que causó á todos pena y dolor, viéndose perseguidos y atajados de la fortuna, que por todas partes queria hacer presa de ellos. Resolvimos que volviesen dos Padres á requerir á aquellos hombres nos diesen paso libre, pues ellos mismos en el requirimiento que nos habian hecho confesaban que no podian ayudarnos, y que á ellos mismos los habian de desterrar de sus tierras los de San Pablo, como muy poco despues lo hicieron, y juntamente la ciudad de Jerez, llevándose de ambas ciudades consigo muchos moradores y un clérigo cura. No alcanzaron nada los Padres mensajeros. Pareciónos enviar otros dos, para que la amonestacion fuese trina y ajustada á la razon. Fuimos dos religiosos, roguélos que nos dejasen pasar, hallélos aún con más aceros á la resistencia. Instaba el temor de que los de San Pablo que quedaban en los despoblados pueblos

no se arrojasen por el rio abajo en nuestro seguimiento, los cuales juntos con esotros los viéramos como dos manadas de hambrientos lobos en el rebaño de ovejas mansas; y así valiéndome de maña donde faltaba fuerza, mostré ánimo de pasar á su despecho, y llegándome á un hombre que allí tenia su mujer, le avisé que la apartase de allí, porque no se contase aquel dia muerta entre hombres muertos una mujer. Volvimos con esto á deliberar en el caso.

Los españoles picados de lo que oyeron recelaron su dureza, ya no se veian seguros en el fuerte, ya les parecia verse consumidos, y cuando la conciencia aprieta los cordeles aparece la verdad muy clara. Juzgaron su accion por muy injusta y así enviándonos mensajeros nos pidieron que les diésemos término y seguro para salir de aquel palenque. Dióseles con mucha humanidad y cortesía, y salieron creo mas corridos de haber intentado tal traicion, que de que la presa que á su juicio tenian segura se les hubiese deslizado de las manos. Con esto tomamos aquel puesto, donde fué fuerza dejásemos las canoas; porque por allí es innavegable el rio por la despeñada agua que forma remolinos tales, que rehusa la vista el verlos por el temor que causan. Con todo eso probamos á echar por aquellas rocas de agua 300 canoas, por ver si salian algunas sanas, porque pasadas 25 leguas que habiamos de fuerza caminar por tierra, habiamos de volver á tomar el mismo rio y rumbo; pero el ímpetu del agua, la profundidad inmensa y el arrebatado movimiento con que daba con ellas en asperísimos escollos, las volvia astillas. Nuestro

intento en este viaje fué bajarnos por aqueste rio á buscar las poblaciones que por él habia hecho la Compañía.

Pasado ya aqueste impedimento tratamos de seguir nuestro camino por tierra; todo viviente apercibia su carga, varones, mujeres y niños, acomodando sobre sus costillas sus alhajas y su comida. Acrecentóse el número de gente con la que en esta sazon bajó el P. Pedro de Espinosa de aquellas más remotas reducciones del Tayaoba, el cual era ya muerto, recibidos los Sacramentos y con buenas prendas de su salud eterna.

Con órden que el P. Provincial me habia dejado que si las cosas diesen lugar, fuese yo ó enviase Padres á la provincia de los Itatines, sobre el rio Paraguay, paso para el Perú, envié á los PP. Diego Rancioner, P. Nicolás Hersacio, P. Mansilla, fervorosos misioneros, de los cuales los dos primeros dieron sus vidas, si no al cuchillo del tirano que siempre acompañó su deseo, diéronla al rigor de sus inmensos trabajos martirio más prolijo de que diré abajo. Llevaron consigo campanas, imágenes y otras cosas, que su peso impidió encaminarlas por tierra.

Al salir de aqueste pueblo israelítico, imitador de Jacob, huyendo del pueblo bárbaro, sentados á orillas de aquel rio, haciendo tierna mencion de sus trabajos, el afan y pobreza en que se veian ahuyentados de sus mismas tierras, de aquellos mismos que si usaran de razon debian ampararlos; hacian tierna memoria de sus casas, y principalmente de la de Dios, adonde fué de ellos por muchos años adorado y humildemente servido y recibido

en sus almas en el vivífico Sacramento. Llevaban arpas y instrumentos músicos, con que en su patria daban música á Dios en sus festividades, y entre motetes suaves crecia su devocion, juzgando por muy breve la asistencia larga que hacian en el templo, al son de aquellos acordados instrumentos ya sin cuerdas y deshechos. No sirviéndoles ya más que para una triste memoria, los dejaron perdidos entre las peñas de aquel áspero camino.

En ocho dias dimos fin á nuestro viaje por tierra saliendo al mismo rio, pero ya más benigno y navegable. Juzgamos ser el fin de nuestro afan, por prometernos allí la esperanza embarcaciones y algun refresco de comida, á que los Padres que bien léjos de allí tenian reducciones hubieran acudido si el aviso de nuestra peregrinacion no hubiera llegado tarde, pero fué principio este de otro trabajo grande.

XXXIX

Prosigue lo mismo.

La hambre, la peste y la diversidad de pareceres causó una muy gran confusion, porque ¿cómo no habia de haber hambre con inmensa chusmilla de muchachos y tanta gente, que limitadamente pudo traer comida para aquel camino, por no tener ayuda otra más que la de sus espaldas y hombros? Y ¿cómo no habia de haber peste con tal necesidad, que sola la imaginacion de que se les iba acabando el sustento les causaba hambre, y por consiguiente peste? Hallaron en esta dificultad algun remedio, unos hicieron canoas de nuevo con

inmenso trabajo, otros rozaron pedazos de monte en que sembraron y cogieron á su tiempo con qué poder seguir nuestra derrota, otros en balsas de cañas (que las hay tan gruesas como el muslo, y de 50 piés de largo) se arrojaron al agua, fiados más en su destreza en nadar, que en la seguridad de la embarcacion.

Llenóse una de estas de gente, y apénas hubo empezado á caminar cuando se volcó, despidiendo de sí toda la gente, que salió á nado. Sola una mujer que llevaba en sus brazos dos gemelos de teta hijos suyos, se fué luego á pique á vista de dos Padres que allí estábamos. Mi compañero dió voces á los indios, que se arrojasen á buscarla. Hay por aquel rio unos peces que los naturales llaman culebras grandes, que hemos visto tragarse hombres enteros, y enteros volverlos á echar, pero quebrantados los huesos como si con piedras los hubieran quebrado. El recelo de estos animales (con razon temidos) les detuvo por muy gran espacio, hechos argos si veian alguna señal por donde la llevaba el agua, que á juicio de muchos la tenian ya por tragada de estas bestias. Confieso que me enternecí con un dolor intenso, y volviéndome al cielo con los ojos destilando lágrimas, acusé mis culpas causadoras de estos desastres, y mirando á Dios que la fe viva representa al vivo, dije: *Señor, ¿es posible que para esto habeis sacado á esta gente de su tierra, y para que mis ojos se quiebren con tal vista, despues de habérseme quebrado el corazon con sus trabajos? Dirán (por ventura) que mejor les estaba ser esclavos, que al fin vivieran, que no morir en el vientre de estos peces.* Fuí corriendo al lugar donde la vista juz-

gaba que estaria, cuando asomó lo sumo de la cabeza arrojáronse luego á cogerla, y agarrándola bien de los cabellos la sacaron á rastro por el agua. El tiempo solo que la traian á rastro fué bastante para haberse ahogado. Salió á tierra con alegría comun, y no con ménos espanto acudimos mi compañero y yo á los dos niños, los cuales como si hubieran estado en algun regocijo y no en tal trabajo, se empezaron á reir á carcajadas. Contónos la buena india su afliccion, y la que le causaron sus dos niños; porque el deseo de su vida le inclinaba á soltar el uno á los peces, y como diestra en nadar pudiera salvar el otro; pero el amor materno venció el peligro y cobró el logro de sus dos gemelos.

Corrió fortuna una balsa de dos muy hermosas canoas en que se embarcaron cerca de 50 personas, diles dos indios prácticos de aquel rio, y aviso que en los pasos peligrosos saliesen á tierra, y por ella los evitasen. Fiados de la embarcacion se arrojaron por un gran remolino que sorbió la balsa y la gente toda, la cual valiéndose de sus brazos y destreza en nadar, escaparon la vida, echándolos la furia del agua á varias partes sólo cada uno. Cada uno lloraba á sus compañeros como ahogados, hasta que despues de dos dias se volvieron á juntar contando sus trabajos, 11 infantes dichosos se ahogaron y ahorraron de verse en los afanes que quedaban. Con estos dos sucesos pusimos gran cuidado en las embarcaciones, que fué causa de que no viésemos más desastres por el rio. Socorriéronnos los Padres, sabida nuestra peregrinacion, con canoas que venian vacias y volvian cargadas de gente.

Escogieron dos puestos que parece que el cielo se los tenia aparejados, en un bueno y navegable arroyo que sale al gran rio Paraná, allí hicieron unas muy bajas chozuelas pajizas. Hay tres leguas á la redonda de allí dos reducciones nuestras muy antiguas, las cuales socorrieron con comida á tan apretada necesidad; pero ¿quién podia sustentar aquella multitud en la soledad, y por largo tiempo en donde no hallaron cosa alguna, sino aquel Señor que con cinco panes sustentó otra multitud en el desierto? Vendimos nuestros librillos, sotanas y manteos, ornamentos, cálices y arreos de iglesias, enviándolos á la ciudad de la Asuncion por semillas para que sembrasen, de que el colegio que allí tenemos y su Rector, que era el P. Diego Alfaro, con liberalidad nos proveyó.

Con la franca licencia que nos dió un hidalgo honrado, vecino de la ciudad de las Corrientes, llamado el maestre de campo Manuel Cabral, dueño de una gran cria de vacas que por aquellos extendidos campos se crian, de que ahora dos años se sacaron juntas más de 40.000 cabezas; entramos en ellos el P. Pedro de Espinosa y yo, con gente á propósito y caballos, con que sacamos muy buena cantidad de vacas. En ambas reducciones de Loreto y San Ignacio se mataban cada dia 12 y 14 vacas al principio, de que á cada uno se le daba una tan limitada porcion, que no servia de más que entretener la vida y dilatar la muerte. Comian los cueros viejos, los lazos, las melenas de los caballos, y de un cerco que teniamos de palos en nuestra casa quitaron de noche las correas, que eran de cuero de vaca. Sapos, culebras y toda sabandija

que sus ojos veian no se escapaban de sus bocas.

Acudió la peste, que en estas ocasiones nunca es lerda, acudieron los Padres con infatigable cuidado á curar las almas y los cuerpos trabajando de dia y de noche. Dieron sus almas al cielo 2.000 personas de adultos y infantes recibidos los capaces los Sacramentos todos, y aunque la memoria de la abundancia grande de que gozaron en sus tierras les pintaba al vivo el miserable estado en que se veian, morian muy alegres repitiendo; más vale que el cuerpo muera, que no que el alma peligre en la fe entre aquellos hombres sin Dios, vecinos de San Pablo. Comun consuelo de todos fué aqueste.

A la chusmica, desamparada de la imposibilidad de sus mismos padres, y muchos de ellos huérfanos, se acudió con todo cuidado dándoles en sus escudillas sus porciones cocidas. Al llevarlo á sus casas era el alboroto, porque unos á otros se arrebataban la comida, y allí era el llanto y confusion. Aqueste por huir de este peligro, corriendo caia en otro, que se le derramaba su comida, el otro por quitar la ajena se iba desposeido de la suya. Remedióse con la asistencia de un Padre, que les hacia comer en su presencia.

Tratamos luego de las sementeras, dábamosles semillas, y olvidados del esquilmo que habian de tener, se lo comian, otros lo sembraban hoy, pero mañana hallaban que esta noche habian sacado los granos de los hoyos. Esta tuvimos aun por peor peste, que lo era del multiplico de la comida. Pensado bien el remedio, condenamos al cepo á los delincuentes todo el tiempo que duró el estar las

sementeras crecidas, y fuera de este riesgo. Este remedio dió logro á sus labores.

No es Dios ménos próvido en estos tiempos que lo fué en los pasados, ni con el maná que entónces dió se le acabó el caudal de su potencia. Socorrió á esta pobre gente con una medicina que lo fué de la peste y de la hambre. En el arroyo que está pegado al pueblo hallaron una yerba que llamamos perejil marino, y ellos igau. Llegando á su sazon, tiene de largo media vara, echa sus raíces en las mismas peñas, que es donde se cria sin salir del agua, es de su natural salobre, muy gustosa y cria buena sangre, tiene para su perfeccion como la arbusta, tiempo limitado. Acudió á sacarla todo el pueblo, y olvidados de mañana sacaban hoy cuanto topaban. Confieso yo mi poca confianza que sentí algunos dias su codicia en despojar las peñas, sin esperanza de que el siguiente dia hallasen cosa; pero el que lo es de los atribulados socorria cada dia con lo necesario; tanto, que viéndome vencido de mi corto ánimo, les animé á que se aprovechasen de la liberalidad del que aun de un gusanillo vil no se olvida. Esta yerba cocida con la carne fué remedio á la disentería que arrebatadamente los llevaba. Vióse con ella mudada la figura de muerte y palidez del rostro que tenian todos. Gastáronse en todo aqueste aprieto 13.000 vacas, unas habidas por precio, otras de limosna. En algodon, lana y lienzo para vestir su desnudez, y en semillas para su sustento y sementeras, se gastaron 2.000 pesos sin una buena limosna que el P. Diego de Boroa, que hoy es Provincial, les llevó y repartió por su misma mano.

Trabajo fué aqueste muy de prueba. A la consideracion dejo del lector lo que mi corta pluma ha dejado. Volvió la primavera despues del riguroso estío, empezóse á trabajar varonilmente, hizo cada uno á tres y cuatro rozas, empezó la tierra á ofrecer sus frutos, que bien agradecida da fértil esquilmo. Llenaban las troges de maíz; la mandioca, que es el comun pan, se dió excelentemente; todo género de legumbre creció con abundancia. Compramos algun ganadillo de cerda, patos, gallinas y palomas, todo lo cual repartimos á los indios principales, de que se llenó despues de este diluvio aquella tierra con una singular abundancia, de que hoy gozan, y con extraña liberalidad reparten á necesitados de otros pueblos. Y porque el algodon no se logra muy bien por el rigor del hielo, que lo mata á veces, me arrojé á comprarles 1.8co ovejas, para que con la lana y algodon hiciesen sus vestidos, aunque no se lograron todas; porque quitando la vida al P. Pedro de Espinosa unos indios bárbaros, robaron juntamente parte de las ovejas.

Atribuimos todos esta abundancia á la devocion que se entabló de que todos oyesen Misa todos los dias. Moviéronlos á esta devocion algunos ejemplos que de esta materia escriben los autores. Hiciéronse iglesias fáciles, capaces y vistosas, renováronse los instrumentos de bajones, cornetas, vigolones, arpas, cítaras, vigüelas, monacordios, con que á canto de órgano á dos y tres coros se celebran las Misas. Colocamos el Santísimo Sacramento, cuya festividad del Corpus se celebra con pobreza, pero con devocion y aseo. Ponen sus altares, hacen sus arcos de que cuelgan los pajarillos del aire, los ani-

males del monte y peces del agua; ponen por donde ha de ir el sacerdote con el Señor, esteras, porque no pise el suelo, derraman por las calles (en lugar de las monedas que en triunfos suelen los poderosos) de los frutos que cogen sobre que pise el sacerdote, y aquello recogido despues lo guardan para sembrar. Comulgan cuatro veces al año á 800 y 1.000 personas en cada pueblo, con muy buena preparacion de confesion y limpieza de almas.

XL

De algunas cosas que sucedieron de edificacion.

Fuera divertirme mucho si por menudo hubiera de referir las cosas que sucedieron de edificacion en este tiempo trabajoso, que el rigor duró tres años. Diré algunos. En aquella reduccion donde contamos la quema de huesos, oráculo del demonio, habia un indio vivo que en la vida y disposicion disforme de su cuerpo se le parecia mucho. Llamábase Zaguacari, que quiere decir el hermosico. Poco decia con él este apellido, porque era de estatura muy corta, tenia pegada la cabeza á los hombros, y para volver el rostro atrás volvia todo el cuerpo, los dedos de las manos y piés imitaban mucho á los de los pájaros, torcidos hácia abajo, las canillas solas se veian en sus piernas, y en piés y manos tenia poca ó ninguna fuerza. Viéndose imposibilitado de poder sustentarse con el trabajo de sus manos, quiso valerse de su buen ingenio y elocuencia rara, con una natural retórica con que tenia suspensos á los que le oian, y aunque su dispo-

sicion de cuerpo le hicieran á otros contemptible, la novedad del monstruo causaba espanto reverencial á todos. Supo lograr su dicha, porque dándose á embustes y mentiras ganó el honor de mago.

Subió despues á ser tenido por Dios, fingia dar las lluvias, los buenos temporales, las cosechas; y si salian mal, sabia muy bien mentir, atribuyéndose á si el efecto, por causas que á el le daban de no acudir á el en sus necesidades. Tenia tal astucia, que no sólo á los indios comarcanos tenia engañados; pero aun á los muy lejanos y aun de los mismos que servian á los españoles y muy antiguos cristianos, distantes muchas leguas, acudian como en romería á verle, y el taimado recataba mucho el mostrarse, con que crecia más el deseo de verle. Tuvimos noticia de este, y que su habitacion era en un muy alto cerro, y que el pueblo pretendia en muriendo hacerle templo, al modo de los que ya vimos. Enviámosle á llamar al disimulo, como para honrarle, recelóse él, y los del pueblo decian que si se lo quitábamos les quitariamos el comer; porque él como Dios les proveia abundantemente. Vino al fin á vernos, tratámosle bien, rogándole que no extrañase el venir á menudo á vernos.

Llegó la Pascua de Navidad, juntáronse en aquel pueblo muchas tropas de indios de los comarcanos, juzgué por ocasion nacida, á vueltas de regocijo destronizar este demonio y pernicioso ídolo, hícele llamar, díjele cuan festivo era aquel dia, y que él con su persona nos habia de alegrar con un juego muy usado entre cristianos, que le habian de vendar los ojos, y si el vendado así cogiese alguno le daria un buen premio. Dificultólo un poco, pero

vencido del amor del premio se dejó vendar. Teníamos prevenidos unos mozos, hijos de padres muy cristianos, para que empezasen el juego. Juntóse á este juego en nuestra casa mucha copia de gente advenediza y del pueblo; empezóse el regocijo y los muchachos á hacerle cocos, á imitar su torpe modo de andar, á tirarle de la ropa, á darle golpes y empellones hasta arrojarle en tierra. El pobre ya empeñado en la codicia de alcanzar el premio, procuraba agarrar á alguno. Quedaron los circunstantes asombrados de ver su Dios tan bien escarnecido; los muchachos del pueblo á grandes gritos y risadas (entre la admiracion) lo celebraban; pero arrojando de si el respeto y temor que habian tenido á aquel monstruo, con gran furia embistieron á él y le pararon tal, que la compasion me hizo quitársele de las manos.

Hízose con él algunas otras veces este juego, de que los niños gustaron tanto, que ya le andaban á buscar para entretenerse. Recogímosle en casa, y dímosle por ocupacion que barriese la cocina, el patio ó antepuerta de la iglesia, que se entretuviese en hacer cestos, y que á su tiempo acudiese á la doctrina. El aplicando su buen juicio á la verdad, dejada ya la mentira aprendió muy bien lo necesario para su bautismo, pusímosle por nombre Juan, acudia á la iglesia todos los dias á oir Misa. Venian de muy léjos á verle gente honrada, á quienes él en lugar de las pasadas mentiras les predicaba verdades, descubriéndoles sus embustes y pasados enredos, con que hizo muy gran provecho.

En la transmigracion y tempestad que habemos dicho nos siguió siempre, y en la trasportada re-

duccion de Loreto le tuvimos siempre en casa, donde procedió como cristiano, y aun predicador de Cristo. Allí adoleció, curéle en casa con el cuidado que la caridad pedia, recibió todos los Sacramentos con muy gran devocion; la noche en que murió me envió á llamar y me dijo estas razones: *Padre mio, que verdaderamente lo has sido de mi alma, mucho te debo y muy agradecido me parto, con confianza en Dios que he de ir al cielo, por el medio que tomaste de abatirme, para que mi necedad no me perdiese. Contento muero porque gracias á Dios he recibido los Sacramentos todos, y no siento en mi alma cosa ninguna que me dé cuidado. Mis bobertas pasadas sólo me dan pena; pero fío en Dios que me dará el perdon que siempre concede su misericordia. Ahora te quiero restituir lo que no es mio, olvido mio ha sido no haberlo hecho ántes.* Sacó del pecho una bolsita, y de ella un pedacillo de cadenilla y una aguja y me lo entregó diciendo: *Esto no es mio, que junto á tu celda lo hallé, y hasta ahora lo he tenido.* Confieso que me dejó confuso y envidioso de ver alma tan sucia ayer, y hoy tan pura y limpia, que un solo alfiler le picaba la conciencia. Ayudéle con consejos para la partida, y haciendo fervorosos actos cerró los ojos á las cosas mundanas, con prendas de que los abrió á las celestes.

Muchas muertes de aquestas pudiera contar y mudanzas de peores vidas, la brevedad me pide que las calle. Advierto solo un sentir comun que allá se tiene en aquellas partes, que es muchísima gente la que se salva; porque tenazmente tienen la fe y con perseverancia obran.

Ya eran pasados cuatro años en peregrinacion,

hambre y desasosiegos, pareciónos era ya tiempo, no sólo de cobrar el sosiego necesario para la cristiana vida, sino aun de aventajarlos en virtud, y así tratamos de erigir una Congregacion de nues-Señora. Hicimos eleccion de sólos 12, los más aventajados en virtud. Empezóse con mucha fiesta de música y celebridad de Misa y sermon, comulgaron los congregantes este dia, que no causó poca emulacion y santa á todo el pueblo. Hanse ido recibiendo poco á poco otros escogidos, que han sido la sazon de una muy aventajada virtud. Acuden á su congregacion con toda diligencia, tienen su plática todas las tardes los domingos y á veces conferencias de cómo se aprovecharán en la virtud á que preside un Padre, comulgan más amenudo que lo restante del pueblo, en sus confesiones no viendo el confesor pecado grave y preguntados si han caido en alguno, responden que son ya de la congregacion, y que fuera cosa disforme á tales personas admitir pecado; y no sólo los recibidos ya, pero aun los pretendientes responden que no es razon que pretendiendo entrar en Congregacion de una Señora tan limpia, ensucien ellos sus almas con pecados, y comunmente la devocion de la Vírgen soberana ha cobrado grande esfuerzo, no sólo en los adultos sino en los niños y niñas, llamándola comunmente nuestra Madre. Dijera muchas cosas en confirmacion de aquesta devocion santísima; cállolas por la brevedad, y porque los ejemplos que ahora diré declaran mucho mi intento.

Cautivaron los de San Pablo entre mucha gente una india moza, casóse en el Brasil, donde dió sol-

tura á sus deseos (y no hay que espantar que la falta de enseñanza causa estos inconvenientes) oyó que nuestros feligreses comulgaban y vivian cristianamente en las reducciones que en Guaira teniamos, encendiósele el deseo de gozar de aquella vida, solicitó á su marido que la sacase de aquella brutal vida que tenian. Pusiéronse en camino por cerrados bosques, huyendo de la crueldad que en ellos ejercitaria su amo si siguiéndoles les diese alcance. Padecieron en esta peregrinacion muchos trabajos por falta de comida y de camino y carga de dos hijos que llevaban. Viéndose esta mujer flaca y sin fuerzas y rendida casi al cansancio de manera que juzgaba no podria seguir ya su camino sino dejar allí su cuerpo sepultado, hincóse de rodillas, y con devotas lágrimas pidió á nuestra Señora le diese fuerzas para llegar á su pueblo de Loreto, donde se ofrecia á servirla. Parece que fué oida segun mostraron los efectos, porque acabada su oracion se halló ya otra, con fuerzas y aliento, con que prosiguieron su viaje, y al fin de haber caminado más de 300 leguas, llegaron á su deseado pueblo, donde el P. Francisco Diaz sabida esta peregrinacion los hizo acomodar muy bien, defendiéndolos de un ladron que como bienes mostrencos juzgaba le pertenecian.

Parecióle que estaba ya en la gloria, diôse muy de veras á la devocion de la Vírgen, oia cada dia Misa, pidió luego la comunion cuya hambre le traia, difiriósele hasta que estuviese bien instruida en las cosas de la fe, que nunca habia oido (que á este modo bautizan los más cabales curas) vivió en esta reduccion algunos años, confesando amenudo

y comulgando cuatro veces al año. Murió su marido, instó á los Padres que casasen su hija con deseo de que perseverase en limpieza con su marido, y no maculase ántes de casarse su honestidad; crió á otro hijo varon con todo cuidado, enseñándole el temor de Dios. En la transmigracion que vimos de estos pueblos no ayudó poco aquesta buena mujer que como experimentada aconsejaba á todos, que ántes perdiesen las vidas que verse en manos de aquellos piratas de San Pablo, cuyo vivir era bestial.

Padeció en la mudanza gran trabajo, á que acudimos socorriéndola con comida y vestido. Desamparóla su hijo por evitar trabajos; sintió la buena madre su ausencia, no por otra cosa sino porque temia se echase á perder y maculase su alma con pecados, y mostrando su afecto me dijo un dia: *Más quisiera á mi hijo verle muerto aquí á mis manos de la necesidad y hambre, que verle ausente en partes donde ha de ofender á Dios.* Trajeron á este mozo las oraciones continuas de su madre, la cual, ya recibida en la Congregacion me envió á avisar que estaba enferma. Visitéla, confeséla, y no hallé cosa de que formar absolucion. Preguntéla si habia comulgado el jubileo que habia tres dias que habia pasado. Díjome que no y la causa juntamente, y fué que los examinadores de la doctrina (examínanse siempre de la doctrina los comulgantes, porque el no repetirla no cause olvido) la habian repelido porque habia errado (turbada) en cuatro puntos, que de este rigor usan los indios que á los varones, y las mujeres á mujeres examinan, con que se saben bien los cristianos misterios, y son mejor guardados.

Juicio hice que se hacia enferma para comulgar á este título, engaño religioso que no pocas veces nos han hecho. Díjela si queria comulgar; respondióme que entendia que su enfermedad era causada de la pena que habia recibido de ver que sus compañeras habian sido dignas de recibir al Señor, y sus pecados de ella la habian repelido. Díjela que se hiciese llevar en una hamaca á la iglesia, modo con que se llevan los enfermos. Dijo con un alentado consuelo de haber oido mi liberalidad en ofrecerle la comunion (sirva de confusion á alguno): «Padre, yo iré con mis piés, ayudada de un báculo a recibir á mi Dios y mi Señor.» Confieso que me enterneció y causó no poca devocion. Comulgó, y volviendo á su cama, en breves dias, recibidos todos los Sacramentos y con fervorosos actos acabó la vida.

Acudieron mujeres á amortajarla, y tres mancebos de la Congregacion á velarla aquella noche (oficio que á los de la Congregacion solos se ha encargado). Llegó la media noche, cuando vieron que la difunta daba muestras de vida meneándose y forcejando á desenvolverse de la mortaja. Acuden luego, desátanla y venla viva. Lo primero que dijo fué: «Llamadme al Padre;» dijéronle que yo estaba ausente en otro pueblo cercano: «Pésame, dijo, que el Padre esté ausente, porque tenia mucho que decirle para su consuelo; llamadle al P. Juan Agustin, que a él se las diré.» Mientras le llamaban al Padre pidió á uno de los que la habian velado un rosario y un Cristo pequeñito de metal que tenia al cuello, y tomándolo con mucha devocion y reverencia comenzó á besarlo y aplicarlo apretada-

mente al pecho. Corrió la voz por el pueblo que aquella mujer Isabel habia resucitado, y como su buena vida le habia dado buen nombre, acudió mucha gente á su casa, y hablando á los de la Congrecion les dijo de esta suerte:

† Hijos mios, los de la Congregacion de nuestra Madre santísima y Señora nuestra, por vuestra causa vengo otra vez á mi cuerpo. Yo morí verdaderamente y tengo de vivir ahora cinco dias solos, porque solamente vengo á traeros unas buenas nuevas por parte de nuestra Madre y Señora la Vírgen santísima, de que está muy contenta con esta Congregacion, y la agradan mucho los que viven en ella, y os dice la lleveis adelante, y yo de mi parte os lo ruego, y que mireis bien la obligacion que teneis de seguir la virtud, y dar buen ejemplo, y de amaros unos á otros, y de cumplir los consejos que os dan los Padres †.

Llegó el P. Juan Agustin, y ella prosiguió diciendo:

† Luego que pasé de esta vida fuí llevada al infierno, donde vi un fuego horrendo que arde y no da luz, y causa grande temor; en él vi algunos que han muerto y vivieron en nuestra compañía, y los conocimos todos, los cuales padecian muchos tormentos. Luego me llevaron al cielo, donde vi á nuestra Madre, tan hermosa, tan resplandeciente y linda, tan adorada y servida de todos los bienaventurados, y en su compañía innumerables Santos hermosísimos y resplandecientes, que todo lo de por acá es basura, estiércol y fealdad, allá es todo tan hermoso, allá todo es hermosura, todo belleza y riqueza. Allí vi los que han muerto de nuestra

Congregacion muy resplandecientes vestidos de gloria; luego que me vieron, me dieron mil parabienes, y principalmente por ser yo de la Congregacion, y os envían grandes recados, y principalmente que lleveis adelante esta Congregacion y seais verdaderos cristianos †.

Fué llamando esta buena mujer á todos los del pueblo, varones y mujeres, y les exhortaba al amor y caridad, que oyesen Misa siempre, que hiciesen buenas obras, que diesen la limosna que pudiesen á los pobres, que cumpliesen los preceptos divinos. Tratábales maravillosamente de la fealdad del pecado, de la hermosura de la virtud, del horror del infierno, del temor del juicio y cuenta estrecha que Dios pide, de la hermosura de la gloria. Y aunque llamó á todos no llamó á su hijo, y á lo que pareció para castigarle con esto, por el descuido que tenia en no pedir ser recibido en la Congregacion, y rogándole que lo llamase, no quiso hasta el último dia de su vida; entónces lo llamó y le dijo:

† Yo no te he querido ver, porque no eres de la Congregacion. Mira que pidas luego á los Padres que te reciban, no te apartes de ellos, sírvelos y ámalos siempre, que son nuestros verdaderos Padres, no ofendas á Dios para que seas digno de ir á gozar de aquella bienaventuranza †.

Lo cual él cumple muy bien, porque luego instó á que le recibiesen y sirve él por su persona á los Padres, y procede como religioso. Entre las mujeres que concurrieron á ver á esta buena mujer se llegó una, á la cual mandó salir de allí, y aunque entónces no se supo la causa (porque parecia vivir bien) se descubrió que vivia mal, la cual reconoci-

da por aquel desden, hizo una buena confesion y mudó de vida, y es hoy de raro ejemplo.

Habiendo cumplido esta buena mujer con su legacía, y cumpliéndose los cinco dias que dijo habia de vivir, se despidió, derramando todos muchas lágrimas, y con toda paz y sosiego durmió en el Señor. Tuvo siempre el rosario y crucifijo que pidió tan apretado, que despues de muerta con mucha fuerza aun no se lo podian quitar. Los efectos que dejó fueron maravillosos, porque no quedó persona en el pueblo que no se confesase, con muy buenos deseos de imitarla, cuya memoria vive hoy muy fresca.

Despues de haber estado enterrada ocho ó nueve meses con ocasion de enterrar allí otro difunto, la sacaron con las carnes enteras, flexibles y sin ningun mal olor. Pusímosla en otro más decente lugar. Tuvo noticia un religioso de este caso, y con religioso afecto me pidió le enviase el rosario; recibiólo el Padre con estima y aprecio. Moríanse en su reduccion muchos niños de peste, sin que ninguno escapase; con mucho sentimiento dijo un indio que un hijo único que tenia se le estaba muriendo. Condolido el Padre y no hallando otro remedio le dió el rosario sin decirle cuyo era, para que lo pusiese al niño. Volvió el padre dentro de poco tiempo diciendo, que su hijo estaba ya bueno y sano.

XLI

Prosigue otro suceso semejante.

Otro caso semejante á este sucedió en esta misma reduccion. Crióse entre las demás niñas una en la doctrina á que acudia siempre. De dieciocho

años la casamos con un mozo criado en nuestra casa, y de ambos puedo decir que no perdieron la gracia bautismal. Murió el mozo muy en breve con muy buenas prendas de su salvacion, porque los crié y traté sus almas hasta la muerte. Poco despues adoleció ella, y habiendo recibido todos los Sacramentos la víspera de su muerte me llamó y me habló de esta manera: *Padre, ya me muero, y con alegría y consuelo porque no tengo cosa que me dé pena; pídote que no entierres mi cuerpo en el cementerio sino dentro de la iglesia, delante de la imágen de Nuestra Señora, y tambien te pido que ruegues á Dios por mí, que yo te prometo, que viéndome en el cielo, rogaré á Dios por ti.* Espiró á media noche, velábanla los de su casa y algunos de la Congregacion. Habiéndola ya amortajado, al cabo de tres horas dió muestras de estar viva, ó ya que hubiese muerto, como ella decia, ó que fuese parasismo. Acudieron los de su casa, desatáronla, pidió que me llamasen; yo, deseoso de que me cumpliese la palabra oyendo el llanto de su casa, á la una de la noche me puse delante del Santísimo Sacramento á cumplir la que yo la habia dado de encomendarla á nuestro Señor, deseando el dia para decirle la Misa. Llamáronme, y ya estaba gran parte del pueblo en su casa con velas de cera en las manos, y aunque le preguntaron les dijese algo, respondia: «Venga el Padre, que entónces oireis lo que me ha pasado.» Halléla muy alegre y al parecer no como difunta ni como enferma que moriria en muchos dias. Tenia entre sus brazos una cruz de madera de tres cuartas; en la alegría del rostro parecia un ángel, hízome sentar junto á sí, y dijo:

† Padre mio, yo pasé de esta vida esta noche; lo primero que vi fué una tropa de demonios muy fieros que me salieron al encuentro. Traian unos gárfios con que me pretendian agarrar; pero un ángel de grande hermosura que estaba conmigo me defendió, y con una espada de fuego ahuyentó los demonios. Este ángel me guió al infierno á que viese el espantoso fuego que padecen los condenados; oí allí grandes aullidos de perros, bramidos de toros, silbos de serpientes que daban los demonios. Allí vi cómo aporreaban y atormentaban las ánimas que allí estaban, conocí entre ellas algunos que vivieron entre nosotros, pero ninguno de la Congregacion †.

Díjome de dos mujeres que habia visto en aquel lugar, cuya mala vida me dió mucho cuidado, y estuve para desterrarlas del pueblo y habia quince dias que eran muertas. Eran advenedizas de los montes, y poco dadas á entrar en la iglesia. Y esta buena mujer ántes de morir no supo que eran ellas muertas, y así lo confesó. De otro mozo me dijo, que aunque criado desde niño en nuestra escuela, se aprovechó muy poco, porque habiéndole yo llevado por maestro de escuela á un pueblo de gentiles procedió muy mal, y castigado bien, le saqué, y volviendo á su tierra murió, y aunque confesado se presumió que habia muerto mal preparado.

† De allí (dijo) me llevó el ángel á ver la gloria de los bienaventurados, vi á Dios en un asiento y trono hermosísimo rodeado de infinitos bienaventurados. Preguntéle cómo era Dios, qué forma tenia. No sé (dijo) cómo es, ni su grandeza la podré decir, porque ni palabras hay con qué decirlo, ni

cosa en esta vida con qué hacer comparacion, sólo con el fuego diré algo: Era un resplandeciente ser infinitamente más que el fuego, no quema, alegra y regocija el alma su vista, no puedo decir más. Vi tambien á Nuestra Señora, mas cómo te diré su hermosura que no hay con qué compararla, ni la alegría con que estaban aquellos bienaventurados; y solia repetir de cuándo en cuándo. Ah Padre, qué cosas tan lindas son aquellas que allí vi. Todo lo de por acá es feo y despreciable, acá en este mundo no hay gente, es despoblado todo en comparacion de lo que allí vi, solos los ángeles que vi son más que las arenas y más que las hojas de los árboles de estos montes. Allí conocí muchísima gente de estas reducciones, y entre ellos á los tres Padres que murieron en Guaira, tenian grande gloria. Vi á Isabel (la que dijimos habia resucitado) la cual me dijo: Hermana, mira bien aquestas cosas, para que allá las cuentes á los que viven en la tierra. Sentí entónces esto que me dijo, porque entendí habia de volver acá, y me pesaba de dejar aquellas tan lindas cosas; pero conociendo mi dolor me dijo: No tengas pena, que quiere la Madre de Dios que vayas á anunciar todo esto á nuestros parientes, para que se animen á servir á Dios y no se cansen de seguir la virtud. Y hoy en este dia has de volver acá, para no dejar más aquesta vida. Y esta es, Padre, la causa de mi venida, y deseo ya volverme á aquella bienaventurada vida, y ojalá que todos los de estos pueblos se muriesen hoy sin que quedara ninguno, y fuesen conmigo á ver aquellas lindezas que yo vi, qué lindos niños, qué danzas, qué regocijos vi; hacian estas danzas los

niños que han muerto despues del bautismo en estos pueblos, y entre ellos vi á mi hijo (habia muerto de cuatro meses) vi á mi marido (y por sus nombres dijo muchos que habiamos criado en nuestra escuela y doctrina, con muy singulares particularidades de su predestinacion). Padre, no te canses (dijo) de enseñar el camino del cielo á estos mis parientes para que se salven, porque es increible el bien que les haces. ¡Oh si no cometiesen pecado! ¡Oh si amasen á Dios de todo su corazon! ¡Oh si cumpliesen todos sus mandamientos! Cómo se hallarian contentos á la hora de su muerte †.

Hizo llamar á los de la Congregacion, exhortólos á la perseverancia, diciéndoles que la Vírgen se agradaba mucho de ellos y de aquel santo ejercicio. Habia muerto pocos dias ántes una moza criada desde su niñez en todo recogimiento, confesándose cada ocho dias; y puedo afirmar con toda verdad (porque traté su alma toda su vida) que jamás cometió culpa mortal. De esta afirmó haberla visto en el cielo con muy gran gloria y que le habia dicho:

† Decid á mis padres que no me lloren por muerta, porque estoy viva y con la gloria que ves: que ellos prosigan en la vida que hacen, para que sean dignos de venir á hacerme compañía †.

Han sido y son al presente los padres de esta moza de rarísimo ejemplo. A los caciques del pueblo los exhortó al buen ejemplo, y en particular que ayudasen á los Padres en procurar el bien de las almas de sus parientes. Llamó á una hermana suya y le dijo:

† Hermana, encárgote mucho que cuides de la

enseñanza de nuestra madre, y le renueves las cosas de nuestra fe, porque te hago saber que muchos viejos y viejas vi en el infierno †.

Fué devotísimo espectáculo ver á una muchacha que ántes de casada y despues de viuda guardó singular recogimiento y recato en hablar, verla ahora hecha predicadora y apóstol de su gente, ver juntamente el pueblo con velas encendidas derramando todos ternísimas lágrimas. Yo confieso que en mí causó deseo de morirme luego, y de servir á Dios con muchas veras, con un singular cariño y amor á las cosas de la bienaventuranza, y esto mismo causó en todos como se vió luego que espiró por las obras. Diez horas estuvo hablando, y esto me causó no poca admiracion, verla continuamente predicando y anunciando el reino de Dios. Llegó la hora de su tránsito para la vida eterna, como se puede entender de su inculpada vida: *Ya es hora, Padre* (me dijo), *de que me vaya á aquella patria mia, donde se vive la vida verdadera; quédate adiós, y no te olvides de mi alma, que yo no me olvidaré de ti en aquella bienaventuranza.* Preguntéle si tenia algo de qué confesarse; dijo que no la daba pena cosa, sino verse en esta vida. Cruzó sus brazos sobre la cruz, que nunca la dejó, perdió la habla, preguntéle si se habia de acordar de mí y de sus parientes en el cielo; dijo inclinando la cabeza que sí, con que despidió su alma como en suave sueño. Quedó su rostro hermoso como un ángel, tan léjos de causar horror, que nos arrebataba el corazon su angélico agrado y hermosura, prendas buenas de que iba á su deseada patria. Confieso que con haber cinco años que esto sucedió, la ten-

go muy presente y me anima su memoria, y cuando esto escribo, me enternece el ánimo y me enfervoriza á su imitacion.

Pareció luego, que los del pueblo celebraban la Semana Santa, no quedó varon, mujer ni niño que no se confesase, y con curiosidad pregunté á todos, qué le habia movido más de las acciones y dichos de aquella buena mujer, y todos prontamente me refirieron alguna particularidad que habian aplicado á la memoria. Unos decian algo de la gloria, otros de las penas, otros de sus parientes que ya estaban gozando de Dios y aquella buena mujer habia visto. Por las calles de noche se veian disciplinantes; á la puerta de la iglesia se azotaban muchos. Finalmente, fué un grande estímulo para todos, y principalmente para los de la Congregacion, y en muchos dias no trataron de otra cosa con singular provecho.

XLII

Cuéntase otros casos particulares.

Una devota mujer y anciana adoleció, y llegando al punto de la muerte, recibidos ya los Sacramentos y agonizando con la muerte, me pareció que no viviria un cuarto de hora. Ronca la voz y levantado el pecho, estuvo de esta forma más de un mes, llamábame á menudo, y viniendo á la confesion no habia cosa. Causó admiracion muy grande; avisóme un devoto indio que entendia que la muerte no hacia presa en aquella mujer, porque tenia sospecha que no era cristiana. La causa de la duda fué ser advenediza, y habérsenos junta-

do en la mudanza de pueblos ya dicha, y afirmar ella que era cristiana. Hallé que no lo era, bauticéla estando con todos sus sentidos y respondiendo muy bien á las preguntas, acabado de recibir aqueste Sacramento espiró.

Durmiendo un principal cacique y de mucha virtud, se llegó á él una persona y le despertó diciendo: Mira lo que tienes junto á ti, y reparando vió un pozo muy profundo lleno de fuego, y en medio de él una cama muy encendida, en que estaba una persona dando vuelcos y grandes alaridos: ¿Conoces (dice) á este que aquí ves? Respondió que no lo conocia. Mírale bien (dijo) que yo sé que le conoces. Reparó bien con la vista y conocióle, y era un cacique muy principal que aún vivia y era deudo suyo. Esta cama (dijo) que ves está preparada para ese y para otros que no quieren enmendar la vida, y los pecados que ese hace no los ignoras. El P. Francisco Diaz, á quien se avisó de esto, con prudencia le amonestó que no declarase á ninguno la persona; pero que en comun dijese lo que habia visto.

No fué la vision vana, porque de ahí á pocos tiempos, estando este cacique que fué visto en llamas, á la puerta de su casa, vió que su aposento ardia, entró á socorrer una caja que era todo su caudal, y permitiéndolo Dios se encendió tanto, que cogiendo la puerta la cerró al triste, dió crueles voces pidiendo le socorriesen, acudió el pueblo, pero vedábales el fuego la entrada. Viéndose el triste en aquel aposento ya encendido, tendiéndose en el suelo se procuró reparar con un cuero de vaca; apagaron por una parte, y dando lugar el

fuego entraron, y le hallaron aún vivo y en una cama de fuego, como el otro lo habia visto. Estaba negro como un carbon, y aunque con el alma en el cuerpo ya sin habla y sin poder dar señas algunas de contricion. Fué notablemente vicioso, y el que más nos dió en que entender con sus escándalos, que de veces propuso en enmendarse; pero luego volvia al fuego de su concupiscencia, en tanto grado, que propuse si muriese enterrarle á la puerta de la iglesia con particular señal, para memoria y ejemplo.

No paró aquí la justicia de Dios para con este muerto, ni su misericordia para con los vivos. Estando un mozo congregante y de buena vida ausente de este pueblo é ignorante de la vision y presagio que de este muerto hubo ni de su quema y muerte, estando él despierto vió ante sí una figura que le dijo: Advierte á esto que te quiero mostrar, y al punto en su presencia vió á este cacique quemado en una figura horrible y espantosa, el cual estaba asentado sobre un demonio muy feo, negro como Etiope, y encendido en fuego.—¿Conoces á este pobre?—le dijo la figura.—Sí,—dijo el mozo, bien le conozco;—pues mira que cuentes á tu pueblo lo que has visto, que para esto he hecho esta demostracion, y para ejemplo de los que soltando las riendas á sus vicios, no dan lugar á la misericordia divina. El mozo, bien espantado y casi perdido el hablar, nos dió cuenta de lo que habia visto, que aprovechó mucho, que este es el fin que Dios pretende, dando fuerza á nuestra predicacion con semejantes sucesos.

Apuraba el demonio á un mozo de la Congrega-

cion con dudas de las penas que en el purgatorio padecen las almas; no le satisfacian nuestros sermones y ejemplos; estando este mozo medio despierto se le aparecieron dos personas vestidas de blanco, de muy hermoso aspecto, y le dijeron: Venímoste á enseñar lo que son las penas del purgatorio, y le metieron en un fuego terrible. y le dijeron: Aquí has de estar solos cinco dias, despues de los cuales te sacaremos; sintió cruelísimos tormentos, tales que juzgaba habia estado allí muchos años, y quejándose les dijo: ¡Cómo me habeis engañado, pues ha muchos años que me teneis aquí! Engañaste (le dijeron), porque aún no ha pasado la mitad de medio cuarto de hora, en lo cual echarás de ver qué tales son las penas del purgatorio; con que quedó bien enseñado de su duda.

XLIII

Prosigue la misma materia de cosas particulares.

Ha querido nuestro Señor darles á entender cuán aceptable es la devocion que tienen con los Santos. Un indio de la Congregacion tuvo devocion de guardar los papelicos de los Santos que le habian cabido despues que era Congregante, y ya tenia 11; guardólos en una bolsica donde traia un pedacico de *Agnus* aforrado y un poco de cera bendita; púsose á trabajar en su oficio de herrero, colgó sus reliquias en parte donde con la Bula cayeron entre el carbon, y sin reparar echó aquel carbon en la fragua, en donde por el humo que hacia, revolviendo las brasas hallaron la bolsa quemada toda, y los papeles, cera y *Agnus*, sin lesion, ni sin

derretirse más que si estuvieran en agua. Lleváronme esto maravillados de esta maravilla.

Caminábamos dos sacerdotes á visitar un pueblo; alojámonos en un desierto, bien cansados, no podíamos dormir con una grave inquietud; concertamos de caminar de noche por ser buen camino y haber luna; amanecimos á vista del pueblo, habiendo caminado toda la noche sin enfado alguno; áun á vista del pueblo, nos salieron á recibir unos moradores de aquel lugar, pregunté si habia enfermos, dijéronme que no, y que sola una vieja habia muerto el dia ántes, y que trataban ya de enterrarla; llegamos al pueblo y pregunté por la casa de la india; dijéronme que no me cansase en verla, porque ya estaba muerta. Vamos (dije) le diré algun responso; entré en la casa que era tan lóbrega que no se veia cosa de ella. ¿Dónde está la muerta? (dije en voz alta). Respondió la mujer: *Padre, aquí estoy, que no estoy muerta, y te estoy esperando para confesarme.* Confeséla con harto consuelo mio, y acabada de confesar, perdió el habla y entregó su alma al Criador, que tanto estima sus almas redimidas con su sangre.

Envidioso el demonio de verse despojado de los despojos que tiránicamente poseia, quiso probar la mano, á ver si se podia volver á entablar con los huesos de magos que atrás dijimos. Estaba un mozo de muy buena vida enfermo meses habia, y estando con él sus padres á la una del dia, vió el mozo ante sí un etiope desnudo, que llevaba en una esportilla unos huesos de difunto; preguntóle quién era. *Soy* (dice) *uno de aquellos que aqueste vuestro Padre quemó* (de que ya queda dicho). *¿Pues qué*

quieres aquí? (le dijo el mozo). *Véngote á ver* (le respondió el demonio), *porque deseo que seas mi amigo; vete de aquí* (le respondió), *que no quiero tu amistad; y si te quemaron, ¿cómo te atreves á venir aquí?* Fuésele acercando, y el mozo invocaba el nombre de Jesus, y decia al demonio que se fuese; él procuraba con palabras blandas que le diese oidos á sus embustes. *Yo soy* (le dijo) *el que de veras os amo, y vengo con deseo de enseñaros la verdad, que aquestos Padres no os la dicen, yo os doy lo que teneis, porque soy vuestro Dios. Mientes* (dijo el mozo) *que tú eres demonio.* Y diciendo esto se le entró en el cuerpo. Dió muy grandes voces el mozo, llamando á Dios en su ayuda, y diciendo al demonio que le dejase; los circunstantes, que eran muchos, y sus mismos padres estaban atónitos, porque si bien no vieron al demonio, oyeron sus palabras fuera y dentro del mozo, cuya voz oian en su boca, y la del demonio en el estómago. Pidió el enfermo que me llamasen, y era ocasion en que me habia acudido la fiebre; rehusaron llamarme. Viéndose el mozo atormentado de tan mal huésped, pidió á su padre que le azotase fuertemente, que con eso saldria aquella bestia; el amor le hizo rehusar esta accion, pero la madre, juzgando por bueno el remedio, cogió unas cuerdas, y azotando á su hijo que le rogaba le diese fuertemente y al demonio que saliese, al fin despues de varias demandas y respuestas salió, dejándole molido. Fuíle á ver, pasado mi trabajo, confesóse, cuya conciencia era muy pura. A la media noche, asegurado que los de su casa dormian, se levantó, no habiendo podido hacerlo en algunos meses, y en las puertas de la iglesia tomó una dis-

ciplina; al salir le siguió un vasallo de su padre, y como le vió que se azotaba crudamente, dió aviso, y en brazos, por su flaqueza, le volvieron á casa.

No quiero olvidar otro caso que pocos meses despues sucedió en esta misma reduccion. Adoleció un cacique principal que nos ayudó mucho, ántes de la transmigracion de los pueblos, en la quema de los cuerpos que ya he dicho; más de un mes llevó en la cama; salió de su aposento como pudo á gozar de la serenidad de la noche en el verano; apénas salió á la calle cuando le rodearon cinco bultos, con ornamentos ricos y olorosos; temió, pero, asegurado por ellos de buenos espíritus, le preguntaron si se habia confesado; dijo que al principio de su enfermedad lo habia hecho, y que no se sentia con cosa de cuidado. *Ya te conocemos* (le dijeron) *que vives bien y oyes Misa siempre. ¿Acuérdaste de aquellos huesos que estos Padres quemaron?* *Sí* (respondió). *¿Creiste* (replicaron) *en aquellas cosas que decian?* *Nunca creí tal cosa* (dijo el indio). *Muy bien hiciste* (respondieron ellos), *porque aquellos eran demonios, enemigos de vuestro bien y amigos de vuestro mal. Tú avisa á esta gente que vivan bien y oigan la doctrina de los Padres, que os enseñan la verdad, si bien hay algunos de vosotros que son como el peine que tiene algunos dientes quebrados, y no son parejos; algunos se adelantan en la virtud, otros quedan cortos en ella, nosotros velamos sobre este pueblo, y arredramos los demonios, que de noche principalmente os incitan al mal. ¿Y tú rezas el Rosario de la Vírgen?* *Sí* (dijo), *nosotros* (respondieron) *nos honramos con él, y así lo traemos al cuello, mira; toca este Rosario.*

El indio ya gustoso con tan buena plática, y sin ningun recelo tocó el Rosario y una cruz, olió en él un muy suave olor, que se quedó impreso en los dedos. *¿Cuánto ha ya* (prosiguieron) *que no vas á ver al Padre? Tres semanas ha* (respondió) *que por no poder tenerme en pié no le he visto. Pues ve mañana á verle, que desde ahora quedarás ya sano, y dile todo lo que aquí has oido, y que no se canse en enseñaros, que nosotros cuidamos de defenderos; y mira que luego que amanezca vayas y le cuentes esto, porque ántes que tú vayas estaremos en su celda y hemos de oir lo que le dices.* Apénas salí de la iglesia de oracion para mi celda, cuando le vi en la puerta; maravilléme de verle, porque sabia que su enfermedad le tenia en la cama; contóme todo aquesto, y cómo de veras estaba ya sano, y en prueba de esto empezó á trabajar en cierta obra de la iglesia.

Quiero poner fin á estas cosas que el Señor ha obrado, y la Vírgen Santísima en su pueblo; callo muchas, contentándome con haber referido brevemente aquestas á gloria del Señor, que obra maravillas con gente simple, llana y sin dobleces; porque es amigo de la simplicidad, y así: *Cum simplicibus sermocinatio eius.* Y, como atrás he dicho, en cristiandad nueva usa de nuevos modos, si bien antiguos y áun necesarios riegos para que plantas tiernas como la de los indios crezcan en virtud y se aumenten en la gracia; sólo quiero añadir un buen ejemplo, no de edificacion sino de malicia, á propósito de mi intento.

Ciertas personas que su comun sustento tienen librado en la sangre que chupan á estos pobres indios, y entran á la parte con los de San Pablo,

viendo que habiamos librado esta gente de sus manos, y que no les dimos lugar á que hiciesen presa, escribieron cartas á varias personas, Prelados, Obispos y señores, y áun en esta corte sembraron fama, que yo (que como malhechor me cargaron la culpa) habia sacado aquellos indios de sus tierras, y llevádolos á extrañas regiones y los habia muerto en el camino todos, lamentándose mucho de este yerro; cartas tuve de Obispos y de oidores culpando mi desacierto, y áun despues que estoy en esta corte algunos señores del Consejo, á cuyos oidos vino aqueste informe, me han preguntado por tan desastrado caso, y aunque he satisfecho, ó por mejor decir, la verdad misma ha dado voces, servirá esto poco por respuesta.

La Real Audiencia de Chuquisaca nos dió amplia licencia para mudarlos, que con toda esta justificacion se procedió en el caso, que aunque cuando llegó estaban ya mudados, llegó poco despues su beneplácito; más ¿quién dudará que en caso tan apretado quiera esperar licencia para huir el que ve que le ponen el cuchillo á la garganta?; la misma ley natural les dió licencia para huir la esclavitud, conservar su libertad y áun la fe y la salud eterna, que todo lo hubieran perdido (como otros) si solos dos dias retardaran su huida.

Más cristiana accion hubiera sido escribir á esta corte que los de San Pablo habian cautivado de nuestras reducciones 60.000 almas, de que hoy no hay 1.000, por haberlos muerto á puro azote, trabajo y afan; mas ¿cómo habian de hacer tal querella si estos mismos eran comprendidos en el mismo crímen? Pero, para que constase su falso infor-

me, y que los indios, que ellos decian haber yo muerto, estaban vivos, pedí á cierto gobernador que aceptase los tributos de aquestos indios para Su Majestad, y con ponerle por terceros al Obispo de Paraguay, D. Fr. Cristóbal de Aresti y al P. Diego de Alfaro, Rector del colegio de la Asuncion; con todas estas diligencias nunca pude alcanzar mi intento, la causa ya se ve, y no quiero fatigarme en explicarla. Muy cristiana accion hubiera sido si en este caso me hubieran tachado en haber ofrecido yo tributos de una gente desterrada, y que padeció la tormenta que vimos atrás, y aconsejarme que pidiera á Su Majestad en merced (bien debida á tal trabajo que les diese libertad, inmunes de tributo, para que lograran el fruto de su lealtad, pues dejando enemigos ciertos, se ampararon al abrigo con que Su Majestad ampara á esta pobre y acosada gente; pero pasemos adelante con nuestra narracion, y ñemos de la verdad, que ella por sí vuelve.

XLIV

Muerte del P. Pedro de Espinosa á manos de infieles.

Fué el P. Pedro de Espinosa natural de Baeza, hijo de padres muy siervos de Dios: tuvieron cuatro hijos, y todos los dedicaron á la Compañía, uno pasó á Indias al empleo de almas, y desde Panamá escribió á sus padres que criasen con cuidado á su hermano Pedro, porque le habia de seguir y morir á manos de gentiles. El mismo P. Pedro, estando en oracion, y estando áun en España, le pareció que le arrastraban unos indios, y de hecho se halló

en tierra, y que le revolcaban y trataban mal; ambos pronósticos probó el suceso.

Pasó á Indias, donde trabajó en Guaira apostólicamente: tuvo á su cargo desde sus principios una reduccion de gente bárbara, que amansó con sufrimiento y paciencia. Tenia esta poblacion 2.000 vecinos, que hacian 9 000 ó 10.000 almas, reducidos por nuestro trabajo; de sus virtudes raras pudiera decir mucho.

En la transmigracion dicha de los pueblos trabajó infatigablemente; caminó muchos años á pié, con ser muy delicado, perficionó sus trabajos con dichosa muerte; obligóle la caridad y la obediencia á llevar á aquellas reducciones de Loreto y San Ignacio unas ovejas para vestir pobres, por la falta de algodon que causan los hielos; volviendo con ellas, á media noche, unos bestiales indios gentiles dieron en su alojamiento en despoblado, y allí le mataron á palos. Encomendábase el siervo de Dios á Jesus y María; reprendíanle los indios de que invocase tales dioses falsos, que mentirosamente llamaba en su ayuda; arguyóles el Padre de su infidelidad, desnudáronle luego en una rigurosísima noche del invierno; y estando el buen Padre encomendándose al Señor, y ofreciéndole su alma, agraviados los bárbaros y ofendidos de verle tan ansioso del Dios que ellos negaban, le rompieron la cabeza. Dejáronle desnudo á manos de tigres, que le comieron todo, sólo pudimos haber un brazo y una pierna á que dimos sepultura.

Fué muy sentida y llorada su muerte de los indios, á quien con su predicacion habia dado la vida y puesto en policía, enseñándoles oficios de

carpintero y sastre, que el Padre por su buen discurso habia alcanzado. La misma noche que le mataron apareció á un grande amigo y ayudante suyo en la conversion de los indios, y con alegre semblante le dijo: Ea, hermano mio, quedaos á Dios, que yo me voy á descansar al cielo. A otro grande amigo del Padre manifestó Dios nuestro Señor dos dias ántes del peligro en que estaba, y el mismo dia que le mataron se lo manifestó, y el modo con que le mataron, estando muchas leguas ausente. ¡Dichosa vida y dichosa muerte!

XLV

Advertencias generales.

Para más noticia de lo que queda dicho atrás de las reducciones pasadas y de las que ahora diré, pondré algunas advertencias generales, que son comunes á todas las reducciones y poblaciones. Y no es mi intento tratar de las virtudes y hechos de los operarios de esta viña, que dejando sus patrias, deudos y comodidades, se han metido por tierras extranjeras, sacrificándose á la hambre y desnudez, y aún al cuchillo (como veremos) renunciando el aplauso que entre nuestros españoles tuvieran en cátedras, púlpitos y ocupaciones lustrosas (señuelo que al más remontado halcon abate), ni quiero comparar aquesta espiritual conquista á otras muy lustrosas; porque esta carece totalmente de lustre exterior, siendo el que tiene interior de infinitas almas.

Y si en el Japon hay cuchillo que hace mártires,

no faltan acá saetas que lo forman; hallo ménos acá las casas y palacios, la policía, las sedas, los vestidos japoneses, la variedad de comidas y regalos, no digo que los usen los apostólicos varones; pero al fin su vista atrae y entretiene. Acá hay la vestidura y traje que al nacer concede la naturaleza á los humanos, siendo fuerza que un solícito cuidado de los Padres haga cubrir lo que puede ofender á ojos castos, con cuidado necesario y afan continuo de buscarles lana, cordellate y algodon, y para que con comodidad siembren este, los mismos Padres con sus mismas personas les han enseñado á hender la tierra con arado, cosa nueva para ellos, pero bien lograda.

Ni es mi intento tratar de los operarios que viven en colegios y ciudades de españoles, cuya penuria hace que en el colegio más numeroso haya solos cinco Padres, en otros tres, y colegios hay que no pasan de dos, con obligaciones de acudir al cultivo de españoles, indios y negros, á cada uno en su idioma, consejo muy importante del Apóstol. *Si nesciero virtutem vocis, ero ei cui loquor barbarus; et qui loquitur mihi barbarus.* Y suele haber en una ciudad de españoles indios de varias lenguas, y ser necesario que los Padres las sepan para su cultivo, y no hay Padre que, demás de la nativa y latina, no sepa por lo ménos una lengua extranjera, y muchos dos y tres, de que se imprimen hoy en esta corte algunos libros; y la de los negros no ha costado poco desvelo el sacarla á luz, y ponerla en los términos de la imprenta, trabajo bien logrado; porque en las numerosas tropas de armazones que entran en Buenos-Aires de estos negros, se averi-

gua siempre haber dolo en sus bautismos, á cuyo remedio ocurre el celo de los mismos Rectores y Padres más graves, acudiendo á los navíos y á las atarazanas, donde como ovejas están hacinados, cuyas enfermedades y mal olor retiran aun á sus propios amos: allí les curan los Padres las almas y los cuerpos, de que todos los años se coge copioso fruto.

La fuerza del Evangelio pretendo explicar, cuya eficacia se ve en amansar leones, domesticar tigres, y de montaraces bestias hacer hombres y áun ángeles. Para explicar el trabajo y afan con que trabajan los operarios de aquella viña y forman los pueblos, de que haré mencion simplemente, fuera necesario poner aquí la letanía de trabajos que pone el Apóstol en la segunda epístola á los corintios, que como fué el mismo empleo del santo, tiene hoy el mismo precio: recopilaré aquí los usos y costumbres que la predicacion continua ha entablado, con otras advertencias, para desobligarme á repetirlas en cada reduccion.

En todo se les mostró avara la naturaleza, negándoles los metales de que abundan otros, si bien el codicioso deseo de que los tuviesen hizo afirmar algunos que los tenian, de que se enviaron papeles á esta corte: remito al lector al párrafo 8o de esta narracion donde verá la respuesta y no mia, sino de un gobernador que hizo su esfuerzo por descubrir, ó el monte de oro ó la verdad que era imaginado. Mostróseles liberal en el desembarazo de ídolos y adoraciones mentirosas, con que con facilidad abrazan la verdad católica, y con constante firmeza la retienen; comprámosles la volun-

tad á precio de una cuña, que es una libra de hierro, y son las herramientas con que viven; porque antiguamente eran de piedra, con que cortaban la arbusta de sus labranzas. Presentada á un cacique una cuña (que vale en España cuatro ó seis cuartos) sale de los montes, y sierras, y partes ocultas donde vive, y se reduce al pueblo él y sus vasallos, que con la chusma suelen 100 y 200 almas, que bien catequizadas reciben el bautismo: anzuelos, agujas y alfileres, cuentas y abalorios, son los intereses á que los demás aspiran.

Son todos labradores y tiene cada uno su labranza aparte, y en pasando de once años, tienen ya su labranza los muchachos, á que se ayudan unos á otros con mucha conformidad; no tienen compras ni ventas, porque con liberalidad y sin interés se socorren en sus necesidades, usando de mucha liberalidad con los pasajeros, y con esto cesa el hurto, viven en paz y sin litigios.

Al rayar del dia en todo el año oyen Misa, y desde la iglesia acuden al trabajo, que logra muy bien preparacion tan religiosa; y aunque el Sacramento de la confesion lo ejercitan luego, la comunion se les dilata por algunos años, á unos más y á otros ménos, que aunque la capacidad de aquella gente es muy conocida en aprender las cosas de la fe y en lo mecánico; la dureza en los de mayor edad suele ser mucha.

Los capaces comulgan cuatro veces al año, en que tienen jubileo, con preparacion de sermones y ejemplos, ayunos, disciplinas y otras penitencias. Los de la Congregacion de la Vírgen y otros que no lo son, frecuentan la confesion cada ocho dias, y

los ménos cuidadosos cada mes; rastrean en la confesion cosas muy menudas de la ingratitud con que corresponden á Dios, de haber puesto en la boca un bocado de carne por olvido en viérnes, y acordados, lo arrojaron; de no haber oido Misa el dia de labor y otras á este modo, y aunque en la conciencia errónea están bien instruidos, prosiguen á este modo, y, si impertinente á veces, la brevedad con que representan todo su interior no cansa, y su simplicidad agrada, ni dejan de manifestar lo que en su infidelidad hicieron, que si bien no materia de este Sacramento, su dolor de haberlos cometido edifica.

Celebran las fiestas principales con más devocion que aparato, por la comun pobreza suya y de las iglesias; las disciplinas de sangre ha sido necesario limitárselas, porque con el frio y poco abrigo peligraban muchos; la ternura en oir la Pasion es tanta, que nos sucede no pocas veces, atajados de las lágrimas nacidas de las del pueblo, poner fin al sermon sin darlo al discurso.

Son en las cosas mecánicas muy hábiles; hay muy buenos carpinteros, herreros, sastres, tejedores y zapateros, y si bien nada de esto tuvieron, la industria de los Padres los ha hecho maestros, y no poco en el cultivo fácil de la tierra con arado; son notablemente aficionados á la música que los Padres enseñan á los hijos de los caciques, y á leer y escribir; ofician las Misas con aparato de música, á dos y tres coros; esméranse en tocar instrumentos, bajones, cornetas, fagotes, arpas, cítaras, vihuelas, rabeles, chirimías y otros instrumentos, que ayuda mucho á traer á los gentiles y al de-

seo de llevarnos á sus tierras al cultivo y enseñanza de sus hijos.

No tiene lugar en ellos la embriaguez, porque sus vinos no causan (por su flaqueza) estos efectos. Si algun descuido en la castidad se reparó en alguno, el cuidado y celo de los caciques, padres de familias y alguaciles, pone luego remedio eficaz con ejemplar justicia. Rondan de noche el pueblo, y si cogen algun sospechoso lo corrigen; amancebamiento ni por imaginacion se conoce, porque su castigo fuera perpetuo destierro. Procúrase que se casen con tiempo ántes que el pecado les prevenga.

Hánse erigido hospitales donde se curan los pobres y los varones á parte de las mujeres; hánles enseñado los Padres á sangrar, y no pocas veces lo ejercitan los mismos Padres; tienen señalados enfermeros, que con vigilancia acuden á su oficio: otras cosas usan á este modo que forman una muy política república.

No han entrado españoles á aquella tierra por haberla conquistado sólo el Evangelio, y porque nuestro deseo ha sido que estos indios los ampare su Majestad, como lo hace, y se verán por una su real cédula que pondré en el último párrafo y que le paguen el tributo justamente debido. No ha faltado quien avise á esta corte que nos alzamos con los indios y que no queremos que entren españoles á sus pueblos. Constará lo contrario en el párrafo 80; y bien deseamos que estos tales no los vean de sus ojos, porque, si bien hallarán cosas muchas de que edificarse, no sé si ellos edificarán mucho á los indios.

De estos tales están muchos á la mira, deseosos de que su Majestad se los encomiende (pasados los diez años que su Majestad les ha concedido de libertad, desde su bautismo, y les ponga el incomparable yugo del servicio personal, traza que inventó Faraon para afliccion del pueblo israelítico, y con que han muerto en las Indias infinidad de gentes, y aun sin esperanza de la vida eterna, por falta de doctrina; que la continua ocupacion (así lo dice su Majestad en su real cédula) de este diabólico servicio personal les ha quitado el tiempo de aprenderla y de ejercitarla; y el despacho de esta cédula no lo han atribuido al cristianísimo celo de su Majestad y á la obligacion que tiene de amparar á gente tan destituida de todo amparo humano, sino á la impertinente pertinacia (así lo dicen) de la Compañía, refundiendo esta accion tan católica de su Majestad en descrédito nuestro, queriendo persuadir á los señores de esta corte, que nos servimos en el Paraguay de los indios para nuestras granjerías.

Informacion traigo auténtica de lo contrario, y si se deseare que la dé aquí de personas de todo crédito, presento por testigos al Dr. D. Francisco de Alfaro, oidor del Consejo de Hacienda, persona en quien cabe la experiencia de aquellas Indias con toda eminencia, porque visitó muchas provincias y les dejó muy ajustadas leyes, que su Majestad aprobó, y principalmente las de la dicha mi provincia del Paraguay; y al dignísimo prelado del Rio Genero, el Dr. Lorenzo de Mendoza, que como vecina su diócesis á aquella provincia, sabe muy bien que ántes han gastado nuestros provinciales del

Paraguay en cuñas, cuchillos y otros rescates, en cordellates, lienzo, lana y algodon para los indios más de 20.000 pesos (que por las partidas consta por la informacion auténtica que traigo) de legítimas de nuestros religiosos y de limosnas que el mismo prelado, ántes de serlo, ayudó á pedir en Potosí y provincia de los chichas, de que tengo testimonio suyo; y todo esto lo aplicaron los Superiores al granjeo de aquellas pobres almas, cuya pobreza es tal, que no tienen muchos para pagar solos dos pesos que su Majestad ponga á cada uno de tributo; y ha sucedido que enviando yo á vender á los pueblos de los españoles mi manteo y sotana, Concordancias, Biblia y otros papeles, y hasta los cálices del altar y ornamentos, por lana y algodon que hice traer de la ciudad de Santa Fe para vestir indios pobres, se hizo informacion que ocupábamos los indios en nuestros trajines y aprovechamiento.

Por veces me ha sucedido, visitando á los Padres de aquellas reducciones, hallarlos sin camisa en el cuerpo, y disimulando su necesidad ponerse un pedazuelo de lienzo por cuello; otros dormir en un cuero de vaca, por haber dado sus colchoncillos á los enfermos, y no perdonar aun á una pobre frazada, partiéndola para el abrigo de pobres; y los mismos provinciales nos han dado muy raro ejemplo en esto. El Dr. Lorenzo de Mendoza, prelado del Rio Genero, á quien el real Consejo cometió el exámen de esta historia, llegando á este punto añade de su misma letra al márgen esto que se sigue: «Cuando los PP. Simon Maseta y Justo Mansilla llegaron al Brasil de la provincia del Paraguay

en seguimiento de sus ovejas, en que habian hecho presa los vecinos de San Pablo, á buscar justicia, de que no hallaron rastro; los mismos Padres de la Compañía de Jesus del Rio Genero, me dijeron algunas veces que se admiraban de ver la casi intolerable pobreza que padecian los Padres de la Compañía de Jesus del Paraguay por la conversion de los gentiles, de que daban muestra aquellos dos apostólicos varones.» Hasta aquí dice el dicho prelado.

Y fuera bien sea mancha si por un temporal interés nos expusiéramos al riesgo frecuente que se padece de la vida en aquellas partes, y aun fuera muy gran necedad dejar la religiosa comodidad de un colegio por tan grande afan entre gentiles, si el fin fuera algun interés humano. Ningun cristiano con juicio juzgará por malo que nosotros instruyamos á los indios á que se den á granjerías, para buscar con qué cubrirse (que es todo á lo que pueden aspirar de mayorazgos) porque la desnudez no les sea excusa de entrar en los templos (como á veces sucede) á oir la palabra divina, ántes lo deben juzgar por obligacion, como de pastores de aquel rebaño.

Que mi intento sea que los indios no sirvan personalmente, confiésolo, porque en esto miro al bien comun de indios y españoles; las razones dícelas su Majestad en su real cédula que pondré al fin; ni pretendo que estén ociosos, porque fuera pretension bien culpable; mi deseo es que paguen á su Majestad el tributo que su pobreza pudiere, que harto harán en afanar á sustentarse á sí y á sus familias; y si su Majestad fuere servido con estos tri-

butos premiar servicios de españoles, será muy justamente hecho, y no habrá quien repugne á esto, ántes se lo pedimos y suplicamos, que es bien se remunere con estos tributos; pero poner los indios en sus manos, servirles ha el servicio personal de cuchillo, con que degüellen las ovejas de Jesucristo como á las del matadero.

XLVI

De las reducciones que tiene hoy la Compañía en aquella provincia, trátase de ellas aquí.

Tiene hoy la provincia del Paraguay 25 poblaciones de indios á su cargo; de las dos se ha dicho: iré tratando ahora de las demás, y empezaré por dos que tiene el rio Paraguay, como hijas de Loreto y San Ignacio, de donde salieron á dar principio á una gran miés, que ofrecen provincias muy latas de gentiles chiriguanas y otras naciones, que á fuerza de armas se han defendido y áun ganado banderas á nuestros españoles, que hoy tienen y muestran por trofeo desde el tiempo del virey D. Francisco de Toledo.

Fueron á esta empresa tres fervorosos sujetos, los PP. Diego Rancionier, Justo Banciur y Nicolás Hernacio; tomaron dos puestos donde han trabajado apostólicamente y á donde han acudido muchas gentes á oirlos, volviendo á sus tierras y á las comarcanas sembrando una muy buena fama de que ha salido el deseo de tenerlos cada uno en sus pueblos; están tan cerca de los gentiles, que á solas tres leguas de distancia está una nacion que lla-

man Paraguay, cuya fiereza indómita ha muerto muchos españoles. Hánse amistado estos mucho con los Padres honrándolos con el nombre de crucíferos por las cruces que traemos en las manos; piden religiosos, y por su causa otras muchas provincias, como son guatos, ibiriguaras, serranos, porque viven en sierras ásperas. Demás de estas provincias que ya tienen noticia de los Padres, hay otras muchas más adentro. La falta de sujetos ha hecho que no se eche la hoz á esta miés, y más cuando la muerte con la suya quitó la vida á los PP. Diego Rancioner y Nicolás Hernacio, llevándolos en flor de sus deseos, que aunque habian en Guaira y sus provincias trabajado apostólicamente, les parecia nada.

El P. Rancioner era flamenco, hijo de un gran capitan contra los rebeldes, y él sirvió en la guerra; tenia singulares partes de doctrina; su ordinaria cama en las misiones era un cuero de vaca en el suelo, y á este paso fueron las acciones de su vida. El P. Nicolás era francés; salió del palacio del rey de Francia (donde le habia puesto su noble padre, al humo de las esperanzas á veces malogradas) para la provincia del Paraguay á la voz de la riqueza de almas, en cuyo beneficio trabajó incansablemente; testigo soy de sus acciones raras que calla la modestia. Sólo diré que su ordinaria cama fué una tabla á raíz del suelo, y por su enfermedad la mejoró en un poco de paja; cogióle la muerte sólo sin compañero, y con una enfermedad tan penosa, que por un boqueron que se le hizo en un costado, se le veian los intestinos; su regalo en comer fué como la cama.

Fuéronle á ver aquellos fieros bárbaros que arriba dije (que la virtud amansa fieras) y viéndole tan falto de sustento, le llevaron de sus regalos pedazos de culebrones asados (manjar para ellos muy gustoso) algunos peces de muchos dias asados, que el fuego en carnes y peces suple la total falta de sal de aquella tierra. Dijo á dos mozos donados que tenia consigo que habia de acabar su vida en el dia que acabó la suya San Francisco Javier, porque así se lo habia pedido; y no sólo en esto pareció al santo, porque murió como él en sumo desamparo sin Sacramento alguno, por no haber sacerdote; pero su vida fué tal, que mereció tal muerte. Acudió luego el P. Justo Mansilla á encargarse de aquellas dos reducciones, donde le dejé sólo á vista de una miés copiosísima de gentiles. Querrá el Señor que el dueño de esta viña, que es su Majestad católica envíe obreros.

XLVII

Reduccion de San Ignacio del Paraná.

Tiene el gran rio Paraná siete poblaciones. La primera es esta de San Ignacio, y la primera que se fundó en la provincia por los de la Compañía. Su fundador fué el V. P. Marciel de Lorenzana, cuya vida (como ya dije) se escribió. Fué inconquistable por armas esta gente; conquistóla este varon con sólo el Evangelio, y caridad y paciencia de Cristo. Como era esta la puerta por donde se habia de comunicar la predicacion cristiana á innumerables gentiles, acudió el enemigo comun á cerrarla,

por no verse despojar de la presa; concitó los gentiles que tierra adentro habia, para que acudiesen al remedio, deseando matasen no sólo al Padre, pero áun á los que le habian recibido.

Los del Padre eran á la sazon pocos, los enemigos muchos: bien determinados á retener la verdad del Evangelio, pidieron al Padre que los bautizase, para que viéndose cristianos (eran todos catecúmenos) pudiesen pelear con ánimo. Venian ya los enemigos cerca, y apresurando el Padre su bautismo, de cuatro en cuatro los fué bautizando. Pidieron al Padre se escondiese por el peligro; *yo he de ser el primero,* dijo el Padre, y el que ha de ser vuestro caudillo en esta guerra y fio en Dios que venceremos: quedaron finalmente victoriosos. Creció el número de gente que allí se recogió, con que se hizo un lustroso pueblo, como hoy se ve, y se dedicó á San Ignacio, que en casos apretados ha sido verdadero Padre; y dejando el comun favor que en todos los pueblos da á las mujeres afligidas en el parto (de que se pudiera hacer muy larga historia) diré sólo algunas muestras que el Santo ha dado de su patrocinio.

Borraron de la Congregacion de la Vírgen (que con muy gran aumento tienen) á un mozo, porque una accion pidió este castigo (si bien la acusacion fué falsa) y juntamente le aprisionaron; sintió este agravio y afrenta; el demonio valiéndose de la ocasion, para que dando de un barranco en otro se despeñase, incitóle á que desesperado se ahorcase; quiso ejecutarlo con tan loco ánimo, que si el cepo no tuviera sus piés, con manos libres se hubiera sacrificado al demonio. Estando á media noche ve-

lando sobre la ejecucion de su deseo, juzgó que una luz que entraba por la puerta era de algun amigo suyo; y fué así, porque era San Ignacio, que echando rayos de su rostro, y mayores de celo de aquella alma, se llegó al mozo, y con voz amorosa le dijo: *Dios te guarde, hijo,* poniéndole la mano sobre la cabeza, *no tengas pena, pues careces de culpa, presto serás libre,* y con esto se desapareció el Santo; el mozo ya libre de su tentacion, dió voces, acudió gente á ellas, hallaron las puertas cerradas y al mozo llorando amargamente, arrepentido de la desesperacion que habia tenido.

A una mujer á quien un muy repetido pecado tenia tenazmente presa, se le apareció el Santo, y reprendiéndola del descuido grande de su alma, con que por aquel camino caminaba á su perdicion, la redujo á que, haciendo una buena confesion, se apartase del vicio y siguiese la virtud.

Otra cuya enfermedad la tenia ya apretada, con los Sacramentos para dejar esta vida, llorando ya los de su casa su cercana muerte, aplicándola una imágen del Santo Padre puesta sobre el pecho, abrió luego los ojos, y abrazándose con el Santo sintió por el efecto de su auxilio, porque estuvo luego sana.

No ha mostrado ménos aquí la Soberana Vírgen el agrado que tiene de sus Congregaciones; deseó una mujer ser recibida, y haciendo escrutiño de su alma para limpiarla con una confesion general (diligencia que se procura para recibirlos) forcejando una noche con su exámen, se quedó dormida, y entre sueños le pareció veia á la Vírgen, y oyó que le advertia de ciertos pecados, que por haberlos co-

metido en su mocedad eran ya antiguos y nunca confesados por olvido ó mal exámen; despertó y halló que la advertencia habia sido cierta, y arrepentida, alegre y agradecida á la Vírgen, confesó sus culpas.

XLVIII

Reduccion de la Encarnacion en el puesto que llaman Itapua.

Vemos hoy en este pueblo el trueco que de Saulo en Pablo hizo el sagrado Apóstol. Fué esta gente la que á la reduccion pasada hizo cruda guerra por haber recibido el Evangelio; tomó á su cargo su conversion el santo mártir P. Roque Gonzalez (de quien diré adelante); tentó con apostólico celo su rebeldía, rindióla con la espada de la predicacion á fuerza de trabajos, y agonías, y peligros evidentes de la vida (precio comun con que se compra el paganismo); acompañóle en aquestos trances el P. Diego de Boroa, cuyo celo no inferior muestra hoy las ganancias que ha hecho de rebaños enteros, que recogió al aprisco de la Iglesia católica. Los lances que se les ofrecieron en arraigar esta rebelde gente en la fe, pide larga historia (que saldrá algun dia), porque, si bien el deseo comunicado de Dios les incitaba á recibir el yugo, la inconstancia los detenia, y el deseo de vivir á su brutal modo, cargados de mujeres, embarazo comun, los arredraba; pero venció la constancia de estos dos varones, rompiendo el miedo con que algunos magos y hechiceros (peste mórtal) los amenazaban. Dedicaron este pueblo á la Soberana Vírgen, de

quien podemos con razon decir: *Sanabiles facit nationes orbis terrarum,* cuyo auxilio bien esperado manifestó la experiencia. Curó esta Vírgen las llagas de aquel enfermo pueblo, que concurrió con fervor á las saludables aguas del bautismo y al defensivo remedio del matrimonio, asiéndose á la áncora de la oracion, á que se han dado mucho, y á la devocion de su Patrona. Fundóse su Congregacion que hoy está muy adelantada, con frecuencia de confesiones y comuniones cuatro veces al año.

Preguntó un Padre á uno de esta Congregacion, si les venia deseo de volver á aquella vida antigua y libre; respondió: Padre, no, porque, despues que somos esclavos de la Vírgen, se nos han borrado tales pensamientos, y ya vemos en nosotros tal mudanza, que no nos conocemos, porque de bestias que fuimos, nos vemos ahora hombres racionales.

Hemos visto ejemplos buenos en raras resistencias al pecado deshonesto, ofreciéndose á cualquier pena y trabajo por no ponerse en este. Preguntó un varon á una mujer si estaba sola; conoció su dañado pecho y respondió que no, porque allí estaba Dios que la acompañaba, y queriendo el torpe solicitar su castidad le dijo, *no te canses, que mientras estuviere Dios presente, no le he de ofender.* Otra solicitada así, le puso al torpe mozo el rosario que traia al cuello por delante, diciéndole, *mira que soy esclava de la Vírgen, no me inquietes.* Otras responden, *mira que comulgo, y no es bien que donde entra Dios entre el pecado.*

Muchas veces los hemos visto por los caminos, por los rios habiendo remado todo el dia, ponerse

debajo de los árboles de rodillas rezando el Rosario, y aun á media noche los hemos cogido en este santo ejercicio. Acuden con dudas que el demonio les propone de la fe, para que los Padres les dirijan; preguntan de las cosas de la otra vida, de la gloria, de las penas eternas y del modo con que se aprovecharán en virtud, y, finalmente, unos á otros son de estímulo para vivir concertadamente, y aun en perfeccion rara, como se verá por el ejemplo siguiente:

Es costumbre casarlos en teniendo edad suficiente, para que el carecer de este remedio no los dañe; casóse un mancebo de la Congregacion con una moza de su edad, doncella y de muy buenas prendas; el dia de su casamiento el casto mozo habló á su mujer de esta manera: *Si gustas de concurrir á mi determinacion, conoceré que me amas, y que de veras me has escogido por esposo; sabrás que mi deseo es de conservar la limpieza de mi cuerpo para que mi alma se conserve pura; yo no he llegado á mujer, y deseo no perder esta joya; si te place de que como dos castos hermanos vivamos hasta acabar la vida, será para mí la mayor muestra que me puedes dar de que me amas; ya has oido lo que los Padres nos dicen de la limpieza, su hermosura y premio; la fealdad de este vicio, que como á locos trae desenfrenados á los que en él se embeben; ya tambien lo has oido muchas veces, cordura será, pues, que nosotros nos dediquemos al perpetuo servicio de la Vírgen, Madre de pureza y amadora de los que en tan noble virtud le imitan; míralo bien, que el tiempo de esta vida es breve, el de la otra eterno, el deleite carnal brevísimo, sin fin su pena, y si bien el matrimonio es lícito y bueno, mejor es (así*

lo dicen los Padres) el vivir en pureza. Bien veo que los Padres nos amonestan á todos que nuestra perfeccion está en casarnos al amanecer del apetito del deleite, ántes que nos coja la noche del pecado; ya hemos cumplido con casarnos en público, ahora somos hermanos en secreto.

¡A quién no aficionaran á tal deseo tan castas y suaves persuasiones! prometióle la casta vírgen, esposa suya, de serle siempre hermana; vivieron mucho tiempo como tales, sin que persona alguna supiese sus intentos. Cogió el Señor tan sazonado fruto para su celestial mesa, dándole una enfermedad á aqueste mozo, de que bien adornado con la vestidura de la gracia, por medio de los Sacramentos, y habiendo dado cuenta de su angelical intento al P. Juan de Porres, cuyo celo y vigilancia ha adelantado esta gente en un subido grado de perfeccion, murió con las prendas que de tal accion y vida se presume; confieso que los que conocimos y tratamos á este mozo reconocimos en él prendas de no mediana virtud.

Considerando el Padre las buenas dotes de la doncella viuda, le propuso si seria bien casarse por evitar peligros; respondióle que, pues habia conservado su pureza con el primer marido la conservaria mejor sin tomar segundo; instóla el Padre, celoso de los enemigos que tiene esta virtud; ella le respondió que su intento y propósito firme era morir como habia vivido, pero que si á él, como á su Padre y confesor, le parecia que para el bien de su alma le estaba bien casarse, lo mirase bien, y lo encomendase al Señor, y le ordenase lo que le convenia. No parece que dista mucho este ejemplo

de los que dejaron los Alejos y Caribitas, y más si volvemos el rostro á la gentílica vida que esta gente tuvo ayer, cuyo ídolo comun de todos fué la carne.

Moríanse en esta reduccion los niños que nacian, y lo que más causaba sentimiento, ántes de nacer algunos y otros al punto que nacian, se iban sin bautismo. Tomó el pueblo por su Patron á San Ignacio, con voto de celebrar su fiesta con espiritual festejo, confesando y comulgando aquel dia; las mujeres preñadas y paridas experimentaron luego el favor del Santo, porque desde entónces vimos un muy gran logro de infantes; no quiero detenerme á referir milagrosos efectos de este Santo con las peligrosas en los partos, porque fuera hacer un gran volúmen.

XLIX

Reduccion del Corpus Christi.

No fué mejor la vida de estos en su gentilidad que la de los de la reduccion pasada; redújolos el pertinaz trabajo de los PP. Roque Gonzalez y Diego de Boroa, y por haber entrado aquel alcázar, donde el demonio tenia recogido grande espolio, el dia santo del Corpus Christi dedicaron á este Señor aqueste pueblo. Hubo muchos magos que poco á poco se fueron rindiendo á la verdad; bautizáronse todos, instituyeron la Congregacion de la Vírgen, comulgan cuatro veces al año con buena preparacion, y se aprovechan bien de la doctrina. Y aunque viven todos muy firmes en la fe, quedó

un rezago de un mago, que en lo exterior parecia cristiano, pero en lo interior era un demonio. Este mismo lo descubrió de esta manera.

Quejóse á cierta persona un demonio de que en cierto pueblo no le daban entrada, y aunque con sus artes los incitaba al mal, le repelian, resistiendo á sus persuasiones. *No lo hace así (dijo) un grande amigo que tengo en el Corpus, porque me oye bien y solicita mis cosas con cuidado.* Supe aquesta historia, y escribiéndola á los Padres de cuyo cuidado dependia aquel pueblo, afearon en sermones la causa que se daba al demonio á que mormurase de ellos; quiso el Señor que luego fuese público el oculto mago y hechicero, el cual, habiendo enfermado su madre y su mujer, las privó de los Sacramentos, porque, pidiendo ellas llamase á un Padre, nunca lo hizo, engañándolas á ellas que no moririan, y al Padre diciendo que ya estaban buenas, pero al fin murieron sin el socorro último; á él se le aplicó muy buen castigo.

L

Reduccion de la Concepcion de Nuestra Señora.

Aquí llegó la voz de aquel insigne Padre y santo mártir Roque Gonzalez que á guisa de una sonora trompeta atronaba aquellos montes llenos de gentiles con su predicacion y elocuencia en hablar en la lengua indica; rindiólos aún más con el ejemplo de su santa vida. Y aunque despues de haber juntado aquí tigres y leones de aquesta inculta selva, deseó pasar á otras provincias cercanas, retardaron su fervor por algunos años la obstinada por-

fía de unos magos que á fuer de furias le contradi jeron el paso. Muy despacio instruyó la gente de este pueblo, ayudándole el P. Alonso de Aragona, italiano, varon de insignes prendas en virtudes raras, que con una dichosa muerte dió fin á sus trabajos. Fué este pueblo como los demás seminario de hechiceros; venciólos la divina predicacion. Quedó uno tan obstinado y terco, que aunque se hizo cristiano, fué siempre ministro del demonio; fingia confesarse y siempre con mentira; repitió es tas falsas confesiones muchos años, hasta que el Padre de las luces se la dió.

Aparecióle un santo, que segun dió las señas, parece fué San Francisco Javier, con sobrepelliz y estola, y un libro en la mano, y le dijo: *¿Cómo no te dueles de ti mismo, miserable? confiésate bien y sal ya de ese cieno.* Acudió su dueño, el demonio, ardiendo en fuego, pero más en ira, para con sus horribles gestos amedrentarlo y arredrarlo del consejo que le daba el Santo; pero fácilmente lo ahuyentó el Santo. El indio amedrentado del demonio y acariciado del Santo, hizo un muy buen escrutinio de sus enredos, y los confesó con mucho dolor. Acabada la confesion, le volvió á aparecer el Santo, y alabando su accion, le aconsejó se preparase para recibir el vivífico Pan del cielo, y que lo pidiese á los Padres. Fué Saulo, y ahora es un Pablo con los buenos ejemplos de su vida, con que predica y deshace sus pasados embustes.

A una mujer moza á quien el demonio en salud con sugestiones no pudo derribar, con clara y aparente figura la provocó á que consintiese en pecado de deshonestidad, y para más obligarla la ofre-

cia llevar consigo en muriendo á los deleites que él tenia; la cual, ayudada bien de un Padre á quien dió parte de su tentacion, recibidos los Sacramentos, durmió en el Señor.

En el postrero trance en que estuvo un indio, preparado ya con todos los Sacramentos para partir de esta vida, se le apareció un venerable varon con las insignias de Obispo (que él no conoció) y le habló de esta manera: *Hijo, mira el peligro en que estás, las agonías que la muerte causa, la osadía y atrevimiento con que el demonio tienta, aflige y endereza á los pecadores á la desesperacion; ya tú lo pruebas, bien será que tú seas pregonero de estos trances, y así, sanarás luego de esta enfermedad, y mira que los publiques y enseñes á tu pueblo la dificultad del camino para el cielo; que traten de su salvacion, y acudan á la iglesia, que es donde Dios oye, y allí pidan remedio á sus necesidades.* Llamó este hombre á su confesor, y le refirió aquesto, y la repentina salud del moribundo testificó el caso, y más la diligencia con que cumplió el mandato, aprovechándose á sí mismo, y con su ejemplo y palabras á los demás.

La Congregacion de la Vírgen está en este pueblo tan bien entablada, que la juventud florece en muy grande honestidad, modestia y recato, de que se han visto muy buenos ejemplos.

LI

Reduccion de Nuestra Señora de los Reyes.

Esta reduccion forjó la Compañía de varias naciones de indios de diversas lenguas, si bien se entienden por la comun que es la Guarani: está en

frontero de una nacion indómita llamada Charruas, gente agigantada; su morada es la que les ofrece la noche; andan vagos por los campos á guisa de fieras, buscando caza y pesca en las lagunas; no siembran ni saben de eso; algunos se han acogido á esta reduccion; suelen acudir al puerto de Buenos-Aires al olor del vino, que compran con caballos que cogen por los campos, cuya multitud es casi infinita y sin dueño; dan un buen caballo por cuatro ó seis reales, y á veces por dos y aun por un pan ó una vez de vino; allí á los ojos de los Prelados y gobernadores los hemos visto tendidos por los suelos, derribados del vino; quiebra el corazon ver este desórden, y si la eficacia que se pone en otras cosas se pusiera en su conversion, reduccion y bautismo, no dudo que se domesticaran.

Tiene esta reduccion por otra parte otra nacion llamada Yaro, gente tambien bestial, que no conoce sitio; como los charruas son muy guerreros, usan de unas bolas de piedra que tiran con extraña certeza. Salieron de esta reduccion 80 indios á recoger algunas vacas sin dueño, y son en tan gran número, que llenan muchas leguas de campo, sin haber quien les impida su aumento. Cercaron los yaros á nuestros indios; estos, vista la ventaja del contrario, les ofrecieron paces, que no quisieron aceptar; los nuestros retiraron á un pajonal un golpe de niños que para recrearlos los habian llevado. Trabóse la pelea en que murieron 40 de los nuestros, y de los enemigos muchos, cuya fuerza obligó á retirarse al pajonal los que quedaban; acudió con fuego el enemigo, y estando ardiendo la paja por todas partes, de cuyo peligro fuera imposible escapar si el cie-

lo con una fuerte lluvia que envió al fuego no lo apagara, con que volvieron libres á su pueblo. Reparóse que el dia que salieron confesaron y comulgaron todos, y muchos volvieron del camino á reconciliarse, con que nos dejaron prendas de su salud eterna.

Tras este trabajo vino el de la peste, de que adolecieron todos; sola una niña de diez años se escapó, y atribuyóse á que todos los dias en despertando se ponia de rodillas, y persignándose, rogaba á Nuestra Señora le librase de la peste.

La solicitud y celo del P. Diego de Salazar, misionero muy antiguo, ha concordado las varias naciones y condiciones de este pueblo, empleando su cuidado en la juventud, para que no se crien con los resabios paternos. Perseveraba un indio de estos en huir de la doctrina y sermones, pasó por junto á él un niño, que por su pequeñez apénas podia andar ni soltar la lengua para hablar. Preguntóle el indio: *¿Niño, dónde vas tan determinado?* El niño, como si fuera de maduro juicio, *voy á oir* (dice) *la palabra de Dios, que los Padres predican en la iglesia, y no me quiero quedar fuera con las bestias;* hirieron su corazon estas palabras, y enseñado de un niño, le imitó y perseveró en acudir siempre.

Adoleció un viejo (que estos suelen ser muy duros), visitóle el Padre, y convidóle con la confesion: díjole que no tenia de qué acusarse, y juntamente deseó que le llevasen á su labranza. Volvió el Padre, vedó que le llevasen, y sentándose muy de propósito le instó con amor á que limpiase su alma por la confesion. Viendo el indio la determinacion del Padre, y medroso de que quizá sabia su inte-

rior, empezó á vomitar pecados mostrando un muy doloroso arrepentimiento, y habiendo recibido la absolucion, dió su alma (segun esta prenda) á Dios.

Y aunque no sucedió aquí lo que diré, viene á propósito. Entienden algunos de los viejos que el breviario habla y avisa á los Padres las cosas ocultas. Cometió uno de estos un delito, castigáronle los caciques para que lo confesase, negábalo él tenazmente; acudió un Padre, rogóle lo confesase, porque convenia para el bien público, nególo; acaso se puso el Padre á rezar en un diurno, y acabado el rezo le dijo: *Ea, hijo, confiesa esto que se dice de ti.* Respondió el indio: *Hátelo dicho ya ese libro;* dijo el Padre, coligiendo el intento del indio; *este libro dice las verdades;* ea pues, dijo, *supuesto que ya ese lo ha dicho, bien será que yo diga verdad,* y así, confesó luego y se remedió el inconveniente.

Hallaron los indios de este pueblo una niña gentil perdida por los montes y expuesta á ser comida de alguna fiera; bautizóla el Padre estando sana, adoleció luego y voló al cielo, como predestinada.

LII

Reduccion de Santa María la Mayor.

La gente de este pueblo la conquistó el P. Diego de Boroa á costa de muy grandes trabajos y perseverancia. Estaban situados en un puesto imposible de entrar, sin que ellos concurriesen á llevar al Padre, por la aspereza de una sierra y dos rios muy caudalosos que la ciñen. Despidieron al Padre varias veces con desden y enojo, y tal vez tra-

taron de matarlo; pero el ánimo del Padre, la caridad y su celo rindió aquel alcázar del demonio. Tuvo por su compañero un antiguo y fervoroso misionero, el P. Cláudio Reyes, borgoñon, cuya gracia en disciplinar indios es muy conocida. Conocieron estos indios el bien que tenian en haber recibido á los Padres, y agradecidos recibieron la fe y la policía como en las demás reducciones, desembarazándose para ello del comun estorbo de mujeres. Mudóse este pueblo receloso de la invasion cruel de los de San Pablo; mejoráronse de puesto, donde viven con descanso y muy como cristianos y devotos de la Vírgen, cuya Congregacion es de raro ejemplo.

Un hijo de uno de estos congregantes, que aún no tenia un año, enamorado de ver enterrar unos infantes con flores y guirnaldas en la cabeza, pidió algunas veces á su padre que le diese licencia para morirse, y él se fingia muerto echándose en el suelo como ensayándose. Importunado el padre de esta licencia que su hijo le pedia, le dijo: *Hijo, si Dios quiere que te mueras, hágase su voluntad santísima;* oyendo el niño el beneplácito y resignacion del padre, le dijo: *Pues padre, yo me voy á morir*, y acostándose en su cama, se quedó muerto, sin haber precedídole enfermedad alguna.

No sin gran fundamento dicen los médicos que *imaginatio facit causam,* probóse esto en un indio, el cual con su mujer estando descansando en un camino, salieron de una cueva dos pestilentes víboras que rabiosas con la ponzoña acometieron á los dos, matólas el indio bien turbado del repentino suceso. Llevóle la curiosidad á despedazar aque-

llos animales y contemplar el instrumento con que causaban muertes, hízolo y prosiguió su camino, con aprension tan vehemente de aquellas ponzoñosas víboras, que estando aquella siguiente noche durmiendo, dió voces diciendo que las víboras le mataban; despertó su mujer, y hallóle ya sin pulso; acudióle un Padre, hallólo agonizando con la muerte, é informado del caso, le aplicó las medicinas ordinarias contra ponzoña, como si de verdad estuviera emponzoñado. Volvió luego en sí aunque le duró la enfermedad seis dias, de que quedó muy flaco, como si hubiera padecido muy grave enfermedad, y, como él confesó, la aprension que en sueños tuvo de que las víboras le mataban á picadas, le causó esta enfermedad.

LIII

Reduccion de San Francisco Javier.

La gente de la comarca donde se fundó este pueblo la juntó el Evangelio con el afan comun de trabajos, dádivas y perseverancia. Bautizáronse todos; algunos retuvieron el vicioso modo de vivir antiguo, pero ocultamente. Enviólos el demonio un ministro suyo de hácia el Norte, en donde veremos adelante los seminarios que hay de aquesta pestilencial gente. Palió su venida con capa de devocion, por oir la pabra de Dios; recibióle el P. Francisco de Céspedes, que entónces tenia este pueblo á su cargo, con amor y agasajo; agregó á sí la gente ruin del pueblo, y para tratar sus cosas con seguridad le hicieron una casa algo apartada

del pueblo donde les hacia pláticas; el tema era el comun de libertad en la carne. *Vivamos (decia) al modo de nuestros pasados; ¿qué hallan estos Padres de mal en que tengamos mujeres en abundancia? Por cierto que es locura, que dejadas las costumbres y buen modo de vivir de nuestros mayores, nos sujetamos á las novedades que estos Padres quieren introducir; el mejor remedio que hallo á este mal es, que quitemos la vida á este Padre.*

Aplaudió el auditorio con regocijos y bailes, juzgando que les habia llegado un gran profeta. Quiso el Señor que á esta plática se hallase un mozo muy bien inclinado y virtuoso; partió luego á avisar al Padre, si bien calló el trato de matarle. Cogiólos el Padre de repente y huyeron de su presencia por no ser conocidos. Al mago que solo quedó le dejó reprendido, pero no enmendado: poco despues cogiendo su arco y saetas, y bien acompañado de muy mala gente, se fué en busca del Padre diciendo de él los disparates que un endemoniado pudo, y contra nuestra santa fe muchas blasfemias; con la oscuridad de la noche pudo el Padre por unos trascorrales huir la furia de esta bestia, que sin duda le hubiera quitado la vida; en el mozo que avisó al Padre descargaron un golpe con un palo que le dejaron por muerto. Acudió al ruido la gente buena del pueblo, buscaron al Padre y lo restituyeron á su casa.

Los delincuentes se acogieron á los bosques, llevando consigo la horrura de gente de aquel pueblo, con mucha chusma de niños que iban con sus madres. Armado el Padre de caridad y acompañado de muy cristiana gente y de otro Padre que á

favorecerle habia venido, siguió el rastro de los fugitivos; diéronles alcance, y á los más principales de esta rebelion echamos al Paraná, á la reduccion de la Encarnacion y de Nuestra Señora de Loreto, para que como gente tan arraigada en la fe los industriasen. El mago y principal autor de esto llegó á Loreto, y no olvidado de sus ruines mañas, se empeñó á engreir y á querer allí alzar cabeza. La gente de este pueblo está notablemente fundada en la fe y costumbres cristianas, avisáronme de sus disparatados intentos, hícele castigar, obligándole á que acudiese á la doctrina con los muchachos, donde supo lo necesario; adoleció en breve, y gastando yo con él muchos ratos en industriarle, murió con prendas de salud eterna.

A los demás los desterró la peste de esta vida, reconocidos de sus pasados yerros; notóse mucho que en ellos solos hizo la peste presa, olvidando los demás del pueblo que conservaron la salud y vida. Prosigue en este pueblo una muy alentada virtud.

LIV

Reduccion de la Asuncion.

Pastorea hoy el rebaño que aquí juntó el afan dicho el P. Cristóbal de Altamirano, cuyo infatigable trabajo y prudencia en amansar leones es muy conocido: llególe el trabajo de curar almas y cuerpos en una rigurosa peste á punto de perder la vida, que iba asido á dos mozos á visitar los enfermos y á veces rendido se caia en el suelo desmayado, topando primero que cayese con las aguas

de que formaban arroyos las lluvias que corrian por las calles; tomóle el pulso un Hermano que le acompañaba, y reconoció en él indicios mortales; rogóle que hiciese cama, pero como el celo de sus ovejas le incitase á acudirles en tan apretado y riguroso trance, le consoló el Señor dándole repentina salud y fuerzas, con que sin dificultad pudo ejercitar su celo, de manera que, faltando ya en el pueblo sanos que ayudasen, el Padre y el Hermano llevaban en sus hombros los muertos á enterrar, hacian los hoyos, y á los vivos guisaban la comida, y ellos mismos se la daban. Decian los indios con agradecimiento de estas acciones. *Cuando éramos gentiles morlamos como perros, hulamos unos de otros, y ahora, ya cristianos, ha enviado el Padre comun este socorro para nuestras almas y cuerpos.*

Apareció el demonio una noche á un mozo cuya vida estaba ya en las manos de la muerte, y habló le así: *Tú estás al último remate de tu vida, y tus pecados son tantos, que la justicia de Dios no te ha de admitir á penitencia, y así, conviene que no trates de confesarte, porque ¿qué dirá el Padre si ve que hasta ahora te olvidaste de tu alma? además que perderás el buen nombre que de ti ha tenido; toma mi consejo y olvida tus pecados.* Acudió la Madre de misericordia, refugio de pecadores, la Soberana Vírgen, y ahuyentando el demonio dijo al doliente: *Hijo, ten buen ánimo, ve y confiésate, que mi Hijo te perdonará.* Levantóse con denuedo el mozo, y juzgándole por frenético los de su casa le quisieron detener, pero con intrepidez se acogió al Padre, y derramando lágrimas le pidió confesion; confuso el Padre de verle, juzgando lo mismo que los de su

casa, le despidió, pero el mozo le dijo: *Padre, mira que voy derecho al infierno, porque he cometido muchos pecados,* y refiriendo lo que habia visto, hizo una buena confesion, con que recibió la salud del alma, y poco despues la del cuerpo.

El mozo sin empacho de su afrenta publicó este caso y favor que la Vírgen le habia hecho, con que granjeó muchos devotos á la Vírgen, atrajo muchos á la esperanza del perdon, conciliando desprecio á la desesperacion en todos.

LV

Reduccion de San Nicolás.

Iba el apostólico varon P. Roque Gonzalez con aliento de gigante por tanta maleza de bárbaros, abriendo paso al sagrado Evangelio, y juntamente acercándose á la gloriosa palma del martirio. Halló en este lugar, si bien muy remontada la gente no aversa á oir su legacía de la fe cristiana. Formó su pueblo allí al patrocinio de San Nicolás, cuyo favor muestra la rara cristiandad de aquesta gente, que aunque los tiempos contrarios de hambres y pestes han costrastado su firmeza, las hondas raíces que en ellos echó la fe los conserva firmísimos en ella; bien lo mostró una cristiana mujer, que habiendo parido y reconociendo señales de muerte en su recien nacido infante, y careciendo de quien le llamase al Padre, ella misma lo llevó á la fuente del bautismo, en donde acabando de lavarse, voló al cielo, quedando muy gozosa de haber dado vida inmortal, al que, si un punto más

tardara, muriera á la vista de Dios eternamente.

La devocion de la Vírgen en su Congregacion está muy aumentada, de que se ven muy ejemplares acciones.

LVI

Reduccion de la Candelaria.

El deseo de la cristiana enseñanza juntó en este pueblo una muy lucida poblacion de gentiles, que en breve recibieron la vestidura de la gracia en el bautismo, creciendo en virtud y devocion de la Vírgen, á cuya esclavitud se adjudicaron, fundando una muy devota Congregacion; cogió el cielo sazonados frutos de muchos infantes que en flor pasaron al descanso, y de adultos que con confesiones generales, adornados de los Sacramentos, se espera les hacen compañía.

Es comun el culto de la Religion cristiana, y así, cualquiera cosa que desdice de esto es muy notada. Hicieron cierta jornada 50 indios; pasaron por un peñasco á quien en su gentilísimo, reconociendo con vana aprension (enseñados de los magos) alguna virtud escondida, le pedian buen hado en su viaje; pasaron todos burlándose ya de su pasado engaño; sólos tres, quedándose escondidos, cumplieron con su rito antiguo. Al volver adolecieron todos, y para que aquellos tres no reiterasen su accion gentílica, murieron, volviendo sin peligro los demás.

Un indevoto mozo huia siempre de oir Misa, aun en dias que la Iglesia manda; servia de tropiezo á otros, llevándolos por los bosques. Vencido

de una recia tentacion, sacó consigo á otro un dia de fiesta sin permitirle volviese á oir Misa; el siguiente, que tambien era festivo, le quiso detener, pero, arrepentido del perdido dia, quiso lograr este, y despidiéndose de él, á pocos pasos que dió, oyó que el que le incitaba á mal, á voces pedia le socorriese; volvió los ojos, y vió que le tenia preso un fiero tigre que con rabioso coraje le despedazaba; huyó del peligro, y avisando del caso, acudió el pueblo y halló que el tigre le habia comido ya gran parte; conocido castigo fué y ejemplo á los demás.

LVII

Martirio de tres Religiosos de la Compañía de Jesus.

Hemos llegado con nuestra peregrinacion al lugar donde, hechos víctimas tres apostólicos varones, firmaron con su sangre la fe, desmintiendo la infidelidad gentílica; estos fueron los Venerables PP. Roque Gonzalez, Juan del Castillo y Alonso Rodriguez. Y si de tres géneros de martirios es el primero la paciencia en las adversidades y trabajos, así lo dice San Gregorio: *Triplex est spirituale martirium primum servare patientiam veram in adversis*, no diré que fueron estos insignes varones sola una vez mártires; tantas lo fueron, cuantas las ocasiones que tuvieron de verdaderísima paciencia, que tantas son, cuantos pasos se dan entre gentiles, y cuantos gentiles son, tantas son las causas del martirio.

Fué el P. Roque Gonzalez natural de la ciudad de la Asuncion, hijo de padres nobles en virtud y

sangre: llenó muy bien su devocion á estas dos obligaciones; rayaron en el Padre los rayos de la gracia que el Padre de las luces le infundió en su niñez, para que en edad mayor alumbrase á innumerables almas; crióse en nuestra casa (que más tuvo por suya que la de sus padres) con la leche de la oracion, cuya perseverancia le formó en un varon perfecto; en la primera Misa que cantó le pusieron en las manos una palma (que su modestia rehusó) señal de la pureza que en medio de ocasiones conservó sin mancha; pronóstico fué de la que el cielo le tenia preparada por el martirio. Rehusó los honores que pertinazmente le ofreció el Obispo en su Catedral, y así se valió de la Iglesia, que con voto renuncia dignidades.

Entró en la Compañía el año de 1609, y á pocos meses de novicio le hicieron misionero (oficio propio de nuestros profesos); tan conocida fué su virtud y celo, que le encargaron la más trabajosa mision que tuvo la Compañía; aquí empezó su martirio entre gente bárbara. Pasó al Paraná, donde ya queda dado un rasguño de su celo y trabajos, al Uruguay llenó de reducciones, y no llenando su corazon tan heróicas hazañas, acometió otra nueva, que le laureó de mártir. Cerca de la reduccion de la Candelaria (que atrás dejamos) habia un cacique llamado Cuarobay, ganado con dádivas de poco valor, la voluntad de aqueste facilitó la entrada del Padre á su tierra, llamada Caró, que quiere decir casa de avispas, que aun el nombre del lugar concurrió al dichoso hado de los Padres; casa de avispas fué, pues con sus aguijones apresuraron el paso á la corona.

Habitaba por aquel contorno el mayor cacique que conocieron aquellos países; hacíanle respetar sus malas artes, embustes y magias, con que traia engañada aquella bárbara gente; llamábase Necú, que quiere decir reverencia. Ganóle el P. Roque, y él, con deseo de tener en sus tierras á los Padres, ó que fuese falso ó verdadero; edificó iglesia para Dios, y á ellos casa. A esta sazon empleaba muy bien su talento y fervor en San Nicolás el P. Juan del Castillo, natural de Belmonte, hijo de nobles padres; llevóle consigo el P. Roque á tomar posesion de la iglesia que Necú habia fabricado; levantaron allí el trofeo de las victorias de Cristo nuestro Señor, allí se detuvieron los dos algunos dias.

Era recien llegado á aquellas reducciones el P. Alonso Rodriguez, natural de Zamora, hombre adornado de virtudes; el celo le incitó á que solicitase el ánimo del P. Roque, á que le llevase á la reduccion del Caró; consiguió su intento, y á pocos lances sintió en aquella gente mudanza en el primer cariño que le hicieron en su pueblo; Necú, trocada su constancia, trataba al P. Castillo con desdenes, efecto del furor con que el demonio ardia, por ver que ya hasta allí le habian despojado de su reino, y por medio de un mal indio apóstata en la fe granjeó la voluntad de Necú, para quedar victorioso, en quien encendió la centella que de odio tenia contra los Padres, con un razonamiento á este modo. † La libertad antigua veo que se pierde, de discurrir por valles y por selvas, porque estos sacerdotes extranjeros nos hacinan á pueblos, no para nuestro bien, sino para que oigamos doctrina tan opuesta á los ritos y costumbres de nues-

tros antepasados. Y tú, Necú, si adviertes, empiezas ya á perder la reverencia debida á tu nombre; porque, si los tigres y las bestias fieras de esos bosques te están sujetas, obrando en tu defensa cosas increibles, mañana te verás (ya lo ves en otros) sujeto á la voz de aquestos advenedizos hombres. Las mujeres de que á nuestra usanza gozas y te aman, mañana las verás que te aborrecen hechas mujeres de tus esclavos mismos, ¿y qué ánimo tan fuerte habrá que sufra tal afrenta? Vuelve los ojos por todos esos pueblos, á donde el poco viso de sus moradores ha hecho hacer pié á estos pobres hombres, y verás menguada su potencia; ya no son hombres, son mujeres sujetas á voluntad extranjera; si aquí no se ataja este mal y tú te rindes, todas las gentes que desde aquí hasta la mar habitan, á tu despecho y deshonor, verás sujetas á estos, y tú que eres el verdadero Dios de los vientos, te verás miserable y abatido; remedio tiene fácil si tu poder aplicas á quitar la vida á estos pobretones. † Creció la llama de Necú con estos infernales soplos, y viéndose, como se veia, con dos atarazanas llenas de mujeres, que siendo dos piaras de inmundos animales le eran de delicias á su gusto.

LVIII

Trata Necú de matar á los Padres.

Este fingido Dios y esclavo del demonio, tomado de una rabiosa ira trató de dar la muerte, no sólo á los tres Padres, sino tambien á todos cuantos en el Uruguay habia; despachó aviso á todos los caciques; mandóles que todos matasen á los

Padres que en sus tierras tenian, que él en la suya haria lo mismo, reprendiéndoles de fáciles en haber recibido su doctrina, y de cobardes sino ejecutaban este su mandato con cominatoria tal, que á los remisos mandaria que los tigres y fieras de los bosques saliesen rabiosos á despedazarlos.

Estaban tan ignorantes los Padres de esta alevosía, que los PP. Roque y Alonso trataron de celebrar fiesta á la dedicacion del pueblo del Caró, á que se juntó gran tropa de vellacos. El santo P. Roque, despues de haber dicho la Misa y dado (con la devocion que solia) gracias al Altísimo, por sus propias manos quiso atar la lengüeta á una campana, cosa nunca vista de aquella gente bárbara, para con su sonido regocijar la fiesta. Apénas le vió Carupé, cacique principal, ocupado en esta accion, cuando hizo señas á un esclavo suyo (que ya estaba prevenido) para que le matase. Levantó este vil esclavo del demonio (Maraguá fué su nombre, que quiere decir vil, y bien mostró serlo en tan vil accion) una porra de armas, que aunque de madera imitaba al hierro en su dureza y forma, y dando al Padre un furioso golpe en el cerebro le hizo pedazos la cabeza, con que á golpes y repique de campana voló su alma regocijada al cielo. Hoy tenemos esta campana por reliquia, si bien para hacer puntas de saetas le quitaron muy buen pedazo; embravecióse su cobarde furia en aquel santo cadáver, moliéndolo á palos, no perdonando el rostro y la cabeza.

Partieron en cuadrilla á la choza donde el P. Alonso estaba, que al ruido de la algazara llegaron juntos él y su muerte á los umbrales; abrazóse con él

un mal cacique, mandando á un criado suyo que lo matase; cargaron sobre él muchos porrazos, y receloso el mastin que lo tenia asido que por yerro no le maltratasen, soltóle, y el Padre con amor de hijo se acercó á su ya muerto Padre, repitiendo estas razones. ¿Hijos, por qué me matais? ¿Qué haceis, hijos? Parecióle mejor hacer de sí sacrificio en la iglesia, donde tantas veces celebró el divino, y en donde con oracion fervorosa se habia él sacrificado; pero aun en esto le mintió el deseo, porque en los mismos umbrales le cogió la muerte, y para cebar su saña aquellos tigres en un cordero tierno, partieron por el vientre en dos pedazos su sagrado cuerpo, y dividiendo los muslos, arrastraron sus venerables fracmentos alrededor de la iglesia, en donde le arrojaron, quedando como el tigre que, ensangrentadas sus uñas en la caza, se relame.

Acudieron al despojo de ornamentos, y con impiedad gentílica desnudaron los altares, vistiéndose las sacerdotales vestiduras, que desgarradas partieron entre sí: el cáliz y patenas volvieron en pedazos, que aplicaron al adorno de sus infames cuellos. La cruz que la fe habia levantado por trofeo, derribó la infidelidad y paganismo, y consumió el fuego. Sentimos, y con dolor muy grande, el execrable destrozo que hicieron en una imágen de la Vírgen, querida prenda del santo P. Roque, que fué su compañera en sus peregrinaciones, y colocada en un pueblo y estando ya fundado, la pasaba á otro. Y así (con razon) la llamaba la conquistadora, atribuyendo á su presencia los sucesos prósperos de sus empresas, conquista donde fué á pérdida y ganancia, pues feneciendo su pintura y sus

cuerpos, hoy gozan en el cielo inmortal gloria.

No trato de la presa que en las religiosas alhajas hicieron, porque fué muy corta, y como ya enseñados á pelear con muertos, hicieron cosas execrables con dos crucifijos, haciéndolos pedazos, y juntos con los sagrados miembros de los Padres, instaron en volverlos en ceniza, pero reservó el cielo muy grandes pedazos que nos incitan hoy el ánimo y consuelo.

Muchos del pueblo, inocente de esta conjuracion y libre del delito, sintieron, y con dolor grave este destrozo; el amor de sus religiosos Padres les pedia venganza, que rehusó el miedo que causó la furia de los parricidas. Un venerable viejo y principal cacique, á quien tenia preso el amor de ser cristiano, con palabras graves y afrentosas los reprendió de aqueste atroz delito, poniéndoles delante la afabilidad, el amor, las dádivas y la mayor la de la fe católica, con que los querian enriquecer los Padres. Perdió el respeto la ira y el furor á sus venerables canas; cerraron con él, y á crueles golpes lo mataron; dichosa muerte, pues con cristiano despecho, en ocasion de tan conocido peligro de su vida, si bien gentil, volvió por la verdad católica, y, á lo que juzgamos, no sin sobrenatural impulso de la fe. La misma reprension hicieron dos muchachos atravesados de filial dolor de ver el destrozo que en brevísimo tiempo hicieron en sus queridos Padres; tuviéronlos para matar, pero escaparon la vida, y áun la dieron á los Padres de otras reducciones, yendo por ocultos caminos á avisarles del fin del P. Roque y su compañero.

Llegó á Necú la nueva, y al punto envió á la cho-

za del P. Juan del Castillo una tropa de los conjurados, para que luego al punto le matasen: pidiéronle con libertad cuñas (son hachas de hierro que allá usan) anzuelos y otras cosas. Estaba el santo varon bien descuidado pagando á Dios tributos de alabanzas en las canónicas Horas, y habiendo repartido con ellos lo que tuvo, en recompensa de su liberalidad, le ataron por los brazos y, sacándole por las calles á empellones, mojicones y porrazos, le decian: «Ahora morirás á nuestras manos como Roque y Alonso, y no quedará de vuestra mala semilla rastro alguno.»

Pidió el Padre que le llevasen á la presencia de sus hermanos vivos para que de todos juntos se hiciese un holocausto. Respondióle un mal indio con tres estocadas que le dió con una espada, flechándole otros con saetas y con palos agudos, le punzaban los ojos y la cara, diciendo, aquí has de morir, perro hechicero. No me matareis el alma (respondió el santo) por ser inmortal; padezca enhorabuena mi cuerpo, en confirmacion de la fe de Jesucristo que siempre os he enseñado. Tres cuartos de legua le arrastraron por tan ásperos pedregales, que en breve le robaron las piedras sus vestidos, sintiendo su honestidad más la desnudez que las heridas; tanto deseo llevaba de ver consumado su martirio, que viéndose casi suelto de la cuerda con que le arrastraban, les dijo: Volved á atarme, que de muy buena gana muero.

Cansáronse los sayones de arrastrarlo, sin cansarse el santo de tan cruel tormento. Descargaron sobre su cabeza dos peñascos grandes, que el santo recibió pronunciando los dulces nombres de

Jesus y María, á quien entregó su dichosa alma. Dejaron el cuerpo allí con deseo de que las bestias y aves se apacentasen en él. Y con ser aquel lugar cueva de tigres, se mostraron humanos, zahiriendo la bestial crueldad de aquellos bárbaros; los cuales posponiendo el ejemplo de los brutos, ofrecieron (sin pensarlo) al cielo, por el fuego el cuerpo muerto en holocausto vivo; y para mostrarse Necú sacerdote (aunque falso) se vistió los ornamentos sacerdotales, con que se mostró al pueblo; é hizo traer á su presencia los infantes, en quienes procuró borrar con ceremonias bárbaras el carácter indeble que por el bautismo tenian impresos en sus almas; rayóles las lenguas con que gustaron la sal del espíritu de sabiduría, los pechos y espaldas rayó para borrar los oleos santos, con que para la lucha estaban prevenidos.

Trataron luego de dar fin á su victoria matando á los demás Padres que ya con las nuevas de lo sucedido tenia hechos mártires el cuchillo del dolor que atravesó sus entrañas. Pusiéronse los cristianos como firmes en la fe á defendería y á sus Padres; hiciéronlo con tanto valor, que mataron algunos de los enemigos.

Los del Caró volvieron el siguiente dia á reconocer las hogueras en que dejaron el dia ántes los venerables fracmentos de los dos santos; oyeron que del corazon del santo Roque salia esta voz muy bien formada, de que depusieron testigos muy concordes: *Habeis muerto al que os ama, habeis muerto mi cuerpo y molido mis huesos, pero no mi alma, que está ya entre los bienaventurados en el cielo. Muchos trabajos os han de venir con ocasion de mi*

muerte, porque mis hijos vendrán á castigaros, por haber maltratado la imágen de la Madre de Dios. Suceso era este bastante para reducirlos á la razon, pero sordos con bestial bruteza: *Aún todavía* (dijeron) *habla este embustero,* y abriéndole aquel amoroso pecho, le sacaron el corazon, que aunque frio, ardia en llamas de caridad que luego el matador Marangua lo atrevesó con una saeta; y para que no quedase rastro de los mártires, encendieron una gran hoguera, y en medio arrojaron los dos cuerpos y el corazon; mas este quedó entero, venciendo el fuego de caridad las llamas que del material ardian, quedando como el oro al fuego acendrado y puro aquel corazon, que hoy se guarda en Roma con la misma flecha.

Convocáronse los pueblos al castigo, y fué ejemplar, y no fué poco para Necú haberse obligado á huir por los bosques; recogióse á unos pueblos de gentiles, donde vive hoy. Hémosle convidado con la paz y verdad del Evangelio. Ofrécenos el deseo prendas de ganarle, para que su pobre alma no se pierda; sus vasallos todos tenemos hoy en una muy buena poblacion llamada San Javier, y los cómplices en las muertes de los santos viven bien arrepentidos y avergonzados.

LIX

Prosigue el mismo intento y la misma reduccion del Caró.

Fué cómplice en el martirio de estos santos un famoso cacique llamado Tambavé, el cual cogió por despojos de su inhumano insulto un caballo,

en que el V. P. Roque solia andar, el cual, mostrando el sentimiento que tenia con la ausencia de su amo, no queria comer aunque le ofrecian paja y grano, que ya pertinazmente, y en prueba de la sospecha que tenian de que lo hacia de dolor y pena, le ofrecian. Acudia á las casas donde los indios con algazara y juegos celebraban las muertes de los santos al olor del vino, y como si tuviera discurso daba temerosos relinchos; salian á verle, y forzados de la perseverancia del caballo confesaban que lo hacia por la fuerza del dolor. Confirmó más la prueba de este caso el ver que nunca consintió que indio alguno le subiese encima; vistióse un indio la sotana del santo Padre, y mintiendo el indio ser su santo dueño, con que pudo fácilmente sujetarle y subir en él; enflaquecióse tanto del ayuno, que viendo los indios que no les era de provecho, y áun reprendidos de una bestia, le mataron.

Y si este fué testimonio de la gloria de los mártires, no lo fué menor la conversion de sus verdugos, que con sus oraciones alcanzaron del cielo, y muchos bien arrepentidos confesando con dolor su atrevimiento. Solo diré de uno que es Tambavé, que de cacique y señor se hizo criado de los Padres, ayudándolos en oficio de caridad con los enfermos á quien servia con todo amor, y en otros humildes oficios. Fué tan grande su eficacia en predicar á Cristo, que vuelto en Paulo, ayudó á la conversion de muchos gentiles que hoy gozan del bautismo y fe cristiana. Cogióle la muerte en tan buena disposicion, que á voces confesaba su pecado, pidiendo á los santos que él coronó perdon con coloquios tan tiernos, que movia á los corazones

de los que le oian. Vióse en los consejos que en su último fin dió á sus vasallos, el celo con que moria de que todos sirviesen á Dios y huyesen de las fabulosas persuasiones de los magos, con que, armado con los Sacramentos, reposa en paz.

Ha ido creciendo en virtud aqueste pueblo, desterrando el vicio, y siendo maestros los hijos de sus padres, de que sólo contaré un raro ejemplo. Ocultamente vivia torpemente una mujer de que solo era testigo una niña hija suya de dos años, cuya poca edad le quitaba el recelo de publicarse su culpa. La niña, ofendida de tan gran pecado, reprendió con respeto á la lasciva madre. Yo (dice) *me quiero morir por no ver tus deshonestidades; enmiéndate, que yo en el cielo solicitaré tu perdon,* y cogida de un repentino mal, empezó á caminar á la muerte; la madre viendo que á largos pasos caminaba su hija, tomó de veras lo que por burla habia oido: murió la niña en breve, y ella acudiendo al remedio de la confesion y penitencia, vive con raro ejemplo, esperando el cumplimiento de la palabra de su hija.

Un mozo se vió en ocasion de ver cosas obscenas; acordóse haber oido en un sermon la explicacion de aquellas palabras de Cristo nuestro Señor: *Si oculus tuus scandalizat te, erue eum.* Y con sus dedos se hirió los ojos, de que estuvo doliente algunos dias. Y argüido de esta accion por un Padre, le respondió: ¡Ojalá perdiera yo ambos ojos ántes que ofender á Dios. Este mozo en tentaciones graves se aprovechaba de algun alfiler ó espina, punzándose los brazos y muslos, accion que en un religioso perfecto fuera admirable.

Y aunque de estas azucenas hay muchas que producen suave olor, no faltan espinas. Vivia un indio con notable descuido de su alma, y en dejar de oir Misa las fiestas era continuo: ofrecióle el demonio un sábado de Cuaresma caza del monte; escondióla de dia, y á media noche se hartó de ella, diciendo, Dios no me puede ver, que duerme ahora; vióle Dios de noche y el siguiente dia tambien, que, siendo domingo, no quiso oir Misa, y castigóle con ejemplar castigo; reparando el Padre en su ausencia de la iglesia, le envió á buscar por aquel bosque, y al entrar en su casa le salteó la muerte, de manera que en los mismos umbrales cayó muerto, dejando su alma el cuerpo tan hediondo, hinchado y feo, que puso horror y áun escarmiento.

Está muy alentada en este pueblo la Congregacion de la Vírgen, á que acude esta Señora con sus misericordias. Instruia uno de esta Congregacion á dos hijas que tenia, la una de cinco años y la otra de tres, en rezar el Rosario de la Vírgen y otras devociones; tomó la mayor tan á pechos repetir el Ave María de rodillas, que la reñian ya el exceso: mostró esta Señora cuán grato le era aquel servicio. Estaban las dos hermanas juntas á la puerta de su casa, y áun allí no interrumpian su oracion, cuando de repente vieron junto á sí una Señora con vestiduras muy blancas y resplandecientes que traia un hermosísimo niño en sus brazos, y cogiendo á su devota niña se la llevó, diciendo á la que quedaba, no temas, que yo te volveré á tu hermana; extrañadamente quedó espantada aquesta, porque la novedad de mujer, que nunca habia visto, le

hizo entrar corriendo á hacer sabedora del caso á su madre, la cual con ansioso deseo la buscó por todo el barrio, y su marido, que turbado del caso, anduvo en busca todo el pueblo.

Volvieron á su casa derramando (con el dolor de haber perdido á su hija) tiernas lágrimas. Volvian á preguntar á la niña por las señas de la que habia arrebatado á su querida hija. Una mujer (decia) muy hermosa la llevó de mi presencia. En medio de su mayor congoja vieron entrar la niña por las puertas, pregúntanle por el que robó su cara prenda, refirió lo mismo que la hermana, y que la habia llevado aquella hermosa mujer, haciéndola compañera de un niño muy lindo Hijo suyo á un jardin hermoso donde la llenó de deleites y regalos, amonestándole, que en lugar de las gargantillas y adornos que traia al cuello, trujese su rosario, y que la habia enseñado un cantarcico, que ella repitió fielmente, y contenia las alabanzas de la sagrada Vírgen; cantábalo la niña con gracioso donaire. Esta Mujer (decia) excede á las demás mujeres; su vestidura era como el sol, tiene unas palabras dulces y amorosas, no sé para qué me volvió acá, sola me hallo sin su Hijo. ¡Oh si yo me hubiera quedado con ella eternamente!

Atónitos los padres, y no ménos contentos, le daban de comer; mas la niña que habia gustado de aquel celeste manjar, aborrecia aqueste, de manera que ni probarlo pudo. En amaneciendo la llevaron sus padres á la iglesia, y así como vió un bulto hermoso de la Vírgen con su Hijo santísimo en sus brazos, á voces dijo: Esta Señora es la que me hizo aquel regalo; quedó el pueblo no ménos

maravillado que devoto, y la niña prosigue con sus devociones, y por su ejemplo muchos.

Las ánimas pagaron la devocion continua, con que por sus penas ofrecen disciplinas y otras pertinencias; ardia el pueblo en llamas vivas, que por ser pajizas las casas, sin reparo humano llevaba furia de abrasárselas todas; hicieron un voto de Misas y penitencias, y acabado el voto se apaciguó el fuego con espanto y admiracion de todos.

LX

Reduccion de San Cárlos.

Sirven los indios, ya bien fundados en la fe, de cazadores para juntar estos rebaños. Y este que hoy rebelde corre por los bosques, ya manso mañana, ayuda á nuestros Padres á rastrear otros, y así se va continuando la espiritual conquista. Agregóse á este pueblo gran copia de gentiles, que con el tiempo se fueron bautizando. A vista de él estaba una alta sierra habitada de racionales bestias de gentiles, cuyo porquerizo era un grande mago, que con obstinacion cerraba los pasos y las orejas á la voz del Evangelio. Y aunque la comun gente deseaba oirla, con amenazas que con los tigres y serpientes (ficcion comun de aquestos hechiceros) les hacia, borraba sus deseos.

El P. Pablo Palermo, á cuyo cargo estaba esta conquista, discurriendo por aquellas selvas, juntó un copioso rebaño de 400 indios, que contada la chusma, hacian número de 1.600 almas; ganó á este mago con amor y dádivas, que aunque de poco valor quebrantan tales peñas. Vióse este ya entre

cristianos, nada ya obedecido de los suyos, deshechos sus embustes y marañas; veíase receloso de que una piara de mujeres de que libre gozaba en sus montañas las habia de dejar á su despecho. Ofendido de la luz en lo más oscuro de la noche, á fuer de un caballo yegüerizo huyó, llevando consigo por los bosques la piara de yeguas, que el conservarlas era su desvelo. No logró sus deseos, porque empeñándose mucho en la huida, se remontó de suerte, que la diligencia del Padre no pudo hallarlo; hallólo la justicia divina, que castigó su rebeldía con la peste de que murieron todos, cogiendo el cielo de estas espinas las flores de muchos infantes, que hermoseados con la primera gracia del bautismo volaron al descanso.

Entre los que quedaron de estas tropas fué un anciano viejo de ochenta años, envejecido en vicios deshonestos. El Padre trató de bautizarle, vínose á la dificultad comun de las mujeres, huyó (por no dejarlas) por los montes. Hallólo el celo del cuidadoso Padre, cuyas razones blandas y amorosas, á vueltas de sus dádivas, no fueron bastantes á que el duro viejo se ablandase; huyó segunda vez á la voz de un demonio, que pareciéndosele dos veces, le persuadió la huida. Volviéronlo las ánimas al interés de un novenario de Misas que les ofreció el Padre. Cayó enfermo el venturoso viejo; y á muy pocos dias de su vuelta reconoció su peligro de alma y cuerpo, y su terquedad y dureza; despidió las mujeres, pidió el bautismo con instancia, y limpio ya de lepra tan antigua, con actos fervorosos de dolor y esperanza huyó de aquesta vida á la eterna.

Ablandó el deseo de la comunion sagrada la dureza de un cristiano antiguo, que ocupado de vergüenza calló muchos años un pecado; el ejemplo que vió en los que comulgaban, le excitó á gustar el Pan de vida, y viendo en sí la suya perdida y estragada, con diligencia hizo un largo exámen, con que en confesion general limpió su alma; la comunion que hizo mostró el Señor haberle sido grata, porque entre sueños le agradeció su diligencia, amonestándole que jamás ocultase al confesor pecado alguno, porque los tenia en la tierra por vicarios para la salud de pecadores. Él codicioso con esto de más gracia, prosigue una cristiana vida, sin faltar á la Misa dia alguno, ni á la frecuencia de sus confesiones.

LXI

Reduccion de San Pedro y San Pablo.

Esta poblacion es algo nueva; hánse bautizado al pié de 4.000 personas, y los gentiles que quedan se van disponiendo para este Sacramento, y dan todos muestras que ha de ser muy lustrosa en cristiandad.

LXII

Reduccion de Santo Tomé.

Este puesto es muy celebrado; pusiéronle los moradores de toda la comarca por antonomasia Tape, que quiere decir la ciudad; por su grandeza de este pueblo toma denominacion esta provincia, que comunmente se dice la provincia del Tape; y aun-

que es gente nueva en la fe, se iguala con los más antiguos; vánse bautizando apriesa; tiene pocos ménos de 6.000 cristianos; su conversion fué casi milagrosa, porque fué gente de dura cerviz; domó su furia el cielo con tigres que andaban á manadas discurriendo por las rocas, labranzas y montes matando á muchos, y principalmente gentiles, que con rebeldía huian de los Padres, y tal vez sucedió que una tropa de indios acosados de ellos hicieron un fuerte de palos, donde los tuvieron los tigres cercados, sin darles lugar á salir en cuatro dias; con esto se fueron reduciendo todos los gentiles. Cesó este trabajo con un novenario de Misas cantadas.

Con la abundancia de comidas volvieron á olvidarse los gentiles y á discurrir por bosques, olvidados de recibir la fe, y los cristianos de vivir ajustados á la ley divina; al punto volvieron los tigres con más furioso estrago. Reconocidos los naturales, se ajustaron á sus obligaciones, conociendo que las cosas que estos animales hacian salian ya de la naturaleza; desterraron estos tigres oraciones y plegarias.

Ya parece debian establecer enmienda, pero la naturaleza deleznable ayudada de la paz, comidas y descanso, y olvidada de tan conocido azote, volvió á reincindir en sus delitos. Unos magos que al miedo habian desterrado sus magias, volvieron de secreto á ser más perniciosos; pero los tigres, como instrumentos de la justicia divina, volvieron á ejecutar peores daños; más de 200 trampas les pusieron, y en ellas perros y venados, y ningun tigre cayó, ántes sacando el cebo, quedaban sin caer las

trampas. Reconocido el pueblo de su culpa, pidió misericordia, y levantando motin contra los magos, los obligaron á dar de mano á sus diabólicos embustes, con que han quedado reconocidos y libres de estos daños.

Un infiel tenia dos mancebas; bautizóse y casóse con la una; al cabo de tres años pidió al Padre le casase con la otra, porque ad tempus habia tomado aquélla; vista la imposibilidad, cogió la manceba y se acogió al bosque; buscóle la diligencia y celo del P. Luis Arnor, que fielmente ha trabajado en el cultivo de esta gente; á la mujer, ya casi muerta, perdida de su mancebo, la hallaron sola; á él tambien hallaron bien distante: sanaron en el pueblo y volvieron á hacer fuga con ánimo de meterse entre gentiles, que llaga vieja tarde ó nunca sana; volvieron á recoger estas ovejas, murió la primera mujer, casóse con la manceba, aunque poco se gozaron, porque la muerte les quitó la vida.

Solicitaba una mujer á un honesto mozo; cogióle en parte oculta y haciéndole fuerza, él la persuadia á la honestidad y limpieza, y viendo que razones no la convencian, la dió muy buenos palos, y así escapó libre.

Un mozo lascivo solicitó torpemente á una casta moza; huia de él cuanto podia; cogióla á solas, y á fuerza procuró que consintiese en su pecado; la casta moza, ya sin fuerzas, con lágrimas le dijo: *Mira que comulgo y recibo á Dios, no me hagas tal agravio, y tú teme que te castigará severamente.* Apoderóse de él un interno temor, que le dejó temblando, sin poder proseguir su intento, con que la honesta mujer quedó libre.

LXIII

Reduccion de San José.

Fundó este pueblo el P. José Cataldino, italiano, apostólico varon, cuyo celo se emplea sin interrupcion más ha de treinta años en la conversion de gentiles; bautizáronse en este pueblo casi 3.000 almas; en la mayor pujanza de este pueblo ocurrió una maligna peste, y faltando el culto á la tierra, faltó el sustento; pero suplió la caridad del Padre y su compañero el P. Manuel Bertot. Llevóse el cielo las primicias de muchos infantes que murieron: de adultos se perdieron muchos, porque acogiéndose á los bosques, murieron sin el agua del bautismo. Salió del pueblo un viejo con su mujer é hijas, todos infieles, la más pequeña niña era cristiana; murió de repente el viejo; volvia la madre al pueblo con ánimo de recibir el agua del bautismo, pero á pocos dias siguió al marido por la muerte; animáronse las niñas á acudir á la fuente del bautismo, pero la flaqueza impidió el viaje á las dos; afligida la mayor por verse infiel, y sus hermanas ya para morir, se encargó de ambas; llevaba la una á cuestas un buen trecho, y volvia por la otra; caminó con este afan dos dias enteros, hasta que con la una á cuestas llegó al pueblo. Enviaron los Padres por la otra, hiciéronlas regalar, y lavadas las dos por el bautismo, luego volaron al cielo; la menor, que era cristiana, las siguió de ahí á cinco dias.

Acudieron en tan apretado tiempo al comun refugio de la devocion de la Vírgen, rezando su ro-

sario, y en comunidad el sábado en la iglesia, con que han experimentado gran bonanza.

Sucedió al P. José un milagroso caso: iba de un pueblo á otro en un rocin rijoso, y en un mal paso tropezó, echando de sí al Padre, cuyo pié quedó preso en el estribo; el cosquilloso caballo corrió por un áspero campo y pedregoso, tirando coces y arrastrando al Padre; rompióse la correa del estribo con el peso del Padre, que es ya de sesenta y ocho años; acudió el compañero, y juzgándole por muerto ó mal herido, le halló sentado y tan entero, que llegando al pueblo, dijo la Misa en accion de gracias.

En un apretado lance de un peligroso parto, faltando la imágen de San Ignacio (que en esta parte se esmera en milagroso) suplió sus veces su santo y venerable hijo el H. Alonso Rodriguez, cuya estampa dió un Padre, y tomándola la devota mujer con fe y reverencia, y echando de sí el niño vivo (que ya por muerto le juzgaban, y áun por causa total de la muerte su madre) fué un acto solo, y no es mucho que el Padre en tan honrosos lances dé sus veces á tan santo hijo.

LXIV

Reduccion de San Miguel.

Llegó á este pueblo la fama del Evangelio, y sus moradores codiciosos de tanto bien fueron muchas leguas á buscar Padres. El primero que aquí puso pié fué el santo mártir P. Cristóbal de Mendoza: engendrólos en Cristo, y criólos con la leche

del Evangelio; tendrá 5.000 personas, y ya hoy son cristianos todos. Cultivó, despues del martirio del santo, el P. Miguel Gomez, que fué el testigo de un pronóstico de los trabajos que poco despues padeció toda esta cristiàndad.

Tenia el Padre un Cristo de pincel, que despues de azotado tomaba sus vestiduras, el cual vió que sudaba copiosamente de las rodillas abajo, y el mismo sudor vió en las huellas y en los abrojos de los azotes y espinas, y cogido este sudor en algodones, volvia á correr al mismo paso. En este mismo tiempo sudó una imágen de Nuestra Señora de la Asuncion y otra de San Ignacio en la villa del Espíritu Santo, de donde habian salido á hacer guerra estos indios, moradores de aquellas villas; así nos lo afirmaron los Padres de nuestra Compañía. En Guaira (ya dijimos) que sucedió lo mismo en una imágen de Nuestra Señora, prueba clara del sentimiento que hace el cielo ofendido de los de San Pablo y demás villas, y materia de consuelo nuestro, pues vemos que nos ayudan á sentir nuestros trabajos.

Muchos casos sucedieron aquí; diré alguno. Una vieja infiel adivinando su cercana muerte, arrimada á un báculo se partió para el pueblo con ánimo de ser cristiana; daba con ella su flaqueza en el suelo á cada paso; cogióla un indio, y, llevada á cuestas, la presentó al Padre, bautizóla luego, respondiendo ella con voz entera al Catecismo, y al punto la perdió y despidió su dichosa alma; lo mismo sucedió á otros viejos, que bautizados aun en salud murieron de repente.

Maravilloso es Dios en su misericordia; mostró-

nosla muy clara en un indio cómplice en la muerte del santo P. Juan del Castillo. Retiróse huyendo á esta tierra, por verse apartado de los Padres y de la fe, que opuesta á sus hechicerías y embustes le causaban pena: hallóle aquí el P. Cristóbal de Mendoza, de quien luego huyó, acompañado de chusma de gentiles: metióse muy adentro de una sierra, en donde á fuerza de razones y magias arredraba del bautismo muchas gentes. El celoso Padre le siguió, ganó y restituyó á este pueblo, para tenerle consigo y amansarlo: las razones con que le convenció el Padre le forzaron á pedir las aguas del bautismo, que recibió con consuelo suyo y de todos bien catequizado: en lo poco que vivió se vieron muestras de su predestinacion. Adoleció, y viendo el demonio que se le habia ido de las manos, le quiso reducir con sugestiones y tentaciones graves, á que resistió el valeroso indio; apareciósele visiblemente quejándose de su ingratitud, prometiéndole salud y vida larga si volvia á su amistad antigua, y entre halagüeñas promesas le amenazaba con rigurosos castigos, con que le dió muy peligroso asalto. Pidió el fuerte luchador los sacros oleos, y ungido con ellos, confesó que no temia ya al demonio.

Cogióle en el último trance un parasismo, en que parece entró en una grave lucha, y envuelto en trasudores repetia: *Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, perdóname mis pecados, para que este demonio me deje; confieso que he sido gran pecador y un muy mal hombre; perdóneme tu misericordia, para que este espíritu maligno, viéndote en mi ayuda, se arredre de mí.* Apretaba fuertemente entre

sus manos una Cruz, y con voz lastimera le decia: *Cruz buena, Cruz santa, muéstrate firme ayudadora mia, para que pueda yo despedir de mí este demonio, que me tiene asido.* Y vuelto á los presentes (que atónitos sentian varios movimientos interiores de pena y de consuelo de verle atormentado, y que vencia, y de escarmiento otros). *Vivid bien* (dijo) *y sed buenos cristianos, porque si Dios espera, al fin castiga; y tú, Cristo Jesus, muéstrate ayudador mio contra tus enemigos y mios para que me dejen.* Y con meneos mostraba quererse desasir del que con fuerza le tenia asido, pidiendo á voces ayuda en esta agonía, que duró buen rato. Volvió en sí, ya libre del demonio, y contada su afliccion que fué diabólica; dió gracias al Señor de verse victorioso. Pidió á todos perdon de haberles con sus magias engañado, y haciendo tiernos actos y coloquios, durmió en paz.

No tuvieron tal dicha los siguientes. Llegó á esta reduccion un indio extranjero, y con malas palabras y peores ejemplos inquietaba el pueblo; enfermo y enfadado de las amonestaciones del Padre, que le persuadia el bautismo, se hizo llevar del pueblo á una chácara; siguióle allí el Padre, y él huyendo se hizo llevar por un cerrado bosque, diciendo que las campanas y las razones del Padre le aturdian, cuya caridad le halló, y ni con dádivas ni amorosas palabras pudo ablandar aquel empedernido pecho, volviendo el rostro á la pared por no oirlas; y con pertinaz deseo de morir infiel como sus pasados, murió infelizmente.

Otro viejo, envejecido en pecados de deshonestidad, por no comprar el bautismo por unas man-

cebas que tenia, se huyó á los bosques acompañado de ellas y un hijuelo: hízolos seguir el Padre, para remediarlos: pero habia ya hecho presa de ellos la divina justicia, matándolos á todos cuatro de repente.

LXV

Reduccion de San Cosme y San Damian.

La celosa industria de los Padres juntó aquí de varias sierras y bosques al pié de 5.000 almas, que se van bautizando. Venció á muchos la repetida contradiccion que los magos hacen al Evangelio, á que se volviesen á sus antiguos puestos; los persuadidos y persuasores experimentaron el debido castigo con muertes repentinas en su gentilismo. Y discurriendo los Padres por aquellos bosques, rescataron muchos al precio de trabajos para el cielo; sobrevino una recia peste, acudióse á todos con el sustento del cuerpo y alma; y porque la tierra desamparada de sus labradores por la enfermedad comun no estuviese ociosa y hubiese semillas para sembrar y sustento para los necesitados, los Padres mismos la labraron, haciendo copiosas sementeras, con cuyos frutos sustentaron á los enfermos, y atrajeron á los que por los montes se habian acogido.

Contaré por extraño un caso raro, y el primero que hemos visto entre esta gente. Amancebóse con su misma hija su infiel padre; salió ella de este delito por medio del bautismo, que recibió bien arrepentida de maldad tan enorme, y con buenas prendas de su salud eterna, murió en breve. Vivia en el padre el amor de su manceba é hija, y aburrido

de pena con su muerte, se acogió á su labranza, acompañado de un hijuelo suyo; disgustáronse los dos por una niñería, y el mal sufrido mozo, olvidado de las obligaciones de hijo, mató á su mismo padre con un palo; venganza fué que tomó el cielo por medio del hermano, hijo y cuñado.

Repartiendo el Padre la ordinaria comida á los pobres, reparó en dos mujeres que extraordinariamente estaban flacas; propuso de bautizarlas el siguiente dia, y ellas pasaron algunos sin volver; fuélas á buscar el mismo Padre por un bosque, por donde supo se habian entrado; hallólas su ventura tendidas en el suelo y ya casi espirando, catequizólas y diólas el bautismo, y ellas al punto sus almas al Criador.

Advertido un fervoroso mozo que un hermano suyo estaba espirando en un bosque, hallólo, y echándoselo á cuestas, lo llevó al pueblo; lo mismo hizo con su madre, que lejos padecia el mismo riesgo; y bien dispuestos ambos por el bautismo murieron luego. Cebóse en estos oficios de piedad de manera, que su gusto y descanso era acarrear á cuestas enfermos peligrosos, para que no muriesen infieles, con que acarreó la vida eterna á muchos y raro ejemplo á todos.

Opuesto fué á este otro indio, que olvidado de su misma madre é hijos, los desamparó en la necesidad extrema de una enfermedad prolija; huyóse por los bosques sin acudir á las obligaciones que para cristianarse tenia de oir la doctrina. Buscóle el Padre, trájole, solicitó con dádivas su enmienda, pero, como por su descuido murió su madre sin bautismo, así permitió el cielo, que sin él,

él y su mujer muriesen en un bosque, á manos de una muerte repentina.

Obligó á Dios un indio á que se olvidase de él, porque olvidado de sí mismo huia de la iglesia y Catecismo, discurria por los montes en busca de animales, que era dado á caza: siempre proponia el Padre de buscarle, y siempre se olvidaba; adoleció este pobre en el monte; un deudo suyo acudió al Padre para pedirle fuese á verle, y estando en su presencia gran parte del dia, nunca acertó á avisarle. Fuése el indio con ánimo de volver el dia siguiente á avisarle, pero este mismo dia murió sin el bautismo y olvidado el que se olvidó de sí.

LXVI

Reduccion de Santa Teresa.

Agregáronse á este puesto de Santa Teresa 5.000 almas con la diligencia y fervor del P. Francisco Jimenez, el cual no sólo se ocupó en la predicacion del Evangelio, sino tambien en labrar las tierras y hacer grandes sembrados, enseñando á los naturales el labor de la tierra con arado, á cuya fama recogió grandes rebaños de almas. Dejáronse un anciano viejo en el camino, imposibilitado de andar, por estar juntamente enfermo; este, animado con el deseo del bautismo, caminó tres dias á gatas por un camino áspero; salió el Padre á buscarlo, y recibido el bautismo, murió. Hay por toda esta comarca copioso número de infieles. Acudió á un pueblo de estos un indio de esta reduccion, donde adoleció, y refiriéndoles la caridad

de los Padres para con los enfermos, al punto dejaron sus casas, y se redujeron, y recibieron el bautismo, y han muerto algunos con prendas de su salvacion.

Corrió el Padre aquellos bosques, rios y quebradas, donde halló grande número de infieles, que le recibieron con notable amor, pidiéndole les señalase sitios para hacer pueblos, que no pudo tener efecto por falta de Padres. Bautizó 250 infantes; al pié de 1.000 almas le siguieron para avecindarse en esta reduccion.

LXVII

Reduccion de la Natividad de Nuestra Señora.

Redujéronse aquí cerca de 6.000 almas, hánse bautizado ya 2.600, y las demás se van preparando para lo mismo. A la fama de este Sacramento se redujo aquí un indio con su mujer y cuatro hijos; de la longitud y trabajo del camino adolecieron; visitólos el Padre, y la buena mujer le recibió, diciendo: *Seas muy bien venido, Padre, que en busca del bautismo he venido de mi tierra á esta, donde me veo pobre, y no lo extráño ni siento, porque mi venida ha sido solamente á bautizarme.* Lo mismo dijo el marido, y bien catequizados, los bautizó aquel dia, y el siguiente volaron al cielo. Encargóse el Padre de los cuatro niños, los tres siguieron á sus padres recien lavados con el agua de la salud eterna.

No hay lugar donde el Evangelio no halle contradiccion en los magos, ministros del demonio, que atribuyen al bautismo la muerte, y así, los procuran

retraer de este Sacramento. Adoleció un muchacho, y sus infieles padres, creyendo los embustes de estos, lo ocultaron bien léjos del pueblo; el muchacho instaba á que le llevasen al Padre para que le formase hijo de Dios por el bautismo, no lo pudo alcanzar; lleváronlo unos indios movidos de sus ruegos á la casa del Padre, que el muchacho no quiso ir á la de sus padres, bautizóse, y al siguiente dia se fué al cielo.

Lo mismo sucedió á una muy anciana mujer, que por ruegos se hizo llevar al pueblo, donde el Padre la vió muy afligida, y preguntada la causa, dijo, que estaba congojada por verse infiel, y tan cargada de años gastados en servicio del demonio; consolóla y bautizóla el Padre, con que huyeron aquellas aflicciones, y al siguiente dia reposó en el Señor.

En cada parte de estos suele haber particulares usos, y aunque llorar sus difuntos es comun en todos, y con más energía á los más nobles, aquí añadian desnudarse una mujer, y arrebatando un arco y saetas, salia á las calles á tirarlas al sol, seña de la saña que tienen con la muerte, á quien con el deseo intentan matarla; procuraron evitar los Padres estas deshonestas acciones, y no era posible ni lícito apretarlas, por ser gente nueva. Adoleció un cacique muy principal, que recibió con muy buen afecto el agua del bautismo; próximo á la muerte, mandó á toda su gente que en su muerte no hiciesen aquellas ceremonias, ni le llorasen como muerto, sino que se alegrasen como con un vivo que iba á vivir eternamente. Murió este dichoso cacique, y se cumplió su legado en todo el pue-

blo, porque no se oyeron adelante los alaridos, ni se vieron las ceremonias gentílicas que hasta allí usaron.

LXVIII

Reduccion de Santa Ana.

Poblaron este puesto 6 000 personas y en breve se bautizaron 2.600. Avecindóse en este lugar un gran cacique, llamado Ayerobia, que quiere decir, yo confío; llamóse en el bautismo Bartolomé: el deseo de su salvacion dijo bien con su nombre, confirmándola con muy insignes obras; encargóse de aguijar los gentiles remisos al bautismo; buscábalos, recogíalos en su casa, sustentábalos, y como si ya fuese cristiano muy antiguo, los doctrinaba en la fe, y ya bien instruidos los presentaba al Padre, para que les ministrase aqueste Sacramento; empleaba su industria en el adorno de la iglesia, ejercitando la carpintería. Sabida la invasion que los de San Pablo habian hecho en Jesus María, matando y cautivando mucha gente, atravesado el corazon de dolor de ver que hombres que decian ser cristianos estorbasen la predicacion á los gentiles, se partió á ayudar á sus hermanos; armóse con la confesion, y en una refriega, habiendo muerto muchos tupis (que son como alarbes, y los que traen en su ayuda los vecinos de San Pablo) quedó muerto, y queda su nombre vivo y confianza de su salvacion.

Otro cacique imitó al pasado en la vida y en la muerte; mostró su celo en recoger la canalla de magos y hechiceros; hacíales entrar á la doctrina,

y juntos todos los llevaba los domingos á la iglesia, con celo de un muy verdadero y fiel cristiano, y como tal murió en la guerra, como el pasado.

No quiero dejar un cuento algo gracioso, si bien de edificacion. Un virtuoso mozo, movido de las pláticas que de la castidad oia á los Padres, y encendido de su amor, les pidió con grande instancia le hiciesen castrar; edificados de su celo le dieron á entender que no era lícito, y el modo que habia de tener para ser casto.

Mostró la fe sus efectos en un milagroso caso. Hirió de muerte á un indio una ponzoñosa víbora en un pié, cayó como muerto, destilando de ambos y de los ojos, oidos, narices, boca y demás partes del cuerpo mucha sangre, como si en cada parte de estas le hubiese lastimado; confesóse, y como en último trance recibió los oleos con mucha devocion, y con la misma y no pequeña instancia pidió que le llevasen á la iglesia, por ver á su despedida el santo sacrificio de la Misa; tanta fué su devocion, que vencido el Padre, en parte cerca y decente dijo Misa, que oyó el enfermo, y al punto quedó sano.

Vencido uno de vergüenza, calló en la confesion un pecado sucio; al punto adoleció con tales accidentes, que parecia exhalaba el alma. Acudió el confesor, y atribuyendo el accidente del cuerpo á mal del alma, le instó á que se confesase bien. Bien advertido el indio confesó su culpa, y como la iba diciendo se sentia mejor, y recibida la absolucion, se halló sano; mas olvidado presto, volvió á reincidir en su delito; volvió la justicia divina á echarle mano con enfermedad mortal. Reconocido el pobre y flaco, acogióse al probado remedio

de la confesion, con que sanó del alma y no del cuerpo, porque en breves dias acabó la vida.

Trajo á este lugar la predestinacion á un anciano viejo; caminó desde su lugar á este más de 40 leguas; pasó seguro por tierra de gentiles, cuyo oficio es matar á extranjeros; presentóse al P. José Oregio, italiano, el cual, considerada la consumida disposicion del peregrino, al punto le industrió y ministró el bautismo; quedó muy alegre el viejo de ver efectuado su deseo, y el dia siguiente, estando hablando, remató su vida.

No tuvieron la dicha que este dos que aquí se avecindaron, marido y mujer, infieles, y de edad anciana. Acudia todo el pueblo con fervor á la doctrina, para recibir el beneficio del bautismo; estos solos al primer toque de campana huian, y ni advertidos del ejemplo y de las amonestaciones de los suyos se rindieron. Advertido el Padre, fué él en persona á convidarlos; guiólos á la iglesia, porque en tanto tiempo ni los umbrales de ella conocian; y si la predestinacion los hubiera admitido, buen principio era este; pero volviendo á su dureza antigua, prosiguieron en ausentarse del pueblo mientras los demás rezaban en la iglesia. Llególes el castigo al entrar en su casa, dándoles un temblor y accidentes tales, que allí cayeron, y aunque con toda priesa les acudió el Padre, se dió la muerte más priesa en desterrarlos de esta vida y aun del Paraíso.

LXIX

Reduccion de San Cristóbal.

Estaba ya el santo Evangelio tan bien acreditado entre los gentiles de este partido, que el deseo de tenerlo en sus tierras los juntó aquí de varias partes, y lo que en otras hacian los Padres á costa de mucho trabajo en atraerlos, ellos lo hicieron, y con mucha facilidad casa para recibir los Padres y aposentarlos; llevaron unos escogidos niños á los cristianos pueblos, para que los instruyesen en la fe, con ánimo de tenerlos despues por sus maestros; llevaron tambien indios hábiles, para que aprendiesen la carpintería, con deseos de hacer ellos mismos la iglesia. El promotor de todo esto fué un muy honrado cacique, dotado de inclinacion á lo bueno, que en el bautismo (que solicitó con muchas veras, y le costó varios caminos) se llamó Antonio. La penuria de sacerdotes no dió lugar á que en mucho tiempo se les acudiese; pero la solicitud de Antonio y otros muchos que le imitaban formó aquí un jardin, si bien aún no regado con las aguas de las fuentes del Salvador; preparábase bien á que con facilidad corriesen, desterrando magos (que con celo de su mentirosa enseñanza se opusieron) rezando en sus casas voz en cuello todas las oraciones, teniendo á sus mismos hijos por maestros, que habian sido discípulos de nuestros Padres. Este Antonio, aunque ya de edad, se hizo tan docto en la doctrina, que la enseñaba él, y promovia con grande aumento.

Alcanzaron sus importunos ruegos que se les die-

se un Padre: recibieron como ángel al P. Juan Agustin, á quien á porfía manifestaron sus mancebas, pidiendo con extraño deseo el bautismo, que recibieron en muy breve tiempo 950 personas. Tan fieles fueron, que habiendo trocado un cacique todas sus mancebas por el bautismo, despues de algunos meses volvió á su casa una de ellas, y con cristiano celo, bien enseñada, la volvió á despedir, y pidió al Padre la corrigiese, que estos efectos hace la divina gracia. Cogieron á un mago que (llevado de un furor diabólico, por ver el descrédito de sus fabulosas artes) persuadia á unos simples indios, que dejada la cristiana licencia, retuviesen la fabulosa suya; con ejemplar castigo reprimieron el diabólico celo de este mago, magnificando nuestra ley católica y el beneficio recibido de los Padres.

Es tanta la terquedad de aquestos hechiceros, que muy tarde ablandan su dureza. Tenia á un hermano suyo uno de estos enfermo en su casa: persuadiéronle que le llevase al Padre; oida por el enfermo esta demanda, enseñado del mentiroso hermano, no vino en ello, y al punto sintió el castigo; porque en los gritos, gestos y meneos pareció estar endemoniado, y echando espumarajos por la boca, á vueltas de ellos despidió su infeliz alma sin bautismo.

Un descuidado indio de lo que en el bautismo habia prometido, vivia licenciosamente sin oir Misa ni dar muestras de que era cristiano; adoleció, y aunque con peligro, lo disimulaba por huir de la confesion; dióle un parasismo (si ya no murió como él decia) en el cual se vió llevar de unos ministros horrendos ante el Tribunal de Dios, de

quien se vió ásperamente reprendido de sus culpas, dándole por pena que padeciera las molestias de aquella enfermedad por muchos dias, los cuales acabados, moriria. Volvió en sí, y bien arrepentido confesó sus pecados y prosiguió su enfermedad por muchos dias; agradecido él á la misericordia de tan benigno juez, y cumplido el plazo de su penitencia partió á gozar su fruto como esperamos.

El celo de este Padre le llevó por las estancias apartadas en busca de enfermos, de que bautizó muy grande número; tanto se empeñó por aquel bosque, que se perdió, sin que la guía acertase á volver; pero guiábalos la predestinacion de una alma. Dieron en una choza, donde hallaron un tierno infante que á grande priesa iba caminando á la muerte, bautizólo el Padre, y al punto se partió á la eterna vida.

Otra vez se perdió y fué acierto, porque topó una mujer, llorada ya por muerta; reconocióla que vivia, hízola hija de Dios por el bautismo, con que murió para vivir eternamente.

LXX

Reduccion de Jesus María.

Dió forma á esta reduccion el P. Pedro Romero, de quien ya dije y pudiera decir mucho de su celo y vigilancia. Y aunque bien ocupado en el oficio de Superior de todas las reducciones, visitándolas continuamente y consolando á sus hermanos, trabajaba en todas en el cultivo de los indios. Juntáronse aquí 2.000 familias, que hacen número de 10.000 almas. Dejó en su lugar (por acu-

dir á su principal oficio) al insigne P. Cristóbal de Mendoza, á quien coronó la laureola de mártir; y como veterano y experto en la agregacion de gentes á la cristiana Religion, instruyó aquella con muy grande progreso, comunicándole el cielo un encendido celo de convertir los numerosos rebaños de gentiles que pastoreaba el demonio por aquellos valles, sierras, rios y quebradas.

Tuvo noticicia de unos tupis, que son banqueros ó cajeros de los vecinos de San Pablo, á quien en lengua portuguesa llaman pomberos, y en nuestro castellano palomeros, á la similitud de los palomos diestros en recoger y hurtar palomas en otros palomares; los naturales los llaman mú, que quiere decir, los contratantes. Estos dividen entre sí las comarcas, y cada uno en su puesto tiene su aduar y mesa de cambio, para comprar indios, mujeres y niños, para lo cual les envian los moradores de las villas de la costa del Brasil, hachas, machetes, cuchillos y todo género de herramientas, vestidos viejos, sombreros, jerguetas y mil bujerías para la compra de almas, al modo que acá se envía á comprar una partida de carneros ó hatajo de vacas.

Estos pomberos, si bien profesan ser cristianos, son los mismos demonios del infierno, oficina de todo género de maldades y pecados, aduana de embriaguez y de torpísimos pecados. Tienen las casas llenas de mujeres gentiles, compradas para sus torpezas; incitan á los gentiles á que se hagan guerra, y se cautiven y prendan, y los traigan al contraste y venta. La necesidad de aquestas herramientas (para sus labranzas) les hace cautivarse unos á otros, y á veces á los mismos deudos y mo-

radores de sus mismas causas, los entregan por una hacha ó por un machete, que esta es ya la tasa. Y así el que más puede, abrazándose con el que no le puede resistir lo prende diciendo: *Ya eres mi esclavo.* Con que rendido se deja llevar á los pomberos, y se trata y sirve como esclavo: supe de uno un cuento, que si gracioso, causa dolor.

Cogieron á un indio á este modo; no pudo repeler la violencia, iba á ser entregado á esclavitud perpetua á aquellos infames telonarios; halló que estaban comprando y vendiendo mucha gente, y él tambien entre ellos fué vendido (estos pomberos los hay tambien en Angola al trajin de negros puestos por los que tienen este estanco y granjería de comprar negros). Anduvo el triste discurriendo en su rescate; vió que se iba uno que habia sido vendedor de otro y juzgó que tendria brío para asirle; el deseo de su libertad le dió aliento, embiste con él, y atado (haciendo presa en el precio que llevaba de su injusta venta) lo llevó al pombero, y en trueco de su libertad se lo entregó por esclavo, y quedó él libre. Y por no verse en semejante trance se acogió al seguro de nuestras reducciones.

Juntas ya muchas tropas, avisan á San Pablo y demás villas de la costa, de donde acuden barcos y canoas en que los llevan en ganancioso empleo; porque el costo fué dos ó cuatro pesos, y puestos en sus villas valen 15 ó 20; llevados al rio Genero los venden por 40 ó 50 cruzados.

Cogió á algunos pomberos de estos el santo Padre, y quitándoles la presa (á que dió libertad) enviólos á las reducciones lejanas, para que allí fuesen doctrinados; discurrió el Padre y su compañe-

ro el P. Pedro de Mola por toda aquella tierra, descubriendo pueblos de gentiles, y dándoles noticia de la Religion cristiana.

Supieron cómo un famoso cacique, grande hechicero y mago, se publicaba dios de toda aquella tierra (comun locura de estos miserables) con que se hacia adorar de aquella gente simple; desearon ganarle, y para tener entrada le enviaron á Antonio (de quien ya dije) hombre adornado de fe y confianza; fué muy bien recibido de Yeguacaporu (que así se llamaba aquel fingido dios) juzgando que venia á reconocerle y adorarle, como en su gentilidad habia hecho; despues de muchas razones que con sagaz prudencia Antonio tuvo con él, le dijo que los Padres gustarian de verle, y él tenia por cierto que no se disgustaria de tratarlos. *Pues cómo quieres* (le respondió) *que yo que soy dios y señor de lo criado, formador de los rayos, causador de la vida y de la muerte, me sujete á ir á ver á unos extranjeros pobretones, que á mi despecho y descrédito pregonan á esa gente bárbara que hay un solo Dios y que ese está en el cielo; yo soy ese, que ellos con ignorancia predican á mi descrédito; yo tomaré venganza justa y pondré remedio, matando á todos estos sacerdotes, para que cesen los embustes con que llevan tras sí los ignorantes. ¿Y tú por qué te has dejado engañar tan ciegamente?* Respondió Antonio, que él no habia recibido mal ninguno de los Padres, ántes le habian hecho grandes beneficios á él y á sus vasallos. Con esto divertieron la plática, y Antonio se volvió. Y sirva de advertencia la memoria que aquí hago de este mago, que fué gran parte en el martirio del P. Cristóbal de Mendoza.

La provincia del Tuigra allí es muy célebre por la multitud de sus habitadores, y aunque bien poblada, [illegible] los Padres enviaron mensajeros á pedirles fuesen á sus tierras á su enseñanza. Consultado el negocio con Dios en sacrificios que se ofrecieron de Misas y oraciones, se dispuso [illegible] que el Padre hese una breve vista [illegible] tierra y entendiese la falta que habia de Padres [illegible] esperanza que habiéndolos irian de propósito. Hallóse en el camino una sierra habitada de magos que á manera de tigres salian á los caminos á coger presa.

Llegó á este parage el santo Padre: recibiéronle aquellos con aparente agasajo: dióles noticia de su cristiano intento. Habíase retirado á esta leonera un demonio llamado Tayubay, muy grande hechicero, que quiso en San Miguel con sus mentirosos enredos defender la entrada al Evangelio, pero los vecinos de aquella poblacion lo llevaron atado á la presencia del P. Cristóbal, el cual le tuvo un dia entero en su misma celda, corrigiéndole con blandura y amor: pero este género de demonios no se vence sino con el castigo. Corrido y desacreditado se desterró este pobre, y se vino á esta leonera, donde libre usaba de sus mentirosas artes. Trataron de dar la muerte al Padre, pero quisieron consultar primero á Yeguacaporú (que queda ya advertido). Insistieron al Padre con mentido amor que volviese por allí, donde hallaria la gente de la comarca toda junta, para que todos gozasen de su doctrina y enseñanza. El Padre, libre de la traicion que maquinaban, les prometió volver, prometiéndose el logro de aquellas gentes, con que se despi-

dió. Llegó á su deseada provincia del Caaguape, donde con universal amor fué recibido; detúvose allí algunos dias, dándoles noticia de nuestra fe, que oyeron todos con mucho gusto.

Mientras el santo varon andaba hecho pregonero de la vida, trataba Tayubay de darle la muerte; hizo á los suyos un largo razonamiento, cuya materia fué abonarse á sí y á su doctrina, desmentir la del Padre, desautorizar el modo de vivir de los cristianos, que bajamente dejaban sus mujeres, sujetos á una extranjera enseñanza: *Tomad* (decia) *ejemplo en mí, mirad cuál ando desterrado por este sacerdote, y desacreditada la antigua usanza de nuestros pasados.* Con esto se partió á consultar al dios mentido de Yeguacaporú, el cual le encargó matase al Padre, y concordes todos, se pusieron en emboscadas á esperarle.

Ocupaba en su mision el corazon del Padre tan gran consuelo, cuanta era la latitud de la esperanza de la conversion de aquella tan dilatada provincia de gentiles, y dadas á Dios las gracias, y repartidos los dones (que la pobreza comun permite) entre aquella buena y amorosa gente, se despidió, dejándolos con el dulzor primero de la palabra divina, deseosos de que él volviese ú otros Padres.

LXXI

Martirio del P. Cristóbal de Mendoza.

Volvia el Padre tan alegre como ganancioso con haber ganado las voluntades de tantas gentes, bien descuidado de la traicion que los magos le tenian

armada; sintiéronle las centinelas, y dando aviso de su venida, unos y otros, saliendo á recibirle, y con fingidas palabras le guiaron por donde estaba la fuerza de la gente. Llegó á Villarroyon á las dos del dia, donde le obligó á quedarse un aguacero; la poca gente que le acompañaba se dividió á tratar del reparo de la lluvia, que comunmente son unas chozuelas pajizas; descubrieron la traicion, volvieron á gran priesa á avisar al Padre parte de sus compañeros; atajados de los enemigos no pudieron volver á socorrerle; los que con él estaban eran pocos, los enemigos muchos, cuyo tropel y vocería hacia romper el aire y temblar la tierra; su repentino acometimiento turbó el órden que pudieran tener los pocos que estaban con el Padre, si bien se pusieron en una desordenada resistencia.

Saltó el Padre en un caballo, animando con extraño valor á sus amigos, y como siempre fué su desvelo bautizar infieles, aun en tan evidente peligro de la vida fué todo su cuidado defenderlos, ya arredrando con valor al enemigo, ya persuadiendo á los infieles no se pusiesen á peligro de perder la vida. Pudo escapar la suya, pero por dar la eterna á un catecúmeno que atravesado de una saeta estaba agonizando, se acercó á los enemigos para bautizarlo, que aunque no alcanzó su deseo por la resistencia bárbara, no perdió su mérito.

En la mayor diligencia que ponia para defender los suyos se halló en un lodazal en que el caballo cayó sin poder salir de él; á voces mandó el Padre á su gente que se metiese al monte para salvar las vidas, y quitando una rodela á un indio se guareció de la lluvia de flechas que sobre él venian; solo

ya y desamparado de los suyos que escaparon por los bosques, eran tantas las flechas que en la rodela recibió, que el peso le impedia abroquelarse; para romperlas descubrió el cuerpo, y al punto le dieron en una sien con una saeta, y ya aturdido y con dos golpes crueles que con un palo le dieron en la cabeza, y dos flechazos, se rindió su cuerpo á la tierra.

Cargó sobre él aquella bárbara canalla, y probando su fuerza en el sagrado cuerpo, lo molieron á palos, y le quitó por trofeo una oreja un pernicioso mago; quitáronle el vestido sin dejarle cosa; halláronle un Cristo que traia al pecho, en quien estos gentiles renovaron el judaico escarnio. La lluvia que le ordenó la muerte, le dilató la vida para la ganancia de más méritos. Su deseo fué quemar el cuerpo, pero dejáronlo, huyendo de la lluvia, para el siguiente dia, dejando para entónces el abrirle el vientre, que las fabulosas observancias les persuaden, que si el matador no abre el vientre al muerto, al paso que este se hincha él tambien y muere.

Acuérdome en este paso, que en trances de la muerte en que nos vimos, me decia este santo varon que deseaba un martirio breve y repentino, por no ver tan despacio la cara de la muerte; no se le concedió, porque se le dilató la vida con una larga muerte, para que á pena larga siguiese largo premio, y no se pusiese duda en su martirio. Volvió en sí bien tarde de la noche oscura, hallóse desamparado de los suyos, desnudo y metido en un pantano, la cabeza rota por dos partes, la sien herida, las espaldas atravesadas de saetas, y su

cuerpo todo ensangrentado. Levantóse el invicto mártir, y medio arrastrando se apartó algun trecho buscando algun abrigo, ¡mas cómo lo habia de hallar en la campiña! dejo á la consideracion lo que este santo haria toda aquella noche.

Apénas abrió el dia, cuando aquellas bestias, á fuer de tigres, salieron (como de leoneras) de sus casas á cebar su furor en la presa que á su entender juzgaban ya por muerta; guiólos el rastro de la sangre al mártir, que tendido estaba en el duro suelo: pusieron en él sus sacrílegas lenguas, con oprobios, y en Dios con horribles blasfemias. *¿Dónde está* (decian) *el Dios que has predicado? ciego debe de ser, pues no te ve, y su poder ninguno, pues no te puede librar de nuestras manos.* El santo les arguyó de su perfidia, ya amonestándoles con amor á que, dando de mano al gentilismo, abrazasen la ley de los cristianos, ya amenazándolos con el riguroso castigo con que Dios castiga á los rebeldes, que si disimula y espera, descarga la mano más pesada; mandáronle callar, mas prosiguiendo, con un machetazo que le dieron en la boca le derribaron los dientes, que recogidos por un muchacho que se halló presente y le ayudaba á Misa, los tenemos hoy por reliquias.

Prosiguió el santo con su predicacion, y ellos con golpes y porrazos, cortándole los labios de la boca, la oreja que le quedaba, y las narices, repitiendo por mofa lo que el santo solia decir á los cristianos en la explicacion de la doctrina; atravesado en un palo le llevaron á un bosquecillo, para que allí muriese, y como si su boca estuviese muy entera les dijo el gusto con que moria, y el amor

que tenia á sus almas, deseando lavarlas en las aguas puras del bautismo: *La mia* (decia) *irá á gozar de Dios, mi cuerpo solo matareis. ¡Oh si conociésedes el bien que os anuncio, y vuestro desagradecimiento no merece!* Cansados ya de maltratar el santo, le sacaron la lengua por debajo de la barba, y con bestial fiereza le fueron desollando todo el pecho y vientre, que todo hacia un pedazo con la lengua; tuvo siempre los ojos clavados en el cielo, como reconociendo el camino por donde su alma á largos pasos habia de caminar á la corona. Abriéronle el pecho, y aquel corazon que ardia en su amor se le sacaron, y atravesándole de saetas decian los obstinados hechiceros: Veamos si su alma muere ahora. Dió, finalmente, fin á su apostólica predicacion con tan ilustre martirio.

No quiso el fuego concurrir al deseo que tuvieron de hacer ceniza el santo cuerpo; pero para que pasase por agua y fuego al refrigerio eterno, lo arrojaron en un arroyo. Volviéronse á sus casas estas bestias, y no hartos con las carnes de tan amoroso Padre, fueron á comerse dos hijos que el santo en Cristo habia engendrado, cautivos el antecedente dia, y relamiéndose en la inocente sangre, con gran festejo y provision de vinos hicieron pan molido entre sus dientes, que servirá en la mesa de Dios eternidades.

LXXII

Castigo que se hizo en estos parricidas.

La medida del amor que todos tenian al santo Padre fué su sentimiento, á cuya venganza se apercibieron luego más de 1.400 indios de guerra, en-

cargándoles los Padres que no hiciesen mal á nadie sino que cobrasen el santo cuerpo. Hallaron á los enemigos muy prevenidos, los cuales con gran ímpetu embistieron con los nuestros; pero rechazados primera vez, se juntó mucho más número. La segunda los nuestros hicieron en ellos muy cruel matanza, y entre ellos murieron todos los que martirizaron al Padre. Cogió vivo al traidor de Tuyubay un famoso cacique de San Miguel llamado Guaybicang; preguntóle dónde habia muerto el Padre, y mostrándole el lugar, allí mismo lo mató, quebrándole la cabeza con una porra de armas. A maravilla se atribuyó que muriendo de los enemigos muchos, de los nuestros no murió ninguno, y aunque mal heridos muchos, cobraron salud todos. Sacaron el cuerpo del arroyo, que fué recibido en el pueblo con universal llanto de los indios, y envidia de los Padres.

Fué el P. Cristóbal natural de Santa Cruz de la Sierra, de la gente más noble de aquella ciudad: su abuelo fué el primer gobernador de aquella provincia. Llamóse ántes de entrar en la Compañía D. Rodrigo de Mendoza; tomó en la Religion nombre de Cristóbal; fué verdadero despreciador de sí, humilde é incansable trabajador en la conversion de infieles, liberalísimo con los pobres, de que vimos raros ejemplos. Soñó una noche que un pobre le pedia limosna, y no teniendo qué dar, se quitó (durmiendo) la ropa de encima, y la arrojó al soñado pobre. Seria muy larga cosa contar sus heróicos hechos; celebráralos el tiempo con larga historia.

LXXIII

De los impedimentos que los magos pusieron al Evangelio, y muerte de más de 300 infautes en odio de la fe.

Quedó aquel gran hechicero Yeguacaporú saboreado con la muerte que por su órden se ejecutó en el santo P. Cristóbal de Mendoza; procuró hacer lo mismo en los demás, pero atajóle los pasos su desdichada muerte. No le faltaron herederos en sus embelecos y magias. Estos hicieron iglesias, pusieron púlpitos, hacian sus pláticas, y bautizaban; la forma de su bautismo era esta: *Yo te des bautizo,* lavándoles todo el cuerpo; las pláticas eran enderezadas al descrédito de la fe y Religion cristiana, amenazando á los que la recibiesen y á los que recibida no la detestasen, á que serian comidos de los tigres, y que las formidables fantasmas saldrian de sus cavernas armadas de ira, con espadas larguísimas de piedra á tomar venganza, y otras boberías á este modo, cosas todas muy formidables á aquella simple gente.

Fingian que los ecos son las voces que dan aquestos monstruos, que esperan el mandato de los hechiceros para salir á destruir á los cristianos. Agregóse á esta congregacion una mujer que su estatura extraordinaria de gigante la dió atrevimiento á hacerse diosa del sol y de la luna y de los demás planetas, cuya luz estaba á su gobierno. Instaba á que se destruyesen los pueblos de cristianos, ofreciendo ella quitarles la luz en el conflicto,

quedando los suyos en luz clara; y de aquestas boberías cada cual decia ciento.

Hay una parcialidad ó provincia de gente endemoniada, que realmente habita en ellos el demonio; hánles puesto por nombre *los protervos ú hombres sin discurso;* no son labradores, susténtanse de caza, y cuando falta ésta (que es muy ordinario) es su sustento carne humana; andan por los campos y montes en manadas al modo de rabiosos perros. Entran de repente en los pueblos, y como fieras acometen al rebaño y hacen presa en los muchachos que pueden para su comida. Suelen, tomados del demonio, andar vagando de noche por los campos como borrachos ó locos, comen brasas de fuego como si fueran guindas (dudoso es de creer) y yo confieso que lo tuve por patraña; pero desengañóme la experiencia que uno en mi presencia hizo, mascando carbones encendidos como un terron de azúcar.

Algunos tiempos gozan de sosiego, pero suele de repente el mal espíritu embestir en su interior con tal fiereza, que como al fin endemoniados, cogen sus arcos y saetas, y bramando con fiereza extraña, tiran, matan y ahuyentan, que parece cada uno un fiero toro. Pasada aquella furia, quedan en paz, y ellos confiesan que no saben qué es aquello que interiormente les mueve: uno de estos tuvimos preso, y se averiguó que se habia comido á su mujer y dos hijos, y actualmente le cogieron comiéndose á su mismo padre; en las acciones y aspecto parecia un tigre. Hánse reducido algunos de estos á nuestras reducciones, donde parece viven sosegados, y si el cielo nos concediese ayuda de Reli-

giosos, toda esta presa se le quitaria al demonio.

En muchos lugares de este discurso se ha visto que, para atraer á sí las almas, el demonio ha procurado imitar nuestras acciones; fué invencion suya una religion que forjó de doce escogidos magos; estos traian más de 700 hombres, de estos escogian unos bailadores, cantores y en embustes diestros; enviabánlos de secreto á nuestros pueblos para que con sus fábulas arredrasen la gente del bautismo, y no fué poco el daño que hicieron entre los nuevamente convertidos, á que acudió el celo de los Padres, poniendo remedio en sus pueblos con recoger la gente nueva, en que trabajó mucho el P. Francisco Diaz.

Estos 700 ladrones, discípulos de los 12 magos, hacian por la comarca graves daños en los cristianos que cogian, comiéndolos en odio de la fe. Cogiólos disfrazado un antiguo cristiano de nuestras reducciones en una accion diabólica: echaron en una tina de agua hirviendo á un cristiano infante, celebrando con mucho regocijo su llanto y sus meneos, y con sus carnes celebraron su convite. Hállase por cuenta que estos lobos se comieron más de 300 infantes en odio de la fe, sin muchos adultos que pasaron por el mismo trance. Armóse un buen número de fieles para reprimir las insolencias de estos, que ya llegaban á intentar el saco de nuestras reducciones y á tratar de comerse á los Padres: dos veces pelearon, quedando vencedores siempre nuestros fieles, y de infieles muertos y cautivos muchos. Uno que trajeron bien atado, con verse así, á voces decia que era amigo del sol, el cual á ciertos tiempos bajaba á verle; á este dispa-

rate, lo arrastraron é hirieron de manera que, á no quitárselo, lo matan.

Despues de estos nublados se siguió la luz y paz, despues de aquestas guerras ofrecian las mieses, que ya parecia iban sazonando, un muy copioso esquilmo, si la penuria de operarios no anublase la esperanza; los cercanos infieles, ya desengañados se reducian á la verdad, los apartados la pedian, y como vencedor el Evangelio parecia ya libre de enemigos. Hecha la cuenta de aquella cosecha, consta por los libros que escapamos del incendio, que se agregaron á las troges de la Iglesia hasta el año de 1626, 94.990 almas que recibieron la fe y el bautismo.

Mas ¡quién pensara que cristianos habian de hacer guerra á la fe de Cristo! (si ya no digamos que son herejes). A este tiempo los vecinos de San Pablo, Santos, San Vicente y otras villas de la costa del Brasil se apercibian á venir con nueva guerra á turbar la paz, cautivar y matar cristianos, quemar templos, herir y maltratar á los sacerdotes, despojar las iglesias y pegar fuego á la virtud, y desarraigar la religion cristiana, y plantar una sementera de detestables vicios.

LXXIV

Cosas que antecedieron á la hostil mano con que los de San Pablo de nuevo entraron en la provincia del Tape.

No es cosa inusitada el dar Dios señas y demostraciones en cosas graves y portentosas. Así lo dice Eusebio, lib. I de *Historia Evangélica;* y Josefo de

Bello Judaico; y Cristo nuestro Señor en su Evangelio da las señas del Ante-Cristo, y dice la pérdida de muchos; y aun si posible fuera, los mismos escogidos pudieran correr riesgo. ¡Mas ay de aquel que causa estos escándalos! De aquesta persecucion daré las señas, la pérdida de muchos que parecian electos veráse clara, el escandaloso goce de su presa, mas guárdese que le amenaza un terrible golpe: *Vae qui lugenda in posterum, nunc ridenda putant.*

En el pár. 2.° dije la prevencion que más de veinte años ántes tuvo la Majestad de Dios de enviar á la provincia de Guaira sujetos para que recogiesen los predestinados, ántes que el Ante-Cristo les turbase; y allí apunté las señas. Los demonios que en el pár. 16 dije, lo significaron mostrando ser en el hábito semejantes á estos de San Pablo y costa del Brasil, mostrándose en su figura con sus escopetas y armas, y aún dijeron que eran sus amigos. Los que en el pár. 27 dije que quemamos, á voces dijeron que habian de convocar á los de San Pablo, como amigos suyos, para que asolasen los pueblos en su venganza. Bien sé que es mentiroso, pero oblígale Dios no pocas veces á que diga verdad y en la ejecucion la vemos.

Cuando salió la gente de Loreto y San Ignacio de sus tierras huyendo de esta cruel persecucion sudó una imágen de nuestra Señora copiosísimo sudor. Dos ángeles (como en el pár. 37 dije) lloraron, cuyas lágrimas distintas hilo á hilo vieron los Religiosos de la Compañía (que se hallaron presentes) salir por los mismos lagrimales de sus ojos. Tuvieron parte tambien los ángeles en este traba-

jo, porque la reduccion del Tayaoba, que atrás dije la habiamos dedicado á los santos Angeles, cuya defensa me libró de más de 3.000 indios que me tuvieron cercado en aquella provincia en un palenque que hice para defenderme, y así mostraron sernos compañeros en el trabajo y sentimiento. Esto sucedió en la destruccion de la provincia de Guaira. En esta del Tape y de la sierra sea la primera señal, que estando toda aquella tierra en toda paz, y sin juzgar ser posible que estos hombres la entrasen por muchas y claras razones, cinco años ántes una persona á quien el cielo declaró el destrozo que habian de hacer por allí, escribió un papel á un amigo suyo, que se ocupaba en aquel ministerio, en esta forma: *Dentro de cinco años irá por ahí aquella perversa gente, y para prueba de esto y que se ejecutará sin falta, guárdeme este papel para cuando vengan, que entónces yo se lo pediré.* Sucedió á la letra, y hallándose juntos estos dos en la entrada de estos malos hombres, le pidió su papel, el cual tuve yo en mis manos.

San Ignacio y San Francisco Javier en una reduccion de estas sudaron en un dia muy copioso sudor. El Cristo á la columna, de que en el pár. 64 dije, sudó en esta misma ocasion, y es de reparar que los vestigios que el pintor expresó desde la columna, hasta donde Cristo nuestro Señor fué á tomar sus vestiduras sudaron juntamente, que aun en esto nos quiso avisar el rastro y las pisadas que aquellos monstruos daban alegres en su perdicion, diligentes en la de los gentiles y cristianos indios, y cuán dolorosas las dió este Señor por redimirnos á todos.

Cuando salieron estas furias de sus villas sudó en su misma tierra una imágen de nuestra Señora, y otra de San Ignacio, y de muchos Religiosos supe que lo atribuyeron á sentimiento que el cielo hacia contra esta maldad, reprendida de varones santos y doctos, si bien apoyada de muchos ignorantes.

Y si aquestas señas que Dios, como amoroso Padre, dió para la enmienda y correccion no bastan, vengamos á las del castigo. En la villa de San Pablo han muerto desastradamente 83 españoles; el que tuvo preso á los PP. Simon Masseta y Justo Mansilla, de que en el pár. 34 dije, se cayó muerto de repente; otro que á los mismos coronó con baldones y manos violentas, é irritó con horrendas blasfemias la ira de Dios, murió de tres pelotazos. Despues de sepultado en la iglesia, á pocos dias abrieron su sepultura para enterrar á otro; el rastro hallaron de un zapato solo, que sin pasar por purgatorio, vestido y calzado lo llevaron; el que con flechas encendidas pegó fuego á la iglesia de Jesus-María, de que atrás dije, murió muy en breve y con tan desastrada muerte, que los mismos cómplices la publicaron, atribuyéndola á castigo del cielo.

No quiero callar una cosa que todos la han juzgado por milagrosa. Tres meses ántes de embarcarme en el puerto de Buenos-Aires envié la primera vía de las informaciones que en esta razon de las maldades que los de San Pablo habian cometido, se hicieron para que se presentasen en esta corte. El navío en que venian, en una furiosa tempestad se hizo pedazos, y para que la justicia hu-

mana pudiese poner remedio á tan graves males, y la divina mostrase el deseo que de su fin tenia, no sólo conservó estos papeles, sino los sacó por las tempestuosas ondas del mar á la orilla de la costa de Lisboa, donde los hallaron con admiracion y espanto de los que los vieron, que fueron muchos, concurriendo el cielo, no sólo á guardarlos, sin que las olas los despedazasen y el agua del mar los consumiese, sino tambien á que llegasen á esta corte á tiempo que se trataba del remedio de los males pasados, cuya grandeza causaba duda en muchos; pero confirmando estos papeles los males nuevos, quedó la verdad acreditada.

Testigos hay muchos de este caso en Lisboa, y á esta corte ha pocos meses que llegó un hidalgo honrado que venia en aquella nao y traia á su cargo un pliego para su Majestad, y previniéndose del peligro de enemigos, sacó de su caja el pliego para tenerlo á mano y echarlo á fondo si abordase algun enemigo; y esta fué la causa que, yéndose el navío á fondo, se hallase con el pliego del rey y á nado lo escapase, el cual afirma que estos papeles de que trato fué maravilla haber escapado, porque además de haberse ahogado mucha gente, no se pudo en ninguna manera escapar cosa del navío.

Baste, por conclusion del castigo que Dios hace en aquellos hombres, el comun morir de ellos desesperado de la vida eterna, castigándolos Dios en esta vida con horrendas tinieblas, permitiendo que dén de un abismo en otro de maldades, porque, cuando salen á cautivar hombres libres (declarados así por los Pontífices, con excomunion reservada contra los que les quitaren su libertad) á matar in-

mensidad de ellos, á quitarles sus hijas y mujeres para sus torpes usos, á desterrar el Evangelio y el Santísimo Sacramento de sus templos, confiesan y comulgan como si fuesen en romería á Compostela. Este es su modo de vivir hasta la muerte, y salteados de esta, reciben los Sacramentos todos, dejando en testamentos y legados gran copia de gente libre en perpetua esclavitud.

LXXV

Entrada de los de San Pablo en Jesus María.

A la voz que corrió de que venian sobre esta reduccion los de San Pablo, dieron principio los indios á un pequeño cerco que no se pudo acabar por la priesa con que los enemigos caminaron. El dia de San Francisco Javier del año de 1637, estando celebrando la fiesta con Misa y sermon, 140 castellanos del Brasil con 150 tupis, todos muy bien armados con escopetas, vestidos de escupiles, que son al modo de dalmáticas estofadas de algodon, con que vestido el soldado de piés á cabeza, pelea con seguridad de las saetas; á son de caja, bandera tendida y órden militar, entraron por el pueblo disparando, y sin aguardar razones, acometiendo á la iglesia, disparando sus mosquetes; habíase recogido á ella la gente del pueblo, cuya pared tambien servia al no acabado cerco; halláronse allí dos sacerdotes y dos hermanos nuestros, que viéndose apurados de balazos, se aplicaron los hermanos é indios á la defensa justa, y los Padres á ponerles ánimo.

Pelearon seis horas, desde las ocho de la mañana hasta las dos del dia; hirieron á un Padre en la cabeza de un balazo; atravesaron el brazo á un Hermano, y al otro le hirieron con milagroso suceso, porque descargando la furia de la bala en una medalla que traia al cuello, no le atravesó, y resurtiendo, le hirió la mano. Los cristianos nuestros hacian su esfuerzo, esperando el socorro que de gente se aguardaba; las mujeres y niños de rodillas pedian socorro á Dios con muchas lágrimas. Mal herido y cansado se guareció un religioso de un madero; viéronle desde el campo los enemigos, y diciendo á voces: *Matemos aquel perro*, le asestaron puntería todos; contadas despues las balas pasaron de 500, de que los mismos traidores se maravillaron.

Visto por los enemigos el valor de los cercados, y que los muertos suyos eran muchos, pretendieron hacer un boqueron por unos palos del fuerte; sintiólo una varonil mujer, y vistiéndose de varon, con una lanza que tenia embistió con un tupi, que ya á los demás abria el paso, y atravesándole le dejó allí muerto, defendiendo á los demás la entrada.

Determináronse los enemigos de quemar la iglesia; yo confieso que les he oido decir que son cristianos, y aun en esta ocasion traian rosarios bien cumplidos; sin duda tienen fe de Dios, las obras son del diablo. Tres veces tiraron fuego en saetas, y aunque con dificultad, lo apagaron; pero como el sol mostraba bien su fuerza, hizo á la cuarta vez presa irremediable el fuego en la pajiza iglesia; allí fué la confusion y vocería, los gritos y alaridos de los niños, llantos de mujeres y turbacion de todos.

Estaba el enemigo muy alegre, dando gracias á

Dios por ver arder la iglesia: el cerco era pequeño, el fuego grande, el sol echaba rayos encendidos, el peligro del enemigo estaba claro: al fin juzgaron con razon fiarse del racional enemigo (si tal nombre merece) ántes que abrasarse en aquella hoguera. Abrieron un portillo, y saliendo por él al modo que el rebaño de ovejas sale de su majada al pasto, como endemoniados acudian aquellos fieros tigres al portillo, y con espadas, machetes y alfanjes derribaban cabezas, tronchaban brazos, dejarretaban piernas, atravesaban cuerpos, matando con la más bárbara fiereza que el mundo vió jamás, á los que huyendo del fuego encontraban con sus alfanjes. Más ¿qué tigre no rehusara de ensangrentar sus uñas en aquellos infantes tiernos, que seguros parecian estar asidos á los pechos de sus madres?

Sin encarecimiento digo que aquí se vió la crueldad de Herodes, y con exceso mayor, porque aquel perdonando á las madres, se contentó con la sangre de sus hijuelos tiernos; pero estos, ni con la una y otra se vieron hartos, ni bastaron los arroyos que corrian de la inocente sangre á hartar su insaciable fiereza. Probaban los aceros de sus alfanjes en hender los niños en dos partes, en abrirles las cabezas y despedazar sus delicados miembros. Los gritos, vocería y aullidos de estos lobos, con las lastimeras voces de las madres que quedaban atravesadas de la bárbara espada y de dolor de ver despedazados sus hijuelos, hacia una confusion horrenda. Hecha esta cruel matanza, entraron á los Padres, que se estaban abrasando con el fuego y sol que ardia, sin tener el más mínimo reparo; los baldones é injurias que les hicieron es bien calle la pluma más modesta

que sus infernales lenguas; ni les movió á compasion ver los heridos, ántes los pusieron en prision con buenas guardas; y discurriendo al robo de lo que el fuego habia perdonado, no perdonaron las vestiduras sagradas, que á pedazos las partian y llevaron consigo por trofeo, que con desvergüenza mostraban en su tierra, de que se presentó en el Consejo informacion jurídica.

Con licencia alcanzada con dificultad, salieron los Padres á ver si entre los muertos habia algunos vivos, á quienes ministraron Sacramentos. Uno se habia hecho mortecino para escapar á lo oscuro de la noche; los pajezuelos de estos bárbaros ejercitándose á tirar saetas le clavaron algunas, que sufrió por escapar la vida.

Cautivaron los cantores, á quienes los castellanos por hacer publicacion de su doctrina les ofrecian mujeres, y con desvergüenza se las señalaban; pero los castos mozos, ni aun los ojos alzaron á mirarlas. Con sus mismos indios gentiles que llevaban en su ayuda se mostraron tan crueles que, heridos de los nuestros, los mandaban arrastrar y echar en una laguna para que allí se ahogasen y condenasen en su gentilismo: los cantores acudieron á catequizarlos y á darles el agua del bautismo, accion que pertenecia más á dos capellanes, religioso uno y otro clérigo, que lo eran de este ejército.

Tratóse del rescate de una mujer de un indio principal que escapó libre y ella quedó en cautiverio, y de unos niños cantores; pero el rescate y cautivos se llevaron con 500 vacas que para el remedio de todos aquellos pueblos habia en este.

Hame hecho la honestidad que calle muchas cosas, pero no quiero dejar de decir esta. Las mujeres que en este y otros pueblos (que destruyeron) de buen parecer, casadas, solteras ó gentiles, el dueño las encerraba consigo en un aposento, con quien pasaba las noches al modo que un cabron en un corral de cabras. El fin, demás del deleite, era ganarlas la voluntad, para con eso hacer lo que los pomberos ó palomos ladrones, que traen á su palomar el despojo de otros. Aquí era el exámen de nuestras vidas, estos los testigos, de que ya dije algo á los principios.

Corrió voz que los Padres eran muertos; el Padre Juan Agustin acudió desde su reduccion con ánimo de darles sepultura; alcanzóles libertad de la prision, llevándolos á curar de las heridas, que no fueron poco peligrosas.

LXXVI

Entrada que hicieron estos en la reduccion de San Cristóbal.

Distaba esta reduccion de San Cristóbal de la de Jesus-María cuatro leguas; estaba á cargo del P. Juan Agustin de Contreras, el cual por haberse hallado en la destruida provincia de Guaira por estos mismos hombres, y viendo las crueldades que ya empezaban á hacer, pasó toda su gente á la reduccion de Santa Ana, que de esta distaba solas tres leguas. Apénas hubo salido el Padre, cuando entraron estos haciendo robos y talando las comidas. Juntáronse de los nuestros 1.600 de pelea, para hacer

rostro al enemigo mientras acudia la gente que habian pedido de socorro de los demás pueblos; en Jesus-María tenian ya los castellanos un fuerte ó corral de palos, de grandor como esta plaza de Madrid dos veces, para ir acorralando allí su presa; hicieron allí iglesia, en que dos capellanes decian Misa: no sé si para rescatar ánimas del Purgatorio ó para cautivar los vivos; el clérigo fugitivo, llamado con pregones por haber dejado sin licencia su curato, estaba descomulgado de su Obispo, y ambos decian Misa en despoblado, usando del privilegio concedido á los que convierten y reducen indios, juzgando ser lo mismo reducirlos que debelarlos.

Estaban nuestros 1.600 indios en San Cristóbal, donde celebraron la Pascua de Navidad con oir Misa; con la alegría que escasa les concedia tan pernicioso enemigo, y juzgando que los españoles estarian recogidos aquel dia, imitando siquiera á las bestias: *Bos cognovit possessorem suum*, y dejarian siquiera de hacer mal en tan dichoso dia, se esparcieron en busca de comida. Pero advierte muy bien San Juan de los hebreos: *Et sui eum non cognoverunt.* Contrarios pensamientos tenian los de San Pablo, juzgaron por nacida la ocasion de aquel célebre dia, que seria bien cogerlos en la Iglesia oyendo Misa, al descuido de armas, y cuidadosos de sola la devocion. Ejecutaron su determinacion, que sabida por los nuestros se juntaron; riñeron porfiadamente por espacio de cinco horas, y durara más si la noche no quitara el dia; y con ser las armas tan desiguales, los indios desnudos, los españoles fuertemente armados, estos con mosquetes,

aquellos con flacas cañas de saetas, los hicieron retirar dos veces á un bosque, y les tuvieron casi ganada la bandera. Murieron muchos de una y otra parte, apartólos la noche, y los españoles tomaron la banda de la iglesia, que luego abrasaron en vivas llamas, que para tan santo dia se podian esperar mejores obras.

LXXVII

Retiróse la reduccion de Santa Ana á la de la Natividad, y crueldades del enemigo.

Cogiéronme estas nuevas harto léjos, y dándome la priesa posible, llegué este mismo dia de Pascua á la reduccion de Santa Ana, donde hallé una confusion terrible. Pasósenos la noche entera en el desvelo que pedia remedio á tales males; la conclusion fué mudar la gente de este pueblo, y la de San Cristóbal al de la Natividad, por estar algo fuerte, por un rio que seria de estorbo á los enemigos, y solas cuatro leguas de este. Fué muy numeroso el número de gentes que salieron; fortificóse el paso de aquel rio con un buen terraplen, donde hubo la defensa necesaria para que no nos cogieran las embarcaciones, en que cada dia pasaban tropas, que huyendo del enemigo se venian. Trataron los soldados nuestros de dar en su fuerte, disuadímoslo, como cosa conocidamente peligrosa; pareció mejor esperar al enemigo en campo, el cual se habia hecho señor de los sembrados, á que acudieron los nuestros con mejor acierto, donde á cada paso con emboscadas por el bosque mataron muchos, sin peligro suyo. Tenian ya los enemigos mucha gente,

que amedrentada no osaban acudir á buscar comida, muy ciertos de la muerte; valió esta diligencia para que el enemigo alzase su alojamiento y nos dejase.

El P. Diego de Boroa, Provincial nuestro, deseó hablar á los enemigos, como si fuesen capaces de razon; fuimoslé acompañando algunos Padres, hallamos en San Cristóbal 20 cuerpos muertos, con crueles machetazos y balazos; detuvímonos á darles sepultura. Encontramos perdida por aquellos montes una niña infiel de hasta siete años, que tenia dos crueles heridas, una bien larga en el rostro, y otra en la cabeza, ambas cubiertas de gusanos; contónos su desastrada historia de esta suerte:

Yo estaba en compañía de mis padres y hijos vuestros, dieron estos hombres de repente en nuestras casas, dividiéronnos luego entre sí, y á mí y un hermanito menor que yo nos llevó otro amo, sin que hasta hoy haya sabido de mis padres, y viéndonos juntamente huérfanos y esclavos, huímonos los dos con ánimo de hallaros, para que como Padres nuestros nos amparásedes; siguiéronnos, y con furor terrible me dieron estas heridas, y á mi hermanito otra en el cuello, dejándole la cabeza sin gobierno, dejándonos por muertos; volví en mí y reconocí que mi hermano aún vivia; atemorizada me metí por el bosque, llevando á mi hermanito en brazos; estuve con él tres dias, sin comer ni beber, sustentada con la esperanza de que volviendo en sí, seguiríamos nuestro viaje, pero viéndole ya acabando y á mí cual me veis lo dejé aún vivo, atravesada de dolor; probé á traerlo á cuestas, y no pude. Curámosla en el cuerpo y en el alma con el bautismo. Topábamos á cada paso cuerpos muertos, des-

cabezados, atravesados de saetas y muertos á machetazos.

Llegamos al palenque que hicieron en Jesus-María, donde fué la primera refriega, y habia sido vergel de odoríferas flores de gentiles, ya vueltos cristianos, cuya pronosticacion parecia cierta, y ahora cautivos se tiene por dudosa. Saliónos al encuentro un hedor terrible de los muertos, cuya número nos vedó contar la hediondez; sola una mujer hallamos viva, pero sin habla, chupada de un enjambre de moscas; abrímosle los dientes con un cuchillo, y bebido un trago de vino, pudo hablar, y dijo: ¡Ah que me han llevado mi madre, mi hermano y mis bienes! Confesóse, y luego despidió su alma; entre mucho número de quemados se hubiera quemado esta; fué su ventura que su choza estuviese aparta da, y así no la alcanzó el fuego; no se podrá hacer concepto de lo que yo no puedo escribir. No hallamos aquí muertos á machetazos, degollados, ni mujeres hendidas con alfanjes, como en otras partes, aquí hallamos asados vivos hombres racionales, niños, mujeres y varones; una mujer vimos asada con dos gemelos, que abrazados con ella se quemaron.

Uso comun es de estos homicidas cuando se parten con la presa quemar los enfermos, los viejos é impedidos al caminar; porque si quedan vivos, á la memoria de los que se quedan, se vuelven los que van; muchas horas estuvimos acarreando á una fosa, donde íbamos echando los asados cuerpos. Tal fué este espectáculo, que 400 indios que nos acompañaban enternecidos de verlo se volvieron luego, y nos dejaron.

Hallamos otra mujer que milagrosamente habia escapado de un alfanje y fuego; quisiéronla llevar cautiva, resistió con valor, diciendo queria morir cristiana entre los Padres; arrastráronla, aporreáronla, y hallándola constante, le dieron una herida mortal en la cabeza, lastimándole el rostro con un guijarro, y para asegurar su muerte procuraron quemarla; pero mostrándose benigno el fuego reprendió su inhumana furia; hallámosla ya al fin, pero recibido el sustento humano y el divino del bautismo, salvó su libertad y vida.

Certificáronnos muchos que habian corrido aquellos montes que estaban llenos de cuerpos muertos, de gente que, acogida á ellos, habian sido presa de alfanjes, espadas y machetes. Y si estas acciones son infamia de cristianos y del mismo Evangelio, cuyo descrédito ahuyenta los gentiles, ¿qué infamia será del cristianismo haber hecho lugar in mundo los cristianos el mismo altar, donde por mucho tiempo se celebró el vivífico sacrificio de la Misa? Estos desmocharon el altar, y allí acudian á hacer sus inmundicias. Quebrónos el corazon ver tal desacato.

El número de gente que llevaron no se sabe, algo se rastreará por el diezmo que pagaron á la iglesia; 500 personas dieron al Religioso por su parte, al modo que el ganadero paga el diezmo de ovejas ó de vacas; cupieron al clérigo 200.

Estas cosas, contadas por mayor, fueron la causa de mi venida á la fuente de la justicia y reales piés, empleo para mí dichoso, que con esperanza firme espero el debido remedio para que aquellas ovejas que gozando de sus vegas, sus tierras digo,

que la naturaleza les repartió, usen de la libertad comun á todos, y reconociendo con el tributo que su pobreza alcanza, vivan amparados del poderoso con que su Majestad, que Dios aumente, defiende sus vasallos.

LXXVIII

Exhortatorio que hizo el Ilmo. Sr. Obispo de Tucuman á nuestra Congregacion.

La peligrosa carga de un Obispo (si se mide bien) es intolerable, y mucho más si esta es de gentiles. Los obispados del Paraguay, Tucuman y Buenos-Aires están rodeados de provincias de ellos, que al Ilustrísimo de Tucuman le fué forzoso para cumplir con su obligacion y ejecutar su celo, valerse del de nuestra Compañía de que dan muy claro testimonio 94.990 gentiles que por el bautismo tiene agregados á la Iglesia, sin los que desde el año de 36 hasta hoy ha ido bautizando. Representó su celo en un exhortatorio que presentó á la Congregacion, y es el siguiente:

«Fray Melchor, de la Orden de nuestro P. San Agustin, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de la Catedral de Tucuman, del Consejo de su Majestad, etc. Al P. Diego de Boroa, Provincial de la Compañía de Jesus en esta provincia de Tucuman, Paraguay y Buenos-Aires. Salud en nuestro Señor Jesucristo.

»Sabrá V. P., como bien debe saber, y le tenemos comunicado, y entre los dos conferido muchas veces, la necesidad grande que en esta provincia hay de ministros evangélicos, para predi-

car y administrar los Santos Sacramentos á nuestras ovejas, en particular á los indios que ya están convertidos y bautizados, y para llamar al conocimiento de Dios y de su santo Evangelio á los que están fuera de la Iglesia; y que en las doctrinas que hay hoy de gente bautizada es tan grande la falta de operarios, que hay hoy doctrina con más de 1.300 almas en sola una reduccion, sin que tenga cura que los doctrine y confiese, ni le haya en todo el obispado capaz; y hay otras, donde aunque le tienen, son tan largas en la distancia, que es imposible un clérigo solo poder hacer como era razon.

»Demás de lo cual hemos conocido muchas faltas irremediables en algunas partes, de que tenemos dado cuenta á su Majestad, y se la damos á Su Santidad. Y asimismo hay en los senos y términos de nuestra diócesis grandísimos centenares de millares de almas por convertir á nuestra santa fe, y en algunas provincias hay principio de predicacion del Evangelio y conocida experiencia de buenos naturales; y considerando que por cada uno de estos infieles y de los ya convertidos, Jesucristo Señor nuestro derramó su sangre, y que con la heredad que le dió su Padre, y que á nuestra corta pequeñez se dignó encargar esta Iglesia para que en ella cuidásemos de predicar el Evangelio y darlo á conocer y su nombre, y cómo nos crió y redimió, y la ley que nos dió, y que nos ha de juzgar, premiándonos en juicio ó castigándonos, segun nuestras obras; y que nos obliga á pecado mortal el predicar lo sobredicho, haciendo que los ya convertidos se conserven en la pureza del bautismo, y llamando á los que no lo están á que lo reciban, y

que donde no pudiéremos por nuestra persona, lo debemos encargar y fiar á personas dignas, y no perder medio ni diligencia humana para que estos infieles miserables conozcan á Dios y consigan la bienaventuranza.

»Y teniendo la satisfaccion que tenemos de la Compañía de Jesus y del celo con que cuida de la honra de Dios y de la conversion de las almas; y por lo que hemos hallado en esta parte, que ha sido en este obispado servida la Iglesia por la dicha Religion en tiempo de nuestros antecesores, ayudándoles en las misiones y en la predicacion á los infieles, y generalmente en todas las ciudades, asistiendo á todas horas del dia y de la noche á las necesidades espirituales de todo género de gente, y Nos lo hemos experimentado en nuestro tiempo; y porque así nos lo tiene prometido V. P., que se continuará; le exhortamos de parte de su Majestad, como Patron de estas Iglesias, y de parte de Dios, que es el Señor que sólo puede pagar con igualdad el mérito de tan grande obra, y de nuestra parte se lo pedimos y rogamos que haga á nuestro Señor y á su Iglesia este servicio.

»Y pues hoy está su Religion junta en Congregacion en esta ciudad, y han de ir á repartirse por todas esas diócesis, escoja los sujetos que hallare más capaces, y les cometa la predicacion del santo Evangelio á los infieles, y en las partes donde no se ha predicado, y donde se ha comenzado á predicar, para que vayan como tales predicadores evangélicos, dando á conocer el nombre de Dios. Y asimismo á otros operarios cometí el ir corriendo las doctrinas, valles, estancias y términos don-

de hubiere gente convertida y bautizada, que vayan confesando, predicando y administrando todos los Sacramentos y el del matrimonio, haciendo oficio de curas, que á los que V. P. aprobare y señalare para los dichos efectos desde luego les señalamos, y aprobamos, y damos el poder en derecho necesario, como lo tenemos para todo lo sobredicho, y descargamos en esto nuestra conciencia con la de V. P.»

LXXIX

Carta que escribió el mismo Sr. Obispo á su Majestad.

«Señor: Manda vuestra Majestad por una su real carta, escrita á mis antecesores, que le informe de la necesidad que en este obispado de Tucuman hubiere de Religiosos, para ayuda de la predicacion evangélica y conversion de los indios; porque, teniendo noticia en el Consejo real de las Indias, se provea para el remedio de semejante necesidad. Y lo que puedo informar con el conocimiento de más de tres años que ha que entré á este obispado, y haber andado las cuatro partes de él, las tres visitándole personalmente, en que he andado casi 300 leguas, es lo siguiente:

Esta provincia tiene 400 leguas y más de término, donde hay pobladas ocho ciudades, y en ella hay muchos senos, que donde ménos hay de 12.000 á 14.000 almas, muchos de ellos bautizados, y hoy apóstatas de la fe; porque con la falta de la doctrina con mucha facilidad se vuelve esta nacion á sus antiguos ritos é idolatrías. Otros senos tiene con

más de 50.000 almas, donde ha tenido principios la predicacion evangélica por Religiosos de la Compañía de Jesus, y se dejó por el mal gobierno de unos españoles que entraron con las armas á conquistar aquella parte, que llaman el Chaco, tierra de grandes poblaciones, de gente dócil, vestida y reducida á pueblos.

»En lo ya católico hay más de ocho doctrinas que de ninguna manera tienen cura que los confiese y doctrine, ni es posible hallarle; porque en los lugares de españoles hay apénas un clérigo en cada uno, y donde hay alguno de sobra es de calidad, que cuando le ordenaron era muy viejo y enfermo, y no habia estudiado; y en un año apénas puedo enviar dos veces sacerdotes que corran estas doctrinas. Yo no puedo estar en todas partes; de donde resulta la condenacion de muchas almas redimidas con la sangre de Cristo nuestro Señor, y que están debajo del amparo de vuestra Majestad y á mi cuidado.

»En las reducciones donde hay sacerdotes seglares hay muchísimas faltas irremediables; porque son cortos los talentos para saber ellos sus obligaciones, y cortísimos para enseñar á otros. Las Religiones tienen en este obispado mucha cortedad; porque la de San Francisco tiene pocos sujetos, con que apénas puede servirse en sus coros. La Compañía de Jesus es la que verdaderamente descarga la conciencia de vuestra Majestad y la del Obispo, porque en las ciudades, de dia y de noche acuden á doctrinas y confesar los enfermos, y esto muy en particular á los indios y negros, con mucha caridad y ejemplo, porque en esta parte pocos se valen de

los curas, porque son de la calidad dicha arriba.

»Y hoy he pedido en nombre de vuestra Majestad al Provincial de la Religion de la Compañía que ha concurrido en esta ciudad de Córdoba (donde estoy visitando) á su Congregacion, y con la mayor parte de sus Religiosos, que envíe al Chaco predicadores evangélicos, para que sin armas, y con la predicacion evangélica veamos si podemos alcanzar de Dios nuestro Señor la conversion de aquellas gentes que tienen ya principio de conocimiento de la fe. Y que asimismo por toda la provincia envíe Religiosos misioneros que la vayan corriendo y predicando, y reformando costumbres, y administrando los Sacramentos en donde totalmente falta copia de ministros, y donde no la hay capaz; y refrenando la muchedumbre de mestizos, castellanos y portugueses, que viven entre los indios con depravadas costumbres, que son más que los que viven en las ciudades; y aunque me representó, que podia tener igual persecucion, por la ejecucion de lo susodicho á la que han padecido y padecen en el Paraguay, pues á un tiempo están padeciendo el odio doméstico de los mismos castellanos de aquel obispado, por el amparo que dan á los indios de aquellas reducciones, amparándoles la libertad natural en que vuestra Majestad los tiene amparados, y doctrinándolos en el Evangelio; y por los moradores de San Pablo del Brasil, ayudados de los tupis, causando estragos, muertes y cautiverios en los indios recien convertidos; y los Religiosos padecen injurias, sufren blasfemias, malos tratamientos, heridas y afrentas; asaltando, como poco ha lo han hecho, los pueblos de los ya cristianos, matando

muchos inocentes, llevándose muchos cautivos al Brasil, profanando los templos, altares é imágenes de Dios, y de su bendita Madre, y de sus santos; haciendo la misma ruina en los Religiosos que no lo pueden defender, con el dolor de su corazon, el trabajo y la miseria de los que han engendrado espiritualmente en el Evangelio.

»Con todo, por acudir al servicio de vuestra Majestad y al de Dios nuestro Señor, y al bien de tantas almas, dió órden á todos los Rectores, que cada uno en su distrito ocurriesen por sus personas, donde no hubiese copia de Religiosos, á correr todos los valles, rios y poblaciones de indios, para lo cual di amplias comisiones, y estoy cierto que, ó no han de poder, ó han de dejar los colegios solos, porque no tienen número de Religiosos, y más esta Religion, que ni quedan en sus casas, ni van solos á las misiones, ni á sus ministerios.

»Atento á lo cual humildemente pido á vuestra Majestad por las entrañas de Dios se compadezca de esta miserable nacion, y pues Cristo nuestro Señor fió de vuestra Majestad la salvacion de estos indios que le costaron su sangre, me ayude con su larga y poderosa mano á conseguirlo, concediendo á esta Religion 40 Religiosos para este obispado de Tucuman, sólo con cargo y obligacion de que todos han de ejercer sus ministerios en este dicho obispado de Tucuman y no en otro, porque este es el más necesitado que tiene toda la Iglesia de Dios. Y es cierto, Señor, que si yo no estuviera empeñado en gastos de mi oficio, y con renta tan corta como son 4.000 pesos, los trajera á mi costa. Vuestra Majestad mandará lo que fuere servido, que yo para

el descargo de mi conciencia acudo al último remedio, dando cuenta á vuestra Majestad como á rey y señor natural de estas tierras, y patron de estas iglesias, cuya católica y real persona guarde nuestro Señor, para amparo de la cristiandad con el aumento de muchos reinos. Córdoba y Agosto 11 de 1637.»

Esta misma necesidad y celo muestran los demás Obispos y los gobernadores seculares de estas provincias, pidiendo buen número de Padres para sus obispados y gobiernos.

LXXX

Pónense dos capítulos de una carta de D. Pedro Estéban Dávila, gobernador de Buenos-Aires, para su Majestad.

Señor:

«Fuí advertido de las reducciones ó misiones que los Padres de la Compañía de Jesus tenian en el distrito de este gobierno en el Uruguay y provincia del Tape, y los daños que recibian de los vecinos de la villa de San Pablo en la costa del Brasil. Y llegado que fuí al rio Genero, vi y reconocí ser cierta la relacion que se me habia hecho, pues á mis ojos se vendian los indios en aquella ciudad, traidos por los vecinos de la villa de San Pablo, como si fueran esclavos, y dados por tales por vuestra Majestad; é informado, vine á averiguar verbalmente cómo desde el año de 1628 hasta el de 1630 habian traido los vecinos de San Pablo más de 60.000 almas de las reducciones de los Padres

de la Compañía del distrito de este gobierno y del de Paraguay, en que habian usado los dichos vecinos de San Pablo crueldades é inhumanidades increibles, hasta faltar en sus acciones católicas y cristianas; y deseando el remedio de esto, exhorté á Martin de Sa, gobernador que en aquella sazon era de aquella provincia, lo que vuestra Majestad se servirá de mandar ver por el exhortatorio y su respuesta que va con esta. De cuya clemencia espero el remedio, por el fin de piedad de la cristiandad de vuestra Majestad y lo pernicioso que es la continuacion de las entradas que hacen los de San Pablo en este reino y provincias, facilitando aquella entrada, de donde se reconoce un breve camino al Perú, como más largamente podrá informar á vuestra Majestad el P. Antonio Ruiz, de la Compañía de Jesus, que va de esta provincia por estas causas, por ser del servicio de Dios y de vuestra Majestad. De Buenos-Aires y Octubre 12 de 1637.—*Don Pedro Estéban Dávila.*»

En el pár. 45 apunté la falta que de oro y plata tiene aquesta gente; y el deseo comun de que lo tuviesen; hallo dos testigos que dicen afirmaron habia arroyos y montes de oro, y que yo era el que gozaba de esta grandeza y la ocultaba (que hasta aquí puede llegar la emulacion). Pedimos que los testigos á cuyo crédito se nos imponia esta accion, descubriesen los arroyos, los cuales juraron en tres tribunales (cuyos instrumentos tengo auténticos) que era falsa imposicion que les ponian. Dan los indios por un pedazo de vacinilla vieja para adorno del cuello, un vasallo por esclavo, y con eso rescatan los de San Pablo muchos indios; ¿y teniendo

oro no lo hubieran sacado y aprovechado de él? La verdad escribe D. Pedro Estéban Dávila, gobernador que fué de Buenos-Aires, que como solícito servidor de su Majestad hizo las debidas diligencias, sobre que escribió á su Majestad, y el capítulo de su carta dice así:

»La fertilidad y abundancia que prometen las dichas provincias promete mucho, en que se cree hay metales y cosas preciosas, como más particularmente lo tengo avisado á vuestra Majestad y remitidos papeles auténticos en esta razon, que me consta están en ese real Consejo, si bien en tiempo del gobernador Ruiz Diaz Melgarejo, poblador de la Villa Rica, se tuvo esta confusa noticia, é hizo vivas diligencias, y halló ser incierta la relacion; y últimamente, siguiendo este mismo intento Manuel de Frias, su yerno, primer gobernador del Paraguay, en la division que se hizo de estos dos gobiernos, hizo empeño con vuestra Majestad, en que parece prometia el seguro de hallar estos metales, sobre que hizo (segun estoy informado de personas de crédito) vivas diligencias, de que no surtió efecto alguno; y los informes que refiero tengo remitidos á vuestra Majestad, y me consta estar en ese real Consejo; los tengo en poco crédito por dos cosas; la una, por las vivas diligencias que se hicieron por los sobredichos; la segunda, por tenerlos por personas apasionadas los testigos, y no afectas á la Compañía, y no de las obligaciones que se requieren para la verdad que se pide en los informes que se deben hacer á vuestra Majestad.» Hasta aquí dice la carta.

Da no poco crédito á mi verdad el conato que

hemos puesto en que aquella provincia se visite, pidiéndolo y rogándolo á los gobernadores, representándoles el órden y voluntad de su Majestad, para cuya prueba quiero dar por testigo bien abonado al licenciado D. Andrés de Leon Garabito, el cual en su memorial ó relacion que hizo á su Majestad de la visita que por su real mandado hizo en Buenos-Aires, dice así: *El tiempo que asistí en Buenos-Aires, diversas veces propusieron los Padres convendria visitar aquellas poblaciones, y que las que habian pasado de los diez años, conforme la ordenanza, se tasasen, encomendándose en cabeza de vuestra Majestad, pues con tanta costa se habian reducido y conservado. Oí la plática de que luego di cuenta al Consejo, virey del Perú, y Audiencia de la Plata, continuando los Padres con muchos oficios, por desear la visita en persona de satisfaccion, con experiencia de aquella tierra; nunca se resolvió.* Y en el número 34, dice así:

Ni se contentaron los Padres con solicitarlo en Lima con el virey; requirieron al gobernador, y no tratando de visitarlas, etc.

Fácil cosa hubiera sido en la visita descubrir el oro; pero ¿cómo lo habian de descubrir, no lo habiendo? Por lo ménos la verdad se descubre ella, cuando la mañosa emulacion quiere disfrazarla.

LXXXI

Pónese aquí una cédula real.

Para que conste del celo con que la Majestad del rey nuestro señor ampara á los indios y desea su plena libertad, honrándolos con el noble título de

vasallos suyos, quiero poner por remate de esta obra una cédula que su Majestad mandó despachar al Perú, cuyo tenor es este:

«El rey.—Conde de Chinchon, pariente, de mi Consejo de Estado y Guerra, gentil-hombre de mi cámara, mi virey, gobernador y capitan general de las provincias del Perú, á la persona ó personas á cuyo cargo fuere su gobierno.

»Bien sabeis que por muchas cédulas y ordenanzas mias y de los señores reyes mis progenitores, se ha mandado que los indios naturales de esas provincias tengan y gocen entera libertad, y me sirvan como los demás vasallos libres de estos mis reinos. Y asimismo sabeis, que por repugnar á esto el servicio personal en que en algunas partes los han tasado en vez de tributo, que pagan y deben pagar á sus encomenderos, está ordenado y mandado apretada y repetidamente que cese y se quite del todo el dicho servicio personal, y se hagan tasas de los dichos tributos, reduciéndolos á dinero, trigo, maíz, yuca, gallinas, pescado, ropa, algodon, grana, miel ú otros frutos, legumbres y especies que hubiere y cómodamente se cogieren y pudieren pagar por los dichos indios, segun el temple, calidad y naturaleza de las tierras y lugares en que habitan, pues ninguna deja de llevar los tales, que pueden ser estimables y de algun provecho para el uso, comercio y necesidades humanas.

»Y porque, sin embargo de esto, he sido informado que en esas provincias y en otras duran todavía los dichos servicios personales con graves daños y vejaciones de los indios, pues los encomenderos con este título los tienen y tratan como es-

clavos, y aun peor, y no los dejan gozar de su libertad, ni acudir á sus sementeras, labranzas y granjerías, trayéndolos siempre ocupados en las suyas, con codicia desordenada, por cuya causa los dichos indios se huyen, enferman y mueren, y han venido en gran disminucion, y se acabarán del todo muy presto si en ello no se provee de breve y eficaz remedio; habiéndose visto en mi Consejo real de las Indias muchas cartas, relaciones y mememoriales que sobre esto se han escrito y presentado por personas celosas del servicio de Dios y mio y del bien y conservacion de los dichos indios, y lo que los fiscales del dicho mi Consejo han pedido en diferentes tiempos en esta razon; y consultándoseme lo que ha parecido convenir; he tenido por bien de ordenar y mandar, cómo por la presente ordeno y mando, que luego que esta recibais, trateis de alzar y quitar precisa é inviolablemente el dicho servicio personal en cualquier parte y en cualquier forma que estuviere y se hallare entablado en esa provincia, persuadiendo y dando á entender á los dichos indios y encomenderos que esto es lo que les está bien y es lo que más les conviene, y disponiéndolo con la mayor suavidad que fuere posible, os juntareis con el Arzobispo, oficiales reales, Prelados de las Religiones y otras personas entendidas y desinteresadas de esa provincia, y platicareis y conferireis en qué frutos, cosas y especies se pueden tasar y estimar cómodamente los tributos de los dichos indios, que correspondan y equivalgan al interés que justa y legítimamente les pudiere importar el dicho servicio personal, sino excedieren del uso, exaccion y co-

branza de él: y hecha esta comutacion, hareis que se reparta á cada indio lo que así ha de dar y pagar en los dichos frutos, dinero y otras especies, haciendo nuevo padron de ellos y de la dicha tasa en la forma que se ha referido; y que tengan entendido los encomenderos que lo que esto montare, y no más, han de poder llevar y cobrar de los dichos indios, como se hace en el Perú y en la nueva España.

»Y esta tasa la habeis de hacer dentro de seis meses como esta cédula recibiéredes, y ponerla luego en ejecucion, salvo si halláredes, y se os ofrecieren tan grandes é inexcusables inconvenientes particulares que acá no se tenga noticia y convenga dármela primero que lo comenceis á ejecutar y platicar, porque sólo en este caso lo podreis suspender y sobreseer, avisándome luego de ello y de las causas y motivos que á ello os hubieren obligado.

»Y si sucediere caso de vacar alguna encomienda de las así tasadas en servicio personal, suspendereis el proveerla, hasta que con efecto esté hecha la tasa: y el que la entrare á gozar de nuevo, la reciba con ese cargo, y sepa que se ha de contentar con los frutos y especies de ella; y de haberlo así hecho y ejecutado me avisareis en la primera ocasion y me enviareis la relacion y padron de los dichos indios y nuevas tasas, con apercibimiento que de cualquier tardanza, omision ó disimulacion que en esto hubiere me tendré por deservido, y demás que se os hará cargo grave de ello en la residencia que se os tomare, correrán por el de vuestra conciencia los daños, agravios y menoscabos que por esta causa recibieren los indios; y se cobrará

la satisfaccion de ellos de vuestros bienes y hacienda. Fecha en Madrid á catorce de Abril de mil y seiscientos y treinta y tres años. Yo el rey. Por mandado del rey nuestro señor, *D. Fernando Ruiz de Contreras.*»

FIN

ÍNDICE

Páginas.

PRÓLOGO DE LA NUEVA EDICION..... 5
I.—Introduccion..... 13
II.—Descríbese la provincia del Paraguay..... 16
III.—De algunos animales..... 18
IV.—Cómo los de la Compañía entraron á la provincia del Paraguay..... 23
V.—Fúndase la provincia del Paraguay..... 28
VI.—Entrada que hizo la Compañía de Jesus á la provincia de Guaira..... 30
VII.—Ida á aquella mision del P. Antonio Ruiz, y trata de la yerba que llaman del Paraguay..... 33
VIII.—Efectos del descuido que se tiene en no tratar bien los indios..... 40
IX.—Llega el P. Antonio Ruiz de Montoya á la reduccion de Loreto, donde estaban el P. José Cataldino y P. Simon Masseta..... 44
X.—Ritos de los indios guaranis..... 49
XI.—Modo que tuvimos para quitar estos abusos, y predicar la fe..... 54
XII.—Salida que hace este cacique de su pueblo á consultar su mal intento con Roque Maracaná, y lo que le sucedió..... 58
XIII.—Envían los Padres al P. Antonio Ruiz á la ciudad de la Asuncion, y casos que le sucedieron. 63
XIV.—De mi llegada al Paraguay, y vuelta á las misiones, y muerte del P. Martin Urtazun..... 65

XV.—Conversiones que se hicieron. Cuéntanse casos particulares..... 68
XVI.—De un alboroto que un sacerdote clérigo causó en Loreto, y cómo procuró desterrar de allí á los Padres..... 73
XVII.—Prosíguese la misma materia de casos particulares sucedidos en esta misma reduccion de Loreto..... 75
XVIII.—De otras cosas que sucedieron..... 80
XIX.—Refiérense casos que muestran la cuenta que el demonio tiene con nuestras acciones, por menudas que sean..... 85
XX.—Entrada que hicieron los Padres á nueva provincia de gentiles, y martirio de un indio.... 91
XXI.—Entrada que hicimos por aquellas tierras, y rastros que hallamos del Apóstol Santo Tomé. 94
XXII.—De otros rastros que dejó Santo Tomé en las Indias Occidentales..... 97
XXIII.—De otros rastros que del Santo se hallan en el Perú..... 98
XXIV.—Cómo este discípulo de Cristo nuestro Señor fué Santo Tomás, y las conjeturas que hay de esto..... 103
XXV.—Que es muy probable que el santo Apóstol se acompañó de la cruz en el Occidente..... 107
XXVI.—Cómo el santo Apóstol colocó esta sagrada cruz en Carabuco, su invencion y efectos que hizo contra los demonios..... 110
XXVII.—Demostraciones que hizo el demonio por un indio cristiano que dejaba de oir Misa las fiestas..... 112
XXVIII.—De cuatro cuerpos muertos de indios que eran reverenciados en sus iglesias..... 115

XXIX.—De lo que se hizo con estos huesos..... 120
XXX.—Entrada que hicimos á la provincia de Tayaoba..... 122
XXXI.—Entrada segunda que hice á esta provincia..... 128
XXXII.—Entrada que hicieron unos españoles á un pueblo pequeño de infieles, y lo que les sucedió..... 133
XXXIII.—Procura la Compañía volver tercera vez á aquella conquista..... 138
XXXIV.—Cómo fueron desamparando á aquel gran mago llamado Guirabera, y el se rindió tambien á la verdad..... 140
XXXV.—De la invasion hostil que los vecinos de la villa de San Pablo hicieron á estas reducciones. 143
XXXVI.—Prosigue la misma invasion por los de San Pablo..... 148
XXXVII.—Cómo los de San Pablo destruyeron una poblacion de españoles y muchos pueblos de indios que les servian..... 150
XXXVIII.—Salida que hicieron los indios de Loreto y San Ignacio de sus tierras huyendo del enemigo..... 152
XXXIX.—Prosigue lo mismo..... 160
XL.—De algunas cosas que sucedieron de edificacion..... 167
XLI.—Prosigue otro suceso semejante..... 177
XLII. - Cuéntanse otros casos particulares..... 183
XLIII.—Prosigue la misma materia de cosas particulares..... 186
XLIV.—Muerte del P. Pedro de Espinosa á manos de infieles..... 192
XLV.—Advertencias generales..... 194

XLVI.—De las reducciones que tiene hoy la Compañía en aquella provincia, trátase de ellas aquí. 203
XLVII.—Reduccion de San Ignacio del Paraná.. 205
XLVIII.—Reduccion de la Encarnacion en el puesto que llaman Itapua..... 208
XLIX.—Reduccion del Corpus Christi..... 212
L.—Reduccion de la Concepcion de Nuestra Señora..... 213
LI.—Reduccion de Nuestra Señora de los Reyes.. 215
LII.—Reduccion de Santa María la Mayor..... 218
LIII.—Reduccion de San Francisco Javier..... 220
LIV.—Reduccion de la Asuncion..... 222
LV.—Reduccion de San Nicolás..... 224
LVI.—Reduccion de la Candelaria..... 225
LVII.—Martirio de tres Religiosos de la Compañía de Jesus..... 226
LVIII.—Trata Necú de matar á los Padres..... 229
LIX.—Prosigue el mismo intento y la misma reduccion del Caró..... 235
LX.—Reduccion de San Cárlos..... 240
LXI.—Reduccion de San Pedro y San Pablo.... 242
LXII.—Reduccion de Santo Tomé..... 242
LXIII.—Reduccion de San José..... 245
LXIV.—Reduccion de San Miguel..... 246
LXV.—Reduccion de San Cosme y San Damian. 250
LXVI.—Reduccion de Santa Teresa..... 252
LXVII.—Reduccion de la Natividad de Nuestra Señora..... 253
LXVIII.—Reduccion de Santa Ana..... 255
LXIX.—Reduccion de San Cristóbal..... 258
LXX.—Reduccion de Jesus-María..... 260
LXXI.—Martirio del P. Cristóbal de Mendoza... 265
LXXII.—Castigo que se hizo en estos parricidas. 269

LXXIII.—De los impedimentos que los magos pusieron al Evangelio, y muerte de más de 300 infantes en odio de la fe..... 271
LXXIV.—Cosas que antecedieron á la hostil mano con que los de San Pablo de nuevo entraron en la provincia del Tape..... 274
LXXV.—Entrada de los de San Pablo en Jesus-María..... 279
LXXVI.—Entrada que hicieron estos en la reduccion de San Cristóbal..... 283
LXXVII.—Retiróse la reduccion de Santa Ana á la de la Natividad, y crueldades del enemigo... 285
LXXVIII.—Exhortatorio que hizo el Ilmo. Señor Obispo de Tucuman á nuestra Congregacion.... 289
LXXIX.—Carta que escribió el mismo Sr. Obispo á su Majestad..... 292
LXXX.—Pónense dos capítulos de una carta de D. Pedro Estéban Dávila, gobernador de Buenos-Aires, para su Majestad..... 296
LXXXI.—Pónese aquí una cédula real..... 299